

ALBERT CAMUS

# TEATRO

*EL MALENTENDIDO*

*CALIGULA*

*EL ESTADO DE SITIO*

*LOS JUSTOS*

EDITORIAL LOSADA, S.A.  
BUENOS AIRES

Títulos originales franceses:  
*Le malentendu - Caligula - L'état de siège - Les justes*

Traducción de la primera y la última obra por  
AURORA BERNÁRDEZ y GUILLERMO DE TORRE;  
de las restantes por-  
AURORA BERNÁRDEZ

Copyright by Editorial Losada, S. A.  
Buenos Aires, 1949

Queda hecho el depósito que  
previene la ley núm. 11.723

Primera edición: 4-VII-1949  
Segunda edición: 8-III-1951

PRINTED IN ARGENTINA

Este libro se terminó de imprimir el día 8 de marzo de 1951, en Artes  
Gráficas Bartolomé U. Chiesino, Ameghino 838, Avellaneda - Buenos Aires.

# EL MALENTENDIDO

*Pieza en tres actos*

P E R S O N A J E S

MARTA

MARÍA

LA MADRE

JAN

EL VIEJO CRIADO

*Estrenada en el Teatro des Mathurins de París, en 1944*

## ACTO I

*Mediodía. La sala común del albergue. Es limpia y clara. Todo esta en orden.*

### ESCENA I

LA MADRE. — Volverá.

MARTA. — ¿Te lo dijo?

LA MADRE. — Sí.

MARTA. — ¿Solo?

LA MADRE. — No sé.

MARTA. — No tiene aspecto de hombre pobre.

LA MADRE. — No se ocupó del precio.

MARTA. — Está bien. Pero es raro que un hombre rico ande solo.

Y eso es lo que dificulta las cosas. El que sólo se interesa en hombres ricos y a la vez solitarios, se expone a esperar mucho tiempo.

LA MADRE. — Si, las ocasiones son escasas.

MARTA. — Lo cierto es que todos estos años hemos tenido largas vacaciones. Esta casa está muchas veces desierta. Los pobres no se detienen por mucho tiempo y los ricos que se extravían sólo vienen de tarde en tarde.

LA MADRE. — No te quejas, Marta. Los ricos dan mucho trabajo.

MARTA (*mirándola*).—Pero pagan bien.

*Silencio.*

MARTA. — Madre, es usted rara. Me cuesta trabajo reconocerla de un tiempo a esta parte.

LA MADRE. — Estoy fatigada, hija mía, nada más. Y aspiro al descanso.

MARTA. — Puedo encargarme de los trabajos que aún le quedan en la casa. Así dispondrá del día entero.

LA MADRE. — No me refiero exactamente a ese descanso. No, es un sueño de vieja. Sólo aspiro a la paz, a un poco de despreocupación. (*Ríe débilmente.*) Es estúpido decirlo, Marta, pero algunas noches casi me inclinaría a la religión.

MARTA. — No es usted tan vieja, madre, para llegar a este extremo; supongo que tiene algo mejor que hacer.

LA MADRE. — Bien sabes que bromeo. Pero bueno, al final de la vida bien puede una dejarse llevar. No es posible mantenerse siempre rígida y endurecerse como tú lo haces, Marta. Ni es propio de tu edad. Y conozco muchas mujeres, nacidas el mismo año que tú, que sólo piensan en locuras.

MARTA. — Sus locuras no son nada comparadas con las nuestras, usted lo sabe.

LA MADRE. — No hablemos de eso.

MARTA (*lentamente*). — Se diría que ahora hay palabras que le queman la boca.

LA MADRE. — ¿Qué te importa si no retrocedo ante los actos? ¡Pero qué más da! Quería decir que a veces me gustaría verte sonreír.

MARTA. — A veces me sucede, se lo aseguro.

LA MADRE. — Nunca te he visto hacerlo.

MARTA. — Porque sonrío en mi cuarto, cuando estoy sola.

LA MADRE (*mirándola atentamente*). — ¡Qué rostro tan duro el tuyo, Marta!

MARTA (*acercándose y con calma*). — ¿Así que no le gusta?

LA MADRE (*mirándola siempre, luego de un silencio*). — Creo que sí, sin embargo.

MARTA (*agitada*). — ¡Ah, madre! Cuando hayamos juntado mucho dinero y podamos irnos de esta tierra sin horizonte, cuando déjenos atrás este albergue y esta ciudad lluviosa y olvidemos este país de sombra, el día que por fin estemos frente al mar, con el que

tanto he soñado, ese día me verá sonreír. Pero hace falta mucho dinero para vivir libre frente al mar. Por eso no hay que tener miedo a las palabras. Por eso debemos ocuparnos del que vendrá. Porque si es bastante rico, quizá mi libertad empiece con él.

LA MADRE. — Si es rico y si está solo.

MARTA. — Y si está solo, claro, porque el hombre solo es el que nos interesa. ¿Le habló mucho, madre?

LA MADRE. — No. Dos frases en total.

MARTA. — ¿Con qué cara le pidió la habitación?

LA MADRE. — No sé. No veo bien y apenas lo miré. Sé, por experiencia, que es preferible no mirarlos. Es más fácil matar lo que no se conoce. (*Pausa.*) Alégrate: ahora no tengo miedo a las palabras.

MARTA. — Es mejor así. No me gustan las alusiones. El crimen es el crimen, hay que saber lo que se quiere. Y me parece que usted lo sabía, hace un rato, porque pensó en él cuando respondió al viajero.

LA MADRE. — No sería justo decir que lo pensé, pero la costumbre es una gran fuerza.

MARTA. — ¿La costumbre? Usted mismo lo dijo: las ocasiones han sido pocas.

LA MADRE. — Sin duda. Pero la costumbre empieza con el segundo crimen. Con el primero no empieza nada: termina algo. Y además, si bien las ocasiones fueron escasas, se distribuyeron con largos intervalos y el recuerdo fortificó la costumbre. Sí, la costumbre me impulsó a responder a ese hombre, me advirtió que no lo mirara, y me aseguró que tenía cara de víctima.

MARTA. — Madre, habrá que matarlo.

LA MADRE (*más bajo*). — Sin duda, habrá que matarlo.

MARTA. — Lo dice usted de una manera rara.

LA MADRE. — Estoy cansada, es la verdad. Y me gustaría que por i lo menos éste fuera el último. Matar es terriblemente fatigoso.

Y aunque poco me preocupa morir frente al mar o en el centro t la llanura, quisiera que después nos marcháramos juntas.

MARTA—¡N<sub>os</sub> marc<sub>h</sub>aremos, será un gran momento! Anímese,

madre, hay poco que hacer. Bien sabe que ni siquiera es cuestión de matar. Beberá el té, se dormirá, y, vivo todavía, lo llevaremos al río. Mucho después lo encontrarán pegado a la represa, junto con otros que no tuvieron su suerte y que se tiraron al agua con los ojos abiertos. El día que asistimos a la limpieza de la represa, usted me lo decía, madre: los nuestros son los que menos sufren; la vida es más cruel que nosotras. Anímese, usted encontrará el descanso y yo veré por fin lo que nunca he visto.

LA MADRE. — Sí, me animaré. A veces, sí, me alegra la idea de que los nuestros nunca sufrieron. Casi no es un crimen: sólo una intervención, un empujoncito a vidas que desconocemos. Y a decir verdad, aparentemente la vida es más cruel que nosotras. Quizá por eso me cuesta sentirme culpable. Apenas puedo sentirme fatigada.

*Entra EL VIEJO CRIADO. Se sienta detrás del mostrador, sin decir una palabra. No se moverá hasta el fin de la escena.*

MARTA. — ¿En qué cuarto lo meteremos?

LA MADRE. — En cualquiera, con tal de que sea en el primer piso.

MARTA. — Sí, nos costó demasiado, la última vez, bajar las escaleras.

*(Se sienta por primera vez.)* Madre, ¿es cierto que allá la arena quema los pies?

LA MADRE. — Nunca estuve, tú lo sabes. Pero me han dicho que el sol lo devora todo.

MARTA. — Leí en un libro que el sol se come hasta las almas y hace resplandecer los cuerpos, pero los vacía por dentro.

LA MADRE. — ¿Y eso, Marta, te hace soñar?

MARTA. — Sí, porque estoy harta de cargar siempre con mi alma y tengo prisa por llegar a ese país donde el sol mata las preguntas. No es ésta mi morada.

LA MADRE. — Pero antes, ay, tenemos mucho que hacer. Si todo marcha bien, iré contigo, por supuesto. Pero yo no tendré la impresión de que voy a mi morada. A cierta edad no hay morada donde sea posible el reposo, y ya es mucho haber podido construir esta irrisoria casa de ladrillos, amueblada con recuerdos donde

*El malentendida*

a veces una acierta a dormirse. Pero naturalmente, también sería algo encontrar a la vez sueño y olvido. (*Se levanta y se dirige a la puerta.*) Prepara todo, Marta. (*Pausa.*) Si es que en realidad vale la pena.

*Marta la mira salir. También ella sale por otra puerta.*

ESCENA II

*El VIEJO permanece en escena, solo, durante unos segundos. Entra JAN. Se detiene, mira la sala, ve al VIEJO detrás del mostrador.*

JAN. — ¿No hay nadie?

*El VIEJO lo mira, se levanta, cruza el escenario y se va.*

ESCENA III

*Entra MARÍA. JAN se vuelve bruscamente hacia ella.*

JAN. — Me has seguido.

MARÍA. — Perdóname, pero no podía más. Quizá me vaya en seguida. Pero permíteme ver el lugar donde te dejo.

JAN. — Puede venir alguien y entonces lo que quiero hacer no será posible.

MARÍA. — Por lo menos aceptemos la oportunidad de que venga alguien y yo consiga que te reconozcan a pesar tuyo.

*Él se aparta. Pausa.*

MARÍA (*mirando a su alrededor*). — ¿Es aquí?

JAN. — Sí, aquí. Salí por esa puerta, hace veinte años. Mi hermana era una chiquilla. Jugaba en ese rincón. Mi madre no vino a besarme. Entonces creí que me daba lo mismo.

MARÍA. — Jan, no puedo creer que no te hayan reconocido hace un rato. Una madre reconoce siempre a su hijo; es lo menos que puede hacer.

JAN. — Sí, pero veinte años de separación cambian un poco las cosas.

Desde que me fui, la vida ha continuado. Mi madre envejeció, su vista ha disminuido. Casi no la reconocí yo mismo.

MARÍA (*con impaciencia*). — Lo sé; entraste, dijiste: "Buenos días", te sentaste. Esta sala no se parecía a la que tú recordabas.

JAN. — Mi memoria no era justa. Me recibieron sin decir una palabra. Me sirvieron la cerveza que pedí. Me miraban, no me veían. Todo era más difícil de lo que yo creía.

MARÍA. — Bien sabes que no era difícil y que bastaba hablar. En esos casos se dice: "Soy yo", y todo vuelve a ser natural.

JAN. — Sí, pero yo había fantaseado mucho. Y cuando esperaba la cena del hijo pródigo, me dieron cerveza a cambio de dinero. Eso me quitó las palabras de la boca. Pensé que debía continuar.

MARÍA. — No había nada que continuar. Ésa era otra de tus ocurrencias; hubiera bastado una sola palabra.

JAN. — No era una ocurrencia, María, era la fuerza de las cosas. Confío en la fuerza de las cosas. Además, no tengo tanta prisa. Vine a traer mi fortuna y, si puedo, la felicidad. Cuando me enteré de la muerte de mi padre, comprendí que tenía responsabilidades con ellas *dos*, y una vez comprendido, hago lo que corresponde. Pero supongo que no es tan fácil como dicen volver al hogar paterno, y que es menester algún tiempo para que un extranjero se convierta en hijo.

MARÍA.—Pero, ¿por qué no anunciaste tu llegada? Hay casos en que es obligatorio proceder como todo el mundo. Cuando uno quiere que lo reconozcan, da su nombre; eso es evidente. El que adopta la apariencia de lo que no es, acaba por embrollarlo todo. ¿Cómo *no* habrían de tratarte como a un extranjero en una casa donde te presentas como extranjero? No, no, todo eso no es normal.

JAN. — Vamos, María, no es tan grave. Y además, favorece mis proyectos. Aprovecharé la ocasión para verlas un poco desde fuera. Me daré cuenta mejor de lo que las hará felices. Después inventaré el modo de darme a conocer. En suma, basta encontrar las palabras.

•*¡A<sub>AK</sub>IA.* — Hay un solo modo: hacer lo que haría un recién llegado, decir: "Aquí estoy", dejar hablar al corazón.

*JAN.* — El corazón no es tan sencillo.

*MARÍA.* — Pero emplea sólo palabras sencillas. Y no era tan difícil decir: "Soy su hijo, ésta es mi mujer. Viví con ella en un país que amamos, frente al mar y al sol. Pero no era bastante feliz y hoy las necesito".

*JAN.* — No seas injusta, María. No las necesito, pero he comprendido que ellas debían necesitarme y que un hombre nunca está solo.  
*Pausa. Marta se aparta.*

*MARÍA.* — Quizá tengas razón, perdóname. Pero desconfío de todo desde que llegué a este país donde en vano busco un rostro feliz. Esta Europa es tan triste. Desde que llegamos no te oí reír, y yo me estoy volviendo recelosa. Ay, ¿por qué me hiciste abandonar mi país? Vayámonos, Jan, aquí no encontraremos la felicidad.

*JAN.* — No hemos venido a buscar la felicidad. Ya tenemos la felicidad.

*MARÍA (con vehemencia).* — ¿Por qué no conformarse con ella?

*JAN.* — La felicidad no es todo; los hombres tienen deberes. El mío es recobrar a mi madre y a mi patria.

*MARÍA hace un ademán. JAN la detiene: se oyen pasos.*

*JAN.* — Viene alguien. Vete, María, por favor.

*MARÍA.* — Así no, no es posible.

*JAN (mientras los pasos se acercan).*—Métete ahí. (*Is unpnj\* Ít- irás de la puerta del fondo.*)

#### ESCENA IV

*Se abre la puerta del fondo. EL VIEJO cruza la pieza sin ver «MARÍA y sale por la puerta de calle.*

*JAN.* — Y ahora, vete en seguida. Ya ves, la suertt está conmigo.

*MARÍA.* — Quiero quedarme. Me callar\*\* y esperaré a tu lado **que** t» reconozcan.

JAN. — No, me traicionarás.

*Ella se aparta, luego vuelve haría él y lo mira a la cara.*

MARÍA. — Jan, h<sup>^c e</sup> cinco años que estamos casados.

JAN. — Pronto k<sup>a "</sup> cinco años.

MARÍA (*bajando ^a cabeza*). — Y es la primera noche que nos separaremos. (*Él se calla; MARÍA lo mira de nuevo.*) Siempre lo he querido todo <sup>en \*\*;</sup> <sup>a u n</sup> 1° 1<sup>u e</sup> no comprendía, y bien sé que en el fondo no te desearía diferente. No soy una esposa amiga de contrariar. Pero aquí tengo miedo del lecho desierto al que me envías, y Carotin tengo miedo de que me abandones.

JAN. — No debes dudar de mi amor.

MARÍA. — Nío dudo de él. Pero están tu amor y tus sueños, o tus deberes, es lo mismo. Te me escapas tantas veces. Entonces es como si descansaras de mí. Pero yo no puedo descansar de ti, y esta noche (*%e arroja en sus brazos llorando*), esta noche no podré soportarla.

JAN (*estrec;batid<sup>o l</sup> contra sí*). — Esto es pueril.

MARÍA. — Claro que es pueril. Pero éramos tan felices allá y no S culpa mía si l<sup>as</sup> noches de este país me dan miedo. No quiero que me diejes sola.

JAN. — Pero comprende, María, que debo cumplir mi palabra; y esto es importante.

MARÍA. — <Q<sup>u é</sup> palabra?

JAN. — La qxie empeñé cuando comprendí que mi madre me necesitaba.

MARÍA. — Tienes otra palabra que cumplir.

JAN. — ¿Cuál?

MARÍA. — La q<sup>u e</sup> me has dado cuando prometiste vivir conmigo.

JAN. — Creo que podré conciliario todo. Lo que te pido es poca cosa. No es <sup>un</sup> capricho. Una tarde y una noche en que trataré de orientam<sup>16</sup>, de conocer mejor a las que amo y de aprender a hacerlas feli<sup>ces</sup>.

MARÍA (*sa<cuH<sup>en</sup> &<sup>o</sup> la cabeza*). — La separación siempre es algo para los que se quieren de verdad.

JAN. — Tonta, bien sabes que te quiero de verdad.

IZARÍA. — No, los hombres nunca saben cómo se quiere de verdad.

Nada los satisface. Lo único que saben es soñar, imaginar nuevos deberes, buscar nuevos países y nuevas moradas. En cambio, nosotras sabemos que hay que apresurarse a querer, a combatir el mismo lecho, a darse la mano, a temer la ausencia. Cuando se quiere, no se sueña con nada.

TAN. — ¡Qué estás diciendo! Sólo es cuestión de encontrar a mi madre, de ayudarla y hacerla feliz. En cuanto a mis sueños o deberes, hay que tomarlos como son. No sería nada sin ellos y me querrías menos si no los tuviera.

MARÍA (*volviéndole bruscamente la escalda*). — Sé que tus razones son siempre buenas y que puedes convencerme. Pero ya no te escucho y me tapo los oídos cuando adoptas esa voz que tan bien conozco. Es la voz de tu soledad, no la del amor.

JAN (*poniéndose detrás de ella*). — No hablemos de eso, María. Deseo que me dejes solo aquí para ver más claro las cosas. No es tan terrible, ni una cosa del otro mundo dormir bajo el mismo techo que la madre de uno. Dios hará lo demás. Pero Dios sabe también que entretanto no te olvido. Sólo que no se puede ser feliz en el destierro o en el olvido. No es posible seguir siendo siempre un extranjero. Un hombre necesita felicidad, es cierto, pero también necesita encontrar su definición. Y me imagino que recobrar mi país, hacer felices a todos los que quiero me ayudará a ello. No deseo otra cosa.

MARÍA. — Podrías hacer todo eso usando un lenguaje sencillo. Pero tu método no es el bueno.

JAN. — Es bueno porque sabré si tengo o no tengo razón de alimentar sueños.

MARÍA. — Deseo que sí, que la tengas. Pero yo no tengo otro sueño que aquel país donde éramos felices, ni otro deber que tú.

JAN (*atrayéndola hacia sí*). — Déjame seguir. Terminaré por encontrar las palabras que lo arreglen todo.

MARÍA (*riéndose*). — Ah, continúa soñando. ¡Qué importa, si

conservo tu amor. Habitualmente no puedo ser desgraciada cuando estoy junto a ti. Tengo paciencia, espero que te canses de estar en las nubes: entonces me llega el momento. Lo que me hace desgraciada hoy es que estoy muy segura de tu amor y cierta, sin embargo, de que me dirás que me vaya. Por eso el amor de los hombres es un desgarramiento. No pueden contenerse: abandonan lo que prefieren.

JAN (*le toma la cara y sonríe*). — Es cierto, María. Pero mírame, no estoy tan amenazado. Hago lo que quiero y tengo el corazón tranquilo. Me confías por una noche a mi madre y a mi hermana: no es tan terrible.

MARÍA (*separándose de él*). — Entonces adiós, y que mi amor te proteja. (*Se dirige hacia la puerta donde se detiene. Mostrando las manos vacías.*) Pero mira que desposeída estoy. Tú marchas a un descubrimiento y me dejas esperando. (*Vacila y se va.*)

#### ESCENA V

JAN *se sienta*. Entra MARTA.

JAN. — Buenos días. Vengo por el cuarto.

MARTA. — Lo sé. Lo están preparando. Tengo que inscribirlo en el libro. (*Va a buscar el libro y vuelve.*)

JAN. — Tienen ustedes un criado extraño.

MARTA. — Es la primera vez que nos reprochan algo de él. Siempre hace con toda exactitud lo que le corresponde.

JAN. — No es un reproche. No es como todo el mundo, nada más. ¿Es mudo?

MARTA. — Nada de eso.

JAN. — ¿Entonces habla?

MARTA. — Lo menos posible y sólo para lo esencial.

JAN. — En todo caso, no parece que oyera lo que se le dice.

MARTA. — No se puede decir que no oiga. Sólo que oye mal. Pero debo preguntarle su nombre y apellido.

T<sub>AN</sub>. — Hasek, Karl.

MARTA. — ¿Karl, nada más?

J<sub>AN</sub>. — Nada más.

MARTA. — ¿Lugar y fecha de nacimiento?

T<sub>AN</sub>. — Tengo treinta y ocho años.

MARTA. — Sí, ¿pero dónde nació?

JAN (*titubea*). — En Bohemia.

MARTA. — ¿Profesión?

JAN. — Ninguna.

MARTA. — Hay que ser muy rico o muy pobre para vivir sin un oficio.

JAN (*sonríe*). — No soy muy pobre, y por muchas razones, me alegro.

MARTA (*en otro tono*). — Es usted checo, naturalmente.

JAN. — Naturalmente.

MARTA. — ¿Domicilio habitual?

JAN. — Bohemia.

MARTA. — ¿Viene usted de allá?

JAN. — No, vengo del Sur. (*Ella parece no entender.*) Del otro lado del mar.

MARTA. — Comprendo. (*Pausa.*) ¿Va usted allá con frecuencia?

JAN. — Con bastante frecuencia.

MARTA (*sueña un momento pero prosigue*). — ¿Cuál es su destino?

JAN. — No sé. Dependerá de muchas cosas.

MARTA. — ¿Quiere establecerse aquí?

JAN. — No sé. Según lo que encuentre.

MARTA. — Eso no interesa. ¿Pero nadie lo espera?

JAN. — No, nadie, en principio.

MARTA. — Supongo que tendrá un documento de identidad.

JAN. — Sí, puedo mostrárselo.

MARTA. — No vale la pena. Basta con indicar si es un pasaporte o una cédula de identidad.

JAN (*insistente*). — Es un pasaporte. Aquí está. ¿Quiere verlo?

*Ella lo toma en sus manos, pero evidentemente piensa en otra cosa. "Parece sopesarlo; luego se lo devuelve.*

MARTA. — No, téngalo. Cuando va allá, ¿vive cerca del mar?

JAN. — Sí.

*Ella se levanta, hace ademán de guardar el libro, luego cambia de opinión y lo mantiene abierto.*

MARTA (con súbita dureza).— ¡Ah, me olvidaba! ¿Tiene usted familia?

JAN. — Debo decir que la tenía. Pero hace mucho tiempo que la abandoné.

MARTA. — No, quiero decir si es casado.

JAN. — ¿Por qué me lo pregunta? En ningún otro hotel me hicieron esta pregunta.

MARTA. — Figura en el cuestionario que nos entrega la administración del cantón.

JAN. — Es raro. Si, soy casado. Por lo demás, habrá visto usted mi anillo.

MARTA. — No lo he visto. No estoy aquí para mirarle las manos, sino para llenar la ficha. ¿Puede darme la dirección de su mujer?

JAN. — No, es decir, se quedó en su país.

MARTA. — Ah, perfecto. (Cierra el libro.) ¿Le sirvo algo para beber mientras disponen su cuarto?

JAN. — No, aguardaré aquí. Espero no molestarla.

MARTA. — ¿Por qué había de molestarme? La sala es para recibir a los clientes.

JAN. — Sí, pero un cliente solo a veces es más molesto que una gran concurrencia.

MARTA (que ordena la habitación). — ¿Por qué? Supongo que no tendrá la ocurrencia de hacerme la corte. Debe usted suponer que no puedo dar nada a los que vienen aquí en busca de bromas. En la región lo han comprendido hace tiempo. Y pronto verá que ha elegido un albergue tranquilo. No viene casi nadie.

JAN. — Eso no ha de convenirles.

MARTA. — Hemos perdido algunas entradas, pero ganamos en tran-

quilidad. Y la tranquilidad nunca se paga bastante cara. Por lo demás, es preferible un buen cliente a una clientela ruidosa, y lo que buscamos es precisamente el buen cliente.

TAN\_\_\_\_Pero. . . (*titubea*) a veces la vida no ha de ser alegre para ustedes. ¿No se sienten muy solas?

MARTA (*volviéndose bruscamente hacia él*). — Sobre este punto, no *\t* contestaré, porque no tiene derecho a hacer esa pregunta. Y veo que debo hacerle una advertencia, y es que al entrar aquí sus únicos derechos son los de un cliente. En cambio, los recibirá todos. Estará bien servido y supongo que no tendrá nunca que quejarse de nuestra acogida. Pero no veo por qué habíamos de proceder de tal suerte que tuviera usted motivo especial para felicitarle. Por eso sus preguntas son sorprendentes. No tiene por qué preocuparse de nuestra soledad, ni debe inquietarle molestarlos, ser inoportuno o no serlo. Póngase en su lugar de cliente, está en su derecho. Pero nada más.

JAN. — Discúlpeme. Quería hacerle presente mi simpatía y no era mi intención enojarla. Simplemente, me pareció que no éramos tan extraños el uno para el otro.

MARTA. — Veo que deberé repetirle que no es cuestión de enojarme o no enojarme. Me parece que usted se obstina en adoptar un tono que no debería ser el suyo, y trato de mostrárselo. Le aseguro que lo hago sin enfadarme. Porque a los dos nos conviene guardar las distancias. Si usted continuara usando un lenguaje impropio de un cliente, es muy sencillo: nos negaríamos a recibirlo. Pero si, como lo pienso, quiere comprender que dos mujeres que le alquilan un cuarto no están obligadas a admitirlo, además, en su intimidad, entonces todo marchará bien.

JAN.—Evidentemente. Es imperdonable haberla inducido a creer que podía equivocarme.

MARTA. — No tiene nada de malo. No es usted el primero que intenta usar ese tono. Pero siempre he hablado con claridad suficiente para que la confusión resultara imposible.

JAN. — Habla usted con claridad, es cierto, y supongo que no tengo nada más que decir. . . por el momento.

MARTA. — Se equivoca. Nada le impide emplear el lenguaje de los clientes.

JAN. — ¿Y cuál es ese lenguaje?

MARTA. — La mayoría nos habla de todo, de sus viajes o de política, menos de nosotras mismas. Es lo que pedimos. Hasta ha sucedido que algunos nos hablaran de su propia vida y -de lo que eran. Eso era lo previsto. Porqué después de todo, entre otros deberes, nos pagan por escuchar. Pero, por supuesto, en el precio no puede estar incluida la obligación del hotelero de contestar a las preguntas. Y si mi madre lo hace a veces por indiferencia, yo me niego por principio. Si usted ha comprendido bien esto, no sólo estaremos de acuerdo: advertirá que todavía tiene muchas cosas que decirnos y comprenderá que a veces es un gusto ser escuchado cuando uno habla de sí mismo.

JAN. — Desgraciadamente, no podría hablar muy bien de mí mismo. Pero tampoco sería útil. Si mi estada es breve, no necesitarán conocerme. Y si me quedo mucho tiempo, tendrán ocasión de sobra, sin que yo hable, para saber quién soy.

MARTA. — Sólo espero que no me guardará un rencor inútil por lo que acabo de decir. Siempre me ha parecido una ventaja mostrar las cosas tal como son, y no podía dejarlo continuar en un tono que, al fin, hubiera echado a perder nuestras relaciones. Lo que digo es razonable. Si hasta hoy no hubo nada en común entre nosotros, se necesitarían grandes razones para que de pronto llegáramos a una intimidad. Y me perdonará si le digo que no veo todavía nada que pueda parecerse a una de esas razones.

JAN. — Ya la he perdonado. Yo creo también que la intimidad no se improvisa. Cada uno debe poner algo de su parte. Si ahora todo le parece claro entre nosotros, bien puedo alegrarme.

*Entra la madre.*

ESCENA VI

LA MADRE. — Buenos días, señor. Su cuarto está listo.

JAN. — Se lo agradezco mucho, señora.

*La madre se sienta.*

LA MADRE (*a Marta*). — ¿Llenaste la ficha?

MARTA. — Sí, ya está.

LA MADRE. — ¿Puedo verla? Discúlpeme, señor, pero la policía es rigurosa. Fíjese, por ejemplo: mi hija omitió anotar si usted vino aquí por razones de salud, por su trabajo o en viaje de turista.

JAN. — Por turismo.

LA MADRE. — Seguramente a ver el claustro. Elogian mucho nuestro claustro.

JAN. — Sí, me han hablado de él. Y además quise ver de nuevo esta región que conocí en otro tiempo y de la que guardaba el mejor recuerdo.

MARTA. — ¿Vivió usted aquí?

JAN. — No, pero hace mucho tiempo tuve ocasión de pasar. No la he olvidado.

LA MADRE. — Sin embargo, nuestra ciudad es insignificante.

JAN. — Es cierto. Pero estoy muy a gusto. Y desde que llegué, me siento un poco como en mi casa.

LA MADRE. — ¿Piensa quedarse mucho tiempo?

JAN. — No sé. Le parecerá raro, sin duda. Pero realmente, no sé. Para quedarme en un lugar, es preciso tener razones: amigos, el afecto de algunos seres. Si no, no hay motivo para estar en un lugar y no en otro. Y como resulta difícil saber si uno será bien recibido, es natural que ignore aún lo que haré.

MARTA. — Eso no es muy claro.

JAN. — Sí, pero no sé expresarme mejor.

LA MADRE. — Vamos, pronto se cansará.

JAN. — No, tengo un corazón fiel y en seguida formo recuerdos, cuando me dan la oportunidad.

MARTA (*con impaciencia*). — El corazón no tiene mucho que hacer aquí.

JAN (*como si no hubiera oído; a la madre*). — Usted parece muy desengañada. ¿Hace tanto tiempo que vive en este hotel?

LA MADRE. — Años y años. Tantos años que ya no recuerdo el comienzo y he olvidado cómo era yo entonces. Ésta es mi hija. Me ha acompañado durante todo este tiempo y seguramente por eso sé que es mi hija. Si no, también a ella la hubiera olvidado.

MARTA. — Madre, no hay motivo para que cuente usted estas cosas.

LA MADRE. — Es cierto, Marta.

JAN (*muy rápido*). — Déjela. Comprendo tan bien su modo de sentir, señora; es el que se encuentra al cabo de una vida de trabajo. Pero quizá todo hubiera cambiado si la hubiesen ayudado como debe serlo toda mujer, y si hubiera recibido el apoyo de un brazo viril.

LA MADRE. — Ay, lo recibí hace mucho, pero había demasiado que hacer. Mi marido y yo apenas dábamos abasto. Ni siquiera teníamos tiempo de pensar uno en el otro, y aun antes de que hubiera muerto, creo que lo había olvidado.

JAN. — Sí, lo comprendo. Pero. . . (*Con una pausa de vacilación*) , a un hijo que le hubiera prestado su brazo, ¿acaso lo habría olvidado?

MARTA. — Madre, ya sabe que tenemos mucho que hacer.

LA MADRE. — ¡Un hijo! ¡Ay, soy una mujer demasiado vieja! Las mujeres viejas hasta se olvidan de que quisieron a sus hijos. El corazón se gasta, señor.

JAN. — Es cierto. Pero sé que no olvida jamás.

MARTA (*interponiéndose entre ellos y con decisión*). — El hijo que entrara aquí encontraría lo que cualquier cliente está seguro de encontrar: una indiferencia benévola. Todos los hombres que hemos recibido se adaptaron a ella. Pagaron su cuarto y recibieron una llave. No hablaron de sus sentimientos. (*Pausa.*) Eso nos simplificaba el trabajo.

LA MADRE. — Calla.

TAN (*reflexionando*). — ¿Y se quedaron mucho tiempo así?

MARTA. — Algunos, mucho tiempo. Hicimos todo lo necesario para que se quedaran. Otros que eran menos ricos, se marcharon al día siguiente. No hicimos nada por ellos.

T<sub>AN</sub>. — Tengo bastante dinero y deseo quedarme algún tiempo *en* este hotel, si ustedes me aceptan. Olvidé decirles que puedo pagar por adelantado.

LA MADRE. — Oh, no pedimos eso.

MARTA. — Si es usted rico, está bien. Pero no hable más de sus sentimientos. No tenemos nada que hacer con ellos. Estuve a punto de pedirle que se marchara; me cansaba tanto su tono. Tome la llave, revise su cuarto. Pero sepa que está en una casa sin recursos para las cosas del corazón. Demasiados años grises han pasado por este puntito del centro de Europa. Poco a poco han enfriado esta casa. Nos han quitado la tendencia a la simpatía. Se lo digo una vez más: nada tendrá aquí que se parezca a la intimidad. Tendrá lo que reservamos siempre a los escasos viajeros, y lo que les reservamos nada tiene que ver con las pasiones del corazón. Tome la llave (*se la tiende*), y no lo olvide: lo recibimos por interés tranquilamente, y si lo retenemos, será por interés, tranquilamente.

JAN *toma la llave; ella sale, él la mira salir.*

LA MADRE. — No haga mucho caso, señor. Pero lo cierto es que hay temas que nunca ha podido soportar. (*Se levanta, y él quiere ayudarla.*) Deje, hijo mío, no soy una inválida. Mire mis manos: todavía son fuertes. Podrían sostener las piernas de un hombre. (*Pausa. Él mira la llave.*) ¿Mis palabras le dan que pensar?

JAN. — No, discúlpeme, apenas la escuché. ¿Pero por qué me ha llamado "hijo mío"?

LA MADRE. — ¡Ah, estoy aturdida! No era familiaridad, créame. Es una manera de decir.

JAN. — Es muy natural todo. Sólo me falta conocer el cuarto.

LA MADRE. — Vaya señor. El viejo lo espera en el corredor. (*Él la mira. Quiere hablarle.*) ¿Necesita usted algo?

JAN (*vacilando*). — No, señora. Pero... le agradezco su acogida.

## ESCENA VII

*La MADRE está sola. Vuelve a sentarse, apoya las manos en la mesa y las contempla.*

LA MADRE. — Singular idea de hablarle de mis manos. Sin embargo, si las hubiera mirado, quizá habría comprendido lo que se niega a entender en las palabras de Marta.

¿Pero por qué tendrá este hombre tanto empeño en morir y yo tan poco en matar de nuevo? Quisiera que se fuese para poder acostarme y dormir también esta noche. ¡Demasiado vieja! Soy demasiado vieja para cerrar de nuevo las manos alrededor de sus tobillos y sentir el balanceo del cuerpo, a lo largo de todo el camino que lleva al río. Soy demasiado vieja para hacer el último esfuerzo que lo arroje al agua, dejándome los brazos colgando la respiración entrecortada y los músculos endurecidos, sin fuerzas para secarme el agua que me haya salpicado en la cara al caer el hombre dormido. Estoy demasiado vieja. ¡Vamos, vamos! La víctima es perfecta. Debo darle el sueño que deseaba para mi propia noche. Y es. . .

MARTA *entra bruscamente.*

i

## ESCENA VIII

MARTA. — Todavía entregada a sus sueños. Y sin embargo, tenemos mucho que hacer.

LA MADRE. — Pensaba en ese hombre. O más bien, pensaba en mí.

MARTA. — Es preferible pensar en mañana. ¿De qué sirve no miraf a ese hombre si de pronto ha de pensar en él? Usted misma lo dijo: es más fácil matar lo que no se conoce. Sea práctica.

LA MADRE. — Son las palabras de tu padre, Marta, las reconozco. Pero quisiera estar segura de que es la última vez que nos vemos obligadas a ser prácticas. ¡Qué raro! Él lo decía para ahuyentar

el miedo a la justicia; tú sólo las usas para borrar esta ligera tendencia a la honradez que acabo de sentir.

MARTA. — Lo que usted llama tendencia a la honradez, es tan sólo ganas de dormir. Suspenda la fatiga hasta mañana y después podrá estar tranquila para siempre.

LA MADRE. — Sé que tienes razón. ¿Pero por qué ha de enviarnos el azar una víctima tan poco alentadora?

MARTA. — El azar nada tiene que ver. Lo cierto es que ese viajero es demasiado distraído y que exagera su aire de inocencia. ¿Qué sería del mundo si los condenados empezaran a confiar al veredugo sus penas sentimentales? No es un buen principio. Pero bueno, al mismo tiempo me irrita, y cuando me ocupe de él pondré algo de la cólera que siento frente a la estupidez del hombre.

LA MADRE. — Eso es lo que no está bien. Antes no poníamos ni cólera ni compasión en nuestro trabajo y teníamos la indiferencia necesaria. Ahora yo estoy fatigada y tú irritada. ¿Habrás qué obstinarse cuando las cosas *se* presentan mal, y pasar por encima de todo por un poco más de dinero?

MARTA. — No, no es el dinero, sino el olvido de este país y una casa frente al mar. Si está usted cansada de su vida, yo estoy harta hasta morir de este horizonte cerrado, y siento que no podré vivir aquí un mes más. Las dos estamos cansadas de esta posada, y usted, que es vieja, sólo quiere cerrar los ojos y olvidar. Pero yo, que todavía siento en el corazón algunos deseos de mis veinte años, quiero tratar de dejarlos para siempre, aunque para eso haya de hundirme un poco más en la vida que queremos abandonar. Y usted debe ayudarme, usted me echó al mundo en un país de nubes y no en una tierra de sol.

LA MADRE. — No sé, Marta, si en cierto sentido no valdría más que me olvidaras como lo hizo tu hermano, antes de oírte hablar en tono de acusación.

MARTA. — Bien sabe que no querría apenarla. (*Pausa; luego hosca.*) ¿Qué haría yo sin usted a mi lado, qué sería de mí lejos de usted?

Yo, por lo menos, no podría olvidarla, y si el peso de esta vida a veces me hace perderle el respeto que le debo, le pido perdón.

LA MADRE. — Eres una buena hija y además me imagino que una mujer vieja es a veces difícil de comprender. Pero quiero aprovechar este momento para decirte lo que intento desde hace un rato: esta noche no. . .

MARTA. — ¡Vamos! ¿Esperaremos hasta mañana? Bien sabe que nunca ha procedido así, que es preciso no darle tiempo de que vea gente, y que hay que obrar mientras lo tenemos a mano.

LA MADRE. — Lo sé. Pero esta noche, no. Concedámosle esta noche. Permitámonos esta tregua. Quizá por él nos salvaremos.

MARTA. — Nada nos importa salvarnos; ese lenguaje es ridículo. Todo lo que puede esperar, con el trabajo de esta noche, es el derecho a dormir después.

LA MADRE. — Eso es lo que yo llamaba salvarse: conservar la esperanza del sueño.

MARTA. — Entonces, se lo juro, esa salvación está en nuestras manos. Madre, debemos terminar con esta indecisión. Será esta noche o no será.

TELÓN

## ACTO II

### ESCENA I

*El cuarto. La oscuridad comienza a invadir la habitación. JAN mira por la ventana.*

JAN. — María tiene razón, esta hora es difícil. (*Pausa.*) ¿Qué hace, qué piensa en el cuarto del hotel, con el corazón encogido, los ojos secos, acurrucada en una silla? Las noches de allá son promesas de felicidad. Pero aquí al contrario. . . (*Mira el cuarto.*) Vamos, esta inquietud no tiene motivo. Hay que saber lo que se quiere. En este cuarto se arreglará todo.

*Llaman bruscamente. Entra MARTA.*

MARTA. — Espero no molestarlo señor. Quisiera cambiar las toallas y el agua.

JAN. — Creía que ya lo habían hecho.

MARTA. — No, el viejo tiene algunas distracciones.

JAN. — No tiene importancia. Pero casi no me atrevo a decirle que no me molesta.

MARTA. — ¿Por qué?

JAN. — No estoy seguro de que figure en el convenio.

MARTA. — Ya ve usted que no puede contestar como todo el mundo, aunque pretenda conciliarlo todo.

JAN (*sonríe*). — Tendré que acostumbrarme. Déme un poco de tiempo.

MARTA (*trabajando*). — Ésa es la cuestión. (*Él se aparta y mira por la ventana. Ella lo observa. JAN sigue de espaldas. MARTA habla*

•*mientras trabaja.*) Lamento, señor, que este cuarto no sea tan cómodo como usted podría desearlo.

JAN. — Es muy limpio y eso vale mucho. Lo han reformado hace poco, ¿verdad?

MARTA. — Es cierto. ¿Cómo lo sabe?

JAN. — Por detalles.

MARTA. — De todos modos, muchos clientes lamentan la falta de agua corriente y en realidad no se puede decir que no tengan razón. Hace tiempo queremos instalar una lámpara eléctrica a la cabecera de la cama. Supongo que ha de ser desagradable para los que leen acostados tener que levantarse para apagar la luz.

JAN (*se vuelve*). — Cierto, no lo había notado. Pero no es una molestia tan grande.

MARTA. — Es usted muy indulgente y se lo agradecemos. Me alegro que los numerosos inconvenientes de nuestra posada no le importen y le preocupen menos que a nosotros. Otros ya se hubieran ido.

JAN. — A pesar de nuestro convenio, permítame decirle que es usted extraña. Porque me parece que no es propio del hotelero hacer notar los defectos de la instalación. Y en realidad se diría que usted trata de convencerme de que me marche.

MARTA. — No he pensado nada de eso. (*Tomando una decisión.*) Pero lo cierto es que mi madre y yo vacilamos mucho antes de recibirlo.

JAN. — Pude notar, por lo menos, que no hacían mucho por retenerme. Pero no comprendo por qué. No dudarán ustedes de mi solvencia y me imagino que no doy la impresión de ser un hombre que tenga alguna fechoría que reprocharse.

MARTA. — No, no es eso. Si quiere saberlo, no sólo no tiene usted nada de malhechor sino que hasta lleva todas las marcas de la inocencia. Los motivos son otros. Debemos abandonar este hotel, y desde hace algún tiempo proyectamos todos los días cerrarlo para comenzar los preparativos de la marcha. Nos resultaba fácil: rara vez llegan clientes. Pero con la presencia de usted comprendi-

mos qué arraigada teníamos la idea de abandonar nuestro antiguo trabajo.

JAN. — ¿Así que desean exactamente que yo me marche?

MARTA. — Ya se lo he dicho: vacilamos y, sobre todo, yo. En realidad todo depende de mí y todavía no sé qué decisión tomar.

TAN. — No quiero ser una carga para ustedes, no lo olvide, y conformaré mi conducta a sus deseos. Sin embargo, le diré que me convendría quedarme uno o dos días más. Tengo que ordenar unos asuntos antes de proseguir mis viajes y esperaba encontrar aquí la tranquilidad y la paz que me faltan.

MARTA. — Comprendo su deseo, créalo, y si quiere lo pensaré de nuevo. (*Pausa. Ella da un paso indeciso hacia la puerta.*) ¿Entonces volverá al país de donde viene?

JAN. — Sí, si es necesario.

MARTA. — Es un hermoso país, ¿verdad?

JAN (*mira por la ventana*). — Sí, es un hermoso país.

MARTA. — Dicen que en esas regiones hay playas completamente desiertas. ,

JAN. — Es cierto, nada en ellas recuerda al hombre. A la mañana temprano se encuentran en la arena las huellas que dejan las patas de las aves marinas. Son las únicas señales de vida. En cuanto a las noches. . . (*Se interrumpe.*)

MARTA (*suavemente*). — ¿En cuanto a las noches, señor?

JAN. — Son turbadoras. Sí, es un hermoso país.

MARTA (*COW nuevo acento*).—Muchas veces pienso en él. Algunos viajeros me han hablado de ese país, he leído lo que pude. Y muchas veces, como hoy, en medio de la primavera agria de esta región, pienso en el mar y en las flores de allá. (*Pausa; luego, sordamente.*) Y lo que imagino me vuelve ciega para todo lo que me rodea.

JAN *la mira con atención, se sienta suavemente delante de ella.*

JAN. — Lo comprendo. Las primaveras de allá se le aferran a uno <sup>a</sup> \*<sup>a</sup> garganta, las flores brotan a millares por encima de los muros blancos. Si se pasea usted una hora por las colinas que rodean la

ciudad, le queda en la ropa el olor a miel de las rosas amarillas.  
*Ella también se sienta.*

MARTA. — Es maravilloso. Lo que aquí llamamos primavera es una rosa y dos capullos que acaban de brotar en el jardín del claustro.  
*(Con desprecio.)* Eso basta para conmover a los hombres de mi país. Pero sus almas se parecen a esa rosa avara. Un soplo más poderoso las marchitaría; tienen la primavera que se merecen.

JAN. — No es usted muy justa, porque también tienen el otoño.

MARTA. — ¿Qué es el otoño?

JAN. — Una segunda primavera, en la que todas las hojas son como flores. *(La mira con insistencia.)* Quizá hay también almas que usted vería florecer si por lo menos las ayudara con su paciencia.

MARTA. — Ya no tengo reserva de paciencia para esta Europa donde el otoño tiene cara de primavera y la primavera olor a miseria. Pero imagino con deleite ese otro país donde el verano lo aplasta todo, donde las lluvias de invierno inundan las ciudades, y las cosas son lo que son. *(Silencio. Él la mira cada vez con más curiosidad. Marta lo advierte y se levanta bruscamente.)* ¿Por qué me mira así?

JAN. — Discúlpeme, pero en fin, ya que acabamos de dejar a un lado el convenio, bien puedo decírselo: me parece que por primera vez acaba de usar conmigo un lenguaje humano.

MARTA *(con violencia)*. — Se equivoca, sin duda. Y si fuera como dice, no tendría motivos para alegrarse. Si eso es humano en mí, no es lo mejor que tengo. En mí lo humano es lo que deseo, y para obtener lo que deseo, creo que lo aplastaría todo a mi paso.

JAN *(sonríe)*. — Son violencias que comprendo. Y no tengo por qué asustarme, pues yo no soy un obstáculo en su camino y nada me lleva a oponerme a sus deseos.

MARTA. — No tiene usted motivo para oponerse, claro. Pero tampoco los tiene para plegarse a ellos, y en ciertos casos, eso puede precipitarlo todo.

JAN. — ¿Quién le ha dicho que no tengo motivos para plegarme?

SMARTA.—El buen sentido y mi deseo de mantenerlo al margen de mis proyectos.

T<sub>N</sub>—si comprendo bien, hemos vuelto a nuestro convenio.

HARTA. — Sí, y fué un error apartarnos de él, ya lo ve. Pero le agradezco que me haya hablado de países que usted conoce y le pido disculpas por haberle hecho perder quizá el tiempo. (*Ya está cerca de la puerta.*) Le diré que, por mi parte, no lo he perdido del todo. Ha despertado en mí deseos que tal vez estuvieran dormidos. Si es cierto que le interesaba quedarse aquí, sin saberlo ha ganado su partida. Porque yo venía casi decidida a pedirle que se marchara, pero ya lo ve, apeló usted a lo que tengo de humano y ahora deseo que se quede. Así mi ansia por el mar y los países del sol saldrá ganando.

*Él la mira un instante en silencio.*

JAN (*lentamente*).—Sus palabras son muy extrañas. Pero me quedaré si puedo y si tampoco su madre encuentra inconveniente.

MARTA. — Los deseos de mi madre son menos fuertes que los míos, es natural. Por lo tanto no tiene las mismas razones que yo para desear su presencia. No piensa bastante en el mar y en las playas salvajes para admitir la necesidad de que usted se quede. Es un motivo que sólo vale para mí. Pero al mismo tiempo no tiene motivos bastantes fuertes que oponerme y esto basta para resolver la cuestión.

JAN. — Si comprendo bien, una de ustedes me admitirá por interés y la otra por indiferencia.

MARTA. — ¿Qué más puede pedir un viajero? Pero hay algo de verdad en lo que usted dice. (*Abre la puerta.*)

JAN. — Entonces debo alegrarme. Pero acaso admita usted que aquí todo me parezca raro: el lenguaje y las personas. Esta casa es realmente extraña.

MARTA. — Quizá lo único que sucede es que usted se porta de una manera extraña. (*Sale.*)

s

## ECCENA II

JAN (*mirando hacia la puerta*). — Quizá, si... (*Se dirige a la cama y se sienta*.) Pero esta mujer sólo me inspira el deseo de marcharme, de encontrar a María y de ser feliz nuevamente. Todo esto es estúpido. ¿Qué estoy haciendo aquí? Pero no, debo hacerme cargo de mi madre y de mi hermana. Las tuve olvidadas demasiado tiempo. (*Se levanta*.) Sí, en este cuarto se arreglará todo. ¡Qué frío es, sin embargo! No reconozco nada, todo lo han renovado. Se parece ahora a los cuartos de hotel de esas ciudades extranjeras donde todas las noches llegan hombres solos. También yo los conocí. Entonces me parecía que había una respuesta por encontrar. Quizá la reciba aquí. (*Mira hacia afuera*.) El cielo se cubre. Lo mismo sucede en todos los cuartos de hotel: todas las horas de la noche son difíciles para el hombre solo. Y aquí está ahora mi vieja angustia, aquí, en el fondo del cuerpo, como una herida abierta que se irrita con cualquier movimiento. Conozco su nombre. Es miedo a la soledad eterna, temor de que no haya respuesta. ¿Y quién habría de responder en un cuarto de hotel? (*Se ha acercado a la campanilla. Vacila; luego llama. No se oye nada. Después de un silencio, pasos; se oye un golpe. La puerta se abre. En el marco aparece el viejo criado. Permanece inmóvil y silencioso.*). No es nada. Discúlpeme. Sólo deseaba saber si alguien respondía, si la campanilla funcionaba.  
*El viejo lo mira, luego cierra la puerta. Los pasos se alejan.*

## ESCENA III

JAN. — La campanilla funciona, pero él no habla. No es una respuesta. (*Mira el cielo*.) Las sombras se acumulan. Pronto reventarán sobre toda la tierra. ¿Qué hacer?  
*Dos golpes en la puerta. Entra la hermana con una bandeja.*

ESCENA IV

JAN. — ¿Q<sup>u</sup>é es es o?

MARTA. — El té que usted pidió.

JAN. — Pero si yo no pedí nada.

MARTA. — ¿De veras? El viejo habrá oído mal. Muchas veces entiendo a medias. Pero ya que el té está servido, supongo que lo tomará. *(Deja la bandeja sobre la mesa. JAN hace una ademán.)*  
No se le cargará en la cuenta.

JAN. — No, no es eso. Pero me alegra que me traiga té.

MARTA. — Le aseguro que no hay por qué. Lo hacemos por interés.

JAN. — Usted no quiere dejarme ilusiones. Pero no veo dónde está su interés en todo esto.

MARTA. — Sin embargo lo hay. *(Sale.)*

ESCENA V

JAN *toma la taza, la mira, la deja de nuevo.*

JAN. — La cena del hijo pródigo continúa. Un vaso de cerveza, pero a cambio de dinero; una taza de té, pero para retener al viajero. También es que no sé encontrar las palabras necesarias. Frente a esta mujer de lenguaje claro, en vano busco la palabra que lo concilie todo. Y además, todo es más fácil para ella: ¡es más cómodo encontrar las palabras de rechazo que dar con las que unen! *(Toma la taza y la sostiene un momento en silencio. Luego, sordamente.)* ¡Oh, Dios mío! Permíteme que encuentre las palabras o haz que abandone esta vana empresa para volver al amor de María. Dame fuerzas para elegir lo que prefiero y para perseverar. *(Levanta la taza.)* Ésta es la cena del hijo pródigo. Por lo menos le haré los honores, y hasta que parta habré desempeñado mi papel. *(Bebe. Llaman con fuerza a la puerta.)*  
¿Quién es?

*La puerta se abre. Entra LA MADRE.*

ESCENA VI

LA MADRE. — Perdone, señor, mi hija me dijo que le había traído té.

JAN. — Ya lo ve.

LA MADRE. — ¿Lo bebió?

JAN. — Sí, ¿por qué?

LA MADRE. — Discúlpeme, pero voy a llevarme la bandeja.

JAN (*sonriendo*). — Lamento que esta taza de té provoque tanto trastorno.

LA MADRE. — Nada de eso. Pero en realidad, el té no era para usted.

JAN. — Ah, ¿es por eso? Su hija me lo trajo sin que yo lo pidiera.

LA MADRE (*con una especie de cansancio*). — Sí, por eso. Hubiera sido preferible ... Al fin, lo haya bebido o no, no tiene tanta importancia.

JAN (*sorprendido*). — Lo lamento mucho, créame, pero su hija quiso dejármelo a pesar de todo, y no creí ...

LA MADRE. — Yo también lo lamento. Pero no quiero que usted se disculpe. No es sino un error. (*Pone la taza en la bandeja y se dispone a salir.*)

JAN. — ¡Señora!

LA MADRE. — Diga ...

JAN. — Vuelvo a pedirle disculpas. Acabo de tomar una decisión: creo que me marcharé esta noche, después de la cena. Naturalmente, le pagaré el cuarto. (*Ella lo mira en silencio.*) Comprendo su sorpresa. Pero no vaya a creer que usted tiene la culpa de nada. Me inspira usted simpatía y, hasta diría, una gran simpatía. Pero, para ser sincero, no estoy cómodo aquí y prefiero no prolongar mi estada.

LA MADRE (*lentamente*). — No tiene ninguna importancia, señor. En principio es usted enteramente libre. Pero de aquí a la cena, quizá cambie de idea. A veces se obedece a la primera impresión y después las cosas se arreglan y uno termina por acostumbrarse.

JAN. — No lo creo, señora. Sin embargo no se imagine que me voy descontento de usted, Por el contrario, le estoy muy agradecido por haberme acogido como lo hizo, pues me pareció sentir en usted cierta benevolencia para conmigo.

LA MADRE. — Era muy natural, señor, y como supondrá, no tenía razones personales para demostrarle hostilidad.

JAN (*con emoción contenida*). — Tal vez sea verdad. Si le digo esto es porque deseo irme sin enojo. Quizá vuelva más adelante, estoy seguro. Entonces todo será más claro y no hay duda de que nos alegraremos al volver a vernos. Pero ahora me parece que me he equivocado y que nada tengo que hacer aquí. Para ser a usted franco, y aun a riesgo de parecerle oscuro, mi impresión es que esta casa no es la mía.

*Ella signe mirándolo.*

LA MADRE. — Lo comprendo, señor. Pero en general son cosas que uno siente en seguida y me parece que usted tardó en advertirlo.

JAN. — Es cierto. Pero, ¿sabe?, soy un poco distraído. Vine a Europa para arreglar unos asuntos urgentes. Nunca es fácil volver a un país del que uno se marchó hace mucho tiempo. Usted ha de comprenderlo.

LA MADRE. — Lo comprendo, señor, y hubiera querido que las cosas se le arreglaran. Pero creo que, por nuestra parte, nada más podemos hacer.

JAN. — Desde luego, así parece. Aunque a decir verdad, nunca se sabe.

LA MADRE. — De todos modos, creo que hemos hecho todo lo posible para que usted se quedara en esta casa.

JAN. — Por supuesto, y no les reprocho nada. Sólo que son ustedes las primeras personas que encuentro desde mi regreso y es natural que empiece a sentir con ustedes las dificultades que me aguardan. Claro está, todo es culpa mía; todavía soy un extranjero.

LA MADRE. — Hay historias que siempre empiezan mal y nadie puede cambiarlas. Por un lado, la verdad es que yo también lo

siento. Pero después de todo, me digo, no hay motivos para darle tanta importancia.

JAN. — Ya es mucho que usted comparta mi disgusto y que haga el esfuerzo de comprenderme. No sé si podré decirle cuánto me conmueve y me agrada su atención. (*Inicia un movimiento hacia ella.*) Mire. . .

LA MADRE. — No faltaba más. Nuestro oficio es hacernos agradables a todos los clientes.

JAN (*desalentado*). — Tiene usted razón. (*Pausa.*) En resumen, sólo les debo disculpas, y si lo creen conveniente, una indemnización. (*Se pasa la mano por la frente. Parece más fatigado. Habla con menos facilidad.*) Quizá hayan hecho preparativos o se hayan metido en gastos, y es muy natural. . .

LA MADRE. — Sólo hemos hecho los preparativos de siempre en estos casos. Y claro está que no tenemos por qué pedirle indemnización. No lamentamos por nosotros sino por usted su incertidumbre.

JAN (*se apoya en la mesa*).—Bah, no importa. Lo esencial es que nos pongamos de acuerdo y que no me recuerde demasiado mal. Por mi parte, no olvidaré su casa, créalo, y espero que el día que vuelva me hallaré de mejor ánimo. (*Ella se dirige sin una palabra hacia la puerta.*) ¡Señora! (*La mujer se vuelve. Él habla penosamente, pero termina con más facilidad que al principio.*) Quisiera. . . (*Se detiene.*) . . . Perdóneme, pero el viaje me ha cansado. (*Se sienta en la cama.*) Por lo menos quisiera agradecerle el té y la acogida. También quiero que sepa que no dejaré esta casa como un huésped indiferente.

LA MADRE. — Por favor, señor. Me resulta incómodo recibir las gracias por una equivocación. (*Sale.*)

ESCENA VII

*ti la mira salir. Hace un movimiento, pero al mismo tiempo, da señales de fatiga. Parece ceder al cansancio y se acoda en la almohada.*

TAN\_\_\_\_, Hay que simplificarlo todo, sí, simplificarlo todo. Volveré mañana con María y diré: "Soy yo". Nada me impedirá hacerlas felices. Es evidente. María tenía razón. (*Suspira, se recuesta.*) Ay, no me gusta esta noche en la que todo está tan lejos. (*Se ha acostado del todo, dice palabras inaudibles, con voz que apenas se oye.*) ¿Sí o no?

*Se mueve. Duerme. La escena está casi a oscuras. Largo silencio. Se abre la puerta. Entran las dos mujeres con una luz.*

ESCENA VIII

MARTA (*después de iluminar el cuerpo, con voz sofocada*). — ¡Ya está!

LA MADRE (*con la misma voz, pero elevándola poco a poco*). — ¡No Marta! No me gusta esta manera de forzarme. Me arrastras a esto. Empiezas tú para obligarme a que termine yo. No me gusta esta manera de pasar por alto mis vacilaciones.

MARTA. — Es una manera de simplificarlo todo. Si usted me hubiese dado una explicación clara de su incertidumbre, hubiera sido mi deber tenerla en cuenta. Pero puesto que usted estaba turbada, me correspondía ayudarla obrando.

LA MADRE. — De sobra sé que no tiene tanta importancia y que fuera él u otro, hoy o más adelante, esta noche o mañana, el asunto tenía que terminar. Pero no importa. No me gusta.

MARTA. — Vamos, es mejor que piense en mañana y que nos demos prisa. Al final de esta noche está nuestra libertad. (*Registra la chaqueta, saca una billetera y cuenta el dinero.*)

LA MADRE. — ¡Cómo duerme, Marta!

MARTA.—Duerme como dormían todos. ¡Vamos ya!

LA MADRE. — Espera un poco. Es cierto que todos los hombres dormidos parecen deponer las armas.

MARTA. — Es el aire que adoptan. Pero siempre terminan por despertar. . .

LA MADRE (*como si reflexionara*). — No, los hombres no son tan extraordinarios. Pero tú no sabes nada de esto.

MARTA. — No, no lo sé, pero sé que estamos perdiendo el tiempo.

LA MADRE (*con cierta ironía cansada*). — Nada nos apremia. Por el contrario, es el momento de quedarse quietas, ya que lo principal está hecho. ¿Por qué tanta rudeza ahora? ¿Acaso vale la pena?

MARTA. — Nada vale la pena en cuanto uno lo dice. Es preferible trabajar y no hacerse preguntas.

LA MADRE (*con calma*). — Sentémonos, Marta.

MARTA. — ¿Aquí, cerca de él?

LA MADRE. — Claro, ¿por qué no? Acaba de caer en un sueño que lo llevará lejos, y no irá a despertar para preguntarnos qué hacemos aquí. En cuanto al resto del mundo, se detiene a la puerta de este cuarto cerrado. Él y nosotros podemos gozar en paz de este instante y de este descanso. (*Se sienta.*)

MARTA. — Está usted bromeando y ahora a quien no le gusta esto es a mí.

LA MADRE. — No tengo ganas de bromas. Sólo muestro calma donde tú pones fiebre. Siéntate (*se ríe de un modo raro*. MARTA *se sienta*) y mira a este hombre, más inocente aún en el sueño que en sus palabras. Él, por lo menos, terminó con el mundo. A partir de este momento, todo le será fácil. Sólo pasará de un sueño poblado de imágenes a un sueño sin sueños. Y lo que para todo el mundo es un horrible desgarramiento, para él será un largo dormir.

MARTA. — La inocencia tiene el sueño que merece. Y a éste, por lo menos, *yo no tenía* motivos para odiarlo. Por *eso me* alegra que le sea ahorrado el sufrimiento. Pero tampoco tengo motivos para

contemplantlo y me parece desdichada su idea de mirar tanto a un hombre al que tendrá que cargar dentro de un rato.

LA MADRE (*meneando la cabeza y con voz débil*). — Lo llevaremos cuando sea necesario. Pero no hay prisa todavía, y si lo miramos atentamente, quizá, para él al menos, no sea una idea desdichada. Porque todavía hay tiempo; el sueño no es la muerte. Míralo. Está en ese instante en que su mismo destino le es extraño, en que sus posibilidades de vida están en manos indiferentes. Si estas manos se quedan donde están, abandonadas sobre mis rodillas hasta el alba, sin que él lo sepa habrá resucitado. Pero si avanzan hacia él y forman alrededor de sus tobillos duras argollas, entrará para siempre en una tierra sin memoria.

MARTA (*levantándose bruscamente*).—Madre, olvida usted en este momento que las noches no son eternas y que nos queda mucho por hacer. Debemos revisar sus papeles y llevarlo a la habitación de abajo. Tenemos que apagar todas las lámparas y vigilar desde la puerta durante el tiempo que sea necesario.

LA MADRE. — Sí, tenemos mucho que hacer, y eso es lo que nos diferencia de él, libre ahora del peso de su propia vida. Ya no conoce la angustia de las decisiones, la tensión, el trabajo por terminar. Ya no lleva la cruz de esa vida interior que proscrib el reposo, la distracción o la debilidad. En este momento, no tiene exigencias consigo mismo, y yo, vieja y fatigada, estoy a punto de creer que ésa es la felicidad.

MARTA. — No tenemos tiempo para interrogarnos sobre la felicidad. Cuando haya vigilado el tiempo necesario, tendremos que recorrer todavía el camino hasta el río y comprobar si no se ha dormido algún borracho en la zanja. Tendremos que llevarlo entonces rápidamente y ya sabe que la tarea no es fácil. Y tendremos que intentarla varias veces antes de llegar a la orilla del agua y arrojarlo, lo más lejos que sea posible, al fondo del río. Permítame decirle una vez más que las noches no son eternas.

LA MADRE. — Eso es, sí, lo que nos espera, y desde ahora me siento tan cansada, con un cansancio tan viejo, que la sangre ya

no puede digerirlo. Mientras tanto, él no sospecha nada y goz\* del reposo. Si lo dejamos despertar, tendrá que empezar de nuevo y, a juzgar por lo que vi, no es distinto de los otros hombres y no es posible apaciguarlo. Quizá por eso debemos llevarlo allá y abandonarlo a la corriente. (*Suspira.*) Pero es una lástima que se necesiten tantos esfuerzos para arrancar a un hombre a sus locuras y conducirlo a la paz definitiva.

MARTA. — Madre, me parece que está usted desvariando. Le repito que tenemos mucho que hacer y que luego de arrojarlo, habremos de borrar las huellas en la orilla del río, confundir nuestras pisadas en el camino, destruir su equipaje y su ropa, disipar todas las señales de su paso, y suprimirlo, en fin, de la superficie de la tierra. Se acerca la hora en que será demasiado tarde para hacer la tarea con sangre fría, y no puedo comprenderla, sentada junto a esa cama, haciendo como que mira a ese hombre que apenas ve, y prosiguiendo con obstinación un monólogo fútil y ridículo.

LA MADRE. — ¿Sabías, Marta, que quería marcharse esta noche?

MARTA. — No, no lo sabía. Pero aun sabiéndolo hubiera hecho lo mismo, porque ya lo había decidido.

LA MADRE. — Me lo dijo hace un rato, y no supe qué responderle.

MARTA. — ¿Así que lo vio usted?

LA MADRE. — Sí, subí cuando me dijiste que le habías traído el té.

Ya lo había bebido. De poder, lo hubiera impedido. Pero cuando comprendí que todo empezaba entonces, reconocí que podríamos continuar y que al fin de cuentas, no era tan importante.

MARTA. — Si lo reconoció usted así, no tenemos motivos para demorarnos aquí, y quisiera que se levantara de una vez y me ayudase a terminar con una historia que me harta.

LA MADRE *se levanta.*

LA MADRE. — Claro que terminaré por ayudarte. Pero deja un poco de calma a una vieja cuya sangre corre menos que la tuya. Desde esta mañana lo precipitaste todo y te gustaría que yo siguiese tu paso. Él mismo no pudo andar más rápido, y antes de

que se le ocurriera la idea de marcharse, había bebido el té que le diste.

MARTA. —• Ya que tengo que decírselo, él fué quien me decidió. Usted había acabado por hacerme dudar. Pero él me habló de los países que espero conocer y, como supo conmoverme, me dio armas en su contra. Así se recompensa a la inocencia.

LA MADRE. — Y sin embargo, Marta, él había terminado por comprender. Me dijo que sentía que esta casa no era la suya.

MARTA (*con fuerza e impaciencia*).—Y esta casa, en efecto, no es la suya, pero porque no es de nadie. Y nadie encontrará jamás en ella confianza ni calor. Si lo hubiese comprendido más rápido, se hubiera librado y nos hubiera librado. Nos habría evitado la tarea de enseñarle que este cuarto está hecho para dormir y este mundo para morir. Venga, madre, y por el amor de ese Dios que usted invoca a veces, terminemos.

LA MADRE *da un paso hacia la cama*.

LA MADRE. — Vamos, Marta, pero me parece que no llegará nunca el alba.

TELÓN

## ACTO III

### ESCENA I

*En escena, la MADRE, MARTA y el CRIADO. El VIEJO barre y ordena la habitación. La HERMANA está detrás del mostrador echándose el pelo hacia atrás. La MADRE cruza el escenario en dirección a la puerta.*

MARTA. — Ya ve usted que ha llegado el alba y que vencimos las dificultades de la noche.

LA MADRE. — Sí. Mañana me parecerá un alivio haber terminado esto. Ahora sólo siento sueño y el corazón seco. La noche ha sido dura.

MARTA. — Pero después de varios años, ésta es la primera mañana que respiro. Nunca me ha costado menos un asesinato. Me parece que ya oigo el mar y me dan ganas de gritar de alegría.

LA MADRE. — Mejor, Marta, mejor. Pero ahora me siento tan vieja que no puedo compartir nada contigo. Supongo que mañana todo marchará mejor para mí.

MARTA. — Sí, todo marchará mejor, eso espero. Pero no vuelva a quejarse y déjeme ser feliz a mis anchas. Soy de nuevo la muchacha que fui. De nuevo mi cuerpo tiene calor y me dan ganas de correr. Ah, dígame tan sólo. . . (*Se detiene.*)

LA MADRE. — {Qué hay, Marta? Ya no te reconozco.

MARTA. — Madre. . . (*Vacila; luego, con ardor.*) ¿Todavía soy hermosa?

LA MADRE. — Me parece que esta mañana lo eres. Kay actos que te sientan.

MARTA. — Oh, no, es que son actos que me parece fácil sobrellevar. Pero hoy es como si naciera por segunda vez, pues voy a la tierra donde seré feliz.

LA MADRE. — Bueno, bueno. Cuando haya desaparecido mi fatiga, estaré muy contenta. Es una compensación de todas las noches que pasamos en pie saber que te harán feliz. Pero esta mañana voy a descansar; sólo siento que la noche ha sido dura.

MARTA. — ¡Qué importa! Hoy es un gran día. Viejo, fíjate, al pasar dejamos caer los papeles del viajero y nos faltó tiempo para recogerlos. Búscalos.

LA MADRE *sale*. El VIEJO barre debajo de una mesa, saca el pasaporte del hijo, lo abre, lo examina y lo tiende, abierto, a MARTA.

MARTA. — De nada me sirve. Guárdalo. Quemaremos todo. (El VIEJO sigue tendiendo el pasaporte. MARTA lo toma.) ¿Qué hay?

El VIEJO *sale*. MARTA lee largamente el pasaporte, sin una reacción. Llama con voz aparentemente tranquila.

MARTA. — ¡Madre!

LA MADRE (*desde adentro*). — ¿Qué quieres ahora?

MARTA. — Venga.

LA MADRE *entra*. MARTA le da el pasaporte.

MARTA. — ¡Lea!

LA MADRE. — Bien sabes que tengo la vista cansada.

MARTA. — ¡Lea!

LA MADRE *toma el pasaporte, se sienta cerca de una mesa, abre el pasaporte y lee*. Mira largo rato las páginas que tiene delante.

LA MADRE (*con voz neutra*). — Bueno, bien sabía yo que alguna vez pasaría esto y que entonces habría que terminar.

MARTA (*se planta delante del mostrador*). — ¡Madre!

LA MADRE (*en el mismo tono*). — Deja, Marta, ya he vivido bastante. He vivido mucho más tiempo que mi hijo. Eso no está dentro de lo natural. Ahora puedo ir a reunirme con él al fondo del río donde las hierbas ya le cubren el rostro.

MARTA. — ¡Madre! No me dejará usted sola, ¿verdad?

<sup>A</sup> MADRE. — Me has ayudado mucho, Marta, y lamento abando-

narte. Si todavía puede tener sentido, diré que a tu manera has sido una buena hija. Siempre me has guardado el respeto debido. Pero ahora estoy cansada y mi viejo corazón, que se creía despegado de todo, acaba de recordar el dolor. Ya no soy joven para arreglármelas. Y de todos modos, cuando una madre no es capaz de reconocer a su hijo, su papel en la tierra ha terminado.

MARTA. — No, si la felicidad de su hija está por hacerse. Y tanto como yo misma, se desgarran mis esperanzas al oír esa manera de hablar, en usted, que me enseñó a no respetar nada.

LA MADRE (*con la misma voz indiferente*). — Eso prueba que en un mundo donde todo puede negarse, hay fuerzas innegables, y que en esta tierra donde nada es seguro, tenemos nuestras certidumbres. (*Con amargura.*) El amor de una madre a su hijo es ahora mi certidumbre.

MARTA. — ¿Así que no está usted segura de que una madre pueda amar a su hija?

LA MADRE. — No quisiera herirte ahora, Marta, pero la verdad, no es lo mismo. No es tan fuerte. ¿Y cómo podré prescindir ahora del amor de mi hijo?

MARTA (*estallando*). — ¡Valiente amor que la olvidó veinte años!

LA MADRE. — Sí, valiente amor que sobrevive a veinte años de silencio. ¡Pero qué importa! Ese amor me bastaba, ya que no puedo vivir sin él. (*Se levanta.*)

MARTA. — No es posible que usted diga eso sin un asomo de rebeldía, y sin un pensamiento para su hija.

LA MADRE. — Por duro que sea para ti, es posible. No tengo pensamientos para nadie y menos aún rebeldía. Supongo que éste es el castigo y que hay una hora en la que todos los asesinos están como yo: vacíos por dentro, estériles, sin porvenir posible. Por eso se los suprime: no sirven para nada.

MARTA. — Desprecio sus palabras; no puedo oírla hablar de crimen y de castigo. i

LA MADRE. — No elijo las palabras, ya no tengo preferencias. Pero

lo cierto es que lo he agotado todo en una ocasión. He perdido la libertad: empezó el infierno.

MARTA (*acercándose y con violencia*). — No hablaba usted así antes. Y durante todos esos años continuó a mi lado, sujetando con mano firme las piernas de los que debían morir. Entonces no pensaba usted en la libertad y en el infierno. No creía que le estuviera vedado vivir. Y continuó. ¿Qué puede cambiar su hijo en todo esto?

LA MADRE. — Continué, es cierto. Pero las cosas que viví de ese modo, las viví por costumbre: no hay diferencia con la muerte. Ha bastado el dolor para tranformarlo todo. Eso es, justamente, lo que mi hijo vino a cambiar.

MARTA *intenta hablar*.

Lo sé, Marta, no es razonable. ¿Qué significa el dolor para una asesina? Pero ya lo ves, no es un verdadero dolor de madre: todavía no he gritado. No es sino el sufrimiento de renacer al amor, y sin embargo resulta superior a mis fuerzas. Sé además que este sufrimiento tampoco es razonable y bien puedo decirlo, yo que lo he probado todo, desde la creación hasta la destrucción. (*Se dirige decidida hacia la puerta, pero MARTA se le adelanta y le cierra el paso.*)

MARTA. — No, madre, usted no me abandonará. No olvide que yo me quedé y él se marchó, que me tuvo usted a su lado toda una vida y él la dejó en el silencio. Eso hay que pagarlo. Eso tiene que entrar en la cuenta. Y usted debe volver a mí.

LA MADRE (*suavemente*). — ¡Es cierto, Marta, pero a él lo he matado!

MARTA *se aparta un poco, con la cabeza hacia atrás, como si mirara la puerta*.

MARTA (*después de un silencio, con pasión creciente*). — Todo lo que la vida puede dar a un hombre, le fué dado. Abandonó este país. Conoció otros espacios, el mar, seres libres. Yo me quedé aquí. Me quedé, pequeña y oscura, en el tedio, hundida en el corazón del continente, y crecí en la espesura de la tierra. Nadie besó

mi boca y ni siquiera usted vio mi cuerpo sin ropa. Madre, se lo juro, esto hay que pagarlo. Y con el vano pretexto de que ha muerto un hombre, no puede usted hurtar el momento en que yo iba a recibir lo que me corresponde. Comprenda, pues, que para un hombre que ha vivido, la muerte es cosa de nada. Yo puedo olvidar a mi hermano y usted a su hijo. Lo que le sucedió carece de importancia; ya no le quedaba nada por conocer. Pero a mí, usted me priva de todo y me quita lo que él gozó. ¿Todavía él habrá de arrebatarme el amor de mi madre y se la llevará para siempre a su río helado?

*Se miran en silencio. Y la hermana baja los ojos.*

*En voz muy baja.*

Me conformaría con tan poco. Madre, hay palabras que nunca supe pronunciar, pero me parece que sería dulce reanudar nuestra vida de todos los días.

LA MADRE *ha avanzado hacia ella.*

LA MADRE. — (*Lo habías reconocido?*)

MARTA (*alzando bruscamente la cabeza*).— ¡No! No lo había reconocido. No conservaba ninguna imagen de él y todo sucedió como debía suceder. Usted misma lo dijo: este mundo no es razonable. Pero no se equivoca del todo al hacerme esta pregunta. Porque ahora sé que aun reconociéndolo, nada habría cambiado.

LA MADRE. — Quiero creer que no es cierto. No hay alma totalmente criminal y los peores asesinos tienen momentos en que arrojan el arma.

MARTA. — Yo también conozco esos momentos. Pero no hubiera agachado la cabeza ante un hermano desconocido e indiferente.

LA MADRE. — ¿Y entonces ante quién?

MARTA *agacha la cabeza.*

MARTA. — Ante usted.

*Silencio.*

LA MADRE (*lentamente*). — Demasiado tarde, Marta. Ya no puedo hacer nada por ti. (*Apartándose un poco.*) ¡Ah! ¿Por qué se calló? El silencio es mortal. Pero hablar es igualmente peligroso,

pues lo poco que dijo precipitó las cosas. (*Se vuelve hacia su hija.*)  
¿Lloras, Marta? No, no sabrías. ¿Recuerdas el tiempo en que yo te besaba?

MARTA. — No, madre.

LA MADRE. — Tienes razón. Hace mucho de eso y muy pronto olvidé tenderte los brazos. Pero no dejé de quererte. (*Aparta dulcemente a Marta, quien poco a poco le cede el paso.*) Ahora lo sé, porque tu hermano ha venido a despertar esta dulzura insoportable que también debo matar conmigo.

*El paso queda libre.*

MARTA (*tapándose la cara con las manos*). — ¿Pero hay algo más fuerte que la desesperación de su hija?

LA MADRE. — La fatiga quizá... y la sed de reposo.

*Sale sin que la hija se oponga.*

## ESCENA II

MARTA *corre hacia la puerta, la cierra brutalmente, se apoya en ella. Estalla en gritos salvajes.*

MARTA. — ¡No! No tenía por qué velar por mi hermano, y, sin embargo, me encuentro desterrada en mi propio país; ya no hay lugar para mi sueño; mi propia madre me ha rechazado. Pero yo no tenía por qué velar por mi hermano; ésta es la injusticia que se comete con la inocencia. Porque ahora él obtuvo lo que quería, mientras yo me quedo solitaria, lejos del mar del que estaba sedienta. ¡Oh! ¡Lo odio! ¡Toda mi vida ha transcurrido en la espera de esta ola que había de llevarme y sé que ya no vendrá! Tendré que quedarme aquí, y a la derecha y a la izquierda, delante y detrás de mí, innumerables pueblos y naciones, llanuras y montañas que detienen el viento del mar y ahogan su constante llamada con sus parloteos y murmullos. (*Más bajo.*) ¡Otros tienen más suerte! Hay lugares alejados del mar Sonde el viento de la noche lleva a veces olor a algas. Les habla de playas húmedas

donde resuena el grito de las gaviotas, o de arenas doradas en tardes interminables. Pero el viento se agota mucho antes de llegar aquí; nunca más tendré lo que merezco. Aunque pegara el oído a la tierra no oiría el choque de las olas heladas o la respiración rítmica del mar feliz. Estoy demasiado lejos de lo que amo y mi distancia no tiene remedio. ¡Lo odio, lo odio, porque obtuvo lo que quería! Yo tengo por patria este lugar cerrado y denso donde el cielo carece de horizonte; tengo para mi hambre el agrio ciruelo de Moravia y para mi sed sólo la sangre que he vertido. Éste es el precio que hay que pagar por la ternura de una madre! ¡Que se muera, ya que nadie me quiere! ¡Que las puertas se cierren a mí alrededor! ¡Que me dejen con mi justa cólera! Porque antes de morir no alzaré los ojos para implorar al cielo. Allá, donde uno puede huir, liberarse, apretar el cuerpo contra otro, revolcarse en las olas; a aquel país defendido por el mar no llegan los dioses. Pero aquí, donde todo detiene las miradas, toda la tierra está diseñada para que el rostro se alce y la mirada mendigue. ¡Ah! Odio este mundo en el que estamos reducidos a Dios. Pero a mí, que padezco injusticia, no se me ha dado lo que me corresponde, y no me arrodillaré. Y privada de mi lugar en esta tierra, rechazada por mi madre, sola en medio de mis crímenes, abandonaré este mundo sin reconciliarme.

*Llaman a la puerta.*

### ESCENA III

MARTA.—¿Quién es?

MARÍA. — Una viajera.

MARTA. — No recibimos más clientes.

MARÍA. — Pero yo vengo a reunirme con mi marido.

*Entra.*

MARTA (*mirándola*). — ¿Quién es su marido?

MARÍA. — Llegó aquí ayer y debía venir a buscarme esta mañana.

Me sorprende que no lo haya hecho.

MARTA. — Había dicho que su mujer estaba en el extranjero.

MARÍA. — Tiene sus razones. Pero debíamos encontrarnos ahora.

MARTA (*que no ha dejado de mirarla*). — Le será difícil. Su marido ya no está aquí.

MARÍA. — ¿Qué está diciendo? ¿No les alquiló un cuarto?

MARTA. — Es cierto que alquiló un cuarto, pero se fué por la noche.

MARÍA. — No puedo creerlo porque conozco todas las razones que tiene para quedarse en esta casa. Pero su tono me inquieta. Dígame lo que tiene que decirme.

MARTA. — No tengo nada que decirle sino que su marido ya no está aquí.

MARÍA. — No pudo marcharse sin mí; no la comprendo. ¿Las dejó definitivamente o avisó que volvería?

MARTA. — Nos dejó definitivamente.

MARÍA. — Escuche. Desde ayer soporto en este país extranjero una espera que ha agotado toda mi paciencia. Vine impulsada por la inquietud, y no me decido a marcharme sin haber visto a mi marido, o sin saber dónde encontrarlo.

MARTA. — Ése es asunto suyo, no mío.

MARÍA. — Se equivoca usted. También es asunto suyo. No sé si mi marido aprobará lo que voy a decirle, pero estoy cansada de estos juegos y complicaciones. El hombre que llegó a su casa, ayer por la mañana, es el hermano de quien no sabía usted nada desde hace años.

MARTA. — No me dice nada nuevo.

MARÍA (*estallando*). — Pero entonces, ¿qué ha sucedido? Y si todo se aclaró por fin, ¿por qué no está su hermano en esta casa? ¿No lo reconoció, y su madre y usted no se alegraron del retorno?

MARTA. — Mi hermano ya no está aquí porque ha muerto.

MARÍA *se sobresalta y permanece un momento en silencio, mirando fijo a MARTA. Luego hace ademán de acercársele y sonrío.*

MARÍA. — Usted bromea, ¿verdad? Jan me ha dicho muchas veces que ya de niña le gustaba desconcertar a la gente. Somos casi hermanas y. . .

MARTA. — No me toque. Quédese donde está. No hay nada común entre nosotras. (*Pausa.*) Su marido murió anoche y le aseguro que no es una broma. Ya nada tiene que hacer aquí.

MARÍA. — ¡Usted está loca, loca de atar! Nadie se muere así cuando lo esperan. Es demasiado repentino, no puedo creerlo. Déjeme verlo y sólo entonces creeré lo que no puedo siquiera imaginar.

MARTA. — Es imposible. Ahora está en el fondo del río. . .

MARÍA *inicia un movimiento hacia ella.*

No me toque, no se mueva. . . Está en el fondo del río donde mi madre y yo lo llevamos anoche, después de adormecerlo. No sufrió, pero eso no le impide estar muerto; nosotras, su madre y yo, lo hemos matado.

MARÍA (*retrocede*). — Entonces la loca soy yo y escucho palabras que hasta ahora nunca habían resonado sobre la tierra. Sabía que nada bueno me esperaba aquí, pero no estoy dispuesta a participar en esta demencia. Y aun en el momento en que sus palabras detienen toda vida en mí, creo oírle hablar de otra persona que la que compartía mis noches, y de una historia lejana donde mi corazón nunca intervino.

MARTA. — No me corresponde convencerla sino sólo informarla. Usted misma llegará a la evidencia.

MARÍA (*con cierta distracción*). — ¿Pero por qué, por qué me han hecho eso?

MARTA. — ¿En nombre de qué me interroga usted?

MARÍA (*en un grito*). — ¡En nombre de mi amor!

MARTA. — ¿Qué quiere decir esa palabra?

MARÍA. — Quiere decir todo lo que en este momento me desgarrar y me muerde, este delirio que abre mis manos para el crimen. Quiere decir mi alegría pasada, el dolor fresco que usted me trae. Si no fuera por la obstinada incredulidad que me queda en el corazón, aprendería usted, loca, lo que quiere decir esa palabra al sentir su rostro desgarrado por mis uñas.

MARTA. — Decididamente, habla usted un lenguaje que no entiendo. Apenas comprendo las palabras amor, alegría o dolor.

MARÍA (*con un gran esfuerzo*). — Escúcheme, dejemos el juego, si lo es. No nos perdamos en palabras vanas. Dígame, bien claro, lo que quiero saber, bien claro, antes de abandonarme.

MARTA. — Es difícil ser más clara de lo que lo he sido. Matamos a su marido anoche para quitarle el dinero, como ya lo hemos hecho con algunos viajeros.

MARÍA. — ¿Así que su madre y su hermana eran unas asesinas?

MARTA. — Sí, pero eso es asunto de ellas.

MARÍA (*siempre con el mismo esfuerzo*). — ¿Usted ya sabía que él era su hermano?

MARTA. — Para decirle la verdad, hubo un malentendido. Y si usted conoce un poco el mundo, no le sorprenderá.

MARÍA (*volviéndose hacia la mesa, con los puños contra el pecho y voz sorda*). — Oh, Dios mío, yo sabía que esta comedia tenía que resultar sangrienta, y que los dos recibiríamos castigo por habernos prestado a ella. La desgracia estaba en ese cielo. (*Se detiene delante de la viesa y habla sin mirar a MARTA.*) Él quería que ustedes lo reconocieran, quería volver a su casa, traerles la felicidad, pero no sabía dar con la palabra necesaria. Y mientras buscaba las palabras, lo mataron. (*Se echa a llorar.*) Y ustedes, como dos insensatas, ciegas al hijo maravilloso que volvía. . . porque era maravilloso; ¡no saben qué corazón orgulloso, qué alma exigente acaban de matar! Podía ser el orgullo de ustedes, como fué el mío. Pero, ¡ay!, usted era su enemiga, pues si no, ¿dónde encuentra fuerza suficiente para hablar con frialdad de lo que debiera arrojarla a la calle y arrancarle todos los gritos de la bestia?

MARTA. — No juzgue nada; usted no lo sabe todo. En este momento, mi madre ha ido a reunirse con su hijo. Los dos están pegados a las estacas de la represa y el agua, que empieza a roerlos, los empuja sin tregua contra la madera podrida. Pronto habrán de sacarlos y se encontrarán en la misma tierra. Pero no veo por qué esto ha de arrancarme gritos. Tengo otra idea del corazón humano, y, para decírselo de una vez, sus lágrimas me repugnan.

MARÍA (*volviéndose contra ella con odio*). — Son las lágrimas de

las alegrías perdidas para siempre, de la felicidad frustrada. Para usted es preferible al dolor seco que pronto sentiré y que podría matarla sin temblar.

MARTA. — Nada de eso me conmueve, y a decir verdad, sería poca cosa. Porque yo también he visto y oído bastante, y también decidí morir. Pero no quiero mezclarme con ellos. Y en realidad, ¿qué había de hacer con ellos? Los dejo entregados a su ternura recobrada, a sus oscuras caricias. Ni usted ni yo participamos en ellas, los dos nos son infieles para siempre. Afortunadamente me queda mi cuarto y la viga es sólida.

MARÍA. — Y, ¿qué me importa que usted muera o que se derrumbe el mundo entero si por culpa suya perdí al que amaba y ahora tengo que vivir en esta terrible soledad donde la memoria es un suplicio?

m

MARTA *se le acerca por detrás y le habla desde arriba.*

MARTA. — No exageremos. Usted ha perdido a su marido y yo he perdido a mi madre. Estamos en paz. Pero usted sólo lo perdió una vez, después de gozarlo muchos años y sin que él la haya rechazado. A mí mi madre me rechazó. Ahora está muerta y la perdí dos veces.

MARÍA. — Sí; quizá cayera en la tentación de compadecerla y de hacerla entrar en mi dolor si no supiese lo que le esperaba, a él, solo en su cuarto, en el mismo momento en que usted preparaba su muerte.

MARTA (*con acento súbitamente desesperado*). — También estoy en paz con su marido, porque conocí su angustia. Como él, creía tener mi casa. Me imaginaba que el crimen" era nuestro hogar y que nos había unido, a mi madre y a mí, para siempre. Y si no, ¿a quién podía volverme en el mundo, sino a ella, que había matado al mismo tiempo que yo? Pero me equivocaba. El crimen también es soledad, aunque sean mil a ejecutarlo. Y es justo que muera sola, después de vivir y matar sola.

MARÍA *se vuelve hacia ella bañada en lágrimas.*

MARTA *retrocede y recobra su dureza.*

No me toque, ya se lo he dicho. Al pensar que una mano humana puede imponerme su calor antes de morir, al pensar que cualquier cosa semejante a la horrible ternura de los hombres puede perseguirme todavía, siento que todos los furores de la sangre me suben a las sienes.

MARÍA *se ha levantado y están frente a frente, muy cerca una de otra.*

MARÍA. — No tema. La dejaré morir como desea. Porque me parece que con este dolor atroz que me aprieta el vientre, me llega una ceguera donde desaparece todo lo que me rodea. Y tanto su madre como usted nunca serán sino rostros fugaces, encontrados y perdidos en el curso de una tragedia que no acabará. No siento por usted ni odio ni compasión. Ya no puedo querer mi detestar a nadie. (*Oculto súbitamente el rostro entre las manos.*) Y en realidad, apenas he tenido tiempo de sufrir o rebelarme. La desgracia era mayor que yo.

MARTA, *que se ha vuelto y ha dado unos pasos hacia la puerta, regresa hacia MARÍA.*

MARTA. — Pero no tan grande, pues le ha dejado lágrimas. Y antes de abandonarla para siempre, veo que me queda algo por hacer. Me falta desesperarla.

MARÍA (*mirándola con espanto*). — ¡Oh! ¡Déjeme, vayase y déjeme!

MARTA. — Voy a dejarla, sí, y para mí también será un alivio: a duras penas soporto su amor y sus lágrimas. Pero no puedo morir dejándola convencida de que tiene razón, de que el amor no es en vano, y de que esto es un accidente. Porque ahora estamos dentro de la normalidad. Hay que convencerse.

MARÍA. — ¿Qué normalidad?

MARTA. — Ésa en la que nadie es reconocida nunca.

MARÍA (*enajenada*). — Qué me importa, casi no la entiendo. Mi corazón está desgarrado. Sólo le importa aquel a quien usted mató.

MARTA (*con violencia*). — ¡Cállese! No quiero oír hablar más de él, lo detesto. Ya no es nada para usted. Entró en la amarga morada donde el hombre queda exilado para siempre. ¡Imbécil! Tiene lo

que quería, encontró a la que buscaba. Ya estamos todos dentro de la normalidad. Comprenda que ni para él ni para nosotros, ni en la vida ni en la muerte, hay patria sin paz. (*Con una risa despreciativa.*) Porque no se puede llamar patria, ¿verdad?, a esa tierra densa, privada de luz, donde seremos alimento de animales ciegos.

MARÍA (*llorando*). — No puedo, no puedo soportar sus palabras. Y él tampoco las hubiera soportado. Había venido en busca de otra patria.

MARTA (*que ha llegado a la puerta, volviéndose bruscamente*). — ¡Esta locura ha recibido su pago. Pronto recibirá usted el suyo. (*Con la misma risa.*) Nos han estafado, ya se lo dije. ¿Para qué esa gran llamada al ser, ese alerta de las almas? ¿Por qué gritar al mar o al amor? Es irrisorio. Su marido conoce ahora la respuesta, esa morada espantosa donde al final estaremos apretados unos junto a otros. (*Con odio.*) Usted también la conocerá, y si entonces pudiera, recordaría con deleite el día de hoy en el cual, sin embargo, cree empezar el más desgarrador exilio. Comprenda que su dolor jamás igualará la injusticia que se comete con el hombre. Y para terminar, escuche mi consejo. Porque le debo un consejo, ya que he matado a su marido.

Ruegue a su dios que la haga semejante a la piedra. Es la felicidad que él se asigna, la única felicidad verdadera. Haga como él, vuélvase sorda a todos los gritos, sea como la piedra mientras hay tiempo. Pero si se siente demasiado cobarde para entrar en esta paz ciega, entonces venga a reunirse con nosotros en nuestra morada común. ¡Adiós, hermana mía! Todo es fácil, ya lo ve. Tiene que elegir entre la estúpida felicidad de los guijarros y el lecho viscoso donde la esperamos.

*Sale y* MARÍA, *que ha escuchado enajenada, vacila tendiendo las manos hacia adelante.*

MARÍA (*gritando*). — ¡Oh, Dios mío, no puedo vivir en este desierto! Te hablaré, sabré encontrar las palabras. (*Cae de rodillas.*) Porque a ti me encomiendo. ¡Ten piedad de mí, vuelve a mí tus

*El malentendido*

ojos! ¡Escúchame, Señor, dame tu mano! ¡Ten piedad de los que se aman y están separados!

*Se abre la puerta y aparece el* VIEJO CRIADO.

ESCENA IV

EL VIEJO (*con voz clara y firme*). — ¿Me llamó usted?

MARÍA (*volviéndose hacia él*). — ¡Oh, no sé Pero ayúdeme, porque necesito que me ayuden. ¡Apiádese, ayúdeme!

EL VIEJO. — ¡No!

TELÓN

# CALIGULA

*Pieza en cuatro actos*

## P E R S O N A J E S

CALÍGULA  
CESONIA  
HELICÓN  
ESCIPIÓN  
QUEREAS  
SENECTO, *el viejo patricio*  
MÉTELO  
LÉPIDO ? *Patricios*  
OCTAVIO J  
PATRICIO, *el intendente*  
MEREYA  
MUCIO  
PRIMER GUARDIA  
SEGUNDO GUARDIA  
PRIMER SERVIDOR  
SEGUNDO SERVIDOR  
TERCER SERVIDOR  
MUJER DE MUCIO  
PRIMER POETA  
SEGUNDO POETA  
TERCER POETA  
CUARTO POETA  
QUINTO POETA  
SEXTO POETA

*La acción transcurre en el palacio de Calígula.  
Hay un intervalo de tres años entre el primer acto y los siguientes.  
Estrenada en el Teatro Hébertot de París, en 1945.*

## ACTO I

### ESCENA I

*Grupo de patricios, entre ellos uno muy viejo, en una sala del palacio; dan muestras de nerviosidad.*

PRIMER PATRICIO. — Como siempre, nada.

EL VIEJO PATRICIO. — Nada a la mañana, nada a la noche.

SEGUNDO PATRICIO. — Nada desde hace tres días.

EL VIEJO PATRICIO. — Los correos parten, los correos vuelven. Me nean la cabeza y dicen: "Nada".

SEGUNDO PATRICIO. — Se ha recorrido toda la campiña; no hay nada que hacer.

PRIMER PATRICIO. — ¿Por qué inquietarse por anticipado? Espere-mos. Quizá vuelva como se fué.

EL VIEJO PATRICIO. — Yo lo vi salir del palacio. Tenía una mirada extraña.

PRIMER PATRICIO. — Yo también estaba y le pregunté qué le ocurría.

SEGUNDO PATRICIO. — ¿Respondió?

PRIMER PATRICIO. — Una sola palabra: "Nada".

*Pausa. Entra HELICÓN comiendo cebollas.*

SEGUNDO PATRICIO (*siempre nervioso*). — Es inquietante.

PRIMER PATRICIO. — Vamos, todos los jóvenes son así.

EL VIEJO PATRICIO. — Por supuesto, la edad barre con todo.

SEGUNDO PATRICIO. — ¿Os parece?

PRIMER PATRICIO. — Esperemos que olvide.

EL VIEJO PATRICIO. — ¡Claro! Por una que se pierde, se encuentran diez.

*Alb e r t Camus*

HELICÓN. — ¿De dónde sacáis que se trata de amor?

PRIMER PATRICIO. — ¿Y qué otra cosa puede ser? De todos modos, afortunadamente, las penas no son eternas. ¿Sois capaz de sufrir - más de un año?

SEGUNDO PATRICIO. — Yo no.

PRIMER PATRICIO. — Nadie tiene ese poder.

EL VIEJO PATRICIO. — La vida sería imposible.

PRIMER PATRICIO. — Ya lo veis. Mirad, perdí a mi mujer el año pasado. Lloré mucho y después olvidé. De vez en cuando, siento pena. Pero en suma, no es nada.

EL VIEJO PATRICIO. — La naturaleza hace bien las cosas.

*Entra QUEREAS.*

ESCENA II

PRIMER PATRICIO. — ¿Y?

QUEREAS. — Como siempre, nada.

HELICÓN. — Bueno, no perdamos la cabeza.

PRIMER PATRICIO. — Claro.

HELICÓN. — No perdamos la cabeza, es la hora del almuerzo.

EL VIEJO PATRICIO. — Es lógico, más vale pájaro en mano que cien volando.

QUEREAS. — No me gusta esto. Pero todo marchaba demasiado bien. El emperador era perfecto.

SEGUNDO PATRICIO. — Sí, era como es debido: escrupuloso e inexperto.

PRIMER PATRICIO. — Pero, ¿qué tenéis y por qué esos lamentos? Nada. Je impide continuar. Amaba a Drusila, por supuesto. Pero en fin de cuentas, era su hermana. Acostarse con ella ya era mucho. Pero trastornar a Roma porque ha muerto, pasa de la raya.

QUEREAS. — No importa. No me gusta esto y la huida no me dice nada bueno.

EL VIEJO PATRICIO. — Sí, no hay humo sin fuego.

PRIMER PATRICIO. — En todo caso, la razón de Estado no puede ad-

## Caligula

mitir un incesto que adopta visos de tragedia. Pase el incesto, pero discreto.

HELICÓN. — ¿Quién os dice que por Drusila?

SEGUNDO PATRICIO. — ¿Y entonces por quién?

HELICÓN. — Pues por nadie o por nada. Cuando todas las explicaciones son posibles, no hay en verdad motivos para elegir la más trivial o la más tonta.

*Entra el joven ESCIPIÓN. QUEREAS se le acerca.*

### ESCENA III

QUEREAS. — ¿Y?

ESCIPIÓN. — Nada todavía. Unos campesinos creyeron verlo anoche, cerca de aquí, corriendo entre la tormenta.

QUEREAS *vuelve hacia los senadores.* ESCIPIÓN *lo sigue.*

QUEREAS. — ¿Ya son tres días, Escipión?

ESCIPIÓN. — Sí. Yo estaba presente, siguiéndole como de costumbre. Se acercó al cuerpo de Drusila. Lo tocó con los dedos. Luego, como si reflexionara, se volvió y salió con paso uniforme. Desde entonces lo andamos buscando.

QUEREAS (*meneando la cabeza*). — A ese muchacho le gustaba demasiado la literatura.

SEGUNDO PATRICIO. — Es cosa de la edad.

QUEREAS. — Pero no de su rango. Un emperador artista es inconcebible. Tuvimos uno o dos, por supuesto. En todas partes hay ovejas sarnosas. Pero los otros tuvieron el buen *gusto* de limitarse a ser funcionarios.

PRIMER PATRICIO. — Es más descansado.

EL VIEJO PATRICIO. — Cada uno a su oficio.

ESCIPIÓN. — ¿Qué podemos hacer, Quereas?

QUEREAS. — Nada.

SEGUNDO PATRICIO. — Esperemos. Si no vuelve, habrá que reemplazarlo. Entre nosotros, no faltan emperadores.

PRIMER PATRICIO. — No, sólo faltan personalidades.

QUEREAS. — ¿Y si vee de mal talante?

PRIMER PATRICIO. — Vamos, todavía es un niño, lo haremos entrar en razón.

QUEREAS. — ¿Y si es sordo al razonamiento?

PRIMER PATRICIO (*ríe*). — Bueno, ¿no escribí, en mis tiempos, un tratado sobre el golpe de Estado?

QUEREAS. — ¡Por supuesto, si fuera necesario! Pero preferiría que me dejaran con mis libros.

ESCIPIÓN. — Excusadme.

*Sale.*

QUEREAS. — Está ofuscado.

EL VIEJO PATRICIO. — Es un niño. Los jóvenes son solidarios.

HELICÓN. — No tiene importancia.

*Aparece un GUARDIA:* "Han visto a Caligula en el jardín del Palacio". *Todos salen.*

#### ESCENA IV

*La escena permanece vacia unos instantes. CALÍGULA entra furtivamente por la izquierda. Tiene expresión de enajenado, está sucio, con el pelo empapado y las piernas manchadas. Se lleva varias veces la mano a la boca. Se acerca al espejo, deteniéndose en cuanto ve su propia imagen. Masfrutld palabras confusas, luego se sienta a la derecha, con los brazos colgando entre las rodillas separadas. HELICÓN entra por la izquierda. Al ver a CALÍGULA se detiene en el extremo del escenario y lo observa en silencio. CALÍGULA se vuelve y lo ve. Pausa.*

#### ESCENA V

HELICÓN (*de un extremo a otro del escenario*). — Buenos días, Cayo.

CALÍGULA (*con naturalidad*). — Buenos días, Helicón.

*Silencio.*

## Calígula

HELICÓN. — Pareces fatigado.

CALÍGULA. — Ke caminado mucho.

HELICÓN. — Sí, tu ausencia duró largo tiempo.

*Silencio.*

CALÍGULA. — Era difícil de encontrar.

HELICÓN. — ¿Qué cosa?

CALÍGULA. — Lo que yo quería.

HELICÓN. — ¿Y qué querías?

CALÍGULA (*siempre con naturalidad*). — La luna.

HELICÓN. — ¿Qué?

CALÍGULA. — Sí, quería la luna.

HELICÓN. — ¡Ah! (*Silencio. HELICÓN se acerca.*) ¿Para qué?

CALÍGULA. — Bueno... Es una de las cosas que no tengo.

HELICÓN. — Claro. ¿Y ya se arregló todo?

CALÍGULA. — No, no pude conseguirla.

HELICÓN. — Qué fastidio.

CALÍGULA. — Sí, por eso estoy cansado. (*Pausa.*) ¡Helicón!

HELICÓN. — SÍ, Cayo.

CALÍGULA. — Piensas que estoy loco.

HELICÓN. — Bien sabes que nunca pienso.

CALÍGULA. — Sí. ¡En fin! Pero no estoy loco y aún más: nunca he sido tan razonable. Simplemente, sentí en mí de pronto una necesidad de imposible. (*Pausa.*) Las cosas tal como son, no me parecen satisfactorias.

HELICÓN, — Es una opinión bastante difundida.

CALÍGULA. — Es cierto, Pero antes no lo sabía. Ahora lo sé. (*Siempre con naturalidad.*) El mundo, tal como está, no es soportable. Por eso necesito la luna o la dicha, o la inmortalidad, algo descabellado quizá, pero que no sea de este mundo.

HELICÓN. — Es un razonamiento que se tiene en pie. Pero en general no es posible sostenerlo hasta el fin.

CALÍGULA (*lev untándose y pero con la misma sencillez*). — Tú no sabes nada. Las cosas no se consiguen porque nunca se las sostiene hasta el fin. Pero quizá baste permanecer lógico hasta el fin.

(*Mira a HELICÓN.*) También sé lo que piensas. ¡Cuántas historias por la muerte de una mujer! Pero no es eso. Creo recordar, es cierto, que hace uno días murió una mujer a quien yo amaba. ¿Pero qué es el amor? Poca cosa. Esa muerte no significa nada, te lo juro; sólo es la señal de una verdad que me hace necesaria la luna. Es una verdad muy simple y muy clara, un poco tonta, pero difícil de descubrir y pesada de llevar.

HELICÓN. — ¿Y cuál es la verdad?

CALÍGULA (*apartado, en tono neutro*). — Los hombres mueren y no son felices.

HELICÓN (*después de la pausa*). — Vamos, Cayo, es una verdad a la que nos acomodamos muy bien. Mira a tu alrededor. No es eso lo que les impide almorzar.

CALÍGULA (*con súbito estallido*). — Entonces todo a mi alrededor es mentira, y yo quiero que vivamos en la verdad. Y justamente tengo los medios para hacerlos vivir en la verdad. Porque sé lo que les falta, Helicón. Están privados de conocimiento y les falta un profesor que sepa lo que dice.

HELICÓN. — No te ofendas, Cayo, por lo que voy a decirte. Pero deberías descansar primero.

CALÍGULA (*sentándose y con dulzura*). — No es posible, Helicón, ya nunca será posible.

HELICÓN. — ¿Y por qué no?

CALÍGULA. — Si duermo, ¿quién me dará la luna?

HELICÓN (*después de un silencio*). — Eso es cierto.

CALÍGULA *se levanta con visible esfuerzo*.

CALÍGULA. — Escucha, Helicón. Oigo pasos y rumor de voces. Guarda silencio y olvida que acabas de verme.

HELICÓN. — He comprendido.

CALÍGULA *se dirige hacia la salida. Se vuelve*.

CALÍGULA. — Y te lo ruego: en adelante ayúdame.

HELICÓN. — No tengo razones para no hacerlo, Cayo. Pero sé pocas cosas y pocas cosas me interesan. ¿En qué puedo ayudarte?

CALÍGULA . — En lo imposible.

## Caligula

HELICÓN. — Haré lo que pueda.

CALIGULA *sale. Entran rápidamente* ESCIPIÓN y CESONIA.

### ESCENA VI

ESCIPIÓN. — No hay nadie. ¿No lo viste, Helicón?

HELICÓN. — No.

CESONIA. — Helicón, ¿de veras no te dije nada antes de escapar?

HELICÓN. — No soy su confidente, soy su espectador. Es más prudente.

CESONIA. — Te lo ruego.

HELICÓN. — Querida Cesonia, Cayo es un idealista, todo el mundo lo sabe. Sigue su idea, eso es todo. Y nadie puede prever a dónde lo llevará. ¡Pero si me lo permitís, el almuerzo!

*Sale.*

### ESCENA VII

CESONIA *se sienta con cansancio.*

CESONIA. — Un guardia lo vio pasar. Pero Roma entera ve a Calígula por todas partes. Y Caligula en efecto, sólo ve su idea.

ESCIPIÓN. — ¿Qué idea?

CESONIA. — ¿Cómo puedo saberlo, yo, Escipión?

ESCIPIÓN. — ¿Drusila?

CESONIA. — ¿Quién puede decirlo? Pero en verdad la quería. En verdad es duro ver morir hoy lo que ayer estrechábamos en los brazos.

ESCIPIÓN (*tímidamente*). — ¿Y tú?

CESONIA. — Oh, yo soy la antigua querida.

ESCIPIÓN. — Cesonia, hay que salvarlo.

CESONIA. — ¿Así que lo amas?

ESCIPIÓN. — Lo amo. Era bueno conmigo. Me alentaba y sé de memoria ciertas palabras tuyas. Me decía que la vida no es fácil, pero que están la religión, el arte, el amor que inspiramos. Repe-

tía a menudo eme hacer sufrir es la única manera de equivocarse. Quería ser un hombre justo.

CESONIA (*levantándose*). — Era un niño. (*Se dirige hacia el espejo y se mira.*) Nunca tuvo otro dios que mi cuerpo y a este dios quisiera rezar hoy para que Cayo me fuese devuelto.

*Entra CALIGULA. Al ver a CESONIA y a ESCIPIÓN, vacila y retrocede. En el mismo instante entran por el lado opuesto los PATRICIOS y el INTENDENTE de palacio. Se detienen, cortados. CESONIA se vuelve. Ella y ESCIPIÓN corren hacia CALÍGULA. Él los detiene con un ademán.*

### ESCENA VIII

EL INTENDENTE (*con voz insegura*). — Te. . . te buscábamos, <\$\$&[].

CALÍGULA (*con voz breve y cambiada*). — Ya lo veo.

EL INTENDENTE. — Nosotros... es decir. . .

CALÍGULA (*brutalmente*). — ¿Qué queréis?

EL INTENDENTE. — Estábamos inquietos, César.

CALÍGULA (*acercándosele*). — ¿Con qué derecho?

EL INTENDENTE. — ¡Oh!. . . (*Súbitamente inspirado y muy rápido.*) En fin, de todos modos, bien sabes que debes arreglar algunas cuestiones concernientes al Tesoro Público.

CALÍGULA (*con un acceso de risa inextinguible*). — ¿El Tesoro? Pero es cierto, claro, el Tesoro; es fundamental.

EL INTENDENTE. — Cierto, César.

CALÍGULA (*siempre riendo, a CESONIA*). — ¿No es verdad, querida, que es muy importante el Tesoro?

CESONIA. — No, Calígula, es una cuestión secundaria.

CALÍGULA. — Pero es que tú no entiendes nada. El Tesoro tiene un poderoso interés. Todo es importante; ¡las finanzas, la moral pública, la política exterior, el abastecimiento del ejército y las leyes agrarias! Todo es fundamental. Todo está en el mismo plano: la grandeza de Roma y tus crisis de artritis ¡Ah! Me ocuparé de todo. Escúchame un poco, intendente.

## Calígula

EL INTENDENTE. — Te escuchamos.

Los PATRICIOS se adelantan.

CALÍGULA. — ¿Me eres fiel, verdad?

EL INTENDENTE (*en tono de reproche*). — ¡César!

CALÍGULA. — Bueno, pues tengo un plan que proponerte. Vamos a revolucionar la economía política en dos tiempos. Te lo explicaré, intendrnte . . . cuando hayan salido los patricios.

Los PATRICIOS salen.

## ESCENA IX

CALÍGULA se sienta pinto a CESONIA.

CALÍGULA. — Escúchame bien. Primer tiempo. Todos los patricios, todas las personas del Imperio que dispongan de cierta fortuna •—pequeña o grande, es exactamente lo mismo— están obligados a desheredar a sus hijos y testar de inmediato a favor del Estado.

EL INTENDENTE. — Pero César. . .

CALÍGULA. — No te he concedido aún la palabra. Conforme a nuestras necesidades, haremos morir a esos personajes siguiendo el orden de una lista establecida arbitrariamente. Llegado el momento podremos modificar ese orden, siempre arbitrariamente. Y here-daremos.

CESONIA (*apartándose*). — ¿Qué te pasa?

CALÍGULA (*imperturbable*). — El orden de las ejecuciones no tiene en efecto, ninguna importancia. O más bien, esas ejecuciones tienen todas la misma importancia, lo que demuestra que no la tienen. Por lo demás, son tan culpables unos como otros. {Al INTENDENTE, *con rudeza*.) Ejecutarás esas órdenes sin tardanza. Todos los habitantes de Roma firmarán los testamentos esta noche, en un mes a más tardar los de provincias. Envía correos.

EL INTENDENTE. — César, no te das cuenta. . .

CALÍGULA. — Escúchame bien, imbécil. Si el Tesoro tiene importancia, la vida humana no la tiene. Está claro. Todos los que piensan como tú deben admitir este razonamiento y considerar

que la vida no vale nada, ya que el dinero lo es todo. Entre tanto, yo he decidido ser lógico, y como tengo el poder, veréis lo que os costará la lógica. Exterminaré a los opositores y la oposición. Si es necesario, empezaré por ti.

EL INTENDENTE. — César, mi buena voluntad no admite duda, te lo juro.

CALÍGULA. — Ni la mía, puedes creerme. La prueba es que consiente en adoptar tu punto de vista y considerar el Tesoro público como un objeto de meditación. Es suma, agradéceme, pues intervengo en tu juego y utilizo tus cartas. (*Pausa, luego, con calma.*) Además mi plan, por su sencillez, es genial, lo cual cierra el debate. Tienes tres segundos para desaparecer. Cuento: uno. . .

*El INTENDENTE desaparece.*

#### ESCENA X

CESONIA. — ¡No te reconozco! Es una broma, ¿verdad?

CALÍGULA. — No es exactamente eso, Cesonia. Es pedagogía.

ESCIPIÓN. — ¡No es posible, Cayo!

CALÍGULA. — ¡Justamente!

ESCIPIÓN. — No te comprendo.

CALÍGULA. — ¡Justamente! Se trata de lo que no es posible, o más bien, de hacer posible lo que no lo es.

ESCIPIÓN. — Pero ese juego no tiene límites. Es la diversión de un loco.

CALÍGULA. — No, Escipión, es la virtud de un emperador. (*Se echa hacia atrás con un gesto de fatiga.*) ¡Ah, hijos míos! Acabo de comprender por fin la utilidad del poder. Da oportunidades a lo imposible. Hoy, y en los tiempos venideros, mi libertad no tendrá fronteras.

CESONIA (*tristemente*). — No sé si hay que alegrarse, Cayo.

CALÍGULA. — Tampoco yo lo sé. Pero supongo que de eso habrá que vivir.

*Entra QUEREAS.*

## Calígula

### ESCENA XI

QUEREAS. — Supe tu regreso. Hago votos por tu salud.

CALÍGULA. — Mi salud te lo agradece. (*Pausa; de improviso.*) Vete, Quereas, no quiero verte.

QUEREAS. — Me sorprendes, Cayo.

CALÍGULA. — No te sorprendas. No me gustan los literatos y no puedo soportar la mentira.

QUEREAS. — Si mentimos, es sin saberlo muchas veces. No me considero culpable.

CALÍGULA. — La mentira nunca es inocente. Y la vuestra da importancia a los seres y a las cosas. Eso es lo que no puedo perdonaros.

QUEREAS. — Y sin embargo, no hay más remedio que abogar por este mundo, si queremos vivir en él.

CALÍGULA. — No aboges, la causa está juzgada. Este mundo no tiene importancia, y quien así lo entienda conquista su libertad. (*Se ha levantado.*) Y justamente' os odio porque no sois libres. En todo el Imperio romano soy el único libre. Regocijaos, por fin ha llegado un emperador que os enseñará la libertad. Vete, Quereas, y tú también, Escipión, pues, ¿qué es la amistad? Id a anunciar a Roma que le ha sido restituida la libertad y que con ella empieza una gran prueba.

*Salen.* CALÍGULA *se ha vuelto.*

### ESCENA XII

CESONIA. — ¿Lloras?

CALÍGULA. — Si, Cesonia.

CESONIA. — Pero al fin, ¿qué ha cambiado? Si es cierto que amabas a Drusila, la amabas al mismo tiempo que a mí y a muchas otras. Eso no basta para que su muerte te arroje tres días y tres noches al campo y te devuelva con ese rostro enemigo.

CALÍGULA (*se vuelve*). — ¿Quién te habla de Drusila, loca? ¿No puedes imaginar que un hombre lllore por algo que no sea el amor?

CESONIA. — Perdón, Cayo. Pero trato de comprender.

CALÍGULA. — Los hombres lloran porque las cosas no son lo que deberían ser. (*Ella se le acerca.*) Deja, Cesonia. (*Cesonia retrocede.*) Pero quédate cerca.

CESONIA. — Haré lo que quieras. (*Se sienta.*) A mi edad se sabe que la vida no es buena. Pero si hay mal en la tierra, ¿a qué querer aumentarlo?

CALÍGULA. — Tú no puedes comprender. ¿Qué importa? Quizá salga de esto. Pero siento subir en mi ser sin nombre. ¿Qué haré contra ellos? (*Se vuelve hacia CESONIA.*); Oh, Cesonia! Yo sabía que era posible estar desesperado, pero ignoraba el significado de esta palabra. Creía, como todo el mundo, que era una enfermedad del alma. Pero no, el cuerpo es el que sufre. Me duelen la piel, el pecho, los miembros. Tengo la cabeza vacía y el estómago revuelto. Y lo más atroz es este gusto en la boca. Ni de sangre, ni de muerte, ni de fiebre, sino de todo a la vez. Basta que mueva la lengua para que todo se ponga negro y los seres me repugnen. ¡Qué duro, qué amargo es hacerse hombre!

CESONIA. — Hay que dormir, dormir mucho, dejarse llevar y no cavilar más. Velaré tu sueño. Al despertar, el mundo recobrará su sabor para ti. Que tu poder sirva entonces para amar lo que aún puede ser amado. Lo posible también merece una oportunidad.

CALÍGULA. — Pero para eso se necesita el sueño, la despreocupación. No es posible.

CESONIA. — Es lo que uno cree cuando está rendido de fatiga. Llega el momento en que la mano vuelve a ser firme.

CALÍGULA. — Pero hay que saber dónde posarla. ¿Y qué me importa una mano firme, de qué me sirve este asombroso poder si no puedo cambiar el orden de las cosas, si no puedo hacer que el sol se ponga por el este que el sufrimiento decrezca y que los que nacen no mueran? No, Cesonia, es indiferente dormir o permanecer despierto si no tengo influencia sobre el orden de este mundo.

## Calígula

CESONIA.—Pero eso es querer igualarse a los dioses. No conozco locura peor.

CALÍGULA.—También tú me crees loco. Y sin embargo, ¿qué es un dios para que yo desee igualarme a él? Lo que deseo hoy con todas mis fuerzas está por encima de los dioses. Tomo a mi cargo un reino donde lo imposible es rey.

CESONIA.—No podrás hacer que el cielo no sea cielo, que un rostro hermoso se vuelva feo, un corazón humano, insensible.

CALÍGULA (*con exaltación creciente*). — Quiero mezclar el cielo con el mar, confundir fealdad y belleza, hacer brotar la risa del sufrimiento.

CESONIA (*erguida delante de él y suplicante*). — Hay lo bueno y lo malo, lo grande y lo bajo, lo justo y lo injusto. Te aseguro que todo esto no cambiará.

CALÍGULA (*en el mismo tono*). — Mi voluntad es cambiarlo. Haré a este siglo el don de la igualdad. Y cuando todo esté nivelado, lo imposible al fin en la tierra, la luna en mis manos, entonces quizá yo mismo esté transformado y el mundo conmigo; entonces, al fin, los hombres no morirán y serán dichosos.

CESONIA (*en un grito*). — No podrás negar el amor.

CALÍGULA (*estallando y con voz llena de rabia*).— ¡El amor, Cesonia! *{La toma por los hombros y la sacude.}* He aprendido que no es nada. El otro tiene razón: ¡el Tesoro público! Lo oíste, ¿verdad? Todo empieza con eso. ¡Ah, por fin voy a vivir ahora! Vivir, Cesonia, vivir es lo contrario de amar. Te lo digo yo y te invito a una fiesta sin medida, a un proceso general, al más bello de los espectáculos. Y necesito gente, espectadores, víctimas y culpables.

*Se precipita hacia el gong y empieza a darle, sin tregua, golpes redoblados.*

CALÍGULA (*sin dejar de golpear*). — Haced entrar a los culpables. Necesito culpables. Y todos lo son. *{Siempre golpeando.}* Quiero que entren los condenados a muerte. ¡Público, quiero tener público! ¡Jueces, "testigos, acusados, todos condenados de antemano!

¡Ah, Cesonia, les mostraré lo que nunca han visto, el único hombre libre de este imperio!

*Al sonido del gong, el palacio se llena poco a poco de rumores que aumentan y se acercan. Voces, ruidos de armas, pasos y patataleos.* CALÍGULA *ríe y sigue golpeando. Los guardias entran y salen.*

CALÍGULA (*golpeando*). — Y tú, Cesonia, me obedecerás. Me ayudarás siempre. Será maravilloso. Jura que me ayudarás, Cesonia.

CESONIA (*enajenada, entre dos golpes de gong*). — No necesito jurar, porque te amo.

CALÍGULA (*siempre golpeando*). — Harás todo lo que te diga.

CESONIA (*en el mismo tono*).—Todo, Calígula, pero detente.

CALÍGULA (*golpeando*). — Serás cruel.

CESONIA (*llorando*). — Cruel.

CALÍGULA (*golpeando*).—Fría e implacable.

CESONIA. — Implacable.

CALÍGULA (*siempre golpeando*). — También sufrirás.

CESONIA. — Sí, Calígula, pero enloquezco.

*Entran PATRICIOS estupefactos, y con ellos las gentes del palacio.*

CALÍGULA *da un último golpe, levanta el mazo, se vuelve hacia ellos y los llama.*

CALÍGULA (*fuera de sí*). — Venid todos. Acercaos. Mando que os acerquéis. (*Patalea.*) Un emperador exige que os acerquéis. (*Todos avanzan, llenos de temor.*) Venid en seguida. Y ahora acércate, Cesonia. (*La toma de la mano, la lleva junto al espejo y con el mazo, borra frenéticamente una imagen sobre la superficie bruñida. Ríe.*) Nada, ya ves. ¡Ni un recuerdo, todos los rostros han huido! ¡Nada, nada más! ¿Y sabes lo que queda? Acércate un poco más. Mira. Acercaos. Mirad.

*Se planta delante del espejo en una actitud demente.*

CESONIA (*mirando el espejo, con espanto*). — ¡Calígula!

CALÍGULA *cambia de tono, apoya el dedo en el espejo y con la mirada súbitamente fija, dice con voz triunfante:*

CALÍGULA. — ¡Calígula!

TELÓN

## ACTO II

### ESCENA I

*Reunión de PATRICIOS en casa de QUEREAS*

PRIMER PATRICIO. — Insulta nuestra dignidad.

EL VIEJO PATRICIO. — ¡Me llama mujercita! ¡Me ridiculiza! ¡Muera!

PRIMER PATRICIO. — ¡Nos hace correr todas las noches alrededor de su litera cuando sale a pasear por el campo!

SEGUNDO PATRICIO. — Y nos dice que correr es bueno para la salud.

EL VIEJO PATRICIO. — No hay disculpa.

TERCER PATRICIO. — No, es imperdonable.

PRIMER PATRICIO. — Patricio, confiscó tus bienes; Escipión, mató a tu padre; Octavio, raptó a tu mujer y ahora la hace trabajar en su prostíbulo; Lépido, mató a tu hijo: ¿Vais a tolerar esto? Por mi parte, ya he elegido. Entre el riesgo y esta vida insostenible con el temor y la impotencia, no puedo vacilar.

ESCIPIÓN. — Al matar a mi padre, eligió por mí.

PRIMER PATRICIO. — ¿Dudaréis todavía?

UN CABALLERO. — Estamos contigo. Ha dado al pueblo nuestros asientos en el circo y nos ha obligado a luchar con la plebe para castigarnos mejor después.

EL VIEJO PATRICIO. — Es un cobarde.

SEGUNDO PATRICIO. — Un cínico.

TERCER PATRICIO. — Un comediante.

EL VIEJO PATRICIO. — Es un impotente.

*Tumulto desordenado. Hay Mandir de armas. Cae una antorcha.*

*Se vuelca una mesa. Todo el mtindo se precipita hacia la salida. Pero entra QUEREAS, imposable\* y detiene este arrebató.*

ESCENA II

QUEREAS. — ¿A dónde corréis de esa manera?

UN PATRICIO. — Al palacio.

QUEREAS. — Comprendo. ¿Pero creéis que os dejarán entrar?

EL PATRICIO. — No es cuestión de pedir permiso.

QUEREAS. — Lépido, ¿quieres cerrar esa puerta?

*Cierran la puerta. QUEREAS se acerca a la mesa volcada y se sienta en una de las esquinas, mientras todos se vuelven hacia él.*

QUEREAS — No es tan fácil como lo creéis, amigos míos. El miedo que sentís no puede hacer las veces de coraje y sangre fría. Todo esto es prematuro.

UN CABALLERO. — Si no estás con nosotros, vete, pero cierra la boca.

QUEREAS. — Sin embargo, creo que estoy con vosotros. Pero no por las mismas razones.

UNA vox. — ¡Basta de charla!

QUEREAS (*poniéndose de pie*). — Sí, basta de charla. Quiero las cosas claras. Pues aunque estoy con vosotros, no estoy por vosotros. Porque vuestro método no me parece buen. No habéis reconocido al verdadero enemigo, ya que le atribuíis pequeños motivos. Sólo los tiene grandes, y corréis a la perdición. Vedlo ante todo como es, podréis combatirlo mejor.

UNA voz. — Lo vemos como es: ¡el más insensato de los tiranos!

QUEREAS. — No. Ya conocimos emperadores locos. Pero éste no es bastante loco. Y lo detesto pues sabe lo que quiere.

PRIMR PATRICIO. — Quiere la muerte de todos nosotros.

QUEREAS — No, porque eso es secundario. Pone su poder al servicio de una pasión más elevada y mortal, nos amenaza en lo más profundo que tenemos. Y sin duda no es la primera vez que entre nosotros un hombre dispone de poder sin límites, pero por primera vez lo utiliza sin límites, hasta negar el hombre *j e!*

## Calígula

mundo. Eso es lo que me aterra en él y lo que quiero combatir. Perder la vida es poca cosa, y no me faltará va'or cuando sea necesario. Pero ver cómo desaparece el sentido de esta vida, la razón de nuestra existencia es insoportable. No se puede vivir sin razones.

PRIMER PATRICIO. — La venganza es una razón.

QUEREAS. — Sí, y la compartiré con vosotros. Pero sabed que no lo hago para ponerme de parte de vuestras pequeñas humillaciones. Lo hago para luchar contra una gran idea cuya victoria significaría el fin del mundo. Puedo admitir que os pongan en ridículo; no puedo aceptar que Calígula haga lo que sueña y todo lo que sueña. Transforma su filosofía en cadáveres, y para desgracia nuestra, es una filosofía sin objeciones. No queda otro remedio que golpear cuando la refutación no es posible.

UNA VOZ. —Entonces, hay que obrar.

QUEREAS. — Hay que obrar. Pero no destruiréis esa potencia injusta afrontándola mientras está en pleno vigor. Se puede combatir la tiranía, pero hay que emplear astucia con la maldad desinteresada. Es preciso seguirle la corriente, esperar que la lógica se convierta en demencia. Pero una vez más, y no hablo sino por honestidad, sabed que estoy con vosotros durante un tiempo. No serviré después a ninguno de vuestros intereses, deseoso tan sólo de recobrar la paz en un mundo de nuevo coherente. No me mueve la ambición, sino un miedo razonable, el miedo a ese lirismo inhumano ante el cual mi vida no es nada.

PRIMER PATRICIO (*adelantándose*). — Creo haber comprendido, más o menos. Pero lo esencial es que en tu opinión, como en la nuestra, las bases de la sociedad están minadas. Para nosotros, ¿verdad?, la cuestión es ante todo moral. La familia tiembla, el respeto al trabajo se pierde, la patria entera está entregada a la blasfemia. La virtud nos pide socorro: ¿nos negaremos a escucharla? Conjurados: ¿aceptaréis que los patricios se vean obligados a correr todas las noches alrededor de *h-OpcA*, del César?

SEGUNDO PATRICIO. — ¿Permitiréis que los llamen "mi querida"?

UNA VOZ. — ¿Que les quiten sus mujeres?

OTRA. — ¿Y su dinero?

CLAMOR GENERAL. — ¡No!

PRIMER PATRICIO. — Quereas, has hablado bien. Asimismo, hiciste bien en calmarnos. Es demasiado pronto para obrar; el pueblo aún estaría contra nosotros. ¿Quieres esperar con nosotros el momento oportuno?

QUEREAS. — Sí, dejemos que Calígula continúe. Por el contrario, alentémoslo. Organicemos su locura. Llegará el día en que esté solo frente a un imperio lleno de muertos y de parientes de muertos.

*Clamor general. Afuera, trompetas. Silencio. Luego, de boca en boca, un nombre: Calígula.*

### ESCENA III

*Entran CALIGULA y CESONIA, seguidos por HELICÓN y soldados. Escena muda. CALÍGULA se detiene y mira a los conjuradas. Ya de uno a otro en silencio, a uno le arregla un huçle, retrocede para contemplar a otro, los mira una vez más, se pasa la mano por los ojos y sale sin decir una palabra.*

### ESCENA IV

CESONIA (*irónica, mostrando el desorden*). — ¿Peleabais?

QUEREAS. — Peleábamos.

CESONIA (*siempre irónica*). — ¿Y por qué peleabais?

QUEREAS. — Por nada.

CESONIA. — ¿Entonces no es cierto?

QUEREAS. — ¿Qué no es cierto?

CESONIA. — No peleabais.

QUEREAS. — Entonces no peleábamos.

CESONIA (*sonriente*). — Acaso fuera preferible ordenar las habitaciones. Calígula detesta el desorden.

## Caligula

HELICÓN (*al viejo patricio*).— ¡Acabaréis por sacar de sus casillas a ese hombre!

EL VIEJO PATRICIO. — ¿Pero qué le hemos hecho?

HELICÓN. — Nada, justamente. Es inaudito ser insignificantes hasta tal punto. Termina por resultar insoportable. Poneos en el lugar de Caligula. (*Una pausa.*) Naturalmente, conque conspirando un poquito, ¿no?

EL VIEJO PATRICIO. — Vamos, eso es falso. ¿Qué es lo que cree Caligula?

HELICÓN. — No lo cree, lo sabe. Pero supongo que en el fondo lo desea un poco. Vamos, ayudemos a reparar el desorden.

*Se ponen a la tarea.* CALÍGULA *entra y observa.*

### ESCENA V

CALÍGULA (*al VIEJO PATRICIO*). — Buenos días, mi querida. (*A los otros.*) Señores, me aguarda una ejecución. Pero he decidido cobrar fuerzas en tu casa antes, Quereas. Acabo de dar órdenes para que nos traigan víveres. Mucio, me he permitido invitar a tu mujer. (*Una pausa.*) Rufio tiene la suerte de que yo siempre esté tan dispuesto a sentir hambre. (*Confidencial.*) Rufio es el caballero que ha de morir. (*Una pausa.*) ¿No me preguntáis por qué ha de morir? (*Silencio general. Entre tanto, los esclavos han puesto la mesa y traído víveres. De buen humor.*) Vamos, veo que os volvéis inteligentes. (*Mordisquea una aceituna.*) Acabasteis por comprender que no es necesario haber hecho algo para morir. (*Deja de mordisquear y mira a los invitados con aire burlón.*) Soldados, estoy contento de vosotros. (*Entra la mujer de Mucio.*) Vamos, sentémonos. Al azar. Nada de protocolo. (*Todo el mundo se sienta.*) Con todo, ese Rufio tiene suerte. Y estoy seguro de que no aprecia esta pequeña tregua. Sin embargo, unas horas ganadas a la muerte son inestimables.

*Come, los otros también. Es evidente que CALÍGULA se comporta mal en la mesa. Nada lo obliga a arrojar los carozos de las aceitunas*

en el plato de sus vecinos inmediatos, ni a escupir los restos de carne en el plato, ni a escarbarse los dientes con las uñas, ni a rascarse la cabeza frenéticamente. Son hazañas que hará, sin embargo, durante la comida, con sencillez. Vero bruscamente deja de comer y mira a uno de los convidados, LÉPIDO, con insistencia.

CALIGULA (*brutalmente*). — Pareces de mal humor. ¿Será porque hice morir a tu hijo?

LÉPIDO (*con la garganta apretada*). — No, Cayo, al contrario.

CALIGULA (*resplandeciente*). — ¡Al contrario! Ah, cómo me gusta que el rostro desmienta las inquietudes del corazón. Tu rostro está triste. Pero, ¿y tu corazón? Al contrario, ¿verdad, Lépido?

LÉPIDO (*resueltamente*). — Al contrario, César.

CALÍGULA (*cada vez más feliz*). — Ah, Lépido, a nadie quiero más que a ti. Riamos juntos, ¿quieres? Y cuéntame algo divertido.

LÉPTDO (*que ha sobreestimado sus fuerzas*).— ¡Cayo!

CALÍGULA. — Bueno, bueno, contaré yo, entonces. Pero te reirás. ¿no es cierto, Lépido? (*Con mirada maligna.*) Aunque más no sea por tu segundo hijo. (*De nuevo risueño.*) Por otra parte, no estás de mal humor. (*Bebe; luego, dictando.*) Al..., al... Vamos, Lépido.

LÉPIDO (*con cansancio*). — Al contrario, Cayo.

CALÍGULA. — En buena hora. (*Bebe.*) Ahora, escucha. (*Soñador.*) Había una vez un pobre emperador a quien nadie quería. Él, que amaba a Lépido, hizo matar al hijo más pequeño de éste, para arrancarse ese amor del corazón. (*Cambiando de tono.*) Naturalmente, no es cierto. Gracioso, ¿verdad? No te ríes. ¿Nadie ríe? Escuchad entonces. (*Con violenta cólera.*) Quiero que todo el mundo ría. Tú, Lépido, y todos los demás. Levantaos, reíd. (*Golpea en la mesa.*) Lo quiero, ¿oís?, quiero veros reír.

*Todo el mundo se levanta. Durante la escena entera, los actores, salvo CALÍGULA y CSONIA, actuarán como títeres.*

CALÍGULA (*tendiéndose en el lecho, resplandeciente, con una risa irresistible*). — No. Pero míralos, Cesonía. Nada. La honestidad la respetabilidad, el qué dirán, la sabiduría de las naciones, nada

## Calígula

significa ya nada. Todo desaparece ante el miedo. El miedo, ¿eh, Cesonia?, ese hermoso sentimiento, sin mezcla, puro y desinteresado, uno de los pocos que obtienen su nobleza del vientre.

*(Se pasa la mano por la frente y bebe. En tono amistoso.)* Ahora hablemos de otra cosa. Vamos, Quereas, estás muy silencioso.

QUEREAS. — Estoy dispuesto a hablar, Cayo. En cuanto lo permitas.

CALÍGULA. — Perfecto. Entonces, cállate. Me gustaría oír a nuestro amigo Mucio.

Mucio *(a regañadientes)*. — A tus órdenes, Cayo.

CALÍGULA. — Bueno, pues habíanos de tu mujer. Y empieza por mandarla a mi derecha.

*La mujer de Mucio se acerca a Calígula.*

CALÍGULA. — Eh, Mucio, te estamos esperando.

Mucio *(un poco perdido)*. — Mi mujer. . . pero yo la quiero.

*Risa general.*

CALÍGULA. — Claro, amigo mío, claro. ¡Pero qué vulgar!

*Ya tiene a la mujer a su lado y le lame distraído el hombro izquierdo.*

CALÍGULA *(cada vez más a sus anchas)*. — En realidad, cuando entré estabais conspirando, ¿no es así? Marchaba la conspiracioncita, ¿eh?

EL VIEJO PATRICIO.—Cayo, ¿cómo puedes. . .?

CALÍGULA. — No tiene importancia, preciosa. La vejez es así. No tiene importancia, de veras. Sois incapaces de un acto valiente. Ahora recuerdo que debo resolver algunas cuestiones de Estado. Pero antes demos satisfacción a los deseos imperiosos que nos crea la naturaleza.

*Se levanta y lleva a la mujer de Mucio a una habitación vecina.*

## ESCENA VI

*Mucio hace ademán de levantarse.*

CESONIA *(amablemente)*. — Oh, Mucio, volvería a tomar de ese vino excelente.

Mucio, *dominado, le sirve en silencio. Momento penoso. Las sillas crujen. El diálogo siguiente es un poco acompasado.*

CESONIA. — Bueno, Quereas, ¿y si me dijeras ahora por qué luchabas hace un rato?

QUEREAS (*fríamente*). — Todo fué, Cesonia, porque discutíamos sobre si la poesía debe ser asesina o no.

CESONIA. — Es muy interesante. Sin embargo- excede mi entendimiento de mujer. Pero me admira que vuestra pasión por el arte os lleve a cambiar golpes.

QUEREAS (*siempre frío*). — Es cierto. Pero Caligula me decía que no hay pasión profunda sin cierta crueldad.

CESONIA (*comiendo*). — Hay cierta verdad en esa opinión. ¿No os parece?

EL VIEJO PATRICIO. — Caligula es un fino psicólogo.

PRIMER PATRICIO. — Nos habló con elocuencia" del coraje.

SEGUNDO PATRICIO.—Debería resumir todas sus ideas. Sería inestimable.

QUEREAS. — Sin contar que le proporcionaría una distracción. Pues es evidente que la necesita.

CESONIA (*siempre comiendo*). — Os encantará saber que lo pensó y está escribiendo en este momento un gran tratado.

## ESCENA VII

*Entran CALÍGULA y la mujer de Mucio*

CALÍGULA. — Mucio, te devuelvo a tu mujer. Pero perdonadme, tengo que dar algunas instrucciones. (*Sale rápidamente.*)

MUCIO, *pálido, se ha puesto de pie.*

## ESCENA VIII

CESONIA (*a Mucio que ha permanecido de pie*). — Ese gran tratado igualará a los más célebres, Mucio, no lo dudamos.

Mucio (*mirando siempre la puerta por la cual ha desaparecido CALÍGULA*). — ¿Y de qué trata, Cesonia?

## Calígula

CESONIA (*indiferente*). — Ah, es superior a mi entendimiento.

QUEREAS. — Entonces debemos inferir que trata del poder asesino de la poesía.

CESONIA. — Así es, creo.

EL VIEJO PATRICIO (*con jovialidad*). — Bueno, eso lo distraerá, como decía Quereas.

CESONIA. — Sí, preciosa. Pero lo que sin duda os molestará un poco es el título de la obra.

QUEREAS. — ¿Cuál es?

CESONIA. — "La espada".

### ESCENA IX

#### *Entra rápidamente* CALÍGULA

¿CALÍGULA. — Perdonad, pero los asuntos de Estado son urgentes. (*Al intendente.*) Intendente, harás cerrar los graneros públicos. Acabo de firmar el decreto. Lo encontrarás en la cámara.

EL INTENDENTE. — Pero. . .

CALÍGULA. — Mañana habrá hambre.

EL INTENDENTE. — Pero el pueblo va a protestar.

CALÍGULA (*con fuerza y precisión*). — Digo que habrá hambre mañana. Todo el mundo conoce el hambre, es una calamidad. Mañana habrá calamidad. . . y detendré la calamidad cuando me plazca. (*Explica a los demás.*) Después de todo, no tengo tantos modos de probar que soy libre. Siempre se es libre a expensas de alguien. Es fastidioso, pero normal. (*Con una ojeada a Mu cío.*) Aplicad este pensamiento a los celos y veréis. (*Pensativo.*) Con todo, ¡qué feo es ser celoso! ¡Sufrir por vanidad y por imaginación! Ver a la mujer de uno. . .

*Mucio aprieta los puños y abre la boca.*

CALÍGULA (*muy rápido*). — Comamos, señores. ¿Sabéis que trabajamos firme con Helicón? Estamos perfeccionando un tratadito sobre la ejecución; ya me diréis qué tal.

HELICÓN. — Suponiendo que os pidan vuestra opinión.

CALÍGULA. — ¡Seamos generosos, Helicón! Descubrámosles nuestros secretitos. Vamos, sección III, parágrafo primero.

HELICÓN (*se pone de pie y recita mecánicamente*). — "La ejecución alivia y libera. Es tan universal, fortalecedora y justa en sus aplicaciones como en su intención. Muere el que es culpable. Se es culpable por ser súbdito de Calígula. Ahora bien, todo el mundo es súbdito de Calígula. Luego todo el mundo es culpable. De donde resulta que todo el mundo muere. Es cuestión de tiempo y de paciencia."

CALIGULA (*riendo*). — ¿Qué os parece? Paciencia, ¿eh?, qué hallazgo. ¿Queréis que os lo diga?: es lo que más admiro en vosotros. Ahora, señores, podéis disponer. Quereas ya no os necesita. ¡Sin embargo, que se quede Cesonia! ¡Y Lépido! Mereya también. Quisiera discutir con vosotros la organización de mi prostíbulo. Me causa grandes preocupaciones.

*Los otros salen lentamente. CALIGULA sigue a Mucio con la mirada.*

#### ESCENA X

QUEREAS. — A tus órdenes, Cayo. ¿Hay algo que no marcha? ¿El personal es malo?

CALÍGULA. — No, pero las entradas no son buenas.

MEREYA. — Hay que aumentar las tarifas.

CALÍGULA. — Mereya, acabas de perder una ocasión de callarte. Dada tu edad, estas cuestiones no te interesan y no te pido opinión.

MEREYA. — Entonces, ¿por qué me has hecho quedarme?

CALÍGULA. — Porque en seguida necesitaré una opinión desapasionada.

MEREYA *se aparta*.

QUEREAS. — Si puedo hablarte del asunto con pasión, Cayo, diré que no hay que tocar las tarifas.

CALÍGULA. — Naturalmente, claro. Pero necesitamos aumentar las ganancias. Y ya expliqué mi plan a Cesonia- quien os lo expondrá.

He bebido demasiado vino y empiezo a tener sueño.

*Se tiende y cierra los ojos.*

*Caligula*

CESONIA. — Es muy sencillo. Caligula crea una nueva condecoración.

QUEREAS. — No veo la relación.

CESONIA. — Sin embargo la hay. Esta distinción constituirá la Orden del Héroe Cívico. Recompensará a aquellos ciudadanos que más hayan frecuentado el prostíbulo de Caligula.

QUEREAS. — Es luminoso.

CESONIA. — Ya lo creo. Olvidaba decir que la recompensa se otorga todos los meses, después de examinar los bonos de entrada; el ciudadano que no haya obtenido una condecoración al cabo de doce meses es desterrado o ejecutado.

LÉPIDO. — ¿Por qué "o ejecutado"?

CESONIA. — Porque Caligula dice que eso no tiene ninguna importancia. Lo esencial es que él pueda elegir.

QUEREAS. — Bravo. El Tesoro Público sale hoy a flote.

CALÍGULA *abre a medias los ojos y ve que el viejo MEREYA, aparte, saca un frasquito y bebe un trago.*

CALÍGULA *(siempre acostado).* — ¿Qué bebes, Mereya?

MEREYA. — Es para el asma, Cayo.

CALÍGULA *(se le acerca apartando a los otros y le huele la boca).* — No; es un contraveneno.

MEREYA. — Pero no, Cayo, ¿quieres burlarte? Me ahogo de noche y ya hace mucho que me cuido.

CALÍGULA. — ¿Así que tienes miedo de que te envenenen?

MEREYA. — El asma. ..

CALÍGULA. — No. Llamemos a las cosas por su nombre: temes que te envenene. Sospechas de mí. Me espías.

MEREYA. — ¡No, por todos los dioses!

CALÍGULA. — Sospechas de mí. En cierto modo, desconfías de mí.

MEREYA. — ¡Cayo!

CALÍGULA *(con rudeza).* — Responde. *(Matemático.)* Si tomas un contraveneno, me atribuyes la intención de envenenarte.

MEREYA. — Sí. . . quiero decir... no.

CALÍGULA. — Y no bien crees que decidí envenenarte, haces todo lo necesario para oponerte a esta voluntad.

*Silencio. Desde el comienzo de la escena. CESONIA y QUEREAS se han retirado al fondo. Sólo LÉPIDO sigue el diálogo con expresión angustiada.*

CALÍGULA (*cada vez más preciso*). — De este modo son dos crímenes y una alternativa de la que no saldrás: o yo no quería hacerte morir y sospechas injustamente de mí, o lo quería y tú, insecto, te opones a mis proyectos. (*Una pausa. CALÍGULA contempla satisfecho al anciano.*) Eh, Mereya, ¿qué me dices de esta lógica?

MEREYA. — Es. . . es rigurosa, Cayo. Pero no se aplica al caso.

CALÍGULA. — Y, tercer crimen, me tomas por un imbécil. Siéntate y escúchame bien. (*A LÉPIDO.*) Sentaos todos. (*A MEREYA.*) De estos tres crímenes, sólo uno te honra: el segundo, porque el hecho de atribuirme una decisión y contradecirla, implica una rebeldía en ti. Eres un conductor de hombres, un revolucionario. Está bien. (*Tristemente.*) Te quiero mucho, Mereya. Por eso serás condenado por tu segundo crimen. Morirás virilmente, por haberte rebelado.

*Durante todo el discurso, MEREYA se achica poco a poco en su asiento.*

CALÍGULA. — No me lo agradezcas. Es muy natural. Toma. (*L\* tiende una ampolla y le dice amablemente:*) Bebe este veneno.

MEREYA, *sacudido por los sollozos, rehusa con la cabeza.*

CALÍGULA (*impacientándose*). — Vamos, vamos.

MEREYA *intenta entonces huir. Vero CALÍGULA con un salto salvaje lo alcanza en medio del escenario, lo arroja en un asiento bajo y después de una lucha de algunos instantes, le hunde la ampolla entre los dientes y la rompe a puñetazos. Tras unos sobresaltos, con el rostro lleno de agua y sangre, MEREYA muere.*

CALÍGULA *se levanta y se enjuga maquinalmente las manos.*

CALÍGULA (*a CESONIA, dándole un fragmento de la ampolla de MEREYA*). — ¿Qué es? ¿Un contraveneno?

## Caligula

CESONIA (*con calma*). — No, Caligula. Es un remedio contra el asma.

CALIGULA (*mirando a MEREYA, después de un silencio*). — No importa. Es lo mismo. Un poco antes, un poco después. . .

*Sale bruscamente' con aire atareado, siempre enjugándose las manos.*

### ESCENA XI

LÉPIDO (*aterrado*). — ¿Qué hacer?

CESONIA (*con sencillez*). — Primero, retirar el cuerpo, creo. ¡Es demasiado feo!

QUEREAS y LÉPIDO *cargan el cuerpo y lo sacan entre bastidores.*

LÉPIDO (*a QUEREAS*). — Habrá que darse prisa.

QUEREAS. — Tenemos que ser doscientos.

*Entra el JOVEN ESCIPIÓN. Al ver a CESONIA, intenta marcharse.*

### ESCENA XII

CESONIA. — Ven aquí.

EL JOVEN ESCIPIÓN. — ¿Qué quieres?

CESONIA. — Acércate.

*Le levanta la barbilla y lo mira a los ops. Pausa.*

CESONIA (*fríamente*). — ¿Mató a tu padre?

EL JOVEN ESCIPIÓN. — Sí.

CESONIA. — Lo odias.

EL JOVEN ESCIPIÓN. — Sí.

CESONIA. — ¿Quieres matarlo?

EL JOVEN ESCIPIÓN. — Sí.

CESONIA (*soltándolo*). — Entonces, ¿por qué me lo dices?

EL JOVEN ESCIPIÓN. — Porque no temo a nadie. Matarlo o que me maten, son dos maneras de terminar. Además, tú no me traicionarás.

CESONIA. — Tienes razón, no te traicionaré. Pero quiero decirte algo, o más bien, quisiera hablar a lo mejor de ti mismo.

EL JOVEN ESCIPIÓN. — Lo mejor de mí mismo es el odio.

CESONIA. — Escúchame tan sólo. La palabra que quiero decirte es a la vez difícil y evidente. Pero es una palabra que, si fuera realmente escuchada, realizaría la única revolución definitiva en este mundo.

EL JOVEN ESCIPIÓN. — Entonces dila.

CESONIA. — Todavía no. Piensa primero en el rostro convulsionado de tu padre cuando le arrancaban la lengua. Piensa en aquella boca llena de sangre y en aquel grito de bestia torturada.

EL JOVEN ESCIPIÓN. — Sí.

CESONIA. — Ahora piensa en Caligula.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*con todo el acento del odio*). — Sí.

CESONIA. — Escucha ahora: trata de comprenderlo.

*Sale, dejando desamparado al JOVEN ESCIPIÓN. Entra HELICÓN.*

### ESCENA XIII

HELICÓN. — Caligula me sigue: ¿Y si fueras a comer poeta?

EL JOVEN ESCIPIÓN. — ¡Helicón, ayúdame!

HELICÓN. — Es peligroso, paloma. Y no entiendo nada de poesía.

EL JOVEN ESCIPIÓN. — Podrías ayudarme. Sabes muchas cosas.

HELICÓN. — Sé que los días pasan y que hay que apresurarse a comer. También sé que podrías matar a Caligula ... y que él no lo vería con malos ojos.

*Entra CALÍGULA. Sale HELICÓN.*

### ESCENA XIV

CALÍGULA. — Ah, eres tú. (*Se detiene, en cierto modo como si buscara aplomo.*) Hace tiempo que no te veo. (*Acercándose lentamente.*) ¿Qué haces? ¿Sigues escribiendo? ¿Puedes mostrarme tus últimas obras?

## Calígula

EL JOVEN ESCIPIÓN (*incómodo también, dividido entre el odio y no sabe qué*). — He escrito poemas, César.

CALÍGULA. — ¿Sobre qué?

EL JOVEN ESCIPIÓN. — No sé, César. Sobre la naturaleza, creo.

CALÍGULA (*más cómodo*). — Hermoso tema. Y vasto. ¿Qué te ha hecho la naturaleza?

EL JOVEN ESCIPIÓN (*recobrándose, con aire irónico y maligno*). — Me consuela de no ser César.

CALÍGULA. — ¡Ah! ¿Y crees que podría consolarme de serlo?

EL JOVEN ESCIPIÓN (*en la misma actitud*). — Bueno, ha curado heridas más graves.

CALÍGULA (*extrañamente sencillo*). — ¿Heridas? Lo dices con maldad. ¿Es porque he matado a tu padre? Si supieras, sin embargo, qué justa es esa palabra. ¡Heridas! (*Cambiando de tono*.) No hay como el odio para que las personas se vuelvan inteligentes.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*rígido*). — He contestado a tu pregunta sobre la naturaleza.

CALÍGULA *se sienta, mira a ESCIPIÓN, luego le toma bruscamente las manos y lo atrae a la fuerza a sus pies. Le sujeta el rostro entre las manos.*

CALÍGULA. — Recítame tu poema.

EL JOVEN ESCIPIÓN. — Por favor, César, no.

CALÍGULA. — ¿Por qué?

EL JOVEN ESCIPIÓN. — No lo he traído.

CALÍGULA. — ¿No lo recuerdas?

EL JOVEN ESCIPIÓN. — No.

CALÍGULA. — Dime por lo menos de qué trata.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*siempre rígido y como a pesar suyo*). — En él hablaba de cierto acuerdo. . .

CALÍGULA (*interrumpiéndolo, en tono absorto*). — ... de la tierra y el pie.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*sorprendido, vacila y continúa*). — Sí, más o menos eso, y también de la línea de las colinas romanas y de ese sosiego fugitivo y turbador que a ellas lleva la noche ...

CALÍGULA. — . . . Del grito de los yencejos en el cielo verde.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*abandonándose un poco más*). — Sí, también.

Y de ese momento sutil en que el cielo aún lleno de oro, bruscamente gira y nos muestra un instante la otra faz, colmada de estrellas resplandecientes.

CALÍGULA. — De ese olor a humo, árboles y agua que sube entonces de la tierra hacia la noche.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*entregado*). — .. -El grito de las cigarras y la declinación del calor, los perros, el rodar de los últimos carros, las voces de los granjeros. . .

CALÍGULA. — . . . Y los caminos inundados de sombra entre los ún-taseos y los olivares. . .

EL JOVEN ESCIPIÓN. — Sí, sí. ¡Todo eso! ¿Pero cómo te has enterado?

CALÍGULA (*estrechando contra sí al JOVEN ESCIPIÓN*). — No sé. Quizá porque nos gustan las mismas verdades.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*estremecido, esconde la cabeza en el pecho de CALÍGULA*). — ¡Oh, qué importa, si todo adopta en mí el rostro del amor!

CALÍGULA (*siempre acariciador*). — Es la virtud de los grandes corazones, Escipión. ¡Si por lo menos pudiera conocer tu transparencia! Pero conozco demasiado la fuerza de mi pasión por la vida; no le bastará la naturaleza. Tú no puedes comprenderlo. Eres de otro mundo. Eres puro en el bien, así como yo soy puro en el mal.

EL JOVEN ESCIPIÓN. — Puedo comprender.

CALÍGULA. — No. Eso que hay en mí, ese lago de silencio, esas hierbas podridas. . . (*Cambiando bruscamente de tono.*) Tu poema ha de ser hermoso. Pero si quieres mi opinión. . .

EL JOVEN ESCIPIÓN (*siempre estremecido*). — Sí.

CALÍGULA. — A todo eso le falta sangre.

ESCIPIÓN, *como picado por tina víbora, se echa bruscamente hacia atrás y mira a CALÍGULA con horror. Sigue retrocediendo y habla con voz sorda frente a CALÍGULA a quien mira con intensidad.*

## Calígula

EL JOVEN ESCIPIÓN. — ¡Ah, monstruo, monstruo infecto! Otra vez has representado. Acabas de hacer una comedia, ¿eh? ¿Y estás contento contigo mismo?

CALÍGULA (*con un poco de tristeza*). — Hay algo de verdad en lo que dices. Hice comedia.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*en el mismo tono*). — ¡Qué corazón hediondo y sangriento has de tener! ¡Oh, cómo deben de torturarte tanto mal y tanto odio!

CALÍGULA (*suavemente*). — Calla, ahora.

EL JOVEN ESCIPIÓN. — ¡Cómo te compadezco y cómo te odio!

CALÍGULA (*colérico*). — Calla.

EL JOVEN ESCIPIÓN. — ¡Y qué soledad inmundada ha de ser la tuya!

CALÍGULA (*estallando, se arroja sobre él, lo toma del cuello y lo sacude*). — ¿Soledad? ¿Acaso tú conoces la soledad? La de los poetas y la de los impotentes. ¿Soledad? ¿Pero cuál? Ah, no sabes que nunca se está solo. Y que a todas partes nos acompaña el mismo peso de porvenir y pasado. Los seres que hemos matado están con nosotros. Y con éstos sería fácil. Pero los que hemos querido, los que no hemos querido y que nos quisieron, los pesares, el deseo, la amargura y la dulzura, las prostitutas y la pandilla de los dioses. (*Lo suelta y retrocede hasta su sitio.*) ¡Solo! ¡Ah, si por lo menos en lugar de esta soledad envenenada de presencias que es la mía, pudiera gustar la verdadera, el silencio y el temblor de un árbol! (*Sentado, con súbito cansancio.*) ¡La soledad! No, Escipión. La puebla un crujir de dientes y en toda ella resuenan ruidos y clamores perdidos. Y junto a las mujeres que acaricio, cuando la noche se cierra sobre nosotros y, lejos por fin de mi carne satisfecha, creo asir un poco de mí mismo entre la vida y la muerte, mi soledad entera se llena del agrio olor del placer en las axilas de la mujer que aún naufraga a mi lado.

*Parece extenuado. Largo silencio.*

EL JOVEN ESCIPIÓN *pasa detrás de CALÍGULA y se acerca, vacilante. Tiende una mano hacia CALÍGULA y la apoya en su hombro.*  
CALÍGULA, *sin volverse, la cubre con una de las suyas.*

EL JOVEN ESCIPIÓN. — Todos los hombres tienen una dulzura en la vida. Eso los ayuda a continuar. A ella recurren cuando se sienten demasiado gastados.

CALÍGULA. — Es cierto- Escipión.

EL JOVEN ESCIPIÓN. — ¿No hay, pues, en la tuya, nada semejante?  
¿La proximidad de las lágrimas? ¿Un refugio silencioso?

CALÍGULA. — Sí, a pesar de todo.

EL JOVEN ESCIPIÓN. — ¿Y qué es?

CALÍGULA (*lentamente*). — El desprecio.

TELÓN

## ACTO III

### ESCENA I

*Antes de levantarse el telón, ruido de címbalos y tambores. El telón se abre sobre una especie de barraca de feria. En el centro una colgadura, delante de la cual, sobre un pequeño estrado, se encuentran HELICÓN y CSONIA. LOS cimbaleros a cada lado. Sentados, de espaldas a los espectadores, algunos patricios y el JOVEN ESCIPIÓN.*

HELICÓN (*recitando en tono de charlatán de feria*). — ¡Acercaos! ¡Acercaos! (*Címbalos.*) Una vez más los dioses han bajado a la tierra. Cayo, César y dios, llamado Caligula, les ha prestado su forma humana. Acercaos, groseros mortales, el milagro sagrado se opera ante vuestros ojos. Por un favor especial al reino bendito de Caligula, los secretos divinos se ofrecen a todos los ojos.  
*Címbalos.*

CESONIA. — ¡Acercaos, señores! Adorad y dad vuestro óbolo. El misterio celestial hoy está al alcance de todos los bolsillos.  
*Címbalos.*

HELICÓN. — El Olimpo y sus entretelones, sus intrigas, sus pantuflas y sus lágrimas. ¡Acercaos! ¡Acercaos! Toda la verdad sobre los dioses!  
*Címbalos.*

CESONIA. — Adorad y dad vuestro óbolo. Acercaos, señores. Va a empezar la función.

*Címbalos. Movimiento de esclavos que llevan diversos objetos al estrado.*

HELICÓN. — Una reconstrucción de impresionante veracidad, una realización sin precedentes. Los decorados majestuosos del poder

divino traídos a la tierra; una atracción sensacional y desmesurada, el rayo (*los esclavos encienden juegos greciscos*), el trueno (*hacen rodar un tonel lleno de guijaros*), el mismo destino en su marcha triunfal. ¡Acercaos y contemplad!

*Corre la colgadura* y CALÍGULA, *disfrazado de Venus grotesca, aparece sobre un pedestal.*

CALÍGULA (*amable*). — Hoy soy Venus.

CESONIA. — La adoración comienza. Prosternaos (*todos, salvo EscipiÓN, se prosternan*) y repetid conmigo la oración sagrada a Calígula-Venus: "Diosa de los dolores y la danza. . ."

Los PATRICIOS. — "Diosa de los dolores y la danza. . ."

CESONIA. — "Nacida de las olas, toda viscosa y amarga entre la sal y la espuma..."

Los PATRICIOS. — "Nacida de las olas, toda viscosa y amarga entre la sal y la espuma. . ."

CESONIA. — "Tú, que eres como la risa y el pesar..."

Los PATRICIOS. — "Tú, que eres como la risa y el pesar. . ."

CESONIA. — "El rencor y el impulso..."

Los PATRICIOS. — "El rencor y el impulso..."

CESONIA. — "Enséñanos la indiferencia que hace renacer los amores..."

Los PATRICIOS. — "Enséñanos la indiferencia que hace renacer los amores. . ."

CESONIA. — "Instruyenos sobre la verdad de este mundo, que consiste en no tenerla..."

Los PATRICIOS. — "Instruyenos sobre la verdad de este mundo, que consiste en no tenerla..."

CESONIA. — "Y concédenos fuerzas para vivir a la altura de esta verdad sin igual..."

Los PATRICIOS. — "Y concédenos fuerzas para vivir a la altura de esta verdad sin igual. . ."

CESONIA. — ¡Pausa!

Los PATRICIOS. — ¡Pausa!

CESONIA (*prosiguiendo*). — "Cólmanos de tus dones, extiende sobre

## Calígula

nuestros rostros tu crueldad imparcial, tu odio objetivo; abre por encima de nuestros ojos tus manos llenas de flores y de crímenes".

Los PATRICIOS. — "...tus manos llenas de flores y de crímenes".

CESONIA. — "Acoge a tus hijos extraviados. Recíbelos en el desnudo asilo de tu amor indiferente y doloroso. Danos tus pasiones sin objeto, tus dolores privados de razón y tus alegrías sin porvenir..."

Los PATRICIOS. — "- y tus alegrías sin porvenir. . ."

CESONIA (muy alto). — "Tú, tan vacía y tan ardiente, inhumana pero tan terrenal, embriáganos con el vino de tu equivalencia y sácianos para siempre en tu corazón negro y salino".

Los PATRICIOS. — "Embriáganos con el vino de tu equivalencia y sácianos para siempre en tu corazón negro y salino".

*Cuando los PATRICIOS pronuncian la última frase, CALÍGULA, hasta entonces inmóvil, resopla y dice con voz estentórea:*

CALÍGULA. — Concedido, hijos míos; vuestros ruegos serán satisfechos.

*Se sienta en cuclillas en el pedestal. Los patricios se prosternan uno por uno, depositan el óbolo y se alinean a la derecha antes de desaparecer. El último, turbado, olvida el óbolo y se retira. Pero CALÍGULA de un salto se pone de pie.*

CALÍGULA. — ¡Alto! Ven aquí, muchacho. Adorar está bien, pero mejor es enriquecer. Gracias. Así está bien. Si los dioses no tuvieran otras riquezas que el amor de los mortales, serían tan pobres como el pobre Calígula. Y ahora, señores, podéis marcharos y difundir por la ciudad el asombroso milagro que habéis presenciado: habéis visto a Venus, lo que se dice ver, con vuestros propios ojos, y Venus os ha hablado. Id, señores. (*Movimiento de los patricios.*) ¡Un momento! Al salir, tomad por el pasillo de la izquierda. En el de la derecha aposté guardias para que os asesinaran.

*Los patricios salen con mucha prontitud y un poco de desorden. Los esclavos y los músicos desaparecen.*

ESCENA II

HELICÓN *amenaza a ESCIPIÓN con el dedo.*

HELICÓN. — ¡Escipión, otra vez haciéndote el anarquista!

ESCIPIÓN (*a CALÍGULA*). — Has blasfemado, Cayo.

CALÍGULA. — ¿Qué puede significar eso?

ESCIPIÓN. — Mancillas el cielo después de ensangrentar la tierra.

HELICÓN. — Este joven adora las grandes palabras.

*Va a acostarse en un diván.*

CESONIA (*muy tranquila*). — Cómo te conduces, muchacho; hay en este momento en Roma, hombres que mueren por discursos mucho menos elocuentes.

ESCIPIÓN. — He resuelto decir la verdad a Cayo.

CESONIA. — Bueno, Calígula, era lo que faltaba a tu reinado: ¡una bella figura moral!

CALÍGULA (*interesado*). — ¿Así que crees en los dioses, Escipión?

ESCIPIÓN. — No.

CALÍGULA. — Entonces no comprendo: ¿por qué eres tan rápido para descubrir las blasfemias?

ESCIPIÓN. — Puedo negar una cosa sin creerme obligado a mancharla o a quitar a los demás el derecho de creer en ella.

CALÍGULA. — ¡Pero eso es modestia, modestia de verdad! ¡Oh, querido Escipión, qué contento estoy de ti! Y qué envidioso, ¿sabes? Porque es el único sentimiento que acaso no experimente jamás.

ESCIPIÓN. — No me envidias a mí, sino a los mismos dioses.

CALÍGULA. — Si lo permites, eso será el gran secreto de mi reinado. Todo lo que se me puede reprochar hoy es haber hecho otro pequeño progreso en la vía del poder y de la libertad. Para un hombre que ama el poder, hay en la rivalidad de los dioses algo irritante. La he suprimido. He probado a *esos* dioses ilusorios que un hombre, si se lo propone, puede ejercer, sin aprendizaje, el ridículo oficio que ellos desempeñan.

ESCIPIÓN. — Ésa es la blasfemia, Cayo.

CALÍGULA. — No, Escipión, es clarividencia. Simplemente he corn-

## Calígula

prendido que hay una sola manera de igualarse a los dioses: **basta** ser tan cruel como ellos.

ESCIPIÓN. — Basta convertirse en tirano.,

CALÍGULA. — ¿Qué es un tirano?

ESCIPIÓN. — Un alma ciega.

CALÍGULA. — No es seguro, Escipión. Pero un tirano es un hombre que sacrifica pueblos a sus ideas o a su ambición. Yo no tengo ideas y ya no me queda nada que solicitar en materia de honores y poder. Si ejerzo el poder es para compensar.

ESCIPIÓN. — ¿Qué?

CALÍGULA. — La estupidez y el odio de los dioses.

ESCIPIÓN. — El odio no compensa el odio. El poder no es una solución. Y conozco una sola manera de contrabalancear la hostilidad del mundo.

CALÍGULA. — ¿Cuál?

ESCIPIÓN. — La pobreza.

CALÍGULA (*arreglándose los pies*). — Tendré que probarla también.

ESCIPIÓN. — Mientras tanto, muchos hombres mueren a tu alrededor.

CALÍGULA. — Tan pocos, Escipión, realmente. ¿Sabes cuántas guerras he rechazado?

ESCIPIÓN. — No.

CALÍGULA. — Tres. ¿Y sabes por qué las rechacé?

ESCIPIÓN. — Porque te importa un bledo la grandeza de **Roma**.

CALÍGULA. — No: porque respeto la vida humana.

ESCIPIÓN. — Te burlas de mí, Cayo.

CALÍGULA. — O por lo menos la respeto más que a un ideal de conquista. Pero es cierto que no la respeto más que a mi propia vida. Y si me resulta tan fácil matar, es porque no me resulta difícil morir. No, cuanto más lo pienso más me convenzo de que no soy un tirano.

ESCIPIÓN. — ¿Qué importa si nos cuesta tan caro como si lo fueras?

CALÍGULA (*con un poco de impaciencia*). — Si supieras contar sabrías que la menor guerra emprendida por un tirano razonable os costaría mil veces más caro que los caprichos de mi fantasía.

ESCIPIÓN. — Pero por lo menos sería razonable y lo esencial es comprender.

CALÍGULA. — Nadie comprende al destino y por' eso me erigí en destino. He adoptado el rostro estúpido e incomprensible de los dioses. Eso es lo que tus compañeros de hace un momento han aprendido a adorar.

ESCIPIÓN. — Y ésa es la blasfemia, Cayo.

CALÍGULA. — ¡No, Escipión, es arte dramático! El error de todos esos hombres reside en no creer bastante en el teatro. Si no fuera por eso, sabrían que a todo hombre le está permitido representar las tragedias celestiales y convertirse en dios. Basta endurecer el corazón.

ESCIPIÓN. — Tal vez, Cayo. Pero si eso es cierto, creo que has hecho lo necesario para que un día, a tu alrededor, legiones de dioses humanos se levanten, implacables también, y ahoguen en sangre tu divinidad de un momento.

CESONIA. — ¡Escipión!

CALÍGULA (*con voz precisa y dura*). — Deja, Cesonia. No sabes cuánta verdad dices, Escipión: he hecho lo necesario. Apenas imagino el día de que hablas. Pero lo sueño a veces. Y en todos los rostros que avanzan entonces desde el fondo de la noche amarga, en sus facciones torcidas por el odio y la angustia, reconozco, sí, maravillado, el único dios que adoré en este mundo: miserable y cobarde como el corazón humano. (*Irritado.*) Y ahora, vete. Has hablado de más. (*Cambiando de tono.*) Todavía tengo que pintarme los dedos de los pies. Me corre prisa.

*Todos salen salvo HELICÓN, que gira en torno a CALÍGULA, absorto en el cuidado de sus pies.*

### ESCENA III

CALÍGULA. — ¡Helicón!

HELICÓN. — ¿Qué hay?

CALÍGULA. — ¡Adelanta tu trabajo!

*Calígula*

HELICÓN. — ¿Qué trabajo?

CALÍGULA. — ¡Bueno. . . la luna!

HELICÓN. — Es cuestión de paciencia. Pero quisiera hablarte.

CALÍGULA. — Quizá tuviera paciencia, pero no dispongo de mucho tiempo. Hay que darse prisa- Helicón.

HELICÓN. — Ya te lo dije, haré lo que pueda. Pero antes tengo cosas graves que anunciarte.

CALÍGULA (*como si no hubiera oído*). — Fíjate que ya la he poseído.

HELICÓN. — ¿A quién?

CALÍGULA. — A la luna.

HELICÓN. — Sí, naturalmente. ¿Pero sabes que conjuran contra tu vida?

CALÍGULA. — La he poseído enteramente. Sólo dos o tres veces, es cierto. Pero de todos modos, la he poseído.

HELICÓN, -I- Hace mucho que trato de hablarte.

CALÍGULA. — Fué el verano pasado. Después de mirarla y acariciarla mucho sobre las columnas del jardín, acabó por comprender.

HELICÓN. — Terminemos con ese juego, Cayo. Mi obligación es hablar aunque no quieras escucharme. Peor para ti si no oyes.

CALÍGULA (*sigue ocupado en teñirse las uñas de los pies*). — Este barniz no vale nada. Pero volviendo a la luna, fué una hermosa noche de agosto. (*Helicón se aparta con despecho y calla, inmóvil.*) Hizo algunos remilgos. Yo ya me había acostado. Al principio, ella estaba ensangrentada, sobre el horizonte. Luego empezó a subir, cada vez más ligera, con rapidez creciente. Cuanto más subía, más clara iba haciéndose. Llegó a ser un lago de agua lechosa en medio de aquella noche llena de estrellas apretadas. Llegó "entonces con el calor, dulce, ligera y desnuda. Cruzó el umbral del aposento y con segura lentitud llegó hasta mi cama, se deslizó en ella y me inundó con sus sonrisas y su resplandor. Decididamente, este barniz no vale nada. Pero ya ves, Helicón, puedo decir sin jactancia que la he poseído.

HELICÓN. — ¿Quieres escucharme y enterarte de lo que te amenaza?

CALÍGULA (*se detiene y lo mira fijamente*). — Sólo quiero la luna, Helicón. Sé de antemano quién me matará. Todavía no he agotado todo lo que puede hacerme vivir. Por eso quiero la luna. Y no reaparezcas antes de habérmela conseguido.

HELICÓN. — Entonces cumpliré con mi deber y diré lo que tengo que decir. Han organizado una conspiración contra ti. Quereas es el jefe. He sorprendido esta tablilla que puede enterarte de lo esencial.

HELICÓN *deja la tablilla en uno de los asientos y se retira.*

CALÍGULA. — ¿Adonde vas, Helicón?

HELICÓN (*en el umbral*). — A buscarte la luna.

#### ESCENA IV

*Llaman débilmente a la puerta del fondo. CALÍGULA se vuelve con brusquedad y ve al VIEJO PATRICIO.*

EL VIEJO PATRICIO (*vacilante*). — ¿Me permites, Cayo?

CALÍGULA (*impaciente*).—Bueno, entra. (*Mirándolo.*) ¡Vaya, preciosa, venimos a ver de nuevo a Venus!

EL VIEJO PATRICIO.—No, no es *eso*. ¡Shh! ¡Oh!, perdón, Cayo. . . quiero decir. . . Tú sabes que te quiero mucho. . . y además lo único que deseo es terminar tranquilo mis últimos días. . .

CALÍGULA. — ¡Démonos prisa! ¡Démonos prisa!

EL VIEJO PATRICIO.—En fin... (*muy rápido*). Es muy grave, eso es todo.

CALÍGULA. — No, no es grave.

EL VIEJO PATRICIO. — ¿Pero qué cosa, Cayo?

CALÍGULA. — ¿De qué hablábamos, amor mío?

EL VIEJO PATRICIO (*mirando a su alrededor*). — Es decir. . . (*Se retuerce y termina por estallar.*) Una conspiración contra ti. . .

CALÍGULA. — Ya lo ves, es lo que yo decía, nada grave.

EL VIEJO PATRICIO. — Cayo, quieren matarte.

## Calígula

CALÍGULA (*se le acerca y lo toma de los hombros*). — ¿Sabes por qué no puedo creerte?

EL VIEJO PATRICIO (*haciendo ademán de jurar*). — Por los dioses, Cayo. . .

CALÍGULA (*suavemente y empujándolo poco a poco*). — No jures, sobre todo no jures. Escucha, en caso de que lo que dices fuera cierto, tendría que suponer que traicionas a tus amigos, ¿no es así?

EL VIEJO PATRICIO (*un poco perdido*). — Es decir, Cayo, que mi amor por ti. . .

CALÍGULA (*en el mismo tono*). — Y no puedo suponer eso. He testado tanto la cobardía que nunca podría evitar la muerte de un traidor. Bien sé lo que vales. Y seguramente no querrás traicionar ni morir.

EL VIEJO PATRICIO. — ¡Seguramente, Cayo, seguramente!

CALÍGULA. — Ya ves, entonces, que tenía razón al no creerte. No eres un cobarde, ¿verdad?

EL VIEJO PATRICIO. — Oh, no. . .

CALÍGULA. — Ni un traidor.

EL VIEJO PATRICIO. — Ni qué decirlo, Cayo.

CALÍGULA. — Y en consecuencia si no hay conspiración, dime, ¿sólo era una broma?

EL VIEJO PATRICIO (*descompuesto*). — Una broma, una simple broma. . .

CALÍGULA. — Nadie quiere matarme, ¿no es evidente?

EL VIEJO PATRICIO. — Nadie, claro está, nadie.

CALÍGULA (*respirando con fuerza; luego, lentamente*). — Entonces lárgate, ricura. Un hombre honorable es un animal tan raro en este mundo que no podría soportar su vista demasiado tiempo. Necesito quedarme solo para saborear este gran momento.

## ESCENA V

CALÍGULA *contempla un instante la tablilla desde su sitio. La toma y la lee. Respira hondo y llama a un guardia.*

CALÍGULA. — Trae a Quereas.

*El guardia sale.*

CALÍGULA. — Un momento.

*El guardia se detiene.*

CALÍGULA. — Con cuidado.

*El guardia sale.*

CALÍGULA *va y viene. Luego se dirige hacia el espejo.*

CALÍGULA. — Habías decidido ser lógico, idiota. Sólo es cuestión de saber hasta dónde llegarán las cosas. (*Irónico.*) Si te trajeran la luna, todo cambiaría, ¿verdad? Lo imposible resultaría posible y al mismo tiempo, de una vez, todo se transfiguraría. ¿Por qué no, Calígula? ¿Quién puede saberlo? (*Mira a su alrededor.*) Cada vez hay menos gente a mi alrededor, es curioso. (*Al espejo, con voz sorda.*) Demasiados muertos, demasiados muertos; todo queda desguarnecido. Aunque me trajeran la luna, no podría echarme atrás. Aunque los muertos se estremecieran de nuevo bajo la caricia del sol, los asesinatos no volverían bajo tierra. (*Con acento furioso.*) La lógica, Calígula, hay que perseguir la lógica. El poder hasta el fin, el abandono hasta el fin. ¡No, no es posible volver atrás; es preciso llegar hasta la consumación!

*Entra QUEREAS.*

## ESCENA VI

CALÍGULA *se ha echado un poco hacia atrás en el asiento, envuelto en su manto. Parece extenuado.*

QUEREAS. — Me has llamado, Cayo.

CALÍGULA (*con voz débil*). — Sí, Quereas.

*Silencio.*

## Calígula

QUEREAS. — ¿Tienes algo especial que decirme?

CALÍGULA. — No, Quereas.

*Silencio.*

QUEREAS (*un poco irritado*). — ¿Estás seguro de que mi presencia es necesaria?

CALÍGULA. — Absolutamente seguro, Quereas.

*Nuevo silencio.*

CALÍGULA (*súbitamente solícito*). — Pero discúlpame. Estoy distraído y te recibo muy mal. Siéntate y conversemos como amigos. Necesito hablar un poco con alguien inteligente.

QUEREAS *se sienta*.

CALÍGULA (*natural, al parecer, por primera vez desde el comienzo de la obra*). — Quereas, ¿crees que dos hombres de alma y orgullo semejantes pueden hablarse, por lo menos una vez en la vida, con el corazón en la mano, como si estuvieran desnudos uno frente al otro, despojados de los prejuicios, de los intereses particulares y de las mentiras de que viven?

QUEREAS. — Pienso que es posible, Cayo. Pero creo que tú eres incapaz.

CALÍGULA. — Tienes razón. Sólo quería saber si pensabas como yo. Cubrámonos, pues, con las máscaras. Utilicemos las mentiras. Hablamos como se combate, cubiertos hasta la guarnición. Quereas, ¿por qué no me quieres?

QUEREAS. — Porque no hay nada amable en ti, Cayo. Porque estas cosas no se ordenan. Y además— porque te comprendo demasiado bien y no se puede querer ese rostro que tratamos de enmascarar en nosotros mismos.

CALÍGULA. — ¿Por qué me odias?

QUEREAS. — En eso te equivocas, Cayo. No te odio. Te juzgo nocivo y cruel, egoísta y vanidoso. Pero no puedo odiarte porque no te creo feliz. Y no puedo despreciarte porque sé que no eres cobarde.

CALÍGULA. — Entonces, ¿por qué quieres matarme?

QUEREAS. — Ya te lo dije: te juzgo nocivo. Me gusta la seguridad

y la necesito. La mayoría de los hombres son como yo. Son incapaces de vivir en un universo donde el pensamiento más descabellado puede en un segundo entrar en la realidad; donde, la mayoría de las veces, entra en ella como el cuchillo en el corazón. Tampoco yo quiero vivir en semejante universo. Prefiero la seguridad.

CALÍGULA. — La seguridad y la lógica no marchan juntas.

QUEREAS. — Es cierto. No es lógico pero es sano.

CALÍGULA. — Continúa.

QUEREAS. — No tengo nada más que decirte. No quiero entrar en tu lógica. Tengo otra idea de mis deberes de hombre. Sé que la mayoría de tus subditos piensa como yo. Eres molesto para todos. Es natural'que desaparezcas.

CALÍGULA. — Todo eso es muy claro y muy legítimo. Para la mayoría dé los hombres hasta sería evidente. No para ti, sin embargo. Eres inteligente y la inteligencia se paga caro o se niega. Yo pago, pero tú, ¿por qué no la niegas y no quieres pagar?

QUEREAS. — Porque tengo ganas de vivir y de ser feliz. Creo que no es posible ni lo uno ni lo otro llevando lo absurdo hasta sus últimas consecuencias. Soy como todo el mundo. Para sentirme liberado de ello, deseo a veces la muerte de aquellos a quienes amo, codicio mujeres que las leyes de la familia o de la amistad me vedan. Para ser lógico, debería entonces matar o poseer. Pero juzgo que esas ideas vagas no tienen importancia. Si todo el mundo se metiera a realizarlas, no podríamos vivir ni ser felices. Una vez más lo digo: eso es lo que me importa.

CALÍGULA. — Así que necesitas creer en alguna idea superior.

QUEREAS. — Creo que unas acciones son más bellas que otras.

CALÍGULA. — Yo creo que todas son equivalentes.

QUEREAS. — Lo sé, Cayo, y por eso no te odio. Pero eres molesto y tienes que desaparecer.

CALÍGULA. — Es muy justo. Pero, ¿a qué anunciármelo con riesgo de tu vida?

QUEREAS. — Porque otros me reemplazarán y porque no me gusta mentir.

*Silencio.*

CALÍGULA. — ¡Quereas!

QUEREAS. — Sí, Cayo.

CALÍGULA. — ¿Crees que dos hombres de alma y orgullo semejantes pueden hablarse, por lo menos una vez en la vida, con el corazón en la mano?

QUEREAS. — Creo que es lo que acabamos de hacer.

CALÍGULA. — Sí, Quereas. Sin embargo, tú me juzgabas incapaz de ello.

QUEREAS. — Me equivocaba, Cayo, lo reconozco y te doy las gracias. Ahora espero tu sentencia.

CALÍGULA (*distraído*). — ¿Mi sentencia? Ah, quieres decir... (*Sacando la tablilla debajo del manto.*) ¿Conoces esto, Quereas?

QUEREAS. — Sabía que estaba en tus manos.

CALÍGULA (*con pasión*). — Sí, Quereas, y tu misma franqueza era simulada. Los dos hombres no se han hablado con el corazón en la mano. Pero no importa. Ahora vamos a interrumpir el juego de la sinceridad y reanudaremos la vida del pasado. Aún debes tratar de comprender lo que voy a decirte, aún debes soportar mis ofensas y mi mal humor. Escucha, Quereas. Esta tablilla es la única prueba.

QUEREAS. — Me voy, Cayo. Estoy cansado de todo este juego grotesco. Lo conozco demasiado y no quiero verlo más.

CALÍGULA (*con la misma voz apasionada y atenta*). — Quédate un momento. Es la única prueba, ¿verdad?

QUEREAS. — No creo que necesites pruebas para hacer morir a un hombre.

CALÍGULA. — Es cierto. Pero por una vez quiero contradecirme. A nadie le molesta. Y es tan grato contradecirse de vez en cuando. Es un descanso. Necesito descanso, Quereas.

QUEREAS. — No comprendo, y no me gustan las complicaciones.

CALÍGULA. — Por supuesto, Quereas. Tú eres un hombre sano. ¡No

deseas nada extraordinario! (*Lanzando una carcajada.*) ¡Quieres vivir y ser feliz! ¡Sólo eso!

QUEREAS. — Creo que es preferible terminar.

CALIGULA. — Todavía no. Un poco de paciencia, ¿quieres? Tengo esta prueba, mírala. Quiero pensar que no puedo haceros morir sin ella. Es mi opinión y mi descanso. Bueno, ¡mira cómo terminan las pruebas en manos de un emperador! (*Acerca la tablilla a una antorcha. QUEREAS se le acerca. La antorcha los separa. La tablilla se derrite.*) ¡Ya lo ves, conspirador! Se derrite, y a medida que desaparece esta prueba, una mañana de inocencia se levanta sobre tu rostro. ¡Qué admirable frente pura tienes, Quereas! ¡Qué hermoso, qué hermoso es un inocente! Admira mi poder. Ni los mismos dioses pueden restituir la inocencia sin castigar antes. Y a tu emperador le basta una llama para absolverte y alentarte. Continúa, Quereas, prosigue hasta el fin él magnífico razonamiento que expusiste. Tu emperador aguarda el descanso. Es su manera de vivir y de ser feliz.

QUEREAS *mira a CALIGULA con estupor. Esboza apenas un ademán, parece comprender, abre la boca y parte bruscamente.* CALÍGULA *continúa sosteniendo la tablilla en la llama y, sonriente, sigue a QUEREAS con la mirada.*

TELÓN

## ACTO IV

### ESCENA I

*El escenario está en semioscuridad. Entran QUEREAS y ESCIPIÓN. QUEREAS se dirige a la derecha, luego a la izquierda y vuelve hacia ESCIPIÓN.*

ESCIPIÓN (*con semblante cerrado*). — ¿Qué quieres de mí?

QUEREAS. — El tiempo apremia. Debemos estar seguros de lo que liaremos.

ESCIPIÓN. — ¿Quién te dijo que no estoy seguro?

QUEREAS. — No viniste a nuestra reunión de ayer.

ESCIPIÓN (*apartándose*). — Es verdad, Quereas.

QUEREAS. — Escipión, tengo más años que tú y no acostumbro a pedir ayuda. Pero lo cierto es que te necesito. Este asesinato exige fiadores respetables. En medio de tanta vanidad herida y tanto innoble temor, sólo las tuyas y las mías son razones puras. Sé que si nos abandonas, no traicionarás nada. Pero eso es indiferente. Lo que deseo es que te quedes con nosotros.

ESCIPIÓN. — Comprendo. Pero te juro que no puedo.

QUEREAS. — ¿Entonces estás con él?

ESCIPIÓN. — No. Pero no puedo estar contra él. (*Una pausa; luego, osrdamente.*) Si lo matara, mi corazón por lo menos estaría con él.

QUEREAS. — ¡Sin embargo mató a tu padre!

ESCIPIÓN. — Sí, ahí empieza todo. Pero también ahí todo termina

QUEREAS. — Él niega lo que tú crees. Escarnece lo que veneras.

ESCIPIÓN. — Es cierto, Quereas. Pero hay algo en mí que se le asemeja. La misma llama nos quema el corazón.

QUEREAS. — Hay momentos en que es preciso elegir. Yo acallé en mí lo que podía asemejarsele.

ESCIPIÓN. — No puedo elegir porque además de lo que padezco, padezco también porque él padece. Mi desgracia es comprenderlo todo.

QUEREAS. — Entonces eliges darle la razón.

ESCIPIÓN (*con un grito*). — ¡Oh, por favor, Quereas, para mí ya nadie tendrá nunca razón!

*Pausa; se miran.*

QUEREAS (*emocionado, acercándose a ESCIPIÓN*). — ¿Sabes que lo odio aún más por lo que ha hecho de ti?

ESCIPIÓN. — Sí, me enseñó a exigirlo todo.

QUEREAS. — No, Escipión, te ha desesperado. Y desesperar a un alma joven es un crimen que supera todos los que ha cometido hasta ahora. Te aseguro que bastaría para que yo lo matara con furor.

*Se dirige a la salida. Entra HELICÓN.*

## ESCENA II

HELICÓN. — Te buscaba, Quereas. Caligula organiza aquí una pequeña reunión amistosa. Debes esperarlo. (*Se vuelve hacia ESCIPIÓN.*) A ti nadie te necesita, pichón. Puedes marcharte.

ESCIPIÓN (*en el momento de salir se vuelve hacia QUEREAS*). — ¡Quereas!

QUEREAS (*con mucha dulzura*). — Sí, Escipión.

ESCIPIÓN. — Trata de comprender.

QUEREAS (*con mucha dulzura*). — No, Escipión.

ESCIPIÓN y HELICÓN *salen*.

ESCENA III

*Ruido de armas entre bastidores. Aparecen dos GUARDIAS a la derecha, con el VIEJO PATRICIO y el PRIMER PATRICIO, quienes dan muestras de terror.*

PRIMER PATRICIO (*al guardia, tratando de dar firmeza a su voz*). —

Pero, ¿qué nos quieren a esta hora de la noche?

EL GUARDIA. — Siéntate ahí. (*Señala los asientos de la derecha.*)

PRIMER PATRICIO. — Si ha de hacernos morir como a los demás, no se necesitan tantas historias.

EL GUARDIA. — Siéntate ahí, muía vieja.

EL VIEJO PATRICIO. — Sentémonos. Este hombre no sabe nada. Es evidente.

EL GUARDIA. — Sí, ricura, es evidente. (*Sale.*)

PRIMER PATRICIO. — Era necesario proceder rápido, lo sabía. Ahora nos espera la tortura.

*El guardia vuelve con QUEREAS y sale.*

ESCENA IV

QUEREAS (*tranquilo, sentándose*). — ¿Qué pasa?

PRIMER PATRICIO y EL VIEJO PATRICIO (*a un tiempo*). — Han descubierto la conjuración.

QUEREAS. — ¿Y qué?

EL VIEJO PATRICIO (*temblando*). — La tortura.

QUEREAS (*impasible*).—Recuerdo que Caligula dio 81.000 sestercios a un esclavo ladrón que no confesó, a pesar de la tortura.

PRIMER PATRICIO. — Mucho adelantamos con eso.

QUEREAS. — No, pero es prueba de que le gusta el valor. Y deberais tomarlo en cuenta. (*Al VIEJO PATRICIO.*) ¿NO podrías dejar de castañetear los dientes? Me crispa ese ruido.

EL VIEJO PATRICIO. — Es que. . .

PRIMER PATRICIO. — Basta de historias. Nos estamos jugando la vida.

QUEREAS (*sin inmutarse*). — ¿Conocéis la frase favorita de Calígula?

EL VIEJO PATRICIO (*casi sin lágrimas*). — Sí. Se la dice al verdugo: "Mátalo lentamente para que se sienta morir".

QUEREAS. — No, es mejor. Después de una ejecución, bosteza y dice con seriedad: "Lo que más admiro es mi insensibilidad".

PRIMER PATRICIO. — ¿Oís? (*Ruido de armas.*)

QUEREAS. — Esa frase revela una debilidad.

EL VIEJO PATRICIO. — ¿No te importaría dejar de hacer filosofía? Me da grima.

*Entra por el fondo un esclavo que trae armas y las coloca sobre un asiento.*

QUEREAS (*que no lo ha visto*)• — Reconozcamos por lo menos que este hombre ejerce una influencia innegable. Obliga a pensar. Obliga a todo el mundo a pensar. La inseguridad hace pensar. Y por eso lo persiguen tantos odios.

EL VIEJO PATRICIO (*temblando*). — Mira.

QUEREAS (*ve las armas; le cambia un poco la voz*). — Quizá tuvieras razón.

PRIMER PATRICIO. — Había que proceder rápido. Hemos esperado de más.

QUEREAS. — Sí. Es una lección que se aprende un poco tarde.

EL VIEJO PATRICIO. — Pero esto es una locura. No quiero morir.

*Se levanta y pretende escapar. Aparecen dos guardias y lo detienen a la fuerza después de abofetearlo. El PRIMER PATRICIO se desploma en su asiento. QUEREAS dice algunas palabras que no se oyen. De improviso una extraña música, agria, saltarina, de sistros y címbalos, irrumpe en el fondo. Los patricios guardan silencio y miran. CALÍGULA, con vestido corto de bailarina y flores en la cabeza, aparece como sombra chinesca detrás de la cortina del fondo, remeda algunos ridículos movimientos de danza y desaparece. Toco después un guardia dice con voz solemne: "El espectáculo ha terminado". Entra tanto, CESONIA entra silenciosamente por detrás de los es-*

## Caligula

*peciadores. Habla con una voz neutra que, sin embargo, los sobresalta.*

### ESCENA V

CESONIA. — Caligula me ha encargado deciros que os citaba por asuntos de Estado, pero que hoy os había invitado a comulgar con él en una emoción artística. (*Pausa; luego, con la misma voz.*) Agregó, además, que a quien no hubiera comulgado, se le cortarían la cabeza.

*Callan.*

CESONIA. — Disculpádmeme si insisto. Pero debo preguntaros si os ha parecido hermosa esta danza.

PRIMER PATRICIO (*después de una vacilación*). — Fué hermosa, Cesonia.

EL VIEJO PATRICIO (*desbordante de gratitud*).— ¡Oh, sí, Cesonia!

CESONIA. — ¿Y tú, Quereas?

QUEREAS (*fríamente*). — Fué gran arte.

CESONIA. — Perfecto; ahora podré informar a Caligula.

*Sale.*

### ESCENA VI

QUEREAS. — Y ahora a darse prisa. Quedaos aquí los dos. Esta noche seremos un centenar. (*Sale.*)

EL VIEJO PATRICIO. — ¡Quedaos aquí! ¡Quedaos aquí! Bien que me gustaría irme. (*Husmea.*) Aquí huele a muerte.

PRIMER PATRICIO. — O a mentira. (*Tristemente.*) Dije que la danza era hermosa.

EL VIEJO PATRICIO (*conciliador*). — Lo era, en cierto sentido. Lo era.

*Irrumpen de pronto varios patricios y caballeros.*

## ESCENA VII

SEGUNDO PATRICIO. — ¿Qué pasa? ¿Lo sabéis? El emperador nos ha hecho llamar.

EL VIEJO PATRICIO (*distráido*). — Quizá sea para la danza.

SEGUNDO PATRICIO. — ¿Qué danza?

EL VIEJO PATRICIO. — Sí, bueno, la emoción artística.

TERCER PATRICIO. — Me dijeron que Caligula estaba muy enfermo.

PRIMER PATRICIO. — Lo está.

TERCER PATRICIO. — ¿Y qué tiene? (*Encantado*.) Por todos los dioses, ¿está por morir?

PRIMER PATRICIO. — No lo creo. Su enfermedad sólo es mortal para los demás.

EL VIEJO PATRICIO. — Si así puede decirse.

SEGUNDO PATRICIO. — Te comprendo. ¿Pero no tiene alguna enfermedad menos grave y más ventajosa para nosotros?

PRIMER PATRICIO. — No, esa enfermedad no admite competencia. Con permiso, debo ver a Quereas. (*Sale*.)

*Entra CESONIA; breve silencio.*

## ESCENA VIII

CESONIA (*con indiferencia*). — Caligula está enfermo del estómago. Ha vomitado sangre.

*Los patricios la rodean.*

SEGUNDO PATRICIO. — Oh, dioses todopoderosos; si se restablece prometo entregar 200.000 sestercios al tesoro del Estado.

TERCER PATRICIO (*exagerando*). — Júpiter, toma mi vida a cambio de la suya.

CALÍGULA *ha entrado hace un momento. Escucha.*

CALIGULA (*avanzando hacia el SEGUNDO PATRICIO*). — Acepto tu ofrenda, Lucio. Te lo agradezco. Mi tesorero se presentará mañana en tu casa. (*Se acerca al TERCER PATRICIO y lo besa*.) No puedes imaginarte qué conmovido estoy. (*Pausa; luego tiernamente*.) ¿Así que me quieres?

## Calígula

TERCER PATRICIO (*emocionado*). — César, no hay nada que por ti no entregara inmediatamente.

CALÍGULA (*besándolo de nuevo*). — Ah, esto es demasiado, Casio. No merezco tanto amor. (CASIO *hace ademán de protesta*.) No, no, te digo que no. Soy indigno de él. (*Llama a los guardias*.) Llévalo. (A CASIO, *dulcemente*.) Anda, amigo. Y recuerda que Calígula te ha entregado el corazón.

TERCER PATRICIO (*vaga-mente inquieto*). — ¿Pero adonde me llevan?

CALÍGULA. — A la muerte, hombre. Has dado tu vida por la mía. Ya me siento mejor. Ni siquiera tengo ese horrible gusto a sangre en la boca. Me has curado. ¿Estás contento, Casio, de poder dar tu vida por otro, cuando ese otro se llama Calígula? Ya estoy de nuevo dispuesto a todas las fiestas.

*Se llevan a CASIO que resiste y grita.*

TERCER PATRICIO. — No quiero. Esto es una broma.

CALÍGULA (*soñador entre los gritos*). — Los caminos que bordean el mar pronto estarán cubiertos de mimosas. Las mujeres llevarán vestidos de telas livianas. ¡Un gran cielo fresco y resplandeciente, Casio! ¡Las sonrisas de la vida!

*CASIO está a punto de salir. CESONIA lo empuja suavemente.*

CALÍGULA (*volviéndose, súbitamente serio*). — Amigo mío, si hubieras querido bastante a la vida, no la habrías jugado con tanta imprudencia.

*Se llevan a CASIO.*

CALÍGULA (*volviendo hacia la mesa*). — Y el que ha perdido, debe pagar siempre. (*Una pausa*.) Ven, Cesonia. (*Se vuelve hacia los Otros*.) A propósito, se me ha ocurrido un hermoso pensamiento que quiero compartir con vosotros. Hasta ahora mi reinado ha sido demasiado feliz. Ni peste universal, ni religión cruel, ni siquiera un golpe de Estado; en una palabra, nada que pueda hacerlos pasar a la posteridad. En parte por eso, sabéis, trato de compensar la prudencia del destino. Quiero decir... no sé si me habéis comprendido (*con una risita*), en fin, yo reemplazo a la perte,

(*Cambiando de fonó.*) Pero callad. Aquí está Quereas. Te toca a ti, Cesonia. (*Sale. Entran QUEREAS y el PRIMER PATRICIO.*)

#### ESCENA IX

CESONIA *se dirige vivamente al encuentro de QUEREAS.*

CESONIA. — Calígula ha muerto. (*Vuelve la cara como si llorara, y miraría fijo a los demás, que callan. Todo el mundo parece conternado, pero por razones diferentes.*)

PRIMER PATRICIO. — ¿Estás . . . estás segura de esa desgracia? No es posible, danzó hace un rato.

CESONIA. — Justamente. El esfuerzo acabó con él.

QUEREAS *va rápidamente del uno al otro y se vuelve hacia CESONIA. Todo el mundo guarda silencio.*

CESONIA (*lentamente*). — No dices nada, Quereas.

QUEREAS (*también lentamente*). — Es una gran desgracia, Cesonia.

CALÍGULA *entra brutalmente y se acerca a QUEREAS.*

CALÍGULA. — Estuviste bien, Quereas. {*Gira sobre sí mismo y mira a los demás. De mal humor.*} Bueno. Falló. (A CESONIA.) No olvides lo que te dije. (*Sale.*)

#### ESCENA X

CESONIA, *en silencio, lo mira marcharse.*

EL VIEJO PATRICIO (*sostenido por una esperanza infatigable*). — ¿Estará enfermo, Cesonia? \*

CESONIA (*mirándolo con odio*). — No, ricura, pero lo que ignoras es que este hombre duerme dos horas todas las noches, y el resto del tiempo, incapaz de descansar, ambula por las galerías del palacio. Lo que ignoras, lo que nunca te has preguntado es en qué piensa este hombre durante las horas mortales que van desde la medianoche hasta la salida del sol. ¿Enfermo? No, no lo está. A menos que inventes un nombre y medicamentos para las úlceras que cubren su alma.

## Caligula

QUEREAS (*en apariencia conmovido*). — Tienes razón, Cesonia. No ignoramos que Cayo...

CESONIA (*más rápido*). — No, no lo ignoráis. Pero como todos los que no tienen alma, no podéis soportar a los que tienen demasiada. ¡Demasiada alma! Eso es lo que molesta, ¿verdad? Entonces se le llama enfermedad; los pedantes quedan justificados y contentos. (*En otro tono.*) ¡Aleu" a vez has amado, Quereas?

QUÉREAS (*de nuevo dueño de sí*). — Ya somos demasiado viejos para aprender a MI ¿o, Cesonia. Y además, no es seguro que Caligula nos dé tiempo.

CESONIA (*que se ha recobrado*). — Es cierto. (*Se sienta.*) Casi oído las recomendaciones de Caligula. Todos sabéis que hoy es un día consagrado al arte.

EL VIEJO PATRICIO. — ¿Según el calendario?

CESONIA. — No, según Caligula. Ha citado a algunos poetas. Les propondrá una composición improvisada sobre un tema determinado. Desea que aquellos de vosotros que sean poetas concurren especialmente. Ha designado en particular al joven Escipión y a Méte-lo.

MÉTELO. — Pero no estamos preparados.

CESONIA (*como si no hubiera oído, con voz neutra*). — Naturalmente, habrá recompensas. También hay castigos. (*Ligero retroceso de los otros.*) Os diré, en confianza, que no son muy graves.

Entra CALÍGULA. *Está más sombrío que nunca.*

## ESCENA XI

CALÍGULA. — ¿Está todo listo?

CESONIA. — Todo. (*A un guardia.*) Haced entrar a los poetas.

*Entran, de a dos, una docena de poetas que bajan por la derecha a paso cadencioso.*

CALÍGULA. — ¿Y los otros?

CESONIA. — ¡Méte-lo y Escipión!

*Los dos se unen a los poetas. CALÍGULA se sienta al fondo, a la izquierda, con CESONIA y el resto de los PATRICIOS. Breve silencio.*

CALÍGULA.—Tema: la muerte. Plazo: un minuto.

*Los poetas escriben precipitadamente en las tablillas*

EL VIEJO PATRICIO. — ¿Quién hará de jurado?

CALÍGULA. — Yo. ¿No es suficiente?

EL VIEJO PATRICIO. — Oh, sí absolutamente suficiente.

QUEREAS. — ¿Participarás en el concurso, Cayo?

CALÍGULA. — Es inútil. Hace tiempo hice mi composición sobre el tema.

EL VIEJO PATRICIO (*solícito*). — ¿Cómo se puede leerla?

CALÍGULA. — A mi manera, la recito todos los días.

CESONIA *lo mira, angustiada*.

CALÍGULA (*brutalmente*). — ¿Qué tengo en la cara que *te* desagrada?

CESONIA (*suavemente*). — Perdóname.

CALÍGULA. — Ah, por favor, nada de humildad. Sobre todo, nada de humildad. ¡Ya eres difícil de soportar, pero tu humildad ... !

CESONIA *sube lentamente*.

CALÍGULA (*a QUEREAS*). — Continúo. Es la única composición que he escrito. Pero también prueba que soy el único artista que Roma haya conocido, el único, ¿oyes?, que ponga de acuerdo su pensamiento *con* sus actos.

QUEREAS — Es sólo cuestión de poder.

CALÍGULA. — Así es. Los otros crean por falta de poder. Yo no necesito una obra: yo vivo. (*Brutalmente*.) Bueno, y vosotros, ¿ya estáis? .

MÉTELO. — Ya estamos, creo.

TODOS. — Sí.

CALÍGULA. — Bueno, escuchadme bien. Os levantaréis. Yo tocaré el silbato. El primero empezará la lectura. Al oír el silbato ha de detenerse y emp:zará el segundo. Y así sucesivamente. El vencedor, naturalmente, será aquél cuya composición no haya interrumpido el silbato. Preparaos. (*Se vuelve hacia QUEREAS; confidencial*.) Se necesita organización en todo, hasta en arte.

*Silbato.*

PRIMER POETA. — Muerte, cuando más allá de las negras orillas. . .

*Silbato. El poeta descende por la derecha. Los otros harán lo mismo. Escena mecánica.*

SEGUNDO POETA. — Las tres parcas en su antro. . . *{Silbato.}*

TERCER POETA. — Te llamo, oh muerte. *{Silbato rabioso.}*

*El CUARTO POETA avanza y adopta una actitud declamatoria. Él silbato resuena antes de que haya hablado.*

QUINTO POETA. — Cuando era un niño. . .

CALÍGULA *(gritando)*. — ¡No! ¿Qué relación puede tener con el tema la infancia de un imbécil? ¿Quieres decirme dónde está la relación?

QUINTO POETA. — Pero Cayo, no he terminado. . . *{Silbato estridente.}*

SEXTO POETA *{avanza aclarándose la voz}*. — Inexorable, camina. . . *{Silbato.}*

SÉPTIMO POETA *{misterioso}*. — Recóndita y difusa oración... *{Silbido entrecortado.}*

ESCIPIÓN *avanza sin tablillas*.

CALÍGULA. — ¿No tienes tablillas?

ESCIPIÓN. — No las necesito.

CALÍGULA. — Veamos. *{Mordisquea el silbato.}*

ESCIPIÓN *{muy cerca de CALÍGULA, sin mirar y con una especie de cansancio}* :

"Caza de la dicha que purifica a los seres,

cielo en que el sol chorrea,

fiestas únicas y salvajes, delirio mío sin esperanza! . . ."

CALÍGULA *{suavemente}*. — Detente, ¿quieres? Los otros no necesitan competir. *{A ESCIPIÓN.}* Eres muy joven para conocer las •veidaderas lecciones de la muerte.

ESCIPIÓN *{mirando fijo a CALÍGULA}*. — Era muy joven para perdes « mi padre.

CALÍGULA *{apartándose bruscamente}*. — Vamos, vosotros a formar fila. Un falso poeta es un castigo demasiado duro para mi gusto.

Hasta hoy había pensado conservaros como aliados y a veces ima-

naba que formaríais el último cuadro de mis defensores. Pero es inútil; os arrojaré entre mis enemigos. Los poetas están contra mí; puedo decir que éste es el fin. ¡Salid en orden! Desfilareis ante mí, lamiendo las tablillas para borrar las huellas de vuestras infamias. ¡Atención! ¡Adelante!

*Silbidos rítmicos. Los poetas salen por la derecha marcando el paso y lamiendo sus inmortales tablillas.*

CALÍGULA (*en voz muy baja*). — Y salid todos.

*En la puerta, QUEREAS retiene al PRIMER PATRICIO por el hombro.*  
QUEREAS. — Ha llegado el momento.

*El joven ESCIPIÓN, que ha oído, vacila en el umbral de la puerta y se acerca a CALÍGULA.*

CALÍGULA (*con maldad*). — ¿No puedes dejarme en paz, como lo hace ahora tu padre?

## ESCENA XII

ESCIPIÓN. — Vamos, Cayo, todo esto es inútil. Ya sé que has elegido CALÍGULA. — Déjame.

ESCIPIÓN. — Te dejaré, sí— porque creo haberte comprendido. Ni para ti ni para mí, que me parezco tanto a ti, hay ya salida.

Voy a marcharme muy lejos a buscar las razones de todo esto. (*Pausa; mira a CALÍGULA. Con fuerte acento.*) Adiós, querido Cayo. Cuando toda haya terminado, no olvides que te he querido.

*..Sale. CALÍGULA lo mira. Hace un ademán. Pero se sacude brutalmente y vuelve junto a CESONIA.*

CESONIA. — ¿Qué dijo?

CALÍGULA. — No está a tu alcance.

CESONIA. — ¿En qué piensas?

CALÍGULA. — En aquél. Y en ti también. Pero es lo mismo.

CESONIA. — ¿Qué pasa?

CALÍGULA (*mirándola*). — Escipión se ha marchado. He terminado con la amistad. Pero me pregunto por qué estás tú todavía. . .

CESONIA. — Porque te gusto.

CALÍGULA. — No. Si te hiciera matar, creo que comprendería.

CESONIA. — Sería una solución. Hazlo, pues. ¿Pero no puedes, si- quiera por un minuto, despreocuparte y vivir libremente?

CALÍGULA. — Hace ya varios años que me ejercito en vivir libre- mente.

CESONIA. — No es así como lo entiendo. Compréndeme. Puede ser tan bueno vivir y amar en la pureza del propio corazón.

CALÍGULA. — Cada uno se gana la pureza como puede. Yo, persi- guiendo lo esencial. Nada de eso me impide, por lo demás, hacerte matar. (*Ríe.*) Sería la coronación de mi carrera.

CALÍGULA *se levanta y hace girar el espejo. Camina en círculo, con los brazos colgando, casi sin ademanes, como un animal.*

CALÍGULA. — Es curioso. Cuando no mato, me siento solo. Los vivos no bastan para poblar el universo y alejar el tedio. Cuando estáis todos aquí, me hacéis sentir un vacío sin medida donde no puedo mirar. Sólo estoy bien entre mis muertos.

*Se planta frente al público, un poco inclinado hacia adelante, ol- vidado de CESONIA.*

Ellos son verdaderos. Son como yo. Me esperan y me apremian. - (*Menea la cabeza.*) Tengo largos diálogos con éste y aquél que me gritó pidiendo gracia y a quien hice cortar la lengua.

CESONIA. — Ven. Tiéndete a mi lado. Apoya la cabeza en mis ro- dillas. (CALÍGULA *obedece.*) Estás bien. Todo calla.

CALÍGULA. — ¡Todo calla! Exageras. ¿No oyes ese ruido a hierros? (*Ruidos.*) ¿No adviertes esos mil ligeros rumores que revelan el odio en acecho? (*Rumores.*)

- CESONIA. — Nadie se atrevería...

CALÍGULA. — Sí: la estupidez.

CESONIA. — La estupidez no mata. Da cordura.

CALÍGULA. — Es asesina, Cesonia. Es asesina cuando se considera ofendida. Oh, no me asesinarán aquellos cuyos padres o hijos he matado. Ellos han comprendido. Están conmigo, tienen el mismo gusto en la boca. Pero estoy indefenso contra la vanidad de los

otros: aquéllos de quienes me he burlado, a quienes he puesto en ridículo.

CESONIA (*con vehemencia*). — Te defenderemos nosotros; todavía somos muchos que te queremos.

CALÍGULA. — Cada vez sois menos. Hice todo lo posible para que así fuera. Y además, seamos justos, no sólo está en mi contra la estupidez; también lo están la lealtad y el coraje de los que quieren ser felices.

CESONIA (*siempre vehemente*). — No, no te matarán. O entonces also venido del cielo los aniquilará antes de que te hayan tocado.

CALÍGULA. — ¡Del cielo! No hay cielo, pobre mujer. (*Se sienta.*) ¿Pero por qué tanto amor, de pronto? No estaba en nuestras convenciones.

CESONIA (*que se ha puesto de pie y camina*). — ¿No basta entonces verte matar a los demás; hay que saber también que te matarán? ¿No basta recibirte cruel y desgarrado, sentir tu olor a crimen cuando te apoyas en mi vientre? Cada día veo morir un poco más en ti la apariencia humana. (*Se vuelve hacia él.*) Soy fea y casi vieja, lo sé. Pero tanto me preocupas, que a mi alma no le importa ya que no me ames. Sólo quisiera verte sano, a ti que aún eres un niño. ¡Toda una xida por delante! ¿Y qué pider que sea más grande que toda una vida?

CALÍGULA (*se levanta y la mira*). — Hace ya mucho que estás aquí.

CESONIA. — Es cierto. Pero me conservarás a tu lado, ¿verdad?

CALÍGULA. — No lo sé. Sólo sé por qué estás aquí: por todas aquellas noches en que el placer era agudo y sin alegría, y por todo lo que conoces de mí. (*La toma en sus brazos y con la mano le echa la cabeza un poco hacia atrás.*) Tengo veintinueve años. Es poco. Pero en esta hora en que mi vida me parece, sin embargo, tan larga, tan cargada de despojos, en fin, tan cumplida, eres el último testigo. Y no puedo evitar cierta ternura vergonzante por la vieja que serás.

CESONIA. — ¡Dime que quieres conservarme a tu lado!

CALÍGULA. — No lo sé. Sólo tengo conciencia, y esto es lo más te-

## Calí gula

rrible, de que esta ternura vergonzante es el único sentimiento puro que la vida me haya dado hasta ahora.

CESONIA *se desprende de sus brazos, CALÍGULA la sigue-e. Ella pega la espalda contra él, que la abraza.*

CALÍGULA. — ¿No sería mejor que el último testigo desapareciera?

CESONIA. — Eso no tiene importancia. Me hace feliz lo que me has dicho. ¿Pero por qué no puedo compartir esta felicidad contigo?

CALÍGULA. — ¿Quién te dijo que no soy feliz?

CESONIA. — La dicha es generosa. No vive de destrucciones.

CALÍGULA. — Entonces hay dos clases de dicha y yo elegí la de los asesinos. Porque soy feliz. Hace tiempo creí alcanzar el límite del dolor. Pues bien, no, todavía es posible ir más lejos. En el confín de esta comarca hay una felicidad estéril y magnífica. Mírame.

CESONIA *se vuelve hacia él.*

Me río, Cesonia, cuando pienso que durante varios años Roma entera evitó pronunciar el nombre de Drusila. Por que Roma se equivocó durante esos años. El amor no me basta: eso es lo que comprendí entonces. Es lo que comprendo también hoy, al mirarte. Porque amar a una persona es aceptar envejecer con ella. No soy capaz de este amor. Drusila vieja era mucho peor que Drusila muerta. Es habitual la creencia de que un hombre sufre porque la persona a quien amaba muere un día. Pero su verdadero sufrimiento es menos fútil: es advertir que tampoco la pena dura. Hasta el dolor carece de sentido. Ya ves, no tenía excusas; ni siquiera la sombra de un amor, ni la amargura de la melancolía. No tengo coartada. Pero hoy soy más libre que hace años, libre del recuerdo y de la ilusión. (*Ríe apasionadamente.*) ¡Sé que nada dura! ¡Saber esto! Sólo dos o tres en la historia hemos hecho esta experiencia, hemos realizado esta felicidad demente. Cesonia, has seguido hasta el fin una tragedia muy curiosa. Es hora de que caiga para ti el telón.

*Pasa de nuevo tras ella y desliza el antebrazo en torno al cuello de CESONIA.*

CESONIA (*con espanto*). — ¿Acaso es la felicidad esa libertad espantosa?

CALÍGULA (*apretando poco a poco con el brazo la garganta de CESONIA*). — Tenlo por seguro, Cesonia. Si ella hubiera sido un hombre satisfecho. Gracias a ella, he conquistado la divina clarividencia del solitario. (*Se exalta cada vez más, estrangulando poco a poco a CESONIA. quien se entrega sin resistencia, con las manos un poco tendidas hacia adelante. Él le habla, inclinado, al oído.*) Vivo, mato, ejerzo el poder delirante del destructor, comparado con el cual el del creador parece una parodia. Eso es ser feliz. Ésa es la felicidad: esta insoportable liberación, este universal desprecio, la sangre, el odio a mi alrededor, este aislamiento sin igual del hombre que tiene toda su vida bajo la mirada, la alegría desmedida del asesino impune, esta lógica implacable que tritura vidas humanas (*ríe*)' que te tritura, Cesonia, para lograr por fin la soledad eterna que deseo.

CESONIA (*debatándose débilmente*).— ¡Cayo!

CALÍGULA (*cada vez más exaltado*). — No, nada de ternura. Hay que terminar, el tiempo apremia. ¡El tiempo apremia, querida Cesonia!

CESONIA *agoniza*, CALÍGULA *la arrastra hasta el lecho donde la deja caer*.

CALÍGULA (*mirándola con ojos extraviados; con voz ronca*). — Y tú también eras culpable. Pero matar no es la solución. <sup>1</sup>

### ESCENA XIII

*Gira sobre sí mismo, hosco, y se acerca al espejo.*

CALÍGULA. — ¡Calígula! Tú también, tú también eres culpable. ¡Entonces, ¿no es verdad?, un poco más, un poco menos! ¿Pero quién se atrevería a condenarme en este mundo sin juez, donde nadie es inocente? (*Con acento de angustia, apretándose contra el espejo.*) Ya lo ves, Helicón no ha venido. No tendré la luna. Pero qué amargo es estar en lo cierto y llegar sin remedio a la

## Calígula

consumación. Porque temo la consumación. ¡Ruido de armas! La inocencia prepara su triunfo. ¡Por qué no estaré en su lugar! Tengo miedo. Qué asco, después de haber despreciado a los demás, sentir la misma cobardía en el alma. Pero no importa. Tampoco el miedo dura. Encontraré ese gran vacío donde el corazón se sosiega.

*Retrocede un poco, vuelve hacia el espejo. Parece más tranquilo. Reanuda el discurso, pero en voz más baja y concentrada.*

Todo parece tan complicado. Sin embargo, todo es tan sencillo. Si yo hubiera conseguido la luna, si el amor bastara, todo habría cambiado. ¿Pero dónde apagar esta sed? ¿Qué corazón, qué dios tendría para mí la profundidad de un lago? (*De rodillas y llorando.*) Nada, en este mundo ni en el otro, que esté a mi altura. Sin embargo sé, y tú también lo sabes (*tiende las manos hacia el espejo llorando*) que bastaría que lo imposible fuera. ¡Lo imposible! Lo busqué en los límites del mundo, en los confines de mí mismo. Tendí mis manos (*gritando*), tiendo mis manos y te encuentro, siempre frente a mí, y por ti estoy lleno de odio. No tomé el camino verdadero, no llego a nada. Mi libertad no es la buena. ¡Nada! Siempre nada. ¡Ah, cómo pesa esta noche! Helicón no ha venido; ¡seremos culpables para siempre! Esta noche pesa como el dolor humano.

*Ruido de armas y cuchicheos entre bastidores. CALÍGULA se levanta, toma con la mano un asiento bajo y se acerca al espejo respirando^ con fuerza. Se observa, simula un salto hacia adelante y frente al movimiento simétrico de su doble en el espejo, arroja el asiento al vuelo, gritando:*

¡A la historia, Calígula, a la historia!

*El espejo se rompe y en ese momento, por todas las puertas, entran los conjurados en armas. CALÍGULA los enfrenta con una risa loca, El VIEJO PATRICIO lo hiere en la espalda, QUEREAS, en medio de la cara. La risa de CALÍGULA se transforma en estertor. Todos lo hieren. Con un último estertor, CALÍGULA, riendo, grita:*

¡Todavía estoy vivo!

TELÓN

# EL ESTADO DE SITIO

*Espectáculo en tres partes*

a JEAN-LOUIS BARRAULT

## ADVERTENCIA

*En 1941 a Barrault se le ocurrió la idea de montar un espectáculo en torno al mito de la peste, que había tentado también a Antonin Artaud. En los años siguientes le pareció más sencillo adaptar con este propósito el gran libro de Daniel de Foe, Diario del año de la peste. Urdió entonces la trama de una puesta en escena.*

*Cuando se enteró de que, por mi parte, iba a publicar una novela con el mismo tema, me ofreció escribir los diálogos sobre esa trama. Yo tenía otras ideas y, en especial, me parecía preferible olvidar a Daniel de Foe y volver a la primera concepción de Barrault.*

*La cuestión era, en suma, imaginar un mito que pudiese ser inteligible para todos los espectadores de 1948. El estado de sitio es la ilustración de esta tentativa; tengo la debilidad de creer que merece el interés de los lectores.*

*Pero:*

*V Debe quedar en claro que El estado de sitio, a pesar de lo que se ha dicho, no es en modo alguno adaptación de mi novela.*

*2' No se trata de tina pieza de estructura tradicional, sino de un espectáculo cuya ambición confesada es mezclar todas las formas de expresión dramática, desde el monólogo lírico hasta el teatro colectivo, pasando por la mímica muda, el simple diálogo, la farsa y el coro.*

*3° Si bien es cierto que he escrito todo el texto, sigue en pie que el nombre de Barrault debería, en estricta justicia, ir unido al mío. Esto no pudo hacerse por razones que me parecieron respetables. Pero vuelvo a decir claramente que permanezco deudor de Jean-Louis Barrault.*

A. C.

20 de noviembre de 1948.

## P E R S O N A J E S

LA PESTE

LA SECRETARIA

NADA

VICTORIA

EL JUEZ

LA MUJER DEL JUEZ

DIEGO

EL GOBERNADOR

EL ALCALDE

MUJERES DE LA CIUDAD

HOMBRES DE LA CIUDAD

GUARDIAS

EL ACOMPAÑANTE DE LOS MUERTOS

*Estrenada en el Teatro Marigny de París, por la "Compañía Madeleine  
Renaud-Jean-Louis Barrault", el 27 de octubre de 1948,*

## PRÉ/LOGO

*Obertura musical sobre un tema sonoro que recuerda la sirena de alarma.*

*Se levanta el telón. La escena está en completa oscuridad.*

*La obertura termina, pero continúa el tema de la alarma» como un zumbido lejano.*

*De improviso, en el fondo, surgiendo del lado del coro, un cometa se desplaza lentamente hacia el jardín.*

*Ilumina, recortando las sombras, las murallas de una ciudad española fortificada, y las siluetas de varios personajes, de espaldas al público, inmóviles, con la cabeza alzada hacia el cometa.*

*Dan las cuatro. El diálogo es casi incomprensible, como un murmullo.*

—¡El fin del mundo!

—¡No, hombre!

—Si el mundo muere . . .

—No, hombre. ¡El mundo, pero no España!

—La misma España puede morir.

—¡De rodillas!

—¡Es el cometa dr.l mal!

—¡España no, hombre, España no!

*Dos o tres cabezas se vuelven. Uno o dos personajes se desplazan con precaución; luego todo torna a la inmovilidad. El zumbido se intensifica entonces, se hace estridente y se desarrolla musicalmente*

*como una palabra inteligible y amenazadora. Al mismo tiempo, el cometa crece desmesuradamente. Un terrible grito brusco de mujer hace callar, súbitamente, la música, y reduce él cometa a su tamaño normal, ha mujer huye jadeando. Revuelo en la plaza. El diálogo, más silbante y perceptible, todavía no se comprende.*

—¡Es signo de guerra!

—¡Claro!

—No es signo de nada.

—Según.

—Basta. Es el calor.

—El calor de Cádiz.

—Ya basta.

—Silba demasiado fuerte.

—Sobre todo ensordece.

—¡Es un maleficio que ha caído sobre la ciudad!

—¡Ay, Cádiz! ¡Un maleficio ha caído sobre ti!

—¡Silencio! ¡Silencio!

*Miran de nuevo el cometa cuando se oye, con claridad esta vez, la voz de un oficial de los guardias civiles.*

EL OFICIAL DE LOS GUARDIAS CIVILES. — ¡Volved a vuestras casas!

Lo visto, visto está, es suficiente. Tanto ruido para nada, eso es todo. Mucho ruido y al fin nada. Al cabo, Cádiz sigue siendo Cádiz.

UNA voz. — Sin embargo es una señal. Las señales no son porque sí.

UNTA voz. — ¡Oh Dios grande y terrible!

UNA VOZ. — ¡Pronto habrá guerra, ésa es la señal!

UNA VOZ. — ¡En nuestra época nadie cree en las señales, sarnoso!

¡Afortunadamente, somos demasiado inteligentes!

UNA VOZ. — Sí, y por eso nos dejamos espichar. Estúpidos como cerdos, eso es lo que somos. ¡Y a los cerdos los sangran!

EL OFICIAL. — ¡Volved a vuestras casas! La guerra es asunto nuestro, no de vosotros.

NADA. — ¡Ay! ¡Si dijeras la verdad! Pero no, los oficiales mueren en la cama, y la estocada la recibimos nosotros.

UNA voz. — Nada, ahí está Nada. ¡Ahí está el idiota!

UNA VOZ. — Nada, tú has de saberlo. ¿Qué significa esto?

NADA (*es lisiado*). — Lo que tengo que decir, no os gusta saberlo. Os reís. Preguntad al estudiante, pronto será doctor. Yo hablo con mi botella.

*Se lleva una botella a la boca.*

UNA VOZ. — Diego, ¿qué quiere decir esto?

DIEGO. — ¿Qué os importa? Mantened firme el corazón y será bastante.

UNA VOZ. — Preguntad al oficial de los guardias civiles.

EL OFICIAL. — La guardia civil piensa que alteráis el orden público.

NADA. — La guardia civil tiene suerte. Sus ideas son simples.

DIEGO. — Mirad, vuelve a empezar...

UNA VOZ. — ¡Ah, Dios grande y terrible!

*El zumbido comienza de nuevo. Segundo paso del cometa.*

—¡Basta!

—¡Que cese!

—¡Silba!

—Es un maleficio ...

—Que ha caído sobre la ciudad ...

—¡Silencio! ¡Silencio!

*Dan las cinco. El cometa desaparece. Amanece.*

NADA (*encaramado en un mojón, con risa burlona*). — ¡Pues bien! Yo, Nada, luz de esta ciudad por la instrucción y los conocimientos, borracho por desdén a todas las cosas y por asco a los honores, burla de los hombres porque he conservado la libertad del desprecio, quiero, después de estos fuegos artificiales, haceros una advertencia gratuita. Os informo, pues, que vemos y que vamos a ver cada vez más.

Observad que ya lo veíamos. Pero se necesitaba un borracho para darse cuenta. ¿Y qué vemos? Adivinadlo vosotros, hombres razonables. Yo tengo mi opinión formada desde siempre y mis

principios son firmes: la vida vale tanto como la muerte; el hombre es de la leña con la que se hacen las hogueras. ¡Creedme! Tendréis disgustos. Ese cometa es una mala señal. ¡Os da la voz de alarma!

¿Os parece inverosímil? Me lo esperaba. Como habéis hecho las tres comidas, ocho horas de trabajo y mantenéis dos mujeres, imagináis que todo está en orden. No, no estáis en orden, estáis en fila. Bien alineados, con cara plácida, maduros ya para la calamidad. Vamos, buenas gentes, ésta es la advertencia, estoy en regla con mi conciencia. En cuanto a lo demás, no os inquietéis; allá arriba se ocupan de vosotros. Y ya sabéis lo que eso significa: ¡no son amables!

EL JUEZ CASADO. — No blasfemes, Nada. Hace ya mucho tiempo que te tomas libertades culpables con el cielo.

NADA. — ¿He hablado del cielo, juez? De todas maneras, apruebo lo que hace. Soy juez a mi manera. He leído en los libros que es preferible ser cómplice que víctima del cielo. Tengo por lo demás la impresión de que el cielo no tiene nada que ver. En cuanto a los hombres les da por empezar a romper vidrios y cabezas, uno se da cuenta de que el buen Jesús, aunque conoce la música, no pasa de ser un niño del coro.

EL JUEZ CASADO. — Los libertinos de tu ralea son los que nos atraen las señales celestes de alarma. Porque en efecto, es una señal de alarma. Pero va dirigida a todos aquellos que tienen corrompido el corazón. Temed todos los más terribles efectos y rogad a Dios que perdone vuestros pecados. ¡De rodillas! ¡De rodillas, os digo! *Todos se arrodillan, salvo* NADA.

EL JUEZ CASADO. — Teme, Nada, teme y arrodíllate.

NADA. — No puedo, tengo las rodillas duras. En cuanto a temer, lo he previsto todo, aun lo peor, quiero decir, tu moral.

EL JUEZ CASADO. — ¿Así que no crees en nada, desventurado?

NADA. — En nada de este mundo, fuera del vino. Y en nada del cielo.

EL JUEZ CASADO. — Perdónalo, Dios mío, porque no sabe lo que dice, y sé indulgente con esta ciudad habitada por tus hijos.

NADA. — *Ite missa est.* Diego, convídame con una botella en la taberna del Cometa. Y me contarás cómo andan tus amores.

DIEGO. — Voy a casarme con la hija del juez, Nada. Y quisiera que en adelante no ofendieses a su padre. Es ofenderme a mí.

*Trompetas. Un heraldo rodeado de guardias.*

EL HERALDO. — Orden del gobernador. Que todos se retiren y reanuden sus tareas. Buenos gobiernos son los gobiernos en los que no pasa nada. Y es voluntad del gobernador que no pasó nada en su gobierno, a fin de que siga siendo tan bueno como siempre. Se asegura, pues, a los habitantes de Cádiz, que en este día nada ha sucedido que merezca la pena de alarma o molestia. Por lo cual todos, a partir de las seis, deberán tener por falso que alguna vez planeta alguno se haya mostrado en el horizonte de la ciudad. Todo aquel que contravenga esta decisión, todo habitante que hable de cometas como si no fueran fenómenos siderales pasados o por venir, será castigado, pues, con el rigor de la ley.

*Trompetas. Se retira.*

NADA. — Bueno, Diego, ¿qué me dices? ¡Es una ocurrencia!

DIEGO. — ¡Es una tontería! Mentir siempre es una tontería.

NADA. — No, es una política. Y que apruebo, ya que apunta a suprimirlo todo. ¡Añi, qué buen gobernador tenemos! Si su presupuesto está en déficit, si su hogar es adúltero, anula el déficit y niega el adulterio. Cornudos, vuestra mujer es fiel, paralíticos, podéis andar, y vosotros, ciegos, mirad: ¡es la hora de la verdad!

DIEGO. — ¡No anuncies desgracia, vieja lechuza! ¡La hora de la verdad es la hora de la muerte!

NAD\*. — Justamente. ¡Muera el mundo! ¡Ah, si pudiera tenerlo entero frente a mí, como un toro que tiembla sobre sus patas, con sus ojitos ardiendo de odio y su hocico rosado donde la baba pone una puntilla sucia! ¡Ay, qué momento! ¡Esta vieja mano no vacilaría, y el cordón de la medula sería cortado de un golpe,

y la pesada bestia fulminada caería hasta el fin de los tiempos a través de espacios interminables!

DIEGO. — Desprecias demasiadas cosas, Nada. Economiza tu desprecio, lo necesitarás.

NADA. — No necesito nada. Desprecio a la misma muerte. ¡Y nada de esta tierra: ni rey, ni cometa, ni moral, estarán jamás por encima de mí!

DIEGO. — ¡Calma! No subas tan alto. Serías menos querido.

NADA. — Estoy por encima de todas las cosas, pues ya no deseo **nada.**

DIEGO. — Nadie está por encima del honor.

NADA. — ¿Qué es el honor, hijo?

DIEGO. — Lo que me mantiene en pie.

NADA. — El honor es un fenómeno sideral pasado o por venir. Suprimámoslo.

DIEGO. — Está bien, Nada, pero tengo que marcharme. Ella me espera. Por eso no creo en la calamidad que anuncias. Debo ocuparme de ser feliz. Es éste un largo trabajo que necesita la paz de las ciudades y los campos.

NADA. — Ya te lo he dicho, hijo, lo estamos viendo. No esperes nada. La comedia va a empezar. Y apenas' me queda tiempo de correr al mercado para beber al fin por la muerte universal.

*Todas las luces se apagan.*

FIN DEL PRÓLOGO

## PRIMERA PARTE

*Luz. Animación general. Los ademanes son más vivos, el movimiento se precipita. Música. Los comerciantes quitan los postigos, apartando los primeros planos del decorado. Aparece la plaza del mercado. El coro del pueblo, conducido por los pescadores, la llena poco a poco, exultante.*

EL CORO. — No pasa nada, no pasará nada. ¡Refrescos, refrescos! ¡No es una calamidad, es la abundancia del verano! (*Grito de alegría.*) Apenas concluye la primavera y ya la naranja dorada del verano, lanzada a toda velocidad por el cielo, se iza en la cima de la estación y estalla sobre España en un chorro de miel, mientras todos los frutos de todos los veranos del mundo: uvas pegajosas, melones color de manteca, higos llenos de sangre, albaricokes inflamados, vienen a rodar en el mismo momento por los estantes de nuestros mercados. (*Grito de alegría.*) ¡Oh, frutos! Aquí, en el mimbre, concluyen la larga carrera precipitada que los trae de los campos donde empezaron a cargarse de agua y azúcar, sobre los prados azules de calor y entre el fresco brotar de mil manantiales soleados, unidos poco a poco en una sola agua de juventud aspirada por las raíces y los troncos, conducida hasta el corazón de los frutos, donde termina por deslizarse lentamente como una inagotable fuente melosa que los nutre y los pone cada vez más densos.

¡Pesados, cada vez más pesados! Y tan pesados que al fin los frutos corren al fondo del agua del cielo, comienzan a rodar a través de la hierba opulenta, se embarcan en los ríos, caminan a lo largo de todas las rutas, y desde los cuatro puntos del horizonte,

saludados por los rumores jubilosos del pueblo y los clarines del *estío* (*breves trompetas*) vienen en multitud a las ciudades humanas, a probar que la tierra es dulce y que el cielo nutricio sigue fiel a la cita de la abundancia. (*Grito general de alegría.*) No, no pasa nada. He aquí el estío, ofrenda y no calamidad. ¡Más tarde el invierno, el pan duro es para mañana! ¡Hoy, dorados, sardinas, langostinos, pescados, pescado fresco que llega de los mares tranquilos, queso, queso al romero! La leche de las cabras espumea como la lejía, y en las mesas de mármol, la carne congestionada bajo su corona de papel blanco, la carne con olor a alfalfa, ofrece al mismo tiempo, sangre, savia y sol al rumiar del hombre. ¡En la copa! ¡La copa! Bebamos en la copa de las estaciones. ¡Bebamos hasta el olvido, no pasará nada!

*Hurras. Gritos de alegría. Trompetas. Música, y en las cuatro esquinas del mercado se desarrollan pequeñas escenas.*

EL PRIMER MENDIGO. — ¡Una caridad, hombre, una caridad, abuela!

EL SEGUNDO MENDIGO. — ¡Más vale hacerla pronto que nunca!

EL TERCER MENDIGO. — ¡Vosotros nos comprendéis!

EL PRIMER MENDIGO. — No ha pasado nada, por supuesto.

EL SEGUNDO MENDIGO. — Pero quizá pase algo.

*Roba el reloj a un transeúnte.*

EL TERCER MENDIGO. — Haced siempre caridad. Dos precauciones valen más que una.

*En la pescadería.*

EL PESCADOR. — ¡Un dorado fresco como un clavel! ¡La flor de los mares! Y viene usted a quejarse.

LA VIEJA. — ¡Tu dorado es perro marino!

EL PESCADOR. — ¡Perro marino! Hasta que llegaste, bruja, el perro marino nunca había entrado en este comercio.

LA VIEJA. — ¡Ay, hijo de tu madre! ¡Mira mi pelo blanco!

EL PESCADOR. — Fuera, vieja cometa

*Todo el mundo se inmoviliza, llevándose el dedo a la boca.*

*En la ventana de VICTORIA. VICTORIA ittrds de los barrotes, y DIEGO.*

DIEGO. — ¡Hace tanto tiempo!

VICTORIA. — ¡Loco, nos separamos a las once, esta mañana!

DIEGO. — ¡Sí, pero estaba tu padre!

VICTORIA. — Mi padre ha dicho que sí. Estábamos seguros de que diría que no.

DIEGO. — Tenía yo razón al dirigirme directamente a él y mirarlo de frente.

VICTORIA. — Tenías razón. Mientras él reflexionaba, yo con los ojos cerrados, escuchaba en mí un galope lejano que subía y se acercaba cada vez más rápido y numeroso, hasta hacerme temblar toda. Y mi padre dijo que sí. Entonces abrí los ojos. Era la primera mañana del mundo. En un rincón del cuarto donde estábamos, vi los caballos negros del amor, aún estremecidos, pero tranquilos ya. Nos esperaban a nosotros.

DIEGO. — Yo no estaba ni sordo ni ciego. Pero sólo oía el piafar dulce de mi sangre. Mi alegría era súbita sin impaciencia. Oh, ciudad de luz, he aquí que me has sido entregada para toda la vida, hasta la hora en que nos llame la tierra. Mañana partiremos juntos y montaremos en la misma silla.

VICTORIA. — Sí, habla nuestra lengua, aunque los demás la consideren insensata. Mañana besarás mi boca. Miro la tuya y me quemán las mejillas. Dime, ¿es el viento del sur?

DIEGO. — Es el viento del sur, y también a mí me quema. ¿Dónde está la fuente que me curará?

*Se acerca y ella, pasando los brazos entre los barrotes, le estrecha los hombros.*

VICTORIA. — ¡Ah! ¡Me hace daño quererte tanto! Acércate más.

DIEGO. — ¡Qué bella eres!

VICTORIA. — ¡Qué fuerte eres!

DIEGO. — ¿Con qué te lavas la cara para tenerla tan blanca como la almendra?

VICTORIA. — Me la lavo con agua clara; ¡el amor le pone su gracia!

DIEGO. — ¡Tu pelo es fresco como la noche!

VICTORIA. — Porque todas las noches te espero en mi ventana.

DIEGO. — ¿El agua clara y la noche han dejado en ti el olor del limonero?

VICTORIA. — ¡No, es el viento de tu amor que me ha cubierto de flores en un solo día!

DIEGO. — ¡Las flores caerán!

VICTORIA. — ¡Los frutos te aguardan!

DIEGO. — ¡Vendrá el invierno!

VICTORIA. — Pero contigo. ¿Recuerdas lo que me cantaste la primera vez? ¿No sigue siendo cierto?

DIEGO. — Si a cien años de mi muerte  
la tierra me preguntara  
si por fin te he olvidado  
le respondería: aún no.

*Ella calla.*

DIEGO. — ¿No dices nada?

VICTORIA. — La dicha me anuda la garganta.

*Bajo la tienda del astrólogo.*

EL ASTRÓLOGO (*a una mujer*). — El sol, hermosa mía, atraviesa el signo de la Libra en el instante de su nacimiento, lo cual autoriza a considerarte venusina, por ser tu signo ascendente el Toro, que, como todos saben, está también gobernado por Venus. Tu naturaleza, es, pues, emotiva, afectuosa y agradable. Puedes alegrarte, aunque el Toro predispone al celibato y corre el riesgo de dejar sin empleo esas preciosas cualidades. Además veo una conjunción Venus-Saturno que es desfavorable al matrimonio y a los hijos. Esta conjunción presagia también gustos extraños y hace temer los males que afectan el vientre. Pero no te quedes en esto y busca el sol que fortalecerá tu mente y la moralidad, y que es soberano en cuanto al flujo del vientre. Elige tus amigos entre los taurinos, pequeña, y no olvides que tu posición está bien orientada, fácil y favorable y que puede darte alegría. Son seis pesetas.

*Recibe el dinero.*

LA MUJER. — Gracias. Estás seguro de lo que me has dicho, ¿verdad?

EL ASTRÓLOGO. — ¡Siempre, pequeña, siempre! ¡Atención, sin embargo! Esta mañana no ha pasado nada, por supuesto. Pero aquello que no ha pasado puede trastornar mi horóscopo. ¡No soy responsable de lo que no ha ocurrido!

*La mujer se va.*

EL ASTRÓLOGO. — ¡Haceos el horóscopo! ¡El pasado, el presente, el pon enir, garantizados por los astros fijos! ¡He dicho fijos! (*Aparte.*) Si los cometas intervienen, este oficio se pondrá imposible. Habrá que hacerse gobernador.

GITANOS (*al mismo tiempo*). — Un amigo que te quiere bien...

Una morena que huele a naranja. . .

La herencia de las Americas . . .

UNO SOLO. — Después de la muerte del amigo rubio, recibirás una carta morena.

*En un tablado, al fondo, redoble de tambor.*

Los COMEDIANTES. — ¡Abrid los ojos, graciosas damas y vosotros, señores, prestad oídos! Los actores que aquí veis, los más grandes y famosos del reino de España, y a quienes convencí, no sin esfuerzo, de que abandonaran la corte por este mercado, van a representar, por complaceros, un acto sagrado del inmortal Pedro de Lariba: *Los espíritus*. Pieza que os dejará asombrados, y que las alas del genio han llevado de golpe a la altura de las obras maestras universales. Composición prodigiosa de la que nuestro rey gustaba al punto de hacerla representar dos veces por día, y que aún presenciaria si yo no hubiera explicado a esta compañía sin igual el interés y la urgencia de darla a conocer también en este mercado, para edificación del público de Cádiz, el más entendido de todas las Españas!

Acercaos, pues; la representación va a empezar.

*Empieza, en efecto, pero no se oye a los actores, por cubrir sus voces los ruidos del mercado.*

—¡Refrescos, refrescos!

—¡La mujer-langosta, mitad mujer, mitad pez!

—¡Sardinas fritas! ¡Sardinas fritas!

—¡Aquí, el rey de la evasión que sale de cualquier prisión!

—Cómprame tomates, hermosa, son dulces como tu corazón! »

—¡Puntillas y lienzo de bodas!

—¡Sin dolor y sin charla, Pedro arranca los dientes!

NADA (*saliendo ebrio de la taberna*). — Aplastadlo todo. ¡Haced un puré con los tomates y el corazón! ¡A la prisión el rey de la evasión, y rompamos los dientes a Pedro! ¡Muerte al astrólogo que no lo habrá previsto! ¡Comámonos a la mujer-langosta y suprimamos todo, fuera de lo que se bebe!

*Un mercader extranjero, ricamente vestido, entra en el mercado en medio de tin gran grupo de mujeres.*

EL MERCADER. — ¡Comprad, comprad la cinta del Cometa!

TODOS. — ¡Sh! ¡Sh!

*Van a explicarle su locura al oído.*

EL MERCADER. — ¡Comprad, comprad la cinta sideral!

*Todos compran cintas.*

*Gritos de alegría. Música.* EL GOBERNADOR *con su séquito llega al mercado. Se instalan.*

EL GOBERNADOR. — Vuestro gobernador os saluda y se alegra de verlos reunidos como de costumbre en estos lugares, en medio de las ocupaciones que labran la riqueza y la paz de Cádiz. No, decididamente nada ha cambiado, y eso está bien. ¡El cambio me irrita, me gustan mis costumbres!

UN HOMBRE DEL PUEBLO. — No, gobernador, nada ha cambiado en realidad; nosotros, los pobres, podemos asegurártelo. Los fines de mes son muy apretados. La cebolla, la oliva y el pan nos hacen subsistir, y en cuanto a la gallina, nos alegra saber que otros la comen todos los domingos. Esta mañana corrieron ruidos por la ciudad y sobre la ciudad. A decir verdad, tuvimos miedo de que algo cambiara y que de pronto los miserables fueran obligados a alimentarse de chocolate. Pero gracias a ti, buen gobernador, nos anunciaron que no había pasado nada y que nuestras orejas habían oído mal. En consecuencia, henos aquí contigo tranquilizados.

EL GOBERNADOR. — El gobernador se congratula de ello. Nada nuevo es bueno.

Los ALCALDES. — ¡El gobernador ha dicho bien! Nada nuevo es bueno. Nosotros los alcaldes, investidos por la sabiduría y los años, queremos creer en especial que los pobres no han adoptado un tono irónico. La ironía es una virtud que destruye. Un buen gobernador prefiere los vicios que construyen.

EL GOBERNADOR. — ¡Entretanto, que nada se mueva! ¡Yo soy el rey de la inmovilidad!

Los BORRACHOS DE LA TABERNA (*alrededor de NADA*). — ¡Sí, sí, sí! ¡No, no, no! ¡Que nada se mueva, buen gobernador! ¡Todo gira alrededor de nosotros y es un gran sufrimiento! ¡Queremos la inmovilidad! ¡Que se detenga todo movimiento! Que todo sea suprimido, fuera del vino y la locura.

EL CORO. — ¡Nada ha cambiado! ¡No pasa nada, no ha pasado nada! Las estaciones giran alrededor de su eje, y en el cielo suave circulan astros prudentes cuya tranquila geometría condena a esas estrellas locas y desordenadas que incendian las praderas del ciclo con su cabellera inflamada, turban con su aullido de alarma la dulce música de los planetas, trastornan con el viento de su carrera las gravitaciones eternas, hacen rechinar las constelaciones y preparan, en todas las encrucijadas del cielo, funestas colisiones de astros. ¡En verdad, todo está en orden, el mundo se equilibra! ¡Es el mediodía del año, la estación alta e inmóvil! ¡Felicidad, felicidad! ¡He aquí el verano! Qué importa lo demás, la felicidad es nuestro orgullo.

Los ALCALDES. — Si el cielo tiene costumbres, agradecedlo al gobernador que es el rey de la costumbre. Él tampoco gusta del pelo despeinado. ¡Todo su reino está bien peinado!

EL CORO. — ¡Prudentes! Seguiremos siendo prudentes, porque nada cambiará nunca. ¿Qué haríamos con el pelo a! viento, los ojos inflamados, la boca estridente? ¡Estaremos orgullosos de la felicidad de los demás!

Los BORRACHOS (*alrededor de NADA*). — ¡Suprimid el movimiento,

suprimid, suprimid! ¡No os mováis, no nos movamos! ¡Dejemos correr las horas, este reino no tendrá historia! ¡La estación inmóvil es la estación de nuestros corazones, porque es la más cálida y nos obliga a beber!

*Pero el tema sonoro de la alarma que zumbaba sordamente desde un momento antes, sube de pronto hasta el agudo, mientras resuenan dos enormes golpes sordos. En los tablados, un comediante que avanza hacia el público mientras continúa su pantomima, se tambalea y cae en medio de la multitud que lo rodea inmediatamente. Ni una palabra, ni un gesto: el silencio es completo.*

*Unos segundos de inmovilidad y luego precipitación general.*

DIEGO se mete entre la multitud que se separa lentamente y descubre al hombre.

Dos médicos llegan, examinan el cuerpo, se apartan y discuten agudamente.

*Un hombre joven pide explicaciones a uno de los médicos que hace gestos de negación. El joven lo apremia y alentado por la multitud, lo obliga a responder, lo sacude, se pega a él en actitud de adjuración y se encuentra finalmente cara a cara con él. Ruido de aspiración; parece como si bebiera una palabra de labios del médico. Se aparta y, con grn esfuerzo, como si la palabra fuera demasiado grande para su boca y se necesitaran largos esfuerzos para librarse de ella, pronuncia:*

—La peste.

*Todo el mundo dobla las rodillas y todos repiten la palabra cada vez más fuerte y cada vez más rápida, mientras huyen, trazando amplias curvas en escena en torno al gobernador subido en su estrado. El movimiento se acelera, se precipita, se enloquece hasta que las gentes se inmovilizan en grupos, a la voz del viejo cura.*

EL CURA. — ¡A la iglesia, a la iglesia! He aquí que llega el castigo. ¡El viejo mal ha caído sobre la ciudad! El cielo lo envía desde

siempre a las ciudades corrompidas para castigarlas a muerte por su pecado mortal. En vuestras bocas mentirosas serán aplastados los gritos y un sello ardiente se posará en vuestros corazones. Rogad ahora al Dios de justicia para que olvide y perdone. ¡Entrad en la iglesia! ¡Entrad en la iglesia!

*Algunos se precipitan en la iglesia. Los otros se vuelven mecánicamente a derecha e izquierda mientras dobla la campana.*

*En tercer plano el astrólogo, como si presentara un informe al gobernador, habla en tono muy natural.*

EL ASTRÓLOGO. — Una conjunción maligna de planetas hostiles acaba de dibujarse en el plano de los astros. Significa y anuncia sequía, hambre y peste en la primera oportunidad...

*Ftvo un grupo de mujeres lo cubre todo con su chachara.*

— ¡Tenía en la garganta un bicho enorme que le chupaba la sangre con gran ruido de sifón!

— ¡Era una araña, una gran araña negra!

— ¡Verde, era verde!

— ¡No, era un lagarto de las algas!

— ¡Tú no viste nada! Era un pulpo, grande como un hombrecito.

— ¡Diego, dónde está Diego?

— ¡Habrán tantos muertos que no quedarán vivos para enterrarlos!

— ¡Ay! ¡Si pudiera marcharme!

— ¡Marcharse! ¡Marcharse!

VICTORIA. — Diego, ¿dónde está Diego?

*Durante toda esta escena el cielo se ha llenado de signos y el zumbido de alarma se ha desarrollado, acentuando el terror general. Un hombre, con el rostro iluminado, sale de una casa gritando: "¡Dentro de cuarenta días, el fin del mundo!", y de nuevo el pánico traza sus curvas y las gentes repiten: "Dentro de cuarenta días, el fin del mundo". Unos guardias vienen a detener al iluminado, pero por el otro lado sale una hechicera que distribuye sus remedios.*

LA HECHICERA. — Toronjil, menta, salvia, romero, tomillo, azafrán,

casaca de limón, pasta de almendras. .. [Atención, atención, estos remedios son infalibles!

*Pero se levanta una especie de viento frío, mientras el sol empieza a ponerse y obliga a alzar las cabezas.*

LA HECHICERA. — ¡El viento! ¡Ahí llega el viento! La plaga le tiene horror al viento! ¡Todo irá mejor, ya lo veréis!

*En el mismo momento, el viento cesa, el zumbido se agudiza, los dos golpes sordos resuenan, ensordecedores y un poco más cercanos. Dos hombres se desploman en medio de la multitud. Todos flexionan las rodillas y retrocediendo comienzan a apartarse de los cuerpos. Silo queda la hechicera y a sus pies los dos hombres que llevan marcas en las ingles y en la garganta. Los enfermos se retuercen, hacen dos o tres gestos y mueren, mientras la noche desciende lentamente sobre la multitud que sigue desplegándose hacia el exterior, dejando los cadáveres en el centro.*

*Oscuridad.*

*huez en la iglesia. Proyector en el palacio del rey. Luz en la casa del juez. La escena es alternada.*

EN EL PALACIO

EL PRIMER ALCALDE. — Alteza, la epidemia se desencadena con una rapidez que supera todos los auxilios. Los barrios están más contaminados de lo que se cree, lo cual me inclina a pensar que es preciso disimular la situación y no decir la verdad al pueblo a a ningún precio. Por lo demás, y por el momento, la enfermedad te ceba sobre todo en los barrios exteriores que son pobres y están »up?rpoblados. Dentro de la desgracia, esto por lo menos es satisfactorio.

*Murmullos de aprobación.*

EN LA IGLESIA

EL CURA. — Acercaos, y que cada uno confiese en público lo psor

que ha hecho. ¡Abrid vuestros corazones, malditos! Decios los unos a los otros el mal que habéis cometido y el que habéis meditado, o si no el veneno del pecado os sofocará y os llevará al infierno con tanta seguridad como el pulpo de la peste... Por mi parte, me acuso de haber carecido a menudo de caridad.

*Tres confesiones mimadas durante el diálogo siguiente.*

EN EL PALACIO

EL GOBERNADOR. — Todo se arreglará. Lo fastidioso es que yo tenía una partida de caza. Estas cosas siempre suceden cuando uno tiene algún asunto importante. ¿Cómo hacer?

EL PRIMER ALCALDE. — No falte usted a la caza, aunque más no sea por dar el ejemplo. La ciudad debe ver qué frente serena sabe usted mostrar en la adversidad.

EN LA IGLESIA

TODOS. — ¡Perdónanos, Dios mío, lo que hemos hecho y lo que no hemos hecho!

EN LA CASA DEL JUEZ

*El juez lee salmos rodeado por su familia.*

EL JUEZ. — "El señor es mi refugio y mi ciudadela

Pues él me preserva de la trampa del pajarero

Y de la peste mortífera"

LA MUJER. — Casado, ¿no podemos salir?

EL JUEZ. — Has salido demasiado en tu vida, mujer. Eso no ha favorecido nuestra felicidad.

LA MUJER. — Victoria no ha regresado y temo que sufra daño.

EL JUEZ. — Nunca has temido el daño para ti. Y en ello perdiste el honor. Quédate, la casa está tranquila en medio de la plaga.

Lo he previsto todo y atrincherados mientras dure la peste, esperraremos el fin. Dios mediante, no padeceremos por nada.

LA MUJER. — Tienes razón, Casado. Pero no somos lo» únicos. Otros padecen. Quizá Victoria esté en peligro.

EL JUEZ. — Deja a los otros y piensa en la casa. Piensa en tu hijo, por ejemplo. Haz traer todas las provisiones que puedas. Paga el precio necesario. ¡Pero entroja, mujer, entroja! ¡Ha llegado el tiempo de entrojar! (*Lee*): "El Señor es mi refugio y mi ciudadela..."

EN LA IGLESIA

*Continúa la serie.*

EL CORO. — "No tendrás nada que temer  
Ni los terrores de la noche  
Ni las flechas que vuelan de día  
Ni la peste que camina en la sombra  
Ni la epidemia que reptaba en pleno mediodía".

UNA VOZ. — ¡Oh, Dios grande y terrible!

*Luz en la plaza. Deambular del pueblo siguiendo el ritmo de una copla.*

EL CORO. — Has firmado en la arena  
Has escrito en el mar  
Sólo queda la pena.

*Entra VICTORIA. Proyector en la plaza.*

VICTORIA. — Diego, ¿dónde está Diego?

UNA MUJER. — Está con los enfermos. Cuida a los que lo llaman.

VICTORIA *corre a un extremo de la escena y tropieza con DIEGO que lleva la máscara de los médicos de la peste. Ella retrocede, lanzando un grito.*

DIEGO (*dulcemente*). — ¿Te doy tanto miedo, Victoria?

VICTORIA (*en un grito*). — ¡Oh, Diego, por fin tú! Quítate esa máscara y estréchame contra ti. ¡Contra ti, contra ti y me salvaré de ese mal!

*Él no se mueve.*

VICTORIA. — ¿Qué ha cambiado entre nosotros, Diego? Hace horas que te busco, corriendo por la ciudad, espantada con la idea de que el mal podría herirte también, y aquí *estás* con esa máscara

de tormento y de enfermedad. ¡Quítatela, quítatela, te lo ruego, y estréchame contra ti! (*Él se quita la máscara.*) Cuando veo tus manos, se me seca la boca. ¡Bésame!

*Él no se mueve.*

VICTORIA (*más bajo*). — Bésame, me muero de sed. Has olvidado que sólo ayer nos comprometimos el uno al otro. Toda la noche esperé este día en que debías besarme con todas tus fuerzas. ¡Pronto, pronto!...

DIEGO. — ¡Tengo lástima, Victoria!

VICTORIA. — Yo también, pero tengo lástima de nosotros. ¡Y por eso te he buscado, gritando por las calles, corriendo hacia ti, con los brazos tendidos para anudarlos a los tuyos!

*Avanza hacia él.*

DIEGO. — ¡No me toques, apártate!

VICTORIA. — ¿Por qué?

DIEGO. — Ya no me reconozco. Nunca me ha dado miedo un hombre, pero esto es superior a mí, el honor de nada me sirve y siento que me abandono. (*Ella se le acerca.*) No me toques. Quizá el mal ya esté en mí y voy a contagiártelo. Espera un poco. Déjame respirar, porque estoy estrangulado de estupor. Ya no sé siquiera cómo tomar a esos hombres y volverlos en el lecho. Me tiemblan las manos de horror, y la compasión me tapa los ojos. (*Gritos y gemidos.*) Sin embargo me llaman, ¿los oyes? Tengo que ir. Pero vela por ti, vela por nosotros. ¡Esto ha de terminar, con seguridad!

VICTORIA. — No me dejes.

DIEGO. — Esto ha de terminar. Soy demasiado joven y te quiero demasiado. La muerte me da horror.

VICTORIA (*lanzándose hacia él*). — ¡Yo estoy viva!

DIEGO (*retrocede*). — ¡Qué vergüenza, Victoria, qué vergüenza!

VICTORIA. — ¿Vergüenza? ¿Por qué vergüenza?

DIEGO. — Me parece que tengo miedo.

*Se oyen gemidos.* DIEGO *corre en dirección a ellos. Deambular del pueblo al ritmo de una copla.*

EL CORO. — ¿Quién tiene razón y quién se equivoca?

Piensa

Que aquí abajo todo es mentira.

Que lo único cierto es la muerte.

*Proyector en la iglesia y en el palacio del gobernador.*

*Salmos y rezos en la iglesia. Desde el palacio el primer alcalde se dirige al pueblo.*

EL PRIMER ALCALDE. — Orden del gobernador. A partir de este día, en señal de penitencia por la desgracia común y para evitar los peligros de contagio, queda prohibida toda reunión pública y toda diversión. Además ...

UNA MUJER (*empieza a proferir alaridos en medio del pueblo*). — ¡Allí! ¡Allí! Esconden un muerto. No hay que dejarlo. ¡Lo pudrirá todo! ¡Vergüenza de los hombres! ¡Hay que llevarlo a la tierra!

*Desorden. Dos hombres salen llevando a la mujer.*

EL ALCALDE. — Además, el gobernador está en condiciones de tranquilizar a los ciudadanos con respecto a la evolución del azote inesperado que ha caído sobre la ciudad. Según opinión de todos los médicos, bastará que sople el viento marino para que la peste retroceda. Dios mediante ...

*Pero los dos enormes golpes sordos lo interrumpen, seguidos de otros dos golpes, mientras la campana de los muertos tañe al vuelo y los rezos se desencadenan en la iglesia. Luego sólo reina un silencio aterrado en medio del cual entran dos personajes extraños, un hombre y una mujer, a quienes todos siguen con la vista. El hombre es corpulento. Cabeza descubierta. Lleva una especie de uniforme con una condecoración. La mujer también lleva uniforme, pero con cuello y puños blancos. Tiene en las manos una libreta. Avanzan hasta el palacio del gobernador y saludan.*

EL GOBERNADOR. — ¿Qué quieren ustedes de mí, extranjeros?

EL HOMBRE (*en tono cortés*). — Su lugar.

TODOS. — ¿Qué? ¿Qué dice?

EL GOBERNADOR. — Han elegido un mal momento, y esta insolent-

cia puede costarles cara. Pero seguramente nos habremos entendido mal. ¿Quiénes son ustedes?

EL HOMBRE. — ¡Adivínelo!

EL PRIMER ALCALDE. — ¡No sé quiénes son, extranjeros, pero sé dónde terminarán!

EL HOMBRE (*muy tranquilo*). — Me impresiona usted. ¿Qué le parece, querida amiga? ¿Tendré que decirles entonces quién soy?

LA SECRETARIA. — De ordinario, andamos con más miramientos.

EL HOMBRE. — Pero estos señores son muy apremiantes.

LA SECRETARIA. — Tendrán sus razones, sin duda. Después de todo, estamos de visita y debemos someternos a los usos de estos lugares.

EL HOMBRE. — Comprendo. ¿Pero no provocará un poco de desorden en estas buenas almas?

LA SECRETARIA. — Es preferible el desorden a la descortesía.

EL HOMBRE. — Es usted convincente. Pero me quedan algunos escrúpulos ...

LA SECRETARIA. — O una cosa o la otra ...

EL HOMBRE. — La escucho ...

LA SECRETARIA. — O lo dice usted, o no lo dice. Si lo dice, lo sabrán. Si no lo dice, se enterarán.

EL HOMBRE. — Esto termina de iluminarme.

EL GOBERNADOR. — ¡En todo caso, ya es bastante! Antes de tomar las medidas que convengan, lo intimo por última vez a que me diga quienes son ustedes y qué quieren de mí.

EL HOMBRE (*siempre natural*). — Yo soy la peste. ¿Y usted?

EL GOBERNADOR. — ¿La peste?

EL HOMBRE. — Sí, y necesito su lugar. Lo siento, créame, pero tendré mucho que hacer. ¿Si le diera dos horas, por ejemplo? ¿Le bastarían para pasarme los poderes?

EL GOBERNADOR. — Esta vez ha ido usted demasiado lejos y será castigado por esta impostura. ¡Guardias!

EL HOMBRE. — ¡Espere! No quiero forzar a nadie. Tengo por principio ser correcto. Comprendo que mi conducta parezca sorprendente y, al fin, usted no me conoce. Pero deseo de veras que me

ceda el sitio sin obligarme a dar pruebas. ¿No puede creer en mi palabra?

EL GOBERNADOR. — No tengo tiempo que perder, esta broma ya ha durado demasiado. ¡Detened a este hombre!

EL HOMBRE. — Entonces hay que resignarse. Pero todo esto es muy fastidioso. Querida amiga, ¿querría usted proceder a una cancelación?

*Tiende el brazo hacia uno de los guardias. La secretaria tacha ostensiblemente algo en su libreta. El golpe sordo resuena. El guardia cae. La secretaria lo examina.*

LA SECRETARIA. — Todo está arreglado, Excelencia. Las tres marcas están aquí. (*A los otros, amablemente.*) Una marca, y usted es sospechoso. Dos, ya está contaminado. Tres, la cancelación está resuelta. Nada más sencillo.

EL HOMBRE. — ¡Ah! Olvidaba presentarles a mi secretaria. Por lo demás ustedes la conocían. Pero uno conoce tanta gente...

LA SECRETARIA. — ¡Es disculpable! Y además, siempre terminan por reconocerse.

EL HOMBRE. — ¡Un carácter afortunado, ya lo ven! Alegre, contenta, cuidadosa de su persona...

LA SECRETARIA. — No hay mérito ninguno. El trabajo es más fácil entre sonrisas y flores frescas.

EL HOMBRE. — Ese principio es excelente. ¡Pero volvamos a lo nuestro! (*Al gobernador.*) ¿Le he dado prueba suficiente de mi seriedad? ¿No dice usted nada? Bueno, lo asusté, naturalmente. Fero fué a disgusto, créame. Hubiera preferido un arreglo amistoso, una convención basada en la confianza recíproca, garantizada por su palabra y la mía, un acuerdo basado en el honor en cierto modo. Después de todo, no es demasiado tarde para hacer bien las cosas. ¿El plazo de dos horas le parece suficiente?

*EL GOBERNADOR sacude la cabeza en señal de negación.*

EL HOMBRE (*volviéndose hacia la secretaria*).— ¡Qué desagradable!

LA SECRETARIA (*sacudiendo la cabeza*). — ¡Un obstinado! ¡Qué contratiempo!

EL HOMBRE (*al gobernador*). — Insisto, sin embargo, en obtener su consentimiento. No quiero hacer nada sin su acuerdo, aunque fuera contrario a mis principios. Mi colaboradora procederá pues a tantas cancelaciones como sean necesarias para obtener de usted la libre aprobación de la pequeña reforma que propongo. ¿Está usted lista, querida amiga?

LA SECRETARIA. — Un momento para sacar punta al lápiz que se ha roto y todo será para bien en el mejor de los mundos.

EL HOMBRE (*suspira*). — ¡Sin su optimismo, este oficio me sería muy penoso!

LA SECRETARIA (*sacando punta al lápiz*). — La perfecta secretaria está segura de que todo puede arreglarse siempre, que no hay error de contabilidad que no termine por repararse, ni cita fracasada que no pueda concertarse de nuevo. No hay desgracia sin su lado bueno. La misma guerra tiene sus virtudes y hasta los cementerios pueden ser buenos negocios cuando las concesiones a perpetuidad son denunciadas cada diez años.

EL HOMBRE. — Sus palabras valen oro... ¿El lápiz ya tiene punta?

LA SECRETARIA. — Ya la tiene y podemos empezar.

EL HOMBRE. — ¡Adelante!

EL HOMBRE *señala a NADA que se ha acercado, pero NADA lanza una carcajada de borracho.*

LA SECRETARIA. — ¿Puedo indicarle que ése pertenece a la especie de los que no creen en nada y que tal especie nos es muy útil?

EL HOMBRE. — Muy justo. Tomemos, pues, a uno de los alcaldes.  
*Pánico entre los alcaldes.*

EL GOBERNADOR. — ¡Deténgase!

LA SECRETARIA. — ¡Buena señal, Excelencia!

EL HOMBRE (*solícito*). — ¿Puedo hacer algo por usted, gobernador?

EL GOBERNADOR. — Si le cedo la plaza, yo, los míos y los alcaldes ¿salvaremos la vida?

EL HOMBRE. — ¡Pero naturalmente, hombre, es la costumbre!

EL GOBERNADOR *conferencia con los alcaldes, luego se vuelve hacia el pueblo,*

EL GOBERNADOR. — Hombres de Cádiz, comprendéis, estoy seguro, que todo ha cambiado ahora. En vuestro mismo interés conviene quizá que deje esta ciudad a la nueva potencia que acaba de manifestarse. El acuerdo concluido con ella evitará sin duda lo peor, y tendréis así la certeza de conservar fuera de vuestros muros un gobierno que un día podrá seros útil. ¿Necesito deciros que, al hablar así, no obedezco al cuidado de mi propia seguridad, sino...?

EL HOMBRE. — Perdóneme que lo interrumpa. Pero me gustaría verlo precisar públicamente que consiente usted de buen grado en estas útiles disposiciones, y que se trata naturalmente de un libre acuerdo.

EL GOBERNADOR *mira a su costado*. LA SECRETARIA *se lleva el lápiz a la boca*.

EL GOBERNADOR. — Por supuesto, concluyo libremente este nuevo acuerdo.

*Balucea, retrocede y huye. El éxodo comienza.*

EL HOMBRE (*al primer alcalde*). — ¡Si lo tiene a bien, no se marche usted tan pronto! Necesito un hombre que cuente con la confianza del pueblo y por intermedio del cual pueda dar a conocer mi voluntad. (EL PRIMER ALCALDE *vacila*.) Usted acepta, naturalmente... (A LA SECRETARIA.) Querida amiga...

EL PRIMER ALCALDE. — Pero naturalmente, es un gran honor.

EL HOMBRE. — Perfecto. En estas condiciones, querida amiga, comunicará usted al alcalde aquellas de nuestras resoluciones que es preciso dar a conocer a estas buenas gentes con el objeto de que empiecen a vivir según el reglamento.

LA SECRETARIA. — Ordenanza concebida y publicada por el primer alcalde y sus consejeros ...

EL PRIMER ALCALDE. — Yo *no* he concebido nada todavía ...

LA SECRETARIA. — Se le ahorra un trabajo. Y debería halagarle, creo, que nuestros servicios se tomen la molestia de redactar lo que usted tendrá de este modo el honor de firmar.

EL PRIMER ALCALDE. — Sin duda, pero...

LA SECRETARIA. — Ordenanza, pues, que hace oficio de acta promulgada en plena obediencia a las voluntades de nuestro bienamado soberano para la reglamentación y asistencia caritativa de los ciudadanos atacados de infección y para designar todas las reglas y todas las personas tales como vigilantes, guardianes, ejecutores y sepultureros que jurarán aplicar estrictamente las órdenes que les sean dadas.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Qué lenguaje es éste, por favor?

LA SECRETARIA. — Es para acostumbrarlos a un poco de oscuridad. Cuanto menos comprendan, mejor marcharán. Dicho esto, aquí están las ordenanzas que hará usted pregonar por la ciudad una después de otra, a fin de que su digestión sea más fácil, aun para los espíritus más lentos. Éstos son nuestros mensajeros. Sus rostros amables ayudarán a fijar el recuerdo de sus palabras.

*Los mensajeros se presentan.*

EL PUEBLO. — ¡El gobernador se va, el gobernador se va!

NADA. — Está en su derecho, pueblo, está en su derecho. El Estado es él y hay que proteger al Estado.

EL PUEBLO. — El Estado era él, y ahora ya no es nada. Puesto que se va, la Peste es el Estado.

NADA. — ¿Qué más da? Peste o gobernador, siempre es el Estado.

EL PUEBLO *deambula como si buscara salidas*. UN MENSAJERO *se adelanta*.

EL PRIMER MENSAJERO. — Todas las casas infectadas deberán marcarse en medio de la puerta con una estrella negra de un pie de radio, ornada con esta inscripción: "Todos somos hermanos". La estrella deberá quedar hasta que se reabra la casa, bajo pena de sufrir los rigores de la ley.

*Se retira.*

UNA VOZ. — ¿Qué ley?

OTRA VOZ. — La nueva, por supuesto.

EL CORO. — Nuestros amos decían que iban a protegernos, y ahora, sin embargo, henos aquí solos. Brumas horribles comienzan a espesarse en los cuatro extremos de la ciudad, disipan poco a

poco el olor de los frutos y de las rosas, empañan la gloria de la estación, sofocan el júbilo del estío. ¡Ah, Cádiz, ciudad marina! Todavía ayer y por encima del estrecho, el viento del desierto, más espeso tras haber pasado sobre los jardines africanos, hacía languidecer a nuestras mujeres. Pero el viento ha cesado, sólo él podía purificar la ciudad. Nuestros amos decían que nunca pasaría nada y he aquí que el otro tenía razón, que pasa algo, que al fin lo vemos y que hemos de huir, huir sin tardanza antes de que las puertas se cierren sobre nuestra desgracia.

EL SEGUNDO MENSAJERO.—Todos los artículos de primera necesidad estarán en adelante a disposición de la comunidad, es decir, serán distribuidos por partes iguales e ínfimas a todos aquellos que puedan probar su leal adhesión a la nueva sociedad.

*La primera puerta se cierra.*

EL TERCER MENSAJERO. —Todas las luces deberán apagarse a las nueve de la noche y ningún particular podrá permanecer en lugar público o circular por las calles de la ciudad sin un pase en debida forma que sólo será entregado en casos extremadamente raros y siempre de modo arbitrario. Todo el que contravenga estas disposiciones será castigado con los rigores de la ley.

VOCES (*crescendo*). — Van a cerrar las puertas.

— Las puertas están cerradas.

— No, todas no están cerradas.

EL CORO. — Ah, corramos hacia las que se abren todavía. Somos los hijos del mar. Allá, allá tenemos que llegar, al país sin murallas y sin puertas, a las playas vírgenes donde la arena tiene la frescura de los labios, y donde la mirada llega tan lejos que se fatiga. Corramos al encuentro del viento. ¡Al mar! ¡El mar al fin, el mar libre, el agua que lava, el viento que libera!

VOCES. — ¡Al mar! Ai mari

*El éxodo se precipita.*

EL CUARTO MENSAJERO. — Queda severamente prohibido prestar asistencia a toda persona atacada por la enfermedad, como no sea denunciarla a las autoridades, quienes se encargarán de ella. La

denuncia entre miembros de una misma familia es especialmente recomendada y se recompensará con una doble ración alimenticia, llamada ración cívica.

*La segunda puerta se cierra.*

EL CORO. — ¡Al mar! ¡Al mar! El mar nos salvará. ¡Qué importan las enfermedades y las guerras! Él ha visto y cubierto muchos gobiernos! ¡Sólo ofrece mañanas rojas y tardes verdes, y del principio al fin el roce interminable de sus aguas durante noches desbordantes de estrellas! ¡Oh soledad, desierto, bautismo de sal! Estar solo frente al mar, al viento, cara al sol, liberado por fin de estas ciudades selladas como tumbas y de estos rostros humanos que el miedo ha cerrado. ¡Pronto! Pronto! ¿Quién me libraré del hombre y sus terrores? Yo era feliz en la cima del año, suelto entre los frutos, la naturaleza igual, el estío benévolo. Amaba el mundo; estábamos España y yo. Pero ya no oigo el ruido de las olas. Aquí están los clamores, el pánico, el insulto y la cobardía; aquí están mis hermanos densos de sudor y de angustia y en adelante carga pesada. ¿Quién me devolverá los mares de olvido, el agua calma de alta mar, sus rutas líquidas y sus surcos recubiertos? ¡Al mar! ¡Al mar, antes de que se cierren las puertas!

UNA VOZ. — ¡Pronto! ¡No toques a ese que estaba cerca del muerto!

UNA VOZ. — ¡Está marcado!

UNA VOZ. — ¡Apártate! ¡Apártate!

*Lo golpean. La tercera puerta se cierra.*

UNA VOZ. — ¡Oh Dios grande y terrible!

UNA VOZ. — ¡Pronto! ¡Lleva lo necesario, el colchón y la jaula de los pájaros! ¡No olvides el collar del perro! ¡También el tiesto de menta fresca! ¡La masticaremos hasta llegar al mar!

UNA VOZ. — ¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Se ha llevado el mantel bordado de mi boda!

*Lo persiguen. Lo alcanzan. Le pegan. La cuarta puerta se cierra.*

UNA VOZ. — ¡Esconde eso! ¿quieres? ¡esconde nuestras provisiones!

UNA VOZ. — No tengo nada para el camino, dame un pan, hermano.

Te daré mi guitarra con incrustaciones de nácar.

UNA VOZ. — Este pan es para mis hijos, no para los que se dicen mis hermanos. Hay grados en el parentesco.

UNA VOZ. — ¡Un pan, todo mi dinero por un solo pan!

*La quinta puerta se cierra.*

EL CORO. — ¡Pronto! ¡Queda una sola puerta abierta! La plaga anda más rápida que nosotros. Odia el mar y no quiere que vayamos a él. Las noches son tranquilas, las estrellas corren por encima del mástil. ¿Qué haría aquí la peste? Quiere guardarnos, nos ama a su manera. Quiere que seamos felices como ella lo entiende, no como nosotros lo queremos. Son los placeres forzados, la vida fría, la dicha a perpetuidad. Todo se fija, ya no sentimos en los labios la antigua frescura del viento.

UNA VOZ. — ¡Padre, no me abandones, soy tu pobre!

*El sacerdote huye.*

EL POBRE. — ¡Se va, se va! ¡Guárdame a tu lado! ¡Es tu tarea ocuparte de mí! Si te pierdo, lo he perdido todo!

*El sacerdote escapa. El pobre cae gritando.*

EL POBRE. — ¡Cristianos de España, os han abandonado!

EL QUINTO MENSAJERO (*separa las palabras*). — En fin, y esto será el resumen.

LA PESTE y su SECRETARIA frente al PRIMER ALCALDE *sonríen y aprueban congrahilándose.*

EL QUINTO MENSAJERO. — A fin de evitar todo contagio por medio del aire, como las mismas palabras pueden ser vehículo de la infección, se ordena a cada uno de los habitantes tener constantemente en la boca un tapón embebido en vinagre que los preservará del mal al mismo tiempo que los inducirá a la discreción y al silencio.

*A partir de este momento cada uno se mete un pañuelo en la boca y el número de VOCES disminuye al mismo tiempo que la amplitud de la orquesta. El CORO comenzado a varias VOCES terminará en una sola, hasta la pantomima final que se desenvuelve en un silencio absoluto, las bocas de los personajes llenas e hinchadas. La última puerta se cierra con un golpe brusco.*

EL CORO. — ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Estamos solos, la Peste y nosotros! ¡La última puerta se ha cerrado! Ya no oímos nada. El mar queda, en adelante, demasiado lejos. Ahora estamos en el dolor y hemos de dar vueltas en esta ciudad estrecha, sin árboles y sin aguas, encerrada por altas puertas lisas, coronada por multitudes aullantes, Cádiz, en fin, como la arena negra y roja donde van a realizarse los homicidios rituales. ¡Hermanos, esta pena es mayor que nuestra falta, no merecíamos esta prisión! Nuestro corazón no era inocente, pero amábamos el mundo y sus estíos: ¡esto debería habernos salvado! ¡Los vientos han cesado y el cielo está vacío! Vamos a callar por mucho tiempo. Pero por última vez antes de que nuestras bocas se cierren bajo la mordaza del terror, gritaremos en el desierto.

*Gemidos y silencio.*

*De la orquesta sólo quedan las campanas. El zumbido del cometa se reanuda suavemente. En el palacio del gobernador reaparecen LA PESTE y su SECRETARIA. LA SECRETARIA avanza tachando un nombre a cada paso, mientras la batería escande cada -uno de sus movimientos. NADA ríe burlón y la primera carreta de muertos pasa rechinando. LA PESTE se yergue en la cima del decorado y hace una señal. Todo se detiene: movimientos y ruidos. LA PESTE habla.*

LA PESTE. — Yo reino, esto es un hecho; es, pues, un derecho. Pero es un derecho que no se discute: debéis adaptaros.

Por lo demás, no es engañéis; si reino es a mi manera, y sería más justo decir que funciono. Vosotros los españoles sois un poco imaginativos y me veríais de buena gana abajo la apariencia de un rey negro o de un suntuoso insecto. ¡Necesitáis patetismo, ya se sabe! ¡Pues bien! No. Yo no tengo cetro y he adoptado visos de suboficial. Porque es mi manera de vejaros, pues está bien que seáis vejados: tenéis que aprenderlo todo. Vuestro rey tiene las uñas negras y un uniforme estricto. No reina, preside. Su palacio es un cuartel, su pabellón de caza un tribunal. Queda proclamado el estado de sitio.

Por eso, observadlo, cuando yo llego, el patetismo desaparece.

El patetismo queda prohibido, junto con algunas otras patraña» como la ridícula angustia de la felicidad, el rostro estúpido de los enamorados, la contemplación egoísta de los paisajes y la ironía culpable. En lugar de todo esto, traigo la organización. Quizá os moleste un poco al principio, pero terminaréis por comprender que una buena organización vale más que un mal patetismo. Y para ilustrar este bello pensamiento, comienza por separar a los hombres de las mujeres: esto tendrá fuerza de ley.

*Así lo hacen los guardias.*

Vuestras macacadas han tenido su momento. ¡Ahora, a ponerse serios!

Supongo que ya me habéis comprendido. A partir de hoy, aprenderéis a morir en orden. Hasta ahora habéis muerto a la española, un poco al azar, a juicio de cada uno por así decirlo. Moríais porque había hecho frío después de hacer calor, porque vuestras muías daban coces, porque la línea de los Pirineos estaba azul, porque en la primavera el río Guadalquivir es atrayente para el solitario, o porque hay imbéciles mal aleccionados que matan por provecho o por honor, cuando es tanto más distinguido matar por los placeres de la lógica. Sí, moríais mal. Un muerto aquí, un muerto allá, éste en su cania, aquél en la arena: era el libertinaje. Pero afortunadamente este desorden va a ser administrado. Una sola muerte para todos y de acuerdo con el hermoso orden de una lista. Tendréis vuestras fichas, ya no moriréis por capricho. El destino en adelante se ha puesto juicioso, ha instalado sus oficinas. Figuraos en la estadística y por fin serviréis para algo. Porque olvidaba decíroslo: moriréis, por supuesto, pero seréis incinerados en seguida, o aun antes; es más limpio y forma parte del plan. ¡España primero!

¡Ponerse en fila para morir bien, eso es, pues, lo principal! A ese precio gozaréis de mi favor. Pero atención con las ideas desatinadas, con los furores del alma, como vosotros decís, con las pnqueñas fiebres, que hacen las grandes rebeliones. He suprimido eitas complacencias y he puesto la lógica en su lugar. Me horro-

*El estado de sitio*

rizan la diferencia y el desatino. A partir de hoy seréis, pues, razonables, es decir, tendréis vuestra insignia. Marcados en las ingles, llevaréis públicamente bajo la axila la estrella del bubón que os señalará para ser atacados. Los otros, aquéllos que, persuadidos de que tal cosa no es de su incumbencia, hacen cola en las arenas del domingo, se apartarán de vosotros, los sospechosos. Pero no abriguéis ninguna amargura: es de su incumbencia. Están en la lista y yo no olvido a nadie. Todos sospechosos; es un buen comienzo.

Además, nada de esto impide el sentimentalismo. Me gustan los pájaros, las primeras violetas, la boca fresca de las muchachas. De tarde en tarde es refrescante, y es muy cierto que soy idealista. Mi corazón. . . : Pero siento que me enternezco y no quiero ir más lejos. Resumamos. Os traigo el silencio, el orden y la absoluta justicia. No os pido que me lo agradezcáis, pues lo que hago por vosotros es muy natural. Pero exijo vuestra colaboración activa. Mi ministerio ha comenzado.

TELÓN

## SEGUNDA PARTE

*Una plaza de Cádiz. Del lado del jardín, la portería del cementerio. Del lado del patio, tin muelle. Cerca del muelle la casa del juez. Al levantarse el telón, los sepultureros, con ropas de presidiarios, acarrean muertos. El chirrido de la carreta se deja oír entre bastidores. La carreta entra y se detiene en medio de la escena. Los presidiarios la cargan. Vuelve a dirigirse a la portería. En el momento en que se para delante del cementerio, música militar; la portería se abre al público por tina de sus paredes. Parece el patio de una escuela. LA SECRETARIA preside. Un poco más abajo, mesas como las que se usan para distribuir tarjetas de abastecimiento. Detrás de una de ellas, el PRIMER ALCALDE, con sus bigotes blancos, rodeado de funcionarios. La música se refuerza. Del otro lado los guardias empujan al pueblo y lo conducen delante de la portería, mujeres y hombres separados. Luz en el centro. Desde lo alto de su palacio, la PESTE dirige a obreros invisibles, cuya agitación en torno a la escena es lo único que se percibe.*

LA PESTE. —Vamos, daos prisa, vosotros. Las cosas marchan con mucha lentitud en esta ciudad, este pueblo no es trabajador. Le gusta el ocio, es evidente. Yo sólo concibo la inactividad en los cuarteles y en las filas de espera. Este ocio es bueno, vacía el corazón y las piernas. Es un ocio que no sirve para nada. ¡Despachemos! Terminad de plantar la torre, la vigilancia no está en su sitio. Rodead la ciudad de alambradas de púas. A cada uno su primavera; la mía tiene rosas de hierro. Encended los hornos, son nuestros fuegos de artificio. ¡Guardias! Poned nuestras estre-

lias en las casas de las que me propongo ocupar. ¡Uited» querj\* da amiga, comience a confeccionar las listas y\\naga UenfurUios-certificados de existencia!

LA PESTE *sale por el otro lado.*

EL PESCADOR (*es el corifeo*). — ¿Un certificado de existencia, para qué?

LA SECRETARIA. — ¿Para qué? ¿Cómo prescindiría usted de un certificado de existencia para vivir?

EL PESCADOR.—Hasta ahora habíamos vivido muy bien sin eso.

LA SECRETARIA.—Porque no estaban gobernados. En cambio ahora lo están. Y el gran principio de nuestro gobierno es justamente que siempre se necesita un certificado. Uno puede prescindir de pan y de mujer, pero de un certificado en regla y que certifique cualquier cosa, ¡de eso no sería posible privarse!

EL PESCADOR.—Hace tres generaciones que mi familia arroja las redes y el trabajo siempre se ha hecho como Dios manda; ¡sin un papel escrito, se lo juro!

UNA VOZ.—Somos carniceros de padres a hijos. Y para matar los carneros no nos servimos de un certificado.

LA SECRETARIA.— ¡Vivían ustedes en la anarquía, eso es todo! ¡Observen que no tenemos nada contra los mataderos, al contrario! Pero hemos introducido en ellos los perfeccionamientos de la contabilidad. Ésa es nuestra superioridad. En cuanto a las redadas, verán también que tenemos buenas fuerzas. Señor primer alcalde: ¿tiene usted los formularios?

EL PRIMER ALCALDE.—Aquí están.

LA SECRETARIA.—Guardias, ¿quieren ayudar al señor para que avance?

*Hacen avanzar al* PESCADOR.

EL PRIMER ALCALDE (*lee*). — Apellidos, nombres, condición.

LA SECRETARIA.—Prescinda de eso. El señor llenará solo los blancos.

EL PRIMER ALCALDE.—Curriculum vitae.

EL PESCADOR.—No comprendo.

LA SECRETARIA.—Debe usted indicar aquí los acontecimientos importantes de su vida. ¡Es una manera de entablar conocimiento!

EL PESCADOR. — Mi, vida me pertenece. Es algo privado, que a nadie le importa.

LA SECRETARIA. — ¡Algo privado! Esas palabras no tienen sentido para nosotros. Se trata naturalmente de su vida pública. Por lo demás, la única que le está autorizada. Señor alcalde, pase al detalle.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Casado?

EL PESCADOR.—En el 31.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Motivos de la unión?

EL PESCADOR. — ¡Motivos! ¡La sangre me hierve!

LA SECRETARIA. — Así está escrito. ¡Y es una buena manera de hacer público lo que debe cesar de ser personal!

EL PESCADOR. — Me casé porque es lo que se hace cuando se es un hombre.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Divorciado?

EL PESCADOR. — No, viudo.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Ha vuelto a casarse?

EL PESCADOR. — No.

LA SECRETARIA. — ¿Por qué?

EL PESCADOR (*gritando*). — Quería a mi mujer.

LA SECRETARIA. — ¡Extraño! ¿Por qué?

EL PESCADOR. — ¿Puede explicarse todo?

LA SECRETARIA. — ¡En una sociedad bien organizada, sí!

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Antecedentes?

EL PESCADOR. — ¿Qué es eso?

LA SECRETARIA. — ¿Ha sido condenado por pillaje, perjurio o violación?

EL PESCADOR. — ¡Nunca!

LA SECRETARIA. — ¡Un hombre honrado, me lo sospechaba! Señor primer alcalde, agregará usted la advertencia: vigilarlo.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Sentimientos cívicos?

EL PESCADOR. — Siempre he servido bien a mis conciudadanos. Nunca he dejado que se marchara un pobre sin algún buen pescado.

LA SECRETARIA. — Esa manera de responder no está autorizada.

EL PRIMER ALCALDE. — ¡Oh, esto puedo explicarlo! ¡Los sentimientos cívicos, como usted sabe, son cosa mía! ¡Se trata de saber, buen hombre, si es usted de los que respetan el orden existente por la sola razón de que existe!

EL PESCADOR. — Sí, cuando es justo y razonable.

LA SECRETARIA. — ¡Dudoso! ¡Anoté que los sentimientos cívicos son dudosos! Y lea la última pregunta.

EL PRIMER ALCALDE (*descifrando penosamente*). — ¿Razones de ser?

EL PESCADOR. — Que mi madre sea mordida en el lugar del pecado si comprendo algo de esa jerga.

LA SECRETARIA. — Eso significa que es necesario dar las razones **que** usted tiene de estar en vida.

EL PESCADOR. — ¡Las razones! ¿Qué razones quiere usted que encuentre?

LA SECRETARIA. — ¡Ya lo ve! Anótelos, señor primer alcalde, el infrascripto reconoce que su existencia es injustificable. Estaremos más libres cuando llegue el momento. Y usted, infrascripto, comprenderá mejor que el certificado de existencia que se le entrega sea provisional y a plazo fijo.

EL PESCADOR. — Provisional o no, démelo para volver de una vez a casa, que me esperan.

LA SECRETARIA. — ¡Por cierto! Pero antes deberá traer un certificado de salud que le será entregado, mediante algunas formalidades, en el primer piso, división de asuntos en curso, oficina de espera, sección auxiliar.

EL PESCADOR *sale*. *La carreta de los muertos ha llegado entre tanto a la puerta del cementerio; comienzan a descargarla. Vero NADA, borracho, salta de la carreta lanzando alaridos.*

NADA. — ¡Pero si les digo que no estoy muerto!

*Quieren volver a meterlo en la carreta. Escapa y entra en la portería.*

NADA. — ¡Bueno, qué! ¡Si estuviera muerto se vería! ¡Oh, perdón!

LA SECRETARIA. — No es nada. Acerquese.

NADA. — Me han cargado en la carreta. ¡Pero había bebido demasiado, eso es todo! ¡La cuestión es suprimir!

LA SECRETARIA. — ¿Suprimir qué?

NADA. — ¡Todo, encanto mío! Cuanto más se suprime, mejor van las cosas. ¡Y si se suprime todo, es el paraíso! Los enamorados, mire usted: ¡me dan horror! Cuando pasan delante de mí, escupo. ¡A espaldas de ellos, por supuesto, porque los hay rencorosos! ¡Y los niños, cochina rafea! ¡Las flores, con ese aire estúpido, los ríos, incapaces de cambiar de idea! ¡Ah! ¡Suprimamos, suprimamos! ¡Es mi filosofía! ¡Dios niega el mundo, y yo niego a Dios! ¡Viva nada, puesto que es la única cosa que existe!

LA SECRETARIA. — ¿Y cómo suprimir todo eso?

NADA. — ¡Beber, beber hasta la muerte y todo desaparece!

LA SECRETARIA. — ¡Mala técnica! ¡La nuestra es mejor! ¿Cómo te llamas?

NADA. — Nada.

LA SECRETARIA. — ¿Cómo?

NADA. — Nada.

LA SECRETARIA. — Te pregunto tu nombre.

NADA. — Ése es mi nombre.

LA SECRETARIA.—Eso sí que está bien! ¡Con semejante nombre, tenemos que trabajar juntos! Pasa de este lado. Serás funcionario de nuestro reino.

*Entra EL PESCADOR.*

LA SECRETARIA. — Señor alcalde, ¿quiere usted enterar al señor Nada?

Entre tanto, guardias, venderéis las insignias. (*Se acerca a DIEGO.*)

Buenos días. ¿Quiere comprar una insignia?

DIEGO. — ¿Qué insignia?

LA SECRETARIA. — La insignia de la peste, vamos. (*Una pausa.*) Es usted libre de rechazarla. No es obligatoria.

DIEGO. — Entonces la rechazo.

LA SECRETARIA.—Muy bien. (*Acercándose a VICTORIA.*) ¿Y usted?

VICTORIA. — No la conozco a usted.

LA SECRETARIA. — Perfecto. Les hago notar simplemente que aquellos

que se niegan a llevar esta insignia tienen la obligación de llevar otra.

DIEGO. — ¿Cuál?

LA SECRETARIA. — Pues la insignia de los que se niegan a llevar la insignia. De este modo se sabe desde el primer momento con quién tiene uno que habérselas.

EL PESCADOR. — Discúlpeme. . .

LA SECRETARIA (*volviéndose hacia DIEGO y VICTORIA*). — ¡Hasta pronto! (*Al PESCADOR.*) ¿Qué pasa ahora?

EL PESCADOR (*con ftiros creciente*). — Vengo del primer piso, y me respondieron que debía llegarme aquí para obtener el certificado de existencia sin el cual no me darán certificado de salud.

LA SECRETARIA. — ¡Es clásico!

EL PESCADOR. — ¿Cómo, clásico?

LA SECRETARIA. — Sí, eso prueba que esta ciudad comienza a estar administrada. Nuestra convicción es que ustedes son culpables. Culpables de ser gobernados, naturalmente. Pero es necesario que ustedes mismos comprendan que son culpables. Y no se considerarán culpables mientras no se sientan cansados. Los están cansando, eso es todo. Cuando estén extenuados de fatiga, lo demás marchará solo.

EL PESCADOR. — ¿Por lo menos puedo conseguir ese maldito certificado de existencia?

LA SECRETARIA. — En principio no, pues necesita usted primero un certificado de salud para conseguir un certificado de existencia. Aparentemente no hay salida.

EE PESCADOR. — ¿Y entonces?

LA SECRETARIA. — Entonces queda nuestra buena voluntad. Pero es a corto plazo, como toda buena voluntad. Le damos, pues, este certificado por favor especial. Simplemente, sólo será válido por una semana. Dentro de una semana veremos.

EL PESCADOR. — ¿Veremos qué?

LA SECRETARIA. — Veremos si cabe renovárselo.

EL PESCADOR. — ¿Y si no me lo renuevan?

LA SECRETARIA. — Como su existencia ya no tendrá garantía, se procederá sin duda a cancelarlo. Señor alcalde, asiente ese certificado en trece ejemplares.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Trece?

LA SECRETARIA. — ¡Sí! Uno para el interesado y doce para el buen funcionamiento.

*Luz en el centro.*

LA PESTE. — Haga empezar los grandes trabajos inútiles. Usted, querida amiga, tenga lista la balanza de las deportaciones y concentraciones. Active la transformación de los inocentes en culpables para que la mano de obra alcance. ¡Deporte el que sea importante! ¡Vamos a carecer de hombres, seguramente! ¿Cómo andamos con el empadronamiento?

LA SECRETARIA. — ¡Está en curso, todo marcha bien y me parece que estas buenas gentes me han comprendido!

LA PESTE. — Es usted demasiado fácil de enternecer, querida amiga. Siente la necesidad de que la comprendan. Es un defecto para su oficio. Estas buenas gentes, como usted dice, naturalmente, no han comprendido nada, pero no tiene importancia. Lo esencial no es que comprendan sino que se ejecuten. ¡Vaya! Es una expresión llena de sentido, ¿no le parece?

LA SECRETARIA. — ¿Qué expresión?

LA PESTE. — Ejecutarse. ¡Vamos, vosotros ejecutaos, ejecutaos! ¿Eh? ¡Qué fórmula!

LA SECRETARIA. — ¡Magnífica!

LA PESTE. — ¡Magnífica! ¡Está todo en ella! En primer lugar la imagen de la ejecución, que es una imagen enternecedora, y luego la idea de que el ejecutado colabora en su ejecución, que es el fin y el consolidamiento de todo buen gobierno!

*Ruido en el fondo.*

LA PESTE. — ¿Qué es eso?

*El coro de las mujeres se agita.*

LA SECRETARIA. — Son las mujeres que se agitan.

EL CORO. — Ésta tiene algo que decir.

LA PESTE. — Acércate.

UNA MUJER (*avanzando*). — ¿Dónde está mi marido?

LA PESTE. — ¡Bueno, bueno! ¡Ahí está el corazón humano, como dicen! ¿Qué le ha pasado a tu marido?

LA MUJER. — No ha vuelto.

LA PESTE. — Cosa vulgar. No te preocupes de nada. Ya encontró una cama.

LA MUJER. — Es un hombre y se respeta.

LA PESTE. — ¡Naturalmente, un fénix! Ocúpese de esto, querida amiga.

LA SECRETARIA. — ¡Apellido y nombre!

LA MUJER. — Gálvez, Antonio.

LA SECRETARIA *mira su libreta y habla al oído de LA PESTE*..

LA SECRETARIA. — ¡Bueno! Tiene la vida a salvo, alégrate.

LA MUJER. — ¿Qué vida?

LA SECRETARIA. — ¡La vida de castillo!

LA PESTE. — Sí, lo deporté con algunos otros que hacían ruido y los quise perdonar, quise ser benévolo con ellos.

LA MUJER (*retrocediendo*). — ¿Qué ha hecho usted?

LA PESTE (*con rabia histérica*). — Los he concentrado. ¡Hasta ahora vivían en la dispersión y la frivolidad, un poco diluidos, por así decirlo! ¡Ahora son más firmes, se concentran!

LA MUJER (*huyendo hacia el CORO que se abre para acogerla*). — ¡Ah! ¡Mísera! ¡Mísera de mí!

EL CORO. — ¡Míseras! ¡Míseras de nosotras!

LA PESTE. — ¡Silencio! ¡No os quedéis inactivas! ¡Haced algo! ¡Ocupaos! (*Soñador*.) Ellos se ejecutan, se ocupan, se concentran. ¡La gramática es algo bueno, puede servir para todo!

*Luz rápida en la portería donde NADA está sentado con el alcalde. Helante de él, jilas de administrados:*

UN HOMBRE. — La vida ha aumentado y los salarios son insuficientes.

NADA. — Ya lo sabíamos y aquí tenemos un nuevo arancel. Acaba de ser establecido.

EL HOMBRE. — ¿Cuál será el porcentaje de aporte?

NADA (*lee*). — ¡Es muy sencillo! Arancel número 108. "El decreto de revaloración de los salarios interprofesionales y subsiguientes establece supresión del salario de base y liberación incondicional de las escalas móviles que reciben de este modo licencia de llegar a un salario máximo que queda por prever. Las escalas, suprimidas las mejoras otorgadas ficticiamente por el arancel número 107, continuarán sin embargo siendo calculadas, fuera de las modalidades propiamente dichas de reclasificación, sobre el salario de base precedentemente suprimido."

EL HOMBRE. — ¿Pero qué aumento representa eso?

NADA. — El aumento es para más adelante, el arancel para hoy. Añadimos un arancel, eso es todo.

EL HOMBRE. — ¿Pero qué quiere usted que hagamos con ese arancel?

NADA (*gritando*). — ¡Qué se lo coman! El siguiente. (*Se presenta otro hombre.*) Tú quieres abrir un comercio. Buena idea, ya lo creo. Bueno, pues empieza por llenar este formulario. Mete los dedos en esta tinta. Ponlos aquí. Perfecto.

EL HOÍVIURE. — ¿Dónde puedo limpiarme?

NADA. — ¿Dónde puedo limpiarme? (*Hojea tm legajo.*) En ninguna parte. No está previsto por el reglamento.

EL HOMBRE. — Pero no puedo quedarme así.

NADA. — ¿Por qué no? Además, ¿qué te importa, si no tienes el derecho de tocar a tu mujer? Y te conviene.

EL HOMBRE. — ¿Cómo que me conviene?

NADA. — Sí. Te humilla, en consecuencia te conviene. Pero volvamos a tu comercio. ¿Prefieres beneficiarte con el artículo 208 del capítulo 62 de la decimosexta circular contante para el quinto reglamento general, o bien con el párrafo 27 del artículo 207 de la circular lí del reglamento particular?

EL HOMBRE. — ¡Pero no conozco ninguno de los dos textos!

NADA. — ¡Por supuesto, hombre! Tú no los conoces. Yo tampoco. Pero como de todos modos hay que decidirse, haremos que te beneficies con los dos a la vez.

EL HOMBRE. — Es mucho, Nada, y te lo agradezco.

NADA. — No me lo agradezcas. Porque parece que uno de los artículos te concede el derecho de tener el comercio, mientras que el otro te quita el de vender cualquier cosa.

EL HOMBRE. — ¿Pero qué es eso?

NADA. — ¡El orden!

*Llega una mujer, enloquecida.*

NADA. — ¿Qué pasa, mujer?

LA MUJER. — Mi casa ha sido requisada.

NADA. — Bueno.

LA MUJER. — Han instalado en ella servicios administrativos.

NADA. — ¡Por supuesto!

LA MUJER. — Pero estoy en la calle y me prometieron alojamiento.

NADA. — ¡Ya ves: se ha pensado en todo!

LA MUJER. — Sí, pero hay que hacer una demanda que seguirá su curso. Entre tanto, mis hijos están en la calle.

NADA. — Razón de más para que hagas la demanda. Llena este formulario.

LA MUJER (*toma el formulario*). — ¿Pero marchará rápido?

NADA. — Puede marchar rápido con tal de que alegues una justificación de urgencia.

LA MUJER. — ¿Qué es eso? ,

NADA. — Un documento que pruebe que para ti es urgente no seguir en la calle.

LA MUJER. — Mis hijos no tienen techo; ¿hay algo más urgente que dárselo?

NADA. — No te darán alojamiento porque tus hijos estén en la calle. Te darán alojamiento si presentas un testimonio. No es lo mismo.

LA MUJER. — Nunca he podido entender ese lenguaje. ¡El diablo habla de ese modo y nadie lo entiende!

NADA. — No es casualidad, mujer. El asunto aquí es proceder de suerte que nadie entienda, hablando la misma lengua. Y puedo decirte que nos acercamos al instante perfecto en que todo el

mundo hablará sin encontrar nunca eco, y en que los dos lenguajes que se enfrentan en esta ciudad, se destruirán uno al otro con tal obstinación que todo habrá de encaminarse hacia el logro último que es el silencio y la muerte.

'LA MUJER. — Justicia es que los niños coman lo que tienen ganas y no sientan frío. Justicia es que mis pequeños vivan. Los eché al mundo en una tierra de alegría. El mar brindó el agua de su bautismo. No necesitan otras riquezas. No pido para ellos nada más que el pan de cada día y el sueño de los pobres. No es nada y sin embargo eso es lo que negáis. Y si negáis a los desventurados el pan, no hay lujo, ni hermosas palabras, ni promesas misteriosas que os otorguen el perdón jamás.

*Al mismo tiempo*

NADA. — Optad por vivir de rodillas antes que morir de pie, a fin de que el universo encuentre su orden medido con la escuadra de las potencias, compartido entre los muertos tranquilos y las hormigas en adelante bien educadas, paraíso puritano privado de praderas y de pan, donde circulan ángeles policías de alas mayúsculas entre bienaventurados hartos de papel y de fórmulas nutritivas, de rodillas ante el condecorado dios destructor de todas las cosas y decididamente consagrado a disipar los antiguos delirios de un mundo demasiado delicioso.

NADA. — ¡Viva nada! Ya nadie se entiende: ¡estamos en el instante pírfecto!

*Luz en el centro. Se recortan barracas y alambradas, miradores y algunos otros monumentos hostiles. Entra DIEGO con la máscara, como si se viera acosado. Ve los monumentos, el pueblo y la PESTE. DIEGO (dirigiéndose al CORQJ. — ¿Dónde está España? ¿Dónde está Cádiz? ¡Esta decoración no pertenece a ningún país! Estamos*

en otro mundo, donde el hombre no puede vivir. ¿Por qué estáis mudos?

EL CORO. — ¡Tenemos miedo! ¡Ah, si soplara viento!. . .

DIEGO. — Yo también tengo miedo. ¡Hace bien proclamar el miedo! Gritad, el viento responderá.

EL CORO. — ¡Éramos un pueblo y ahora somos una masa! ¡Nos invitaban; vednos convocados! ¡Cambiábamos pan y leche, ahora nos abastecen! ¡Arrastramos los pies! (*Los arrastran.*) ¡Arrastramos los pies y decimos que nadie puede nada por nadie y que hemos de e?p"rar, cada uno en su sitio, en el lugar asignado! ¿Para qué gritar? ¡Nuestras mujeres ya no tienen el rostro de flor que nos sofocaba de deseo, España ha desaparecido! ¡Arrastremos los pies! ¡Arrastremos los pies! ¡Ah, dolor! ¡Arrastramos los pies sobre nosotros mismos! ¡Nos ahogamos en esta ciudad clausurada! ¡Ah, si soplara el viento!. . .

LA PESTE. — Esto es cordura. Acércate Diego, ahora que has comprendido.

*En el cielo ruido de cancelaciones.*

DIEGO. — ¡Somos inocentes!

LA PESTE *lanza una carcajada.*

DIEGO (*gritando*). — ¿La inocencia, verdugo, comprendes la inocencia?

LA PESTE. — ¡La inocencia! ¡No la conozco!

DIEGO. — Entonces, acércate. El más fuerte matará al otro.

LA PESTE. — El más fuerte soy yo, inocente. Mira.

*Hace una señal a los guardias, quienes avanzan hacia DIEGO. Éste huye.*

LA PESTE. — ¡Corredlo! ¡No lo dejéis escapar! ¡El que huye nos pertenece! Mareadlo.

*Los guardias corren a DIEGO. Persecución mimada en el escenario corpóreo. Silbato. Sirenas de alarma.*

EL CORO. — ¡Aquél corre! Tiene miedo y lo dice. ¡No es dueño de sí, está enloquecido! Nosotros nos hemos vuelto juiciosos. Nos administran. Pero en el silencio de las oficinas, escuchamos un

largo grito contenido que es el de los corazones separados y que nos habla del mar bajo el sol de mediodía, del olor de las cañas en la noche, de los brazos frescos de nuestras mujeres. Nuestras caras están selladas, nuestros pasos contados, nuestras horas ordenadas, pero nuestro corazón rechaza el silencio. Rechaza las listas y las matrículas, los muros que no terminan, los barrotes en las ventanas, los amaneceres erizados de fusiles. Los rechaza como éste que corre para llegar a una casa, huyendo de esta decoración de sombras y de números, para encontrar al fin un refugio. Pero el único refugio es el mar del cual nos separan esos muros. Que el viento sople y por fin podremos respirar. . .

DIEGO, *en efecto, se ha precipitado hacia una casa. Los guardias se detienen delante de la puerta y allí apostan centinelas.*

LA PESTE (*gritando*).— ¡Mareadlo! ¡Mareadlos a todos! Aun lo que no dicen puede oírse todavía! ¡Ya no pueden protestar, pero su silencio chirría! ¡Aplastadles las bocas! Amordazadlos y enseñadles las directivas hasta que ellos también repitan siempre la misma cosa, hasta que se conviertan por fin en los buenos ciudadanos que necesitamos.

*De las bóvedas caen entonces, vibrantes como si pasaran por megáfonos, nubes de slogans que se amplifican a medida que son repetidos y que cubren el CORO con la boca cerrada hasta que reina un silencio absoluto.*

¡Una sola PESTE, un solo pueblo!  
¡Concentraos, ejecutaos, ocupaos!  
¡Una buena PESTE vale más que dos libertades!  
¡Deportad, torturad, siempre quedará algo!

*Luz en casa del JUEZ.*

VICTORIA. — No, padre. No entregará usted a esta vieja sirvienta con el pretexto de que está contaminada. Olvida que me ha criado y que lo ha servido sin quejarse nunca.

EL JUEZ. — ¿Quién se atrevería a censurar lo que he decidido?

VICTORIA. — No puede usted decidir en todo. El dolor también tiene sus derechos.

EL JUEZ. — Mi papel es preservar esta casa e impedir que el mal penetre en ella. Yo. . .

*Entra de improviso* DIEGO.

EL JUEZ. — ¿Quién te ha permitido que entres aquí?

DIEGO. — ¡El miedo me ha empujado a tu casa! Huyo de la Peste.

EL JUEZ. — No la huyes, la traes contigo. (*Señala con el dedo a DIEGO la marca que lleva ahora en la axila. Silencio. Dos o tres silbatos a lo lejos.*) Vete de esta casa.

DIEGO. — ¡Déjame! Si me echas, me mezclarán con todos los otros, y será el amontonamiento de la muerte.

EL JUEZ. — Soy el servidor de la ley, no puedo acogerte aquí.

DIEGO. — Tú servías la antigua ley. Nada tienes que hacer con la nueva.

EL JUEZ. — Yo no sirvo la ley por lo que dice sino porque es la ley.

DIEGO. — ¿Y si la ley es el crimen?

EL JUEZ. — Si el crimen se convierte en ley, cesa de ser crimen.

DIEGO. — ¡Y hay que castigar la virtud!

EL JUEZ. — Hay que castigarla, en efecto, si tiene la arrogancia de discutir la ley.

VICTORIA. — Casado, no es la ley la que te hace obrar: es el miedo.

EL JUEZ. — Éste también tiene miedo.

VICTORIA. — Pero todavía no ha traicionado nada.

EL JUEZ. — Traicionará. Todo el mundo traiciona porque todo el mundo tiene miedo. Todo el mundo tiene miedo porque nadie es puro.

VICTORIA. — Padre, pertenezco a este hombre, usted lo ha consentido. Y no puede quitármelo después de habérmelo dado ayer.

EL JUEZ. — No he dicho que sí a tu boda. He dicho que sí a tu partida.

VICTORIA. — Yo sabía que usted no me quería.

EL JUEZ (*la mira*). — Toda mujer me inspira horror. (*Llaman bruscamente a la puerta.*) ¿Qué pasa?

UN GUARDIA (*ajuera*). — La casa está condenada por haber cobijado a un sospechoso. Todos los habitantes están en observación.

DIEGO (*lanzando una carcajada*). — La ley es buena, tú bien lo sabes. Pero es un poco nueva y no la conocías del todo. ¡Juez, acusados y testigos, todos somos ahora hermanos!

*Entran* LA MUJER DEL JUEZ, EL HIJO MENOR y LA HIJA.

LA MUJER. — Han atrincherado la puerta.

VICTORIA. — La casa está condenada.

EL JUEZ. — Por él. Y voy a denunciarlo. Entonces abrirán la casa.

VICTORIA. — Padre, su honor se lo prohíbe.

EL JUEZ. — El honor es asunto de hombres y ya no hay hombres en esta ciudad.

*Se oyen silbatos, ruido de carrera que se acerca.* DIEGO *escucha, mira a todas partes con ojos enloquecidos y se apodera bruscaiente del niño.*

DIEGO. — ¡Mira, hombre de la ley! Si haces un solo gesto, aplastaré la boca de tu hijo sobre la señal de la Peste.

VICTORIA. — Diego, eso es una cobardía.

DIEGO. — Nada es cobardía en la ciudad de los cobardes.

LA MUJER (*corriendo hacia el JUEZ*). — ¡Prométeselo, Casado! Promete a ese loco lo que quiere.

LA HIJA DEL JUEZ. — No, padre, no haga nada. No es cosa nuestra.

LA MUJER. — No la escuches. Bien sabes que odia a su hermano.

EL JUEZ. — Tiene razón. No es cosa nuestra.

LA MUJER. — Y tú también odias a mi hijo.

EL JUEZ. — Tu hijo, en efecto.

LA MUJER. — ¡Oh! Tú no eres hombre que se atreva a recordar lo que estaba perdonado.

EL JUEZ. — No ha perdonado. Seguí la ley que, a los ojos de todos, me hacía padre de este niño.

VICTORIA. •— ¿Es cierto, madre?

LA MUJER. — Tú también me desprecias.

VICTORIA. — No. Pero todo se hunde al mismo tiempo. El alma vacila.

*El JUEZ da un paso hacia la puerta.*

DIEGO. — El alma vacila, pero la ley nos sostiene, ¿no es cierto, juez? ¡Todos hermanos! (*Levanta al niño delante de él.*) Y también tú, a quien daré el beso de los hermanos.

LA MUJER. — ¡Espera, Diego, te lo suplico! No seas como éste, que se ha endurecido hasta el corazón. Pero se detendrá. (*Corre hacia la puerta y se interpone en el camino del JUEZ.*) Vas a ceder, ¿no es cierto?

LA HIJA DEL JUEZ. — ¿Por qué había de ceder y qué le importa ese bastardo que ocupa aquí el lugar principal?

LA MUJER. — Calla, te corroe la envidia y ya estás toda negra. (*Al JUEZ.*) Pero tú, tú que te acercas a la muerte, bien sabes que nada hay que envidiar en la tierra, fuera del sueño y la paz. Bien sabes que dormirás mal en tu lecho solitario si dejas hacer eso.

EL JUEZ. — La ley *estí* de mi parte. Ella me dará el reposo.

LA MUJER. — Escupo en tu ley. ¡Yo cuento con el derecho, el derecho de los que no quieren estar separados, el derecho de los culpables al perdón, y el de los arrepentidos a ser reivindicados! Sí, escupo en tu ley. ¿Estaba de tu parte la ley cuando presentaste excusas cobardes a aquel capitán que te retaba a duelo, cuando trampeaste para escapar a la conscripción? ¿La ley estaba de tu parte cuando invitaste a tu lecho a aquella muchacha que litigaba contra un amo indigno?

EL JUEZ. — Calla, mujer.

VICTORIA. — ¡Madre!

LA MUJER. — No, Victoria, no callaré. Callé durante todos estos años. Lo hice por mi honor y por amor a Dios. Pero el honor ya no existe. Y un solo cabello de este niño es para mí más precioso que el cielo mismo. No callaré. Y por lo menos le diré a ése que el derecho nunca estuvo de su lado, porque el derecho, ¿lo oyes, Casado?, está del lado de los que sufren, gimen, esperan. No está, no, no puede estar con los que calculan y amontonan.

DIEGO *ht* *soltado al niño.*

LA HIJA DEL JUEZ. — Ésos son los derechos del adulterio.

LA MUJER (*gritando*). — No niego mi falta, la gritaré al mundo entero. Pero sé, en mi miseria, que la carne tiene sus faltas, en tanto que el corazón tiene sus crímenes. Lo que se hace en la calentura del amor debe recibir piedad.

LA HIJA. — ¡Piedad para las perras!

LA MUJER. — ¡Sí! ¡Porque tienen un vientre para gozar y para engendrar!

EL JUEZ. — ¡Mujer! ¡Tu defensa no es buena! ¡Denunciaré al hombre que ha causado este trastorno! Lo haré con doble contento, porque será en nombre de la ley y del odio.

VICTORIA. — Maldito seas tú, que acabas de decir la verdad. Nunca juzgaste sino según el odio, y lo adornabas con el nombre de ley. Y aun las mejores leyes adquirieron mal gusto en tu boca; era la boca agria de los que jamás han amado. ¡Ah, el asco me sofoca! Vamos, Diego, tómanos a todos en tus brazos y púdrámonos juntos. Pero deja vivir a ése para quien la vida es un castigo.

DIEGO. — Déjame. Me da vergüenza ver a qué hemos llegado.

VICTORIA. — Yo también tengo vergüenza. Hasta morir de vergüenza.

DIEGO *se arroja bruscamente por la ventana. El JUEZ corre también.* VICTORIA *escapa por una puerta falsa.*

LA MUJER. — Ha llegado el tiempo en que los bubones tienen que reventar. No somos los únicos. Toda la ciudad padece la misma fiebre.

EL JUEZ. — ¡Perra!

LA MUJER. — ¡Juez!

*Oscuridad. Luz en la portería. NADA y el ALCALDE se preparan para marcharse.*

NADA. — Todos los comandantes de distrito han recibido orden de hacer votar a sus administrados a favor del nuevo gobierno.

EL PRIMER ALCALDE. — No es fácil. ¡Algunos se atreven a votar en contra!

NADA. — No, si usted sigue los buenos principios.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Los buenos principios?

NADA. — Los buenos principios establecen que el voto es libre. Es decir, se considerará que los votos favorables al gobierno fueron libremente emitidos. En cuanto a los otros, y a fin de eliminar las trabas secretas que hubiera podido sufrir la libertad de elección, se descontarán de acuerdo con el método preferencial, alineando la parte divisional al cociente de los sufragios no emitidos en relación a  $\frac{1}{3}$  de los votos eliminados. ¿Está claro?

EL PRIMER ALCALDE. — Claro, señor... En fin, creo entender.

NADA. — Lo admiro, alcalde. Pero haya o no comprendido, no olvide que el resultado infalible de este método deberá consistir siempre en dar por nulos los votos hostiles al gobierno.

EL PRIMER ALCALDE. — Pero usted había dicho que el voto era libre.

NADA. — Lo es, 'en efecto. Sólo que partimos del principio de que un voto negativo no es un voto libre. Es un voto sentimental y se encuentra, en consecuencia, encadenado por las pasiones.

EL PRIMER ALCALDE. — ¡No había pensado en eso!

NADA. — Es que usted no tenía una idea justa de lo que es la libertad.

*Luz en el centro.* DIEGO y VICTORIA *llegan, corriendo, al proscenio.*

DIEGO. — Quiero escapar, Victoria. Ya no sé dónde está el deber. No comprendo.

VICTORIA. — No me abandones. El deber está junto a quienes amamos. Mantente firme.

DIEGO. — Pero soy demasiado orgulloso para amarte sin estimarme.

VICTORIA. — ¿Quién te impide estimarte?

DIEGO. — Tú, que, según veo, no desfalleces.

VICTORIA. — Ah, no hables así, por nuestro amor, o caeré frente a tí y te mostraré toda mi cobardía. Porque no es cierto lo que dices. Desfallezco, desfallezco cuando pienso en aquel tiempo en que podía abandonarme a ti. ¿Dónde está el tiempo en que el agua subía en mi corazón en cuanto pronunciaban tu nombre? ¿Dónde está el tiempo en que una voz gritaba en mí "Tierra" en cuanto aparecías? Sí, desfallezco, me muerdo de cobarde pesar. Y

6Í todavía me mantengo en pie, es porque el impulso del amor me arroja hacia adelante. Pero si desapareces, mi carrera se detendrá y me desplomaré.

DIEGO. — ¡Ah! ¡Si por lo menos pudiera ligarme a ti y deslizarme con mis miembros anudados a los tuyos, hasta el fondo de un sueño sin fin!

VICTORIA. — Te espero.

DIEGO *avanza lentamente hacia ella, que avanza hacia él. No se quitan los ojos de encima. Van a encontrarse, cuando surge entre ambos la* SECRETARIA.

LA SECRETARIA. — ¿Qué hacen ustedes?

VICTORIA (*gritando*).— ¡El amor, por supuesto!

*Ruido terrible en el cielo.*

LA SECRETARIA. — ¡Shh! Hay palabras que no se deben pronunciar. Debería usted saber que eso está prohibido. Mire.

*Golpea a DIEGO en la axila y lo marca por segunda vez.*

LA SECRETARIA. — Era sospechoso. Ahora está contaminado. (*Mira a DIEGO.*) Lástima. Un muchacho tan lindo. (*A VICTORIA.*) Discúlpeme. Pero prefiero los hombres a las mujeres, tengo una partida empeñada con ellos. Buenas noches.

DIEGO *mira con horror su nueva señal. Echa miradas enloquecidas a su alrededor, luego se abalanza hacia VICTORIA y se aferra a ella.*

DIEGO. — ¡Ah! ¡Odio tu belleza porque ha de sobrevivirme! Maldita sea, pues servirá a otros. (*La aplasta contra sí.*) ¡Así! ¡No estaré solo! ¿Qué me importa tu amor si no se pudre conmigo?

VICTORIA (*debaténdose*). — ¡Me haces daño! ¡Déjame!

DIEGO. — ¡Ah! ¡Tienes miedo! (*Se ríe como un loco. La sacude.*) ¿Dónde están los caballos negros del amor? ¡Enamorada en los buenos momentos, pero viene la desgracia y los caballos desaparecen! ¡Por lo menos muere conmigo!

VICTORIA. — ¡Contigo, pero nunca contra tí! ¡Detesto ese rostro de miedo y de odio que tienes ahora! ¡Suéltame! Déjame libre

para buscar en ti la antigua ternura. Y mi corazón hablará de nuevo.

DIEGO (*soltándola a -medias*).— ¡No quiero morir solo! ¡Y lo que más amo en el mundo se aparta de mí y se niega a seguirme!

VICTORIA (*lanzándose hacia él*).— ¡Ah, Diego, al infierno si es preciso. Vuelvo a encontrarte. . . Mis piernas tiemblan junto a las tuyas. Bésame para sofocar este grito que sube de lo profundo de mi cuerpo, que va a salir, que sale. . . ¡Ah!

*Él la besa con ardor, luego se arranca a ella y la deja trémula en medio de la escena.*

DIEGO.— ¡Mírame! ¡No, no, no tienes nada! ¡Ninguna señal! ¡Esta locura no tendrá consecuencias!

VICTORIA.— ¡Vuelve, ahora tiemblo de frío! ¡Hace un instante tu pecho me quemaba las manos, mi sangre corría en mí como una llama! Ahora. . .

DIEGO.— ¡No! Déjame solo. No puedo distraerme de este dolor.

VICTORIA.— ¡Vuelve! ¡Lo único que te pido es consumirme con la misma fiebre, padecer la misma herida en un solo grito!

DIEGO.— ¡No! ¡En adelante estoy con los otros, con los que están marcados! Su sufrimiento me inspira horror, me llena de un asco que hasta ahora me excluía de todo. Pero al fin he caído en la misma desgracia, ellos me necesitan.

VICTORIA.— ¡Si hubieras de morir, envidiaría a la misma tierra que desposará tu cuerpo!

DIEGO.— ¡Tú estarás del otro lado, con los que viven!

VICTORIA.— ¡Puedo estar contigo, con sólo que me beses largo rato!

DIEGO.— ¡Ellos han prohibido el amor! ¡Ah! ¡Te echo de menos con todas mis fuerzas!

VICTORIA.— ¡No! ¡No! ¡Te lo suplico! Yo he comprendido lo que quieren. Disponen todas las cosas para que el amor sea imposible. Pero yo seré la más fuerte.

DIEGO.— Yo no soy el más fuerte. ¡Y no es una derrota lo que quería compartir contigo!

VICTORIA.— ¡Yo estoy entera! ¡Sólo conozco mi amor! Nada me

atemoriza ya, y aunque el cielo se desplomara, me hundiría gritando mi felicidad si tuviera tu mano.

*Se oye gritar.*

DIEGO. — ¡Los otros gritan también!

VICTORIA. — ¡Soy sorda hasta la muerte!

DIEGO. — ¡Mira!

*Pasa la carreta.*

VICTORIA. — ¡Mis ojos ya no ven! El amor los encandila.

DIEGO. — ¡Pero el dolor está en ese cielo que pesa sobre nosotros!

VICTORIA. — ¡Demasiado me cuesta llevar mi amor! ¡No he de cargar además con el dolor del mundo! Ésa es una tarea masculina, una de esas tareas vanas, estériles, obstinadas, que vosotros proseguís para apartaros del único combate que sería realmente difícil, de la única victoria de la que podríais estar orgullosos.

DIEGO. — ¿Y qué tengo yo que vencer en este mundo sino la injusticia que se hace con nosotros?

VICTORIA. — ¡La desgracia está en ti! Y lo demás ya vendrá.

DIEGO. — Estoy solo. La desgracia es demasiado grande para mí.

VICTORIA. — ¡Estoy a tu lado, con las armas en la mano!

DIEGO. — ¡Qué hermosa eres y cómo te amaría si no temiera!

VICTORIA. — ¡Qué poco temerías si quisieras amarme!

DIEGO. — Te amo. Pero no sé quién tiene razón.

VICTORIA. — Aquél que no teme. ¡Y mi corazón no es temeroso!

Arde con una sola llama, clara y alta, como esos fuegos con los que se saludan nuestros montañeses. Él también te llama. . . ¡Ves, es la fiesta de San Juan!

DIEGO. — ¡En medio de los osarios!

VICTORIA. — Osarios o praderas, ¿qué más da para mi amor? ¡Él, por ío menos, no perjudica a nadie, es generoso! Tu locura, *t* abnegación estéril, ¿a quién benefician? ¡A mí no, a mí no; e todo caso, a quien apuñalas con cada palabra!

DIEGO. — ¡No llores, salvaje! ¡Oh desesperación! ¿Por qué ha He gado este mal? ¡Hubiera bebido esas lágrimas, y con la boca que

mada por su amargura, habría puesto en tú rostro tantos besos como hojas tiene un olivo!

VICTORIA. — ¡Ah! ¡Vuelvo a encontrarte! ¡Ése es nuestro lenguaje que habías perdido! (*Tiende las manos.*) Déjame que te reconozca. . .

DIEGO *retrocede mostrando sus marcas. Ella adelanta la mano, vacila.*

DIEGO. — Tú también tienes miedo. . .

VICTORIA *planta la mano en las marcas. DIEGO retrocede, extrañado. Ella tiende los brazos.*

VICTORIA. — ¡Vén pronto! ¡No temas nada más!

*Vero los'gemidos y las imprecaciones redoblan. DIEGO mira a todos lados como un insensato y huye.*

VICTORIA. — ¡Ah, soledad!

CORO DE MUJERES. — ¡Somos guardianas! Esta historia excede nuestras fuerzas y esperamos que termine. Guardaremos el secreto hasta el invierno, hasta la hora de las libertades, cuando los alaridos de los hombres hayan callado y vuelvan entonces a nosotras para reclamarnos aquello de lo cual no pueden prescindir: el recuerdo de los mares libres, el cielo desierto del verano, el olor eterno del amor. Aquí estamos, esperando como hojas muertas en el chubasco de setiembre. Ellas planean un momento, luego el peso del agua que transportan las aplasta contra la tierra. También nosotros estamos contra la tierra. Con las espaldas encorvadas, esperando que se sofoquen los gritos de todos los combates, escuchamos gemir dulcemente en el fondo de nosotras mismaS la lenta resaca de los mares dichosos. Cuando los almendros desnudos se cubran de flores de escarcha, entonces nos incorporaremos un poco, sensibles al primer viento de esperanza, pronto erguidas en esa segunda primavera. Y aquellos a quienes amamos vendrán hacia nosotras, y a medida que avancen, seremos como esas pesadas barcas que la marea levanta poco a poco, pegajosas de sal y de agua, ricas de olores, hasta aue floran al fin en el mar espeso. Ah, que sople el viento, que sople el viento. . .

*Oscuridad.*

*Luz en el muelle.* DIEGO entra y llama a voces a alguien a quien ve muy lejos, hacia el mar. El el fondo, el coro de los hombres.

DIEGO. — ¡Ohé! ¡Ohé!

UNA VOZ. — ¡Ohé! ¡Ohé!

*Aparece un barquero; sólo su cabeza asoma por encima del muelle.*

DIEGO. — ¿Qué haces?

EL BARQUERO. — Abastezco.

DIEGO. — ¿A la ciudad?

EL BARQUERO. — No, la ciudad es abastecida en principio por la administración. De tarjetas, naturalmente. Yo abastezco de pan y leche. Hay en alta mar navios anclados y en ellos se han confinado algunas familias para escapar a la infección. Traigo sus cartas y les llevo provisiones.

DIEGO. — Pero está prohibido.

EL BARQUERO. — Está prohibido por la administración. Pero no sé leer y me hallaba en el mar cuando los pregoneros anunciaron la nueva ley.

DIEGO. — Llévame.

EL BARQUERO. — ¿A dónde?

DIEGO. — Al mar. A los barcos.

EL BARQUERO. — Es que la cosa está prohibida.

DIEGO. — Tú no leíste ni escuchaste la ley.

EL BARQUERO. — ¡Ah! No lo prohíbe la administración sino la gente del barco. Usted no es seguro.

DIEGO. — ¿Cómo es que no soy seguro?

EL BARQUERO. — Después de todo, podría llevarlos encima.

DIEGO. — ¿Llevar qué?

EL BARQUERO. — ¡Sh! (*Mira a su alrededor.*) /Los gérmenes, hombre! Podría usted llevar los gérmenes

DIEGO. — Pagaré lo que haga falta.

EL BARQUERO. — No insista. Soy débil de carácter.

DIEGO, •— Todo el dinero que haga falta,

EL BARQUERO. — Embarquese. El mar está en calma.

DIEGO *va a saltar. Vero* LA SECRETARIA *aparece detrás de él.*

LA SECRETARIA. — ¡No! Usted no se embarcará.

DIEGO. — ¿Qué?

LA SECRETARIA. — No está dispuesto. Y además, lo conozco, usted no desertará.

DIEGO. — Nada me impedirá marcharme.

LA SECRETARIA. — Basta que yo lo quiera. Y lo quiero, porque tengo un asunto pendiente con usted. ¡Usted sabe quién soy!

LA SECRETARIA *retrocede un poco como para atraerlo hacia atrás. Él la sigue.*

DIEGO. — Morir no es nada. Pero morir mancillado. . .

LA SECRETARIA. — Comprendo. Ya lo ve, soy una simple ejecutora.

Pero al mismo tiempo me han concedido derechos sobre usted. El derecho de veto, si lo prefiere.

*Hojea su cuaderno.*

DIEGO. — ¡Los hombres de mi sangre sólo pertenecen a la tierra!

LA SECRETARIA.—Es lo que yo quería decir. ¡Usted es mío, en cierto modo! En cierto modo solamente. Quizá no como lo quisiera. . . cuando lo miro. (*Sencilla.*) Usted me gusta mucho, ¿sabe? Pero tengo órdenes.

*Juega con el cuaderno.*

DIEGO. — Prefiero su odio a sus sonrisas. La desprecio.

LA SECRETARIA. — Como quiera. Por lo demás, esta conversación con usted no es muy reglamentaria. La fatiga me pone sentimental. Con tanta contabilidad, en noches como ésta, me dejo llevar.

*Hace girar la libreta entre los dedos.*

DIEGO *intenta arrancársela.*

LA SECRETARIA. — No, de veras, no insista, querido. ¿Qué vería en ella, además? Es una libreta, bástele con eso, un clasificador, mitad carnet, mitad fichero. Con las efemérides. (*Ríe.*) ¡Es mi agenda, vamos. (*Tiende hacia él una mano como para una caricia.*)

DIEGO *se vuelve hacia el barquero,*

DIEGO. — ¡Ah! ¡Se ha marchado!

LA SECRETARIA. — ¡Vaya, es cierto! Otro que se cree libre y que está inscrito, sin embargo, como todo el mundo.

DIEGO. — Su lengua es doble. Bien sabe usted que eso es lo que un hombre no puede soportar. Terminemos, ¿quiere?

LA SECRETARIA. — Pero todo esto es muy sencillo y digo la verdad. Cada ciudad tiene su clasificador. Éste es el de Cádiz; Se lo aseguro: la organización es muy buena y nadie ha sido olvidado.

DIEGO. — Nadie ha sido olvidado, pero todos se les escapan.

LA SECRETARIA (*indignada*). — ¡No, hombre, vamos! (*Reflexiona.*) Sin embargo, hay excepciones. De tanto en tanto, queda uno olvidado. Pero siempre acaban por traicionarse. En cuanto han pasado los cien años de edad, se jactan, los imbéciles. Entonces los diarios lo anuncian. Basta esperar. A la mañana, cuando reviso la prensa, anoto sus nombres, los colaciono, como decimos nosotros. No fallamos, por supuesto.

DIEGO. — ¡Pero durante cien años los habrán negado, como los niega esta ciudad entera!

LA SECRETARIA. — ¡Cien años no son nada! A usted le impresionan porque ve las cosas de muy cerca. Yo veo los conjuntos, ¿comprende? En un fichero de trescientos setenta y dos mil nombres, ¿qué es un hombre, dígame, aunque sea centenario? Y además, nos resarcimos con los que no han pasado los veinte. Así se llega a un termino medio. ¡Tachamos un poco más rápidamente, eso es todo! De este modo ... (*Tacha en la libreta.*)

*Un grito en el mar y ruido de una caída al agua.*

LA SECRETARIA. — ¡Oh! ¡Lo hice sin pensarlo! ¡Vaya, es el barquero! ¡Una casualidad!

DIEGO *se ha levantado y la mira con asco y horror.*

DIEGO. — ¡Se me revuelve el estómago, tanto me repugna usted!

LA SECRETARIA. — Mi oficio es ingrato, lo sé. Una se fatiga, y además hay que dedicarse. Al principio, por ejemplo, yo andaba un poco a tientas. Ahora mi mano es segura. (*Se acerca a Diego.*)

DIEGO. — No se me acerque. ' .

LA SECRETARIA. — Pronto no habrá más errores. Un secreto. Una

máquina perfeccionada. Ya verá. (*Se le ha acercado, frase tras frase basta tocarlo.*)

*Él la toma de improviso por el cuello, temblando de furor.*

DIEGO. — ¡Termine, termine con su cochina comedia! ¿Qué espera? Haga su trabajo y no se divierta conmigo que soy más grande que usted. Máteme, pues; es la única manera, se lo aseguro, de salvar ese magnífico sistema que no deja nada librado al azar. ¡Ah! ¡Usted sólo se ocupa de los conjuntos! ¡Cien mil hombres, así la cosa se pone interesante! ¡Es una estadística y las estadísticas son mudas! Con ellas se hacen curvas y gráficos, ¿eh? ¡Se trabaja con las generaciones, es más fácil! Y el trabajo puede hacerse en silencio y en medio del olor tranquilo de la tinta. Pero se lo prevengo: un hombre solo es más incómodo, grita su gozo o su agonía. Vivo, yo continuaré molestando su hermoso orden con el azar de los gritos. ¡La niego a usted, la niego con todo mi ser!

LA SECRETARIA. — ¡Querido mío!

DIEGO. — ¡Cállese! Soy de una raza que honraba a la muerte tanto como a la vida. Pero llegaron sus amos: vivir y morir son dos deshonras ...

LA SECRETARIA. — Es cierto ...

DIEGO (*la sacude*). — ¡Es cierto que ustedes mienten y que mentirán hasta el fin de los tiempos! ¡Sí! He comprendido bien el sistema. Ustedes les han dado el dolor del hambre y de las separaciones para distraerlos de su rebeldía. ¡Los agotan, les devoran tiempo y fuerzas a fin de que no tengan ni ocio ni impulso para el furor! ¡Los hombres arrastran los pies, pueden estar ustedes contentos! Están solos a pesar de la masa, como también yo estoy solo. Cada uno de nosotros está solo gracias a la cobardía de los demás. Pero yo que estoy avasallado como ellos, humillado con ellos, les anuncio sin embargo que ustedes no son nada y que este poder desplegado hasta perderse de vista, hasta oscurecer el cielo, sólo es una sombra arrojada sobre la tierra, que un viento furioso disipará en un segundo. ¡Creyeron que todo podía reducirse a números y a fórmulas! ¡Pero en su hermosa nomenclatura han olvidado la rosa

silvestre, las señales del cielo, los rostros del verano, la gran voz del mar, los instantes del desgarramiento y la cólera de los hombres! (*EUa ríe.*) No se ría. No se ría, imbécil. Están perdidos, ya lo digo. En el seno de sus victorias más aparentes están ya vencidos, porque hay en el hombre —míreme— una fuerza que ustedes no reducirán, una locura clara, mezclada de miedo y coraje, ignorante y victoriosa por siempre jamás. Esta fuerza es la que se levantará, y ustedes sabrán entonces que su gloria era humo.

*Ella ríe.*

DIEGO. — ¡No se ría! ¡No se ría, le digo!

*Ella ríe. DIEGO la abofetea y al mismo tiempo los hombres del coro se arrancan la mordaza y lanzan un largo grito de alegría. Vero en el impulso, DIEGO ha aplastado la marca. Se lleva a ella la mano y la contempla después.*

LA SECRETARIA. — ¡Magnífico!

DIEGO. — ¿Qué es esto?

LA SECRETARIA. — ¡Estaba usted magnífico en la cólera! ¡Me gusta todavía más así!

DIEGO. — ¿Qué ha pasado?

LA SECRETARIA. — Ya lo ve. La marca desaparece. Continúe, anda usted por buen camino.

DIEGO. — ¿Estoy curado?

LA SECRETARIA. — Voy a confiarle un secretito ... El sistema es excelente, tiene usted razón, pero hay una falla en la máquina.

DIEGO. — No comprendo.

LA SECRETARIA. — Hay una falla, querido. Lo sé desde mis más antiguos recuerdos: siempre ha bastado que un hombre se sobrepusiera al miedo y se rebelara, para que la máquina comenzase a rechinar. No digo que se detenga, lejos de eso. Pero, en fin, chirría, y a veces termina por atrancarse de veras.

*Silencio.*

DIEGO. — ¿Por qué me lo dice?

LA SECRETARIA. — ¿Sabe?, es inútil, una tiene sus debilidades. Y además, usted lo descubrió por su cuenta,

*El estado de sitio*

DIEGO. — ¿Hubiera tenido consideraciones conmigo si no le hubiese pegado?

LA SECRETARIA. — No. Había venido a acabar con usted, según el reglamento.

DIEGO. — Entonces soy el más fuerte.

LA SECRETARIA. — ¿Todavía tiene miedo?

DIEGO. — No.

LA SECRETARIA, — En ese caso no puedo nada contra usted. Eso también figura en el reglamento. Pero bien puedo decírselo: es la primera vez que ese reglamento cuenta con mi aprobación. (*Se retira despacito.*)

*Diego se palpa, mira otra vez su mano y se vuelve bruscamente en dirección a los gemidos. Se acerca, en medio del silencio, a un enfermo amordazado. Escena muda. DIEGO aproxima la mano a la mordaza y la desata. Es el pescador. Se miran en silencio, luego:*

EL PESCADOR (*con esfuerzo*). — Buenas noches, hermano. Hacía mucho tiempo que no hablaba.

DIEGO *le sonrío.*

EL PESCADOR (alzando los ojos al cielo). — ¿Qué es eso?

*El cielo se ha iluminado, en efecto. Sopla un viento ligero que sacude una de las puertas y hace flotar algunos paños. El pueblo los rodea ahora, con la mordaza desatada, los ojos alzados al firmamento.*

DIEGO. — El viento del mar. ..

TELÓN

## TERCERA PARTE

*Los habitantes de Cádiz se afanan en la plaza. Apostado en un sitio un poco más alto, DIEGO dirige los trabajos. Luz brillante que quita importancia a los decorados de LA PESTE al mostrar su artificio.*

DIEGO. —• ¡Borrad las estrellas!

*Las borran.*

DIEGO. — ¡Abrid las ventanas!

*Las ventanas se abren.*

DIEGO. — ¡Aire! ¡Aire! ¡Agrupad a los enfermos!

*Movimientos.*

DIEGO. —• No tengáis miedo ya, ésa es la condición. ¡De pie todos los que puedan! ¿Por qué retrocedéis? ¡Levantad la frente, ha llegado la hora del orgullo! Quitaos la mordaza y gritad conmigo que ya no tenéis miedo. (*Levanta los brazos.*) ¡Oh santa rebeldía, negativa viviente, honor del pueblo, da a estos amordazados la fuerza de tu grito!

EL CORO. — Hermano, te escuchamos y nosotros los miserables que vivimos de pan y olivas, para quienes una muía es una fortuna, nosotros que probamos vino dos veces al año: el día del nacimiento y el día de la boda, comenzamos a esperar. Pero el viejo temor aún no ha abandonado nuestros corazones. ¡La oliva y el pan dan gusto a la vida! ¡Por poco que poseamos, tememos perderlo todo junto con la vida!

DIEGO. — ¡Perderéis la oliva, el pan y la vida si dejáis que las cosas

siga como están! Hoy debéis vencer el miedo si queréis por lo menos conservar el pan. ¡Despierta, España!

EL CORO. — Somos pobres e ignorantes. Pero nos han dicho que la peste sigue los caminos del año. Tiene su primavera en que germina y brota, su verano en que fructifica. Viene el invierno y quizá muera. ¿Pero es éste el invierno, hermano, de veras es el invierno? Este viento que se ha levantado, ¿viene en verdad del mar? Siempre lo h́mos pagado todo en moneda de miseria. ¿Tendremos que pagar con la moneda de nuestra sangre?

CORO DE MUJERES. — ¡De nuevo asunto de hombres! ¡Nosotras estamos aquí para recordaros el instante de la laxitud, el clavel de los días, la lana negra de las ovejas, el olor de España, en fin! Somos débiles, nada podemos contra vuestros grandes huesos. ¡Pero hagáis lo que hagáis, no olvidéis nuestras flores carnales en vuestras riñas de sombras!

DIEGO. — ¡La peste es lo que nos descarna, ella es la que separa a los amantes y marchita la flor de los días! ¡Contra ella hay que luchar primero!

EL CORO. — ¿Llega en verdad el invierno? ¡En nuestros bosques, las encinas siguen siempre cubiertas de bellotitas bien enceradas y en sus troncos pululan las avispas! ¡No! ¡Todavía no llega el invierno!

DIEGO. — ¡Cruzad el invierno de la cólera!

EL CORO. — ¿Pero encontraremos la esperanza al final del camino? ¿O tendremos que morir desesperados?

DIEGO. — ¿Quién habla de desesperar? La desesperación es una mordaza. Y el trueno de la esperanza, la fulguración de la felicidad son los que desgarran el silencio de esta ciudad sitiada. ¡De pie, os digo! ¡Si queréis conservar el pan y la esperanza, destruid los certificados, romped los vidrios de las oficinas, abandonad las filas del miedo, gritad la libertad a los cuatro confines del cielo!

EL CORO. — ¡Somos los más miserables! La esperanza es nuestra única riqueza, ¿cómo habíamos de privarnos de ella? ¡Hermano, arrojamos estas mordazas! (*Gran grito de liberación.*) ¡Ah! ¡Sobre la tierra seca, en las grietas del calor, cae la primera lluvia!

Llega el otoño en que todo reverdece, el viento fresco del mar. La esperanza nos levanta como una ola.

DIEGO *sale*.

*Entra LA PESTE al mismo tiempo que DIEGO, pero por el otro lado.*

*Lo siguen LA SECRETARIA y NADA.*

LA SECRETARIA. — <Qué historia es ésta? ¡Conque charlando! ¿Quieren ponerse de nuevo las mordazas?

*Algunos, en el centro, vuelven a ponerse la mordaza. Vero otros hombres se han unido a DIEGO. Se afanan, en orden.*

LA PESTE. — Comienzan a agitarse.

LA SECRETARIA. — ¡Si, como de costumbre! ,

LA PESTE. — ¡Bueno! Hay que extremar las medidas!

LA SECRETARIA. — ¡Extrememos, pues!

*Abre la libreta y la hojea con un poco de cansancio.*

NADA. — ¡Y que así sea! ¡Andamos por buen camino! ¡Ser reglamentario o no ser reglamentario, ésa es toda la moral y toda la filosofía! Pero en mi opinión, Excelencia, no vamos bastante lejos.

LA PESTE. — Hablas demasiado.

NADA. — Es que tengo entusiasmo. Y he aprendido muchas cosas a vuestro lado. La supresión: ése es mi evangelio. Pero hasta ahora no tenía yo buenas razones. ¡Ahora, tengo la razón reglamentaria!

LA PESTE. — El reglamento no lo suprime todo. ¡No estás dentro de la línea, atención!

NADA. — Observad que había reglamentos antes de vosotros. Pero faltaba inventar el reglamento general, el saldo de toda cuenta, la especie humana puesta en el índice, la vida entera reemplazada por un índice de materias, el universo en disponibilidad, el cielo y la tierra por fin desvalorizada.

LA PESTE. — Vuelve a tu trabajo, borracho. ¡Y usted, siga!

LA SECRETARIA. — ¡Por dónde empezamos?

LA PESTE. — Por el azar. Es más sorprendente.

*La SECRETARIA tacha dos nombres. Golpes sordos de advertencia. Los hombres caen. Reflujo. Los que trabajan se detienen, petrifica-*

El estado de sitio

dos. Los guardias de LA PESTE se precipitan, vuelven a poner cruces en las puertas, cierran las ventanas, mezclan los cadáveres, etc. DIEGO (en el fondo, con voz tranquila). — ¡Viva la muerte, no nos asusta!

*Flujo. Los hombres reanudan el trabajo. Los guardias retroceden. Idéntica pantomima, pero a la inversa. El viento sopla cuando el pueblo avanza, refluye cuando los guardias vuelven.*

LA PESTE. — ¡Tache a ése!

LA SECRETARIA. — ¡Imposible!

LA PESTE. — ¿Por qué?

LA SECRETARIA. — ¡Ya no tiene miedo!

LA PESTE. — ¡Ah, vamos! ¿Sabe?

LA SECRETARIA. — Tiene sospechas.

*Tacha. Golpes sordos. Reflujo. La misma escena.*

NADA. — ¡Magnífico! ¡Mueren como moscas! ¡Ah, si la tierra pudiera saltar!

DIEGO (con calma). — Socorred a todos los que caen.

*Reflujo. Idéntica pantomima, a la inversa.*

LA PESTE. — ¡Ése va demasiado lejos!

LA SECRETARIA. — Va lejos, en efecto.

LA PESTE. — ¿Por qué lo dice con melancolía? No lo habrá enterado usted, me imagino.

LA SECRETARIA. — No. Ha de haberlo descubierto solo. ¡En una palabra, tiene el don!

LA PESTE. — Él tiene el don, pero yo tengo medios. Hay que ensayar otra cosa. Es tarea suya.

*Sale.*

EL CORO (*quitándose la mordaza*). — ¡Ah! (*suspiro de alivio*.) Es el primer retroceso, el garrote se afloja, el cielo cede y se airea. Ya ha vuelto el rumor de las fuentes que el sol negro de la peste había evaporado. El verano se va. Ya no tendremos uvas en la parra, ni melones, habas verdes y ensalada cruda. Pero el agua de la esperanza ablanda el suelo duro y nos promete el refugio del in-

vierno, las castañas asadas, el primer maíz de granos verdes todavía, la nuez con gusto a jabón, la leche frente al fuego . . .

LAS MUJERES. — Somos ignorantes. Pero decimos que esas riquezas no deben pagarse demasiado caras. En todos los lugares del mundo y bajo cualquier amo, habrá siempre un fruto fresco al alcance de la mano, el vino del pobre, el fuego de sarmientos a cuyo lado se espera que todo pase . . .

*De la casa del juez sale por la ventana LA HIJA DEL JUEZ que corre a ocultarse entre las mujeres.*

LA SECRETARIA (*descendiendo hacia el pueblo*). — ¡Se creería que es una revolución, palabra! Sin embargo no es el caso, bien lo sabéis. Y además, ya no le corresponde al pueblo hacer la revolución, vamos, sería completamente pasado de moda. Las revoluciones ya no necesitan insurgentes. Hoy la policía basta para todo, hasta para derrocar al gobierno. ¿No es preferible, después de todo? De este modo el pueblo puede descansar mientras algunos espíritus buenos piensan por él y deciden en su lugar qué cantidad de dicha les será favorable.

EL PESCADOR. — Cuando llegue el momento voy a destripar a esa murena viciosa.

LA SECRETARIA. — Vamos, amigos míos, ¿no valdría más quedarse así? Cuando hay un orden establecido, siempre cuesta más cambiarlo. Y en caso de que este orden les parezca insoportable, quizá podrían conseguirse algunos arreglos.

UNA MUJER. — ¿Qué arreglos?

LA SECRETARIA. — ¡Yo no sé! Pero ustedes las mujeres, no ignoran que todo trastorno se paga y que una buena conciliación vale a veces más que una victoria ruinosa.

*Las mujeres se acercan. Algunos hombres se separan del grupo de DIEGO.*

DIEGO. — No escuchéis lo que dice. Todo es deliberado.

LA SECRETARIA. — ¿Qué es lo deliberado? Hablo razonablemente y no sé nada más.

UN HOMBRE. — ¿De qué arreglos hablaba usted?

LA SECRETARIA. — Naturalmente, habría que reflexionar. Por ejemplo, podríamos integrar con ustedes una comisión que decidiera, por mayoría de votos, las cancelaciones a pronunciar. Esa comisión detentaría en plena propiedad el cuaderno en el que se hacen las cancelaciones. Hago notar que digo esto a título de ejemplo. . , *Agita el cuaderno con el brazo extendido. Un hombre se lo arranca.*

LA SECRETARIA (*falsamente indignada*). — ¿Quiere usted devolverme ese cuaderno? ¡Bien sabe que es precioso y que basta tachar el nombre de uno de sus conciudadanos para que muera en seguida!

*Hombres y mujeres rodean al poseedor del cuaderno. Animación.*

— ¡Es nuestro!

— ¡No más muertos!

— ¡Estamos salvados!

*Pero aparece LA HIJA DEL JUEZ, arrebatada brutalmente el cuaderno, escapa a un rincón y hojeando rápidamente el cuaderno, tacha algo. En la casa del juez, gran grito y caída de un cuerpo. Hombres y mujeres se precipitan hacia la mujer.*

UNA VOZ. — ¡Ah, maldita! ¡A ti hay que suprimirte!

*Una mano le arranca el cuaderno y, todos, hojeándolo, encuentran su nombre que una mano tacha. La mujer cae sin un grito.*

NADA (*aullando*). — ¡Adelante, todos unidos para la supresión! ¡Sólo es cuestión de suprimir, cuestión de suprimirse! ¡Henos aquí todos juntos, oprimidos y opresores, todos de la mano! ¡Vamos, toro! ¡Limpieza general!

*Se va.*

UN HOMBRE (*enorme, que tiene el cuaderno*). — ¡Es cierto que hay que hacer algunas limpiezas! ¡Y es una ocasión muy buena para despachar a algunos hijos de perra que se atiborraron mientras nos moríamos de hambre!

LA PESTE, *que acaba de reaparecer, lanza una carcajada prodigiosa, mientras la SECRETARIA vuelve modestamente a su sitio, al lado de LA PESTE. Todo el mundo, inmóvil, coit los ojos en alto, espera en la explanada mientras los guardias de LA PESTE se desparraman por todas partes para restablecer el decorado y las señales de LA PESTE.*

LA PESTE (*a DIEGO*). — ¡Y ahí tienes! ¡Ellos mismos hacen el trabajo! ¿Crees que valen la pena?

*Pero DIEGO y el PESCADOR han saltado a la explanada, se han precipitado sobre el hombre del cuaderno a quien abofetean y arrojan al suelo. DIEGO toma el cuaderno y lo rompe.*

LA SECRETARIA. — Es inútil. Tengo un duplicado.

*DIEGO rechaza a los hombres del otro lado.*

DIEGO. — ¡Pronto, al trabajo! ¡Os han engañado!

LA PESTE. — Cuando tienen miedo, es por ellos mismos. Pero el odio es para los demás.

DIEGO (*que se ha vuelto frente a él*). — Ni miedo, ni odio, ésa es nuestra victoria.

*Refhtjo progresivo de los guardias frente a los hombres de DIEGO.*

LA PESTE. — ¡Silencio! Soy el que agria el vino y seca los frutos».

Mato el sarmiento si va a dar uvas, lo verdezco si ha de alimentar el fuego. Me inspiran horror vuestras alegrías sencillas. Me inspira horror este país donde se pretende ser libre sin ser rico. ¡Tengo las prisiones, los verdugos, la fuerza, la sangre! La ciudad será arrasada y, sobre sus escombros, la historia agonizará al fin en el hermoso silencio de las sociedades perfectas. Silencio, pues, o lo aplasto todo.

*Lucha mimada en medio de un espantoso estrépito, chirridos de garrote, zumbido, golpes de cancelaciones, marea de slogans. Pero a medida que la lucha se define a favor de los hombres de DIEGO, el tumulto se sosiega y el CORO, aunque indistinto, ahoga los ruidos de LA PESTE.*

LA PESTE (*con un gesto de rabia*). — ¡Quedan los rehenes! «

*Hace una señal, los guardias de LA PESTE abandonan la escena mientras los otros se reagrupan.*

NADA (*en lo alto del palacio*). — Siempre queda algo. Todo continúa no continuando. Y mis oficinas continúan también. ¡La ciudad podría desplomarse, estallar el ciclo, los hombres desertar de la tierra, y las oficinas seguirían abriéndose a hora fija para admi-

nistrar la nada! La eternidad soy yo, mi paraíso tiene sus archivos y su papel secante.

*Sale.*

EL CORO. — Huyen. El verano concluye con la victoria. ¡Acontece, pues, que el hombre triunfa! Y entonces la victoria tiene el cuerpo de nuestras mujeres bajo la lluvia del amor. He aquí la carne feliz, luciente y cálida, racimo de setiembre donde se encoge el zángano. Sobre la era del vientre se abaten las cosechas de la viña. Las vendimias arden en la cima de los senos ebrios. Oh, mi amor, el deseo revienta como un fruto maduro, la gloria de los cuerpos fluye por fin. En todos los confines del cielo manos misteriosas tienden sus flores y un vino amarillo mana de inagotables fuentes. Son las fiestas de la victoria, vamos a buscar a nuestras mujeres.

*Traen en silencio unas angarillas donde está tendida* VICTORIA.

DIEGO (*precipitándose*), — ¡Oh! ¡Esto da ganas de matar o morir! (*Llega junto al cuerpo que parece inanimado.*) ¡Ah! ¡Magnífica, victoriosa, salvaje como el amor, vuelve un poco hacia mí tu rostro! ¡Vuelve, Victoria! No te dejes ir a ese otro lado del mundo donde no podré reunirme contigo. ¡No me dejes, la tierra está fría! ¡Amor mío, amor mío! ¡Mantente firme, mantente firme en esta orilla de tierra donde todavía estamos! ¡No te dejes llevar! ¡Si mueres, en todo lo que me queda de vida reinará la oscuridad en pleno mediodía!

EL CORO DE MUJERES. — Ahora estamos en la verdad. Hasta el momento no era cosa seria. Pero en esta hora hay un cuerpo que sufre y se retuerce. ¡Tantos gritos, el más hermoso de los lenguajes, viva la muerte y luego la muerte misma desgarrar el pecho de aquélla a quien se ama! Entonces vuelve el amor, justamente cuando ya no es tiempo.

VICTORIA *se queja*.

DIEGO. — Es tiempo, ella va a incorporarse. Me enfrentarás de nuevo, recta como una antorcha, con las llamas negras de tu pelo y ese rostro resplandeciente de amor cuyo deslumbramiento rae

acompaña en la noche del combate. Porque yo te llevaba, mi corazón bastaba para todo.

VICTORIA. — Me olvidarás, Diego, es seguro. Tu corazón no soportará la ausencia. No soportó la desgracia. ¡Ah! Es un tormento atroz morir sabiendo que seremos olvidados.

*Se vuelve.*

-DIEGO. — No te olvidaré. Mi memoria será más larga que mi vida.

EL CORO DE LAS MUJERES. — ¡Oh cuerpo sufriente, antes tan deseable, belleza real, reflejo del día! El hombre grita hacia lo imposible, la mujer padece todo lo que es posible. ¡Inclínate, Diego! ¡Grita tu pena, acúsate, es el instante del arrepentimiento! ¡Desertor! ¡Ese cuerpo era tu patria sin la cual ya no eres nada! ¡Tu memoria no compensará nada!

LA PESTE *ha llegado suavemente junto a DIEGO. Sólo el cuerpo de VICTORIA los separa.*

LA PESTE. — Entonces, ¿renunciamos? (DIEGO *mira el cuerpo de VICTORIA con desesperación.*) ¡Te faltan fuerzas! Tus ojos se extravián. Yo tengo la mirada fija del poder.

DIEGO (*después de un silencio*). — Déjala vivir y mátame.

LA PESTE. — ¿Qué?

DIEGO. — Te propongo el canje.

LA PESTE. — ¿Qué canje?

DIEGO. — Quiero morir en su lugar.

LA PESTE. — Es una de esas ideas que a uno se le ocurren cuando está fatigado. Vamos, no es agradable morir y lo más serio ha terminado para ella. ¡Dejémoslo así!

DIEGO. — ¡Es una idea que a uno se le ocurre cuando es el más fuerte!

LA PESTE. — ¡Mírame, yo soy la fuerza misma!

DIEGO. — Quítate el uniforme.

LA PESTE. — ¡Estás loco!

DIEGO. — ¡Desvéstete! ¡Cuando los hombres de la fuerza se quitan el uniforme, ya no son agradables de ver!

LA PESTE. — Quizá. ¡Pero su fuerza es haber inventado el uniforme!

DIEGO. — La mía *es* negarlo. Mantengo mi precio.

LA PESTE. — Reflexiona por lo menos. La vida tiene sus cosas buenas.

DIEGO. — Mi vida no es nada. Lo que cuenta, son las razones de mi vida. No soy un perro.

LA PESTE. — ¿Así que el primer cigarrillo no es nada? El olor a polvo a mediodía en las ramblas, las lluvias de la noche, la mujer aún desconocida, el segundo vaso de vino, ¿no son nada?

DIEGO. — ¡Son algo, pero ella vivirá mejor que yo!

LA PESTE. — No, si renuncias a ocuparte de los otros.

DIEGO. — En el camino que he tomado no es posible detenerse, aunque uno lo quiera. ¡No tendré contemplaciones contigo!

LA PESTE (*cambiando de tono*). — Escucha. Si me ofreces tu vida a cambio de la de ella, estoy obligado a aceptarla y esta mujer vivirá. Pero te propongo otro trato. Te doy la vida de esta mujer y os dejo huir juntos con tal de que me dejéis arreglarme con esta ciudad.

DIEGO. — No. Conozco mis poderes.

LA PESTE. — En este caso, seré franco contigo. O soy amo de todo o no lo soy de nada. Si tú te me escapas, se me escapa la ciudad. El la regla. Una vieja regla que no sé de dónde viene.

DIEGO. — ¡Yo lo sé! Viene del fondo de las edades, es más grandt que tú, más alta que tus patíbulos, es la regla de la naturaleza. Hemos vencido.

LA PESTE. — ¡Todavía no! Aquí tengo este cuerpo, mi rehén. Y el rehén es mi última baraja. Míralo. Si hay una mujer con el rostro de la vida, es ésta. Merece vivir y tú quieres hacerla vivir. Yo me alegro de devolvértela. Pero ello puede ser a cambio de tú propia vida o a cambio de la libertad de esta ciudad. Elige.

DIEGO *mira a* VICTORIA. *Al fondo, murmullos de voces amordttzadas.* DIEGO *se vuelve al coro.*

DIEGO. — Es duro morir.

LA PESTE. — Es duro.

DIEGO. — Pero es duro para todo el mundo.

LA PESTE. — ¡Imbécil! Diez años del amor de esta mujer valen ma\* que un siglo de la libertad de esos hombres.

DIEGO. — El amor de esa mujer es mi propio reinado. Puedo hacer de él lo que quiera. Pero la libertad de esos hombres les pertenece. No puedo disponer de ella.

LA PESTE. — No se puede ser feliz sin hacer daño a los otros. Es la justicia de esta tierra.

DIEGO. — No he nacido para consentir esa justicia.

LA PESTE. — ¿Quién te pide que consientas? ¡El orden del mundo no cambiará en la medida de tus deseos! Si quieres cambiarlo, deja tus sueños y atente a lo que es.

DIEGO. — No. Conozco la receta. Hay que matar para suprimir el crimen, violentar para curar la injusticia. ¡Hace siglos que dura eso! ¡Hace siglos que los señores de tu raza pudren la llaga del mundo con el pretexto de curarla, y continúan sin embargo, alabando su receta, porque nadie se les ríe en las narices!

LA PESTE. — Nadie ríe porque yo realizo. Soy eficaz.

DIEGO. — ¡Eficaz, claro está! Y práctico. ¡Cómo el hacha!

LA PESTE. — Basta mirar a los hombres. Se sabe entonces que cualquier justicia es bastante buena para ellos.

DIEGO. — Desde que las puertas de esta ciudad se cerraron, dispuse de todo el tiempo para mirarlos.

LA PESTE. — Ahora sabes, entonces, que siempre te dejarán solo. Y el hombre solo debe perecer.

DIEGO. — ¡No, eso es falso! Si estuviera solo, todo sería fácil. Pero de grado o por fuerza, ellos están conmigo.

LA PESTE. — ¡Hermoso rebaño, en verdad, pero huele mal!

DIEGO. — Sé que no son puros. Yo tampoco. Y además nací entre ellos. Vivo para mi ciudad y para mi tiempo.

LA PESTE. — ¡Tiempo de esclavos!

DIEGO. — ¡Tiempo de hombres libres!

LA PESTE. — Me asombras. Los he buscado en vano. ¿Dónde están?

DIEGO. — En tus presidios y en tus osarios. Los esclavos están en los tronos.

LA PESTE. — Pon a tus hombres libres el traje de mi policía y ya verás en qué se convierten.

DIEGO. — Es verdad que suelen ser cobardes y crueles. Por eso no tienen más derecho que tú al poder. Ningún hombre tiene virtud suficiente para que pueda consentírsele el poder absoluto. Pero por eso también esos hombres tienen derecho a la compasión que te será negada.

LA PESTE. — Cobardía es vivir como lo hacen, pequeños, menesterosos, siempre a media altura.

DIEGO. — A media altura me interesan. Y si no soy fiel a la pobre verdad que comparto con ellos, ¿cómo había de serlo a lo más grande y solitario que hay en mí?

LA PESTE. — La única fidelidad que conozco es el desprecio. (*Muestra el CORO abatido en el patio.*) ¡Mira, hay motivo!

DIEGO. — Sólo desprecio a los verdugos. Hagas lo que hicieres, esos hombres serán más grandes que tú. Si alguna vez llegan a matar, es en la locura del momento. ¡Tú matas según la ley y la lógica! No te burles de sus cabezas gachas, porque hace siglos que los cometas del miedo pasan sobre ellos. No te rías de su aire de temor, hace siglos que mueren y que su amor es desgarrado. El mayor de sus crímenes siempre tendrá una excusa. Pero no encuentro excusas al crimen que en todos los tiempos se ha cometido contra ellos y que para terminar has tenido la idea de codificar en el sucio orden que es el tuyo. (*LA PESTE avanza hacia él.*) ¡No bajaré los ojos!

LA PESTE. — ¡No los bajarás, es evidente! Entonces prefiero decirte que acabas de triunfar de la última prueba. Si me hubieras dejado esta ciudad, habrías perdido esta mujer y te hubieras perdido con ella. Entre tanto, esta ciudad tiene todas las posibilidades de ser libre. Ya ves, basta un insensato como tú ... El insensato muere, evidentemente. ¡Pero al fin, tarde o temprano, el resto se salva! (*Sombrío.*) Y el resto no merece salvar»\*.

DIEGO, — El insensato muere ...

LA PESTE. — ¡Ah! ¿La cosa ya no marcha? Pero no, estaba previsto: ¡el instante de vacilación! El orgullo será más fuerte.

DIEGO. — Yo tenía sed de honor. ¿Y sólo encontraré hoy el honor entre los muertos?

LA PESTE. — Yo lo decía, el orgullo los mata. Pero es muy fatigoso para quien envejece como yo. (*Con voz dura.*) Prepárate.

DIEGO. — Estoy listo.

LA PESTE. — Estas son las marcas. Duelen. (DIEGO *mira con horror las marcas que lleva de nuevo.*) ¡Así! Sufre un poco \*ntei de morir. Ésta es por lo menos mi regla. Cuando el odio me quema, el sufrimiento de los demás es un rocío. Quéjate un poco, así está bien. Y deja que te mire sufrir antes de abandonar esta ciudad. (*Mira a LA SECRETARIA.*) ¡Vamos, al trabajo ahora!

LA SECRETARIA. — Sí, si es preciso.

LA PESTE. — ¡Fatigada ya, eh!

LA SECRETARIA *mueve la cabeza diciendo que sí y en el mismo momento cambia bruscamente de apariencia. Es una vieja con máscara de muerte.*

LA PESTE. — Siempre he pensado que no tenía usted odio bastante. Pero mi odio necesita víctimas frescas. Despácheme a ése. Y volveremos a empezar en otra parte.

LA SECRETARIA. — El odio no me sostiene, sí, porque no entra en mis funciones. Pero en parte es culpa suya. A fuerza de trabajar con fichas, una olvida apasionarse.

LA PESTE. — Ésas son palabras. Y si busca usted un sostén. . . (*Señala a DIEGO que cae de rodillas*) encuéntrelo en la alegría de destruir. Ahí está su función.

LA SECRETARIA. — Destruyamos entonces. Pero no estoy satisfecha.

LA PESTE. •— ¿En nombre *d*» qué discute usted mis órdenes?

LA SECRETARIA. — En nombre de la memoria. Tengo algunos viejos recuerdos. Era libre antes que usted y estaba asociada con el azar. Nadie me detestaba entonces. Era la que termina todo, la que fija los amores, la que da forma a todos los destinos. Era la estable. Pero usted me puso al servicio de la lógica y del reglamento.

Me corrompí la mano que a veces tenía caritativa.

LA PESTE. — ¿Quién le pide ayuda?

LA SECRETARIA. — Aquellos que son menos grandes que nk.^»ser\*-cia. Es decir, casi todos. Con ellos, llegaba a trabajar en el^&aíí)-, sentimiento, existía a mi manera. Hoy les hago violencia y toaSfc me niegan hasta el último aliento. Quizá por eso amaba yo a éste a quien he de matar por orden suya. Él me eligió libremente. A su manera tuvo compasión de mí. Me gustan los que me dan cita.

LA PESTE. — ¡Cuidado con irritarme! No necesitamos compasión.

LA SECRETARIA. — ¡Quién había de necesitar compasión sino aquellos que no tienen lástima de nadie! Cuando digo que amo a éste, quiero decir que lo envidio. Entre nosotros los conquistadores, es la mísera forma que adopta el amor. Usted bien lo sabe y sabe que por eso merecemos que se nos compadezca un poco.

LA PESTE. — ¡Le ordeno que se calle!

LA SECRETARIA. — Usted bien lo sabe y también sabe que a fuerza de matar uno comienza a envidiar la inocencia de aquellos a quienes se mata. ¡Ah! Por un segundo al menos, déjeme suspender esta interminable lógica y soñar que me apoyo al fin en un cuerpo. Estoy asqueada de las sombras. ¡Y envidio a todos esos miserables, sí, hasta a esta mujer (*señala a VICTORIA*) que sólo recuperará la vida para lanzar gritos animales! Ella por lo menos se apoyará en su sufrimiento.

DIEGO *está casi en el suelo.* LA PESTE *lo levanta.*

LA PESTE. — ¡De pie, hombre! El fin no puede llegar sin que ésta haga lo necesario. Y ya ves que por el momento está sentimental. ¡Pero nada temas! Hará lo necesario, es la regla y la función. La máquina chirría un poco, nada más. ¡Antes de que se atranque del todo, ponte contento, imbécil, te entrego esta ciudad!

*Gritos de alegría del coro.* LA PESTE *se vuelve hacia ellos.*

Sí, me voy, pero no os gloriéis, estoy satisfecho de mí. Aun aquí hemos trabajado bien. Me gusta el ruido que se hace en torno a mi nombre y ahora sé que no me olvidaréis. ¡Miradme! ¡Mirad por última vez la única potencia de este mundo!

Reconoced a vuestro verdadero soberano y aprended a temer. (*Ríe.*) Antes pretendíais temer a Dios y sus azares. Pero vuestro Dios era un anarquista que hacía mescolanzas. Creía en la posibilidad de ser poderoso y bueno a la vez. Era una falta de consecuencia y de franqueza, no hay más remedio que decirlo. Yo elegí tan sólo el poder. Elegí la dominación; ahora sabéis, que *es* algo más serio que el infierno.

Durante milenios he cubierto de osarios vuestras ciudades y vuestros campos. Mis muertos han fecundado las arenas de Libia y de la negra Etiopía. La tierra de Persia todavía es fértil gracias al sudor de mis cadáveres. He llenado a Atenas con los fuegos de purificación, encendí en sus playas miles de piras fúnebres, cubrí el mar griego de cenizas humanas hasta volverlo gris. Los dioses, los mismos pobres dioses, estaban asqueados hasta la náusea. Y cuando las catedrales sucedieron a los templos, mis caballeros negros las llenaron de cuerpos clamorosos. En los cinco continentes, a lo largo de los siglos, maté sin tregua y sin fatiga.

No estaba tan mal, por supuesto, y había cierta idea. Pero no toda la idea . . . Un muerto, si queréis mi opinión, es refrescante, pero no da rendimiento. Para terminar: no vale lo que un esclavo. Lo ideal es obtener una mayoría de esclavos con ayuda de una minoría de muertos bien elegidos. Hoy la técnica está a punto. Por eso, después de haber matado o envilecido la cantidad de hombres que hacía falta, haremos arrodillar a pueblos enteros. No hay belleza, no hay grandeza que nos resistan. Triunfaremos de todo.

LA SECRETARIA. — Triunfaremos de todo, salvo del orgullo.

LA PESTE. — El orgullo quizá se canse... El hombre es más inteligente de lo que se cree. (*A lo lejos tumulto y trompetas.*) ¡Escuchad! Vuelve mi oportunidad. Ahí están vuestros antiguos *timos*, a quienes encontraréis ciegos a las llagas de los demás, ebrios de inmovilidad y de olvido. Y os cansaréis de ver triunfar sin lucha la estupidez. La crueldad indigna, pero la tontería desalienta. ¡Honor a los estúpidos puesto que ellos preparan mis cami-

nos! ¡Ellos constituyen mi fuerza y mi esperanza! Quizá llegue el día en que todo sacrificio os parezca vano, en que el grito interminable de vuestras cochinas rebeliones calle al fin. Ese día reinaré de veras en el silencio definitivo de la servidumbre. (*Ríe.*) Es asunto de obstinación, ¿no es cierto? Pero tranquilizaos, tengo la frente estrecha de los tercios.

*Camina hacia el fondo.*

LA SECRETARIA. — Soy más vieja que usted y sé que el amor *da* ellos también tiene su obstinación.

LA PESTE. — ¿El amor? ¿Qué es eso?

*Sale.*

LA SECRETARIA. — ¡Levántate, mujer! Estoy cansada. Hay qu» terminar.

VICTORIA *se levanta. Pero* DIEGO *cae al mismo tiempo.* LA SECRETARIA *retrocede un poco en la sombra.* VICTORIA *se precipité hacia* DIEGO.

VICTORIA. — Ah, Diego, ¿qué has hecho de nuestra felicidad?

DIEGO. — Adiós, Victoria. Estoy contento.

VICTORIA. — No digas eso, amor mío. Es una palabra de hombre, una horrible palabra de hombre. (*Llora.*) Nadie tiene derecho a estar contento de morir.

DIEGO. — Estoy contento, Victoria. Hice lo que debía.

VICTORIA. — No. Debías elegirme contra el cielo mismo. Debías preferirme a la tierra entera.

DIEGO. — Me he puesto en regla con la muerte, ésa es mi fuerza.

Pero es una fuerza que lo devora todo, la felicidad no cabe en ella.

VICTORIA. — ¿Qué me importa tu fuerza? Yo amaba a un hombre.

DIEGO. — Me he agostado en ese combate. Ya no soy un hombre y es justo que muera.

VICTORIA (*arrojándose sobre él*). — ¡Entonces, llévame!

DIEGO. — No, este mundo te necesita. Necesita nuestras mujeres para aprender a vivir. Nosotros nunca hemos sido capaces sino de morir.

VICTORIA.— ¡Ah! ¡Era demasiado sencillo, ¿verdad?, amarse en silencio y sufrir lo que había que sufrir! Yo prefería tu miedo.

DIEGO (*mira a VICTORIA*). — Te he querido con toda el alma.

VICTORIA (*en un grito*). — No era bastante. ¡Oh, no! ¡No era bastante todavía! ¿Qué había de hacer yo con tu alma solamente?

LA SECRETARIA *acerca su mano a DIEGO. La pantomima de la agonía comienza. LAS MUJERES se precipitan hacia VICTORIA y la rodean.*

LAS MUJERES. — ¡Maldición sobre él! ¡Maldición sobre todos los que desertan nuestros cuerpos! Miseras de nosotras, sobre todo, que somos las desertadas y que llevamos a lo largo de los años este mundo que el orgullo de ellos pretende transformar. ¡Ah! ¡Ya que todo no puede ser salvado, aprendamos por lo menos a preservar la casa del amor! Que venga la peste, que venga la guerra, y con las puertas cerradas, vosotros a nuestro lado, nos defenderemos hasta el fin. ¡Entonces, en lugar de esa muerte solitaria, poblada de ideas, nutrida de palabras, conoceréis la muerte juntos, vosotros y nosotras confundidos en el terrible abrazo del amor! Pero los hombres prefieren la idea. ¡Huyen de su madre, se desprenden de la amante, y allá corren a la ventura, heridos sin llaga, muertos sin puñales, cazadores de sombras, cantores solitarios, invocando bajo el cielo mudo una imposible reunión y marchando de soledad en soledad hacia el aislamiento último, **hacia** la muerte en pleno desierto!

DIEGO *muere.*

LAS MUJERES *se lamentan mientras él viento sopla un poco más fuerte.*

LA SECRETARIA. — No lloréis, mujeres. La tierra es dulce para aquellos que la han amado mucho.

*Sale.*

VICTORIA y LAS MUJERES *salen por el costado, llevando a DIEGO. Pero los ruidos del fondo se han definido.*

*Una nueva música estalla y se oye aullar a NADA en las fortificaciones.*

NADA. — ¡Ahí están! Llegan los ancianos; los de antes, los de siempre, los petrificados, los tranquilizadores, los confortables, los estancados, los bien pulidos, la tradición, en fin, asentada, próspera, recién afeitada. Alivio general, será posible comenzar de nuevo. Desde el principio, naturalmente. Aquí están los sastrecitos de la nada, tendréis trajes a la medida. Pero no os agitéis, el método de ellos es el mejor. En lugar de tapar las bocas de los que gritan su desventura, tapan sus propias orejas. Éramos mudos, ahora nos convertiremos en sordos. (*Fanfarria.*) Atención, los que escriben la historia vuelven. Se ocuparán de los héroes. Los van a poner al fresco. Bajo la losa. No os lamentéis: por encima de la losa la sociedad está verdaderamente demasiado mezclada. (*En el fondo, pantomima de ceremonias oficiales.*) Mirad, pues, ¿qué creéis que están haciendo ya?—: se condecoran. Los festines del odio siguen abiertos, la tierra agotada se cubre con la madera muerta de las potencias, la sangre de aquellos que llamáis justos ilumina aún los muros del mundo, y ellos, ¿qué hacen? ¡se condecoran! Regocijaos, tendréis discursos celebratorios. Pero antes de que se adelante el estrado, quiero resumiros el mío. Ése, a quien yo amaba a pesar suyo, murió robado. (*El PESCADOR se precipita sobre NADA. LOS GUARDIAS lo détienne.*) Ya ves, pescador, los gobiernos pasan, la policía queda. Hay, pues, una justicia.

EL CORO. — No, no hay justicia pero hay límites. Y aquellos que pretenden no dar ninguna regla, como los otros que entendían darla para todo, exceden igualmente los límites. Abrid las puertas; que el viento y la sal vengán a limpiar esta ciudad.

*For las puertas, que se abren, el viento sopla cada vez más fuerte.*

NADA. — Hay una justicia, la que se ha hecho a mi asco. Sí, volveréis a empezar. Pero ya no es asunto mío. No contéis conmigo para brindaros el perfecto culpable, no tengo la virtud de la melancolía. Oh viejo mundo, hay que partir, tus verdugos están fatigados, su odio se ha hecho demasiado frío. Sé demasiadas cosas;

el mismo orgullo ya cumplió su tarea. Adiós, buenas gentes, un día aprenderéis que no se puede vivir bien sabiendo que el hombre no es nada y que la cara de Dios es horrible.

*En el viento que sopla tempestuosamente, NADA corre por la escollera y se arroja al mar. El PESCADOR ha corrido tras él.*

EL PESCADOR. — Ha caído. Las olas violentas lo golpean y lo ahogan en sus crines. Esa boca mentirosa se llena de sal y va a callar por fin. Mirad, el mar furioso tiene el color de las anémonas. Él nos venga. Su cólera es la nuestra. Proclama la reunión de todos los hombres del mar, la reunión de los solitarios. Onda, oh mar, patria de los insurrectos, he aquí tu pueblo que no cederá jamás. La gran ola de fondo, nutrida en la amargura de las aguas, ce llevará vuestras ciudades horribles.

TELÓN

# LOS JUSTOS

*Pieza en cinco actos*

*O love! O life! Not lift but love in death.*

ROMTÍO AND JTTLIET.

Acto IV, escena 5.

## PERSONAJES

DORA DULEBOV  
LA GRAN DUQUESA  
IVAN KALIAYEV  
STEPAN FEDOROV  
BORIS ANNENKOV  
ALEXIS VOINOV  
SKURATOV  
FOKA  
EL CARCELERO

*Estrenada en el Theatre Hébertot de París, el 15 de diciembre de 1949.*

## ACTO I

*Departamento de los terroristas. Por la mañana.*

*Se levanta el telón en silencio. DORA y ANNENKOV en escena, inmóviles. Se oye una vez el timbre de la entrada. ANNENKOV hace un gesto para detener a DORA que intenta hablar. El timbre suena dos veces seguidas.*

ANNENKOV. — Es él.

*Sale. DORA aguarda, sin moverse. ANNENKOV vuelve con STEPAN a quien sujeta por los hombros.*

ANNENKOV. — ¡Es él! Aquí está Stepan.

DORA (*se acerca a STEPAN y le toma la mano*). — Qué felicidad, Stepan.

STEPAN. — Buenos días, Dora.

DORA (*lo mira*). — Tres años, ya.

STEPAN. — Sí, tres años. El día que me detuvieron, iba a reunirme con vosotros.

DORA. — Te esperábamos. Pasaba el tiempo y cada vez se me apretaba más el corazón. Ya no nos atrevíamos a mirarnos.

ANNENKOV. — Tuvimos que cambiar de departamento otra vez.

STEPAN. — Lo sé.

DORA. — ¿Y allá, Stepan?

STEPAN. — ¿Allá?

DORA. — ¿En la cárcel?

STEPAN. — La gente se evade.

ANNENKOV. — Si. Nos alegramos al enterarnos de que habías podido llegar a Suiza.

STEPAN. — Suiza es otra cárcel, Boria.

ANNENKOV. — ¿Qué dices? Allí son libres, por lo menos.

STEPAN. — La libertad es una cárcel mientras haya un solo hombre esclavizado en la tierra. Yo era libre y no dejaba de pensar en Rusia y en sus esclavos.

*Silencio.*

ANNENKOV. — Me alegro, Stepan, de que el partido te haya mandado aquí.

STEPAN. — Era necesario. Me ahogaba. Obrar, obrar, por fin. . .  
(*Mira a ANNENKOV.*) LO mataremos, ¿verdad?

ANNENKOV. — Estoy seguro.

STEPAN. — Mataremos a ese verdugo. Tú eres el jefe, Boria, y te obedeceré.

ANNENKOV. — No necesito tu promesa, Stepan. Somos todos hermanos.

STEPAN. — Hace falta una disciplina. Lo he comprendido en la cárcel. El partido socialista revolucionario necesita una disciplina.

Disciplinados mataremos al gran duque y destruiremos la tiranía.

DORA (*acercándose*). — Siéntate, Stepan. Estarás fatigado después de ese largo viaje.

STEPAN. — Nunca estoy fatigado.

*Silencio.* DORA *se sienta.*

STEPAN. — ¿Está todo listo, Boria?

ANNENKOV (*cambiando de tono*). — Hace un mes que dos de los nuestros estudian los movimientos del gran duque. Dora ha reunido el material necesario.

STEPAN. — ¿Está redactada la proclama?

ANNENKOV. — Sí. Toda Rusia sabrá que el gran duque Sergio fué ejecutado con una bomba por el grupo de combate del partido socialista revolucionario para acelerar la liberación del pueblo ruso. La corte imperial sabrá también que estamos decididos a ejercer el terror hasta que la tierra sea restituida al pueblo. ¡Sí, Stepan,

todo está preparado! Se acerca el momento.

STEPAN. — ¿Qué debo hacer?

ANNENKOV. — Para empezar, ayudarás a Dora. Schweitzer, a quien tú reemplazas, trabajaba con ella.

STEPAN. — ¿Murió?

ANNENKOV. — Sí.

STEPAN. — ¿Cómo?

DORA. — Un accidente.

STEPAN mira a DORA. DORA desvía la mirada.

STEPAN. — ¿Y después?

ANNENKOV. — Después, veremos. Debes estar dispuesto a sustituirnos, llegado el caso, y mantener el enlace con el Comité Central.

STEPAN. — ¿Quiénes son nuestros camaradas?

ANNENKOV. — Conociste a Voinov en Suiza. Confío en él, a pesar de su juventud. No conoces a Yanek.

STEPAN. — ¿Yanek?

ANNENKOV. — Kaliayev. Lo llamamos también el Poeta.

STEPAN. — No es nombre para un terrorista.

ANNENKOV (*riendo*).—Yanek piensa lo contrario. Dice que la poesía es revolucionaria.

STEPAN. — Sólo la bomba es revolucionaria. (*Silencio.*) Dora, ¿crees que sabré ayudarte?

DORA. — Sí. Lo único que hay que cuidar es que no se rompa el tubo.

STEPAN. — ¿Y si se rompe?

DORA. — Así murió Schweitzer. (*Una pausa.*) ¿Por qué sonríes, Stepan?

STEPAN. — ¿Sonríó?

DORA. — Sí.

STEPAN. — A veces me sucede. (*Una pausa.* STEPAN parece *re-flexionar.*) Dora, ¿bastaría una sola bomba para hacer saltar esta casa?

DORA. — Una sola no. Pero haría estragos.

STEPAN. — ¿Cuántas se necesitarían para hacer saltar a Moscú?

ANNENKOV. — ¡Estás loco! ¿Qué quieres decir?

STEPAN. — Nada.

*Lllaman una vez. Todos escuchan y aguardan. Lllaman dos veces.*

ANNENKOV *pasa a la antesala y vuelve con VOINOV.*

VOINOV. — ¡Stepan!

STEPAN. — Buenos días.

*Se estrechan la mano. VOINOV se acerca a DORA y la besa.*

ANNENKOV. — ¿Todo ha marchado bien, Alexis?

VOINOV. — Sí.

ANNENKOV. — ¿Estudiaste el recorrido desde el palacio hasta el teatro?

VOINOV. — Ahora puedo dibujarlo. Mira. (*Dibuja.*) Recodos, calles estrechas, obstáculos. . ., el coche pasará bajo nuestras ventanas.

ANNENKOV. — ¿Qué significan esas dos cruces?

VOINOV. — Una placita donde los caballos habrán de moderar el paso, y el teatro donde se detendrán. En mi opinión, son los mejores lugares.

ANNENKOV. — ¡Dame!

STEPAN. — ¿Y los espías?

VOINOV (*vacilante*). — Hay muchos.

STEPAN. — ¿Te impresionan?

VOINOV. — No me siento tranquilo.

ANNENKOV. — Nadie se siente tranquilo con ellos delante. No te turbes.

VOINOV. — No temo nada. Lo que pasa es que no me acostumbro a mentir.

STEPAN. — Todo el mundo miente. Mentir bien es lo que hace falta.

VOINOV. — No es fácil. Cuando yo era estudiante, mis compañeros «• burlaban de mí porque no sabía disimular. Decía lo que pensaba. Al fin me echaron de la Universidad.

STEPAN. — ¿Por qué?

VOINOV. — En el curso de historia, el profesor me preguntó cómo había edificado Petrogrado, Pedro el Grande.

STEPAN. — Buena pregunta.

VOINOV. — Con sangre y latigazos, contesté. Me echaron.

STEPAN. — Y después. . .

VOINOV. — Comprendí que no bastaba denunciar la injusticia. Era menester dar la vida para combatirla. Ahora soy feliz.

STEPAN. — ¿Y sin embargo, mientes?

VOINOV. — Miento. Pero no mentiré más el día que arroje la bomba.

*Llaman dos veces; después un\* sol\**. DORA se precipita.

ANNENKOV. — Es Yanek.

STEPAN. — No es la misma señal.

ANNENKOV. — Yanek se ha entretenido en cambiarla. Tiene su señal propia.

STEPAN se encoge de hombros. Se oye hablar a DORA en la antecámara. Entran DORA y KALIAYEV, del brazo. KALIAYEV ríe.

DORA. — Yanek. Este es Stepan, que reemplaza a Schweitzer.

KALIAYEV. — Bienvenido, hermano.

STEPAN. — Gracias.

DORA y KALIAYEV se sientan frente a los demás.

ANNENKOV. — Yanek, ¿estás seguro de que reconocerás el carruaje?

KALIAYEV. — Sí, lo vi dos veces con cuidado. ¡Al aparecer en el horizonte lo reconocería entre mil! Me fijé en todos los detalles.

Por ejemplo, uno de los vidrios de la linterna izquierda está desportillado.

VOINOV. — ¿Y los espías?

KALIAYEV. — A montones. Pero somos viejos amigos. Me compran cigarrillos. (*Se ríe.*)

ANNENKOV. — ¿Pavel ha confirmado el informe?

KALIAYEV. — El gran duque irá esta semana al teatro. Dentro de un rato, Pavel sabrá el día exacto y entregará un mensaje al portero. (*Se vuelve hacia DORA y ríe.*) Tenemos suerte, Dora.

DORA (*mirándolo*). — ¿Ya no eres buhonero? Ahora eres un gran señor. Qué guapo estás. ¿No echas de menos el sayo?

KALIAYEV (*ríe*). — Es cierto, estaba muy orgulloso de él. (*A STEPAN y a ANNENKOV.*) Me pasé dos meses observando a los buhoneros

y más de un mes ensayando en mi cuartito. Mis colegas nunca tuvieron sospechas. "Un gran tipo", decían. "Sería capaz de vender los caballos del zar". Y a su vez trataban de imitarme.

DORA. — Naturalmente, tú te reías.

KALIAYEV. — Ya sabes que no puedo impedirlo. El disfraz, la nueva vida. . . Todo me divertía.

DORA. — A mí no me gustan los disfraces. (*Muestra el vestido.*)  
¡Y además, esta antigualla lujosa! Boria hubiera podido buscar otra cosa. ¡Una actriz! Mi corazón es sencillo.

KALIAYEV (*ríe*). — Estás tan hermosa con ese vestido.

DORA. — ¡Hermosa! Me alegraría estarlo. Pero no hay que pensarlo.

KALIAYEV. — ¿Por qué? Tienes siempre ojos tristes, Dora. Hay que ser alegre, hay que ser orgullosa. ¡La belleza existe, la alegría existe! "En los lugares tranquilos donde te anhelaba mi corazón. . .

DORA (*sonriente*). — Yo respiraba un eterno verano..."

KALIAYEV. — Oh, Dora, te acuerdas de esos versos. ¿Sonríes? Qué contento estoy. . .

STEPAN (*cortándolo*). — Estamos perdiendo el tiempo. Boria, supongo que hay que avisar al portero, ¿no?

KALIAYEV *lo mira con asombro*.

ANNENKOV. — Sí. Dora, ¿quieres bajar? No olvides la propina. Voinov te ayudará después a juntar el material en el cuarto.

*Salen cada uno por su lado. STEPAN va hacía ANNENKOV con paso decidido.*

STEPAN. — Yo quiero arrojar la bomba.

ANNENKOV. — No, Stepan. Ya están designados los que van a arrojarla.

STEPAN. — Te lo ruego. Tú sabes lo que significa para mí.

ANNENKOV. — No. La regla es la regla. (*Un silencio.*) Yo no la arrojo y voy a esperar aquí. La regla es dura.

STEPAN. — ¿Quién lanzará la primera bomba?

KALIAYEV. — Yo. Voinov arroja la segunda.

STEPAN. — ¿Tú?

KALIAYEV. — ¿Te sorprende? ¡Así que no tienes confianza en mí!

STEPAN. — Se necesita experiencia.

KALIAYEV. — ¿Experiencia? Sabes muy bien que sólo se hace una vez y después. . . Nadie la arrojó nunca dos veces.

STEPAN. — Se necesita una mano firme.

KALIAYEV (*mostrando su mano*).—Mira. ¿Crees que temblará?  
STEPAN *aparta la mirada*.

KALIAYEV. — No temblará. ¡Vamos! ¿Con el tirano frente a mí iba a vacilar? ¿Cómo puedes creerlo? Y aunque temblara mi brazo, conozco un medio seguro de matar al tirano.

ANNENKOV. — ¿Cuál?

KALIAYEV. — Arrojarse bajo las patas de los caballos.

STEPAN *se encoge de hombros y va a sentarse al fondo*.

ANNENKOV. — No, no es necesario. Habrá que intentar la huida. La organización te necesita, debes cuidarte.

KALIAYEV. — ¡Obedeceré, Boria! ¡Qué honor, qué honor para mí! Oh, será digno de él.

ANNENKOV. — Stepan, estarás en la calle mientras Yanek y Alexis esperen la llegada del carruaje. Pasarás cada cierto tiempo delante de nuestras ventanas y convendremos una señal. Dora y yo esperearemos aquí el momento de lanzar la proclama. Con un poco de suerte, el gran duque caerá.

KALIAYEV (*con exaltación*). — ¡Sí, lo mataré! ¡Qué felicidad si tenemos éxito! El gran duque no es nada. ¡Hay que golpear más arriba!

ANNENKOV. — Primero el gran duque.

KALIAYEV. — ¿Y si fracasamos, Boria? ¿Ves?, habría que imitar \* los japoneses.

ANNENKOV. — ¿Qué quieres decir?

KALIAYEV. — Durante la guerra, los japoneses no se rendían. St suicidaban.

ANNENKOV. — No. No pienses en el suicidio.

KALIAYEV. — ¿En qué, entonces?

ANNENKOV. — En el terror, de nuevo.

STEPAN (*hablando desde el fondo*). — Para suicidarse hay que quererse mucho. Un verdadero revolucionario no puede quererse a sí mismo.

KALIAYEV (*volviéndose vivamente*). — ¿Un verdadero revolucionario? ¿Por qué me tratas así? ¿Qué te he hecho?

STEPAN. — No me gustan los que entran en la revolución porque se aburren.

ANNENKOV. — ¡Stepan!

STEPAN (*levantándose y acercándose a ellos*). — Sí, soy brutal. Pero para mí el odio no es un juego. No estamos aquí para admirarnos unos a otros. Estamos aquí para triunfar.

KALIAYEV (*suavemente*). — ¿Por qué me ofendes? ¿Quién te dijo que me aburría?

STEPAN. — No sé. Cambias las señales, te gusta hacer el papel de buhonero, dices versos, quieres arrojarte bajo las patas de los caballos, y ahora, el suicidio. . . (*Lo mira.*) No tengo confianza en ti.

KALIAYEV (*dominándose*). — No me conoces, hermano. Amo la vida. No me aburro. Entré en la revolución porque me gusta la vida.

STEPAN. — Yo no amo la vida, sino la justicia que está por encima de la vida.

KALIAYEV (*con visible esfuerzo*). — Cada uno sirve \* la justicia como puede. Hay que aceptar que seamos diferentes. Tenemos que querernos, si podemos.

STEPAN. — No podemos.

KALIAYEV (*estallando*). — Entonces, ¿qué estás haciendo con nosotros?

STEPAN. — Vine para matar a un hombre, no para quererlo ni para reconocer su diferencia.

KALIAYEV (*violentamente*). — No lo matarás solo ni en nombre de nada. Lo matarás con nosotros y en nombre del pueblo ruso. Ésa es tu justificación.

STEPAN (*el mismo juego*). — No la necesito. Quedé justificado en una noche, y para siempre, hace tres años, en la cárcel. Y no soportaré. . .

ANNENKOV. — ¡Basta! ¿Estáis locos? ¿Recordáis a quién nos debemos? ¡Somos hermanos, confundidos unos con otros, dispuestos a ejecutar a los tiranos para liberar al país! Matamos juntos, y nada puede separarnos. (*Silencio. Los mira.*) Vén, Stepan, debemos convenir las señales. . .

STEPAN *sale.*

ANNENKOV (*a KALIAYEV*). — No es nada. Stepan ha sufrido. L« hablaré.

KALIAYEV (*muy pálido*). — Me ha ofendido, Boria.

*Entra DORA.*

DORA (*al ver a KALIAYEV*). — ¿Qué hay?

ANNENKOV. — Nada.

*Sale.*

DORA (*a KALIAYEV*). — ¿Qué hay?

KALIAYEV. — Ya hemos chocado. No me quiere.

DORA *se sienta en silencio. Pausa.*

DORA. — Creo que no quiere a nadie. Cuando toda haya terminado, será más feliz. No estés triste.

KALIAYEV. — Estoy triste. Necesito que todos vosotros me queráis.

Lo he abandonado todo por la Organización. ¿Cómo soportar que mis hermanos se aparten de mí? A veces tengo la impresión de que no me comprenden. ¿La culpa es mía? Soy torpe, lo sé. . .

DORA. — Te quieren y te comprenden. Stepan es diferente.

KALIAYEV. — No. Sé lo que piensa. Schweitzer ya lo decía: "Demasiado extraordinario para ser revolucionario". Quisiera explicarles que no soy extraordinario- Me encuentran un poco loco, demasiado espontáneo. Sin embargo, creo como ellos en la causa. Como ellos, quiero sacrificarme. Yo también puedo ser diestro, taciturno, disimulado, eficaz. Sólo que la vida sigue pareciéndome maravillosa. ¡Me gusta la felicidad, la belleza! Por eso odio el despotismo. ¿Cómo explicarles esto? ¡La revolución, claro está! Pero la revolución por la vida, para dar una posibilidad a **la rida**, ¿comprendes?

DORA (*cotlm£J>etu*).— Si. . . (*Más ba*)o, después de un silencio.)

Y sin enkriggo, vamos a dar la muerte.

KALIAYEV. - ¿ÇJ^uíénes? ¿Nosotros?. . . Ah, quieres decir. . . No es lo mismo, Ohth, no es lo mismo. ¡Y además, matamos para construir un uumado en el que nadie mate ya nunca más! Aceptamos ser criminles s para que la tierra se cubra por fin de inocentes.

DORA. — ¿Isi i no ocurriera eso?

KALIAYEV. -Caxalla, bien sabes que es imposible. Entonces Stepan tendría rizón... Y habría que escupir a la cara de la belleza.

DORA. — Se; msiás antigua que tú en la rganización. Sé que nada es tan sencilla, Pi°ero tú tienes fe. . . Todos necesitamos fe.

KALIAYEV. -¿Fo"e? No. Uno solo la tenía.

DORA. — 7í tiennes fuerza de ánimo. Y te abrirás paso hasta llegar al fin. ¿Bt qué has qtierido arrojar la primera bomba?

KALIAYEV. -¿Pu"uede hablarse de la acción terrorista sin participar en ella?

DORA. — Ni

KALIAYEV. -Haay que estar en la primera fila.

DORA (*quetyreace reflexionar*).—Sí. Hay la primera fila y hay el último mimenato. Debemos pensar en ellos. Ahí está el coraje, la exaltación (fie necesitamos. . . que tú necesitas.

KALIAYEV. —Ha»ace un año que no pienso en otra cosa. Por este momento k vwivido hasta ahora. Y ahora sé que quisiera morir allí mismí, al I lado del gran duque. Perder mi sangre hasta la última gotí, o • arder de una sola vez, en la llama de la explosión, y no dejamaoda detrás. ¿Comprendes por qué quiero arrojar la bomba? Mñir j por la causa es la única manera de estar a la altura de la caus. EsIs la justificación.

DORA.—Yctamnbíén deseo esa muerte.

KALIAYEV. —Sí, es una felicidad envidiable. Por la noche, a veces me agito ere : mi jergón de buhonero. Un pensamiento me atormenta: ran haian convertido en asesinos. Pero pienso al mismo tiempo qi vooy a morir, y entonces mi corazón se apacigua. Sonrío, ¿satts?, t, y me duermo como un niño.

*Los justos*

DORA. — Está bien así, Yanek. Matar y morir. Pero en mi opinión, hay una felicidad todavía mayor. (*Pausa. KALIAYEV la mira. Ella baja los ojos.*) El cadalso.

KALIAYEV (*con fiebre*). — Lo he pensado. Morir en el momento del atentado deja algo inconcluso. Entre el atentado y el cadalso, en cambio, hay toda una eternidad, la única quizá para el hombre.

DORA (*con voz apremiante, tomándole las manos*). — Ese pensamiento debe ayudarte. Pagamos más de lo que debemos.

KALIAYEV. — ¿Qué quieres decir?

DORA. — Nos vemos obligados a matar, ¿verdad? ¿Sacrificamos deliberadamente una vida, una sola?

KALIAYEV. — Sí.

DORA. — Pero ir hacia el atentado y luego hacia el cadalso, es dar dos veces la vida. Pagamos más de lo que debemos.

KALIAYEV. — Sí, es morir dos veces. Gracias, Dora. Nadie puede reprocharnos nada. Ahora estoy seguro de mí. (*Silencio.*) ¿Qué tienes, Dora? ¿No dices nada?

DORA. — Quisiera ayudarte más. Sólo que. . .

KALIAYEV. — ¿Sólo qué?

DORA. — No, estoy loca.

KALIAYEV. — ¿Desconfías de mí?

DORA. — Oh, no, querido, desconfío de mí. Desde la muerte de Schweitzer a veces se me ocurren ideas raras. Y además, no me corresponde a mí decirte qué es lo que será difícil.

KALIAYEV. — Me gusta lo difícil. Si me quieres, habla.

DORA (*mirándolo*). — Lo sé. Eres valiente. Eso es lo que me inquieta. Te ríes, te exaltas, te encaminas al sacrificio lleno de fervor. Pero dentro de algunas horas habrá que salir de este sueño y obrar. Quizá sea mejor hablar antes. . . para evitar una sorpresa, un desfallecimiento. . .

KALIAYEV. — No tendré desfallecimientos. Dime lo que piensas.

DORA. — Bueno, pues el atentado, el cadalso, morir dos veces, es lo más fácil. Te bastará el ánimo. Pero la primera fila. . . (*Se calla, lo mira y parece vacilar.*) En la primera fila vas a verlo. . .

KALIAYEV. — ¿A quién?

DORA. — Al gran duque.

KALIAYEV. — Un segundo apenas.

DORA. — ¡Un segundo en que lo mirarás! ¡Oh, Yanek, tienes que saberlo, tienes que estar prevenido! Un hombre es un hombre. El gran duque quizá tenga ojos bondadosos. Lo verás rascarse la oreja o sonreír alegremente. Quién sabe, tal vez tenga un pequeño tajo hecho con la navaja de afeitar. Y si te mira en ese momento. . .

KALIAYEV. — Yo no lo mato a él. Mato al despotismo.

DORA. — Claro está, claro está. Hay que matar al despotismo. Yo prepararé la bomba y al sellar el tubo, ¿sabes?, en el momento más difícil, cuando los nervios están tensos, sentiré, sin embargo, una extraña felicidad en el corazón. Pero no conozco al gran duque y mi tarea sería menos fácil si mientras la hago, estuviera sentado delante de mí. Tú vas a verlo de cerca. De muy cerca. . .

KALIAYEV (*con violencia*). — No lo veré.

DORA. — ¿Por qué? ¿Vas a cerrar los ojos?

KALIAYEV. — No. Pero Dios mediante, el odio me llegará en el momento oportuno, y me cegará.

*Llanían. Una vez. Permanecen inmóviles. Entran STEPAN y VOINOV.*

*Voces en la antesala. Entra ANNENKOV.*

ANNENKOV. — Es el portero. El gran duque irá al teatro mañana. . . (*Los mira.*) Todo debe estar listo, Dora.

DORA (*con voz sorda*). — Sí. (*Sale lentamente.*)

KALIAYEV (*la mira salir y con voz suave, volviéndose hacia STEPAN*).  
— Lo mataré. ¡Con alegría!

TELÓN

## ACTO II

*Al día siguiente, por la noche. En el mismo lugar.*

ANNENKOV *mira por la ventana. Dora está junto a la mesa.*

ANNENKOV. — Están en su puesto. Stípan ha encendido el cigarrillo.

DORA. — ¿A qué hora ha de pasar el gran duque?

ANNENKOV. — De un momento a otro. Escucha. ¿No es un carruaje? No.

DORA. — Siéntate. Ten paciencia.

ANNENKOV. — ¿Y las bombas?

DORA. — Siéntate. No podemos hacer nada más.

ANNENKOV. — Sí. Envidiarlos.

DORA. — Tu puesto está aquí. Eres jefe.

ANNENKOV. — Soy el jefe. Pero Yanek vale más que yo, y tal vez él...

DORA. — El riesgo es el mismo para todos. Para el que arroja y para el que no arroja.

ANNENKOV. — El riesgo es al fin el mismo. Pero por el momento Yanek y Alexis están en la línea de fuego. Sé que no debo estar con ellos. Sin embargo, a veces tengo miedo de aceptar con demasiada facilidad mi papel. Es cómodo, después de todo, verse obligado a no arrojar la bomba.

DORA. — ¿Y aunque así fuera? Lo esencial es que hagas lo que debes, y hasta el fin.

ANNENKOV. — ¡Qué tranquila estás!

DORA. — No estoy tranquila: tengo miedo. Hace tres años que estoy

con vosotros, dos años que fabrico bombas. He ejecutado todo y creo que no olvidé nada.

ANNENKOV. — Por supuesto, Dora.

DORA. — Bueno, pues hace tres años que tengo miedo, ese miedo que apenas la abandona a uno en el sueño y que se recupera fresco por la mañana. De modo que tuve que acostumbrarme. Aprendi a estar tranquila en el momento en que tengo más miedo. No hay de qué enorgullecerse.

ANNENKOV. — Al contrario, enorgullécete. Yo no he dominado nada. Sabes que echo de menos los tiempos de antes, la vida brillante, las mujeres... Sí, me gustaban las mujeres, el vino, aquellas noches interminables.

DORA. — Me lo sospechaba, Boria. Por eso te quiero tanto. Tu corazón no ha muerto. Y es preferible que desee todavía el placer, a ese horrible silencio que se instala a veces en el mismo lugar del grito.

ANNENKOV. — ¿Qué estás diciendo? ¿Tú? No es posible.

DORA. — Escucha.

DORA *se yergue bruscamente. Ruido de carruaje, luego silencio.*

DORA. — No. No es él. Me late el corazón. Ya ves, todavía no he aprendido nada.

ANNENKOV (*se dirige a la ventana*). — Atención. Stepan hace una señal. Es él. (*Se oye, en efecto, el lejano rodar de un carruaje que se acerca cada vez más, pasa bajo las ventanas y comienza a alejarse. Largo silencio.*) Dentro de unos segundos . . . (*Escuchan*). Qué largo se hace (*Dora hace un ademán. Largo silencio. Se oyen campanas a lo lejos.*) No es posible. Yanek ya hubiera arrojado la bomba . . . el coche debe haber llegado al teatro. ¿Y Alexis? ¡Mira! Stepan vuelve sobre sus pasos y corre hacia el teatro.

DORA (*abalanzándose hacia él*). — Han detenido a Yanek. Lo han detenido, con seguridad. Hay que hacer algo.

ANNENKOV. — Espera. (*Escucha.*) No. Se acabó.

DORA. — ¿Cómo ha sucedido? ¡Yanek detenido sin haber hecho nada! Estaba dispuesto a todo, lo sé. Quería la prisión y el

proceso. ¡Pero después de haber matado al gran duque! ¡No así, no, *no* así!

ANNENKOV (*mirando hacia afuera*). — ¡Voinov! ¡Rápido! (DORA abre. Entra VOINOV, con semblante descompuesto.) Alexis, pronto, habla.

VOINOV. — No sé nada. Yo esperaba la primera bomba. Vi que el coche daba la vuelta y no pasaba nada. Perdí la cabeza. Creí que a último momento hablas cambiado nuestros planes, vacilé. Y entonces corrí hasta aquí. ..

ANNENKOV. — ¿Y Yanek?

VOINOV. — No lo he visto.

DORA. — Lo detuvieron.

ANNENKOV (*que sigue mirando hacia afuera*). — ¡Ahí está!

*El mismo juego escénico. Entra KALIAYEV con el rostro bañado en lágrimas.*

KALIAYEV (*delirante*). — Hermanos, perdonadme. No pude.

DORA (*se le acerca y le toma la mano*). — No es nada.

ANNENKOV. — ¿Qué ha pasado?

DORA (*a KALIAYEV*). — No es nada. A veces, a último momento todo se derrumba.

ANNENKOV. — Pero no es posible.

DORA. — Déjalo. No eres el único. Yanek. Schwaitzer tampoco pudo la primera vez.

ANNENKOV. — Yanek, ¿tuviste miedo?

KALIAYEV (*sobresaltándose*). — Miedo, no. ¡No tienes derecho!

*Llaman con la señal convenida. A una señal de ANNENKOV, VOINOV sale. KALIAYEV está postrado. Silencio. Entra STEPAN.*

ANNENKOV. — ¿Y?

STEPAN. — Iban niños en el carruaje del gran duque.

ANNENKOV. — ¿Niños?

STEPAN. — Sí. El sobrino y la sobrina del gran duque.

ANNENKOV. — El gran duque iría solo, según Orlov.

STEPAN. — Estaba también la gran duquesa. Era demasiada gente,

supongo, para nuestro poeta. Por fortuna, los espías no vieron nada.

ANNENKOV *habla a STEPAN en voz baja. Todos miran a KALIA-YEV que alza los ojos hacia STEPAIST.*

KALIAYEV (*enajenado*). — Yo no podía prever. . . Niños, niños sobre todo. ¿Has mirado a los niños? Esa mirada grave que tienen a veces . . . Nunca he podido sostener esa mirada . . . Un segundo antes, sin embargo, en la sombra, en el rincón de la placita, era feliz. Cuando las linternas del carruaje comenzaron a brillar a lo lejos, mi corazón empezó a palpar de alegría, te lo juro. Latía cada vez más fuerte a medida que crecía el rodar del carruaje. Hacia el mismo ruido en mí. Me daban ganas de saltar. Creo que me reía. Y decía. "Sí, sí" . . . ¿Comprendes? (*Aparta la mirada de Stepan y vuelve a su actitud abatida.*) Corrí hacia el coche. En ese momento los vi. No reían. Estaban muy erguidos y miraban el vacío. ¡Qué aire triste tenían! Perdidos en sus trajes de gala, con las manos sobre los muslos, el busto rígido a cada lado de la portezuela. Fué lo único que vi. Si me hubieran mirado, creo que habría arrojado la bomba. Para apagar por lo menos esa mirada triste. Pero seguían mirando hacia adelante. (*Alza los ojos hacia los otros. Silencio. Más bajo todavía.*) Entonces no sé que pasó. Mi brazo se puso débil. Me temblaban las piernas. Un segundo después era demasiado tarde. (*Silencio. Mira el suelo.*) Dora, ¿he soñado? Me pareció que las campanas sonaban en ese momento.

DORA. — No, Yanek, no soñaste.

*Apoya la mano en el brazo de KALIAYEV. Éste alza la cabeza y los ve » todos mirándolo. Se levanta.*

KALIAYEV. — Miradme, hermanos, mírame, Boria, no soy un cobarde no retrocedí. No los esperaba. Todo ocurrió demasiado rápidamente. Aquellas dos caritas serias y en mi mano ese peso terrible. Había que arrojarlo sobre ellos. Así. Directo. ¡Oh, no! No pude. (*Desplaza s% -mirada de uno a otro.*) En otro tiempo, cuando conducía el coche, allá en Ucrania, iba como el viento, no temía nada. Nada en el mundo, salvo atropellar a un niño. Me irnagi-

nada el choque, la cabeza frágil golpeando el camino, al vuelo . . .  
(*Calla.*) Ayudadme . . . (*Silencio.*) Quería matarme. Volví porque pensé que debía rendiros cuenta, que vosotros sois mis únicos jueces, que me diréis si tenía razón o no, que no podíais equivocaros. Pero no decís nada. fDoRA *se le acerca hasta tocarlo. Él los mira; con voz abatida:*) Propongo esto: Si decidís que hay que matar a esos niños, esperaré a la salida del teatro y arrojaré solo la bomba al carruaje. Sé que no he de errar el tiro. No tenéis más que decidir, yo obedeceré a la Organización.

STEPAN. — La organización te había ordenado que mataras al gran duque.

KALIAYEY. — Es verdad. Pero no me había pedido que asesinara niños.

ANNENKOV. — Yanek tiene razón. Eso no estaba previsto.

STEPAN. — Debía obedecer.

ANNENKOV. — Yo soy el responsable. Tenía que estar todo previsto para que nadie pudiera dudar acerca de su tarea. Lo único que debemos decidir es si dejamos escapar definitivamente esta ocasión o si ordenamos a Yanek que espera a la salida del teatro. Alexis, ¿qué dices?

VOINOV. — No sé. Creo que yo hubiera hecho lo mismo que Yanek. Pero no estoy seguro de mí. (*Más bajo.*) Me tiemblan las manos.

ANNENKOV. — ¿Dora?

DORA (*con violencia*). — Yo hubiera retrocedido, como Yanek ¿Puedo aconsejar a los demás lo que yo misma no podría hacer?

STEPAN. — ¿Os dais cuenta de lo que significa esta decisión? Dos meses de vigilancia, de terribles peligros corridos y evitados, dos *meses* perdidos para siempre. Egor detenido para nada. Rikov colgado para nada. ¿Y habrá que empezar de nuevo? ¿Otra vez largas semanas de vigilancia y astucia, de tensión incesante, antes de encontrar otra ocasión propicia? ¿Estáis locos?

ANNENKOV. — Dentro de dos días, el gran duque volverá al teatro, lo sabes.

STEPAN. — Dos días en que corremos el riesgo de que nos pesquen, tú mismo lo dijiste.

KALIAYEV. — Voy.

DORA. — ¡Espera! (A STEPAN.) ¿TÚ podrías, Stepan, con los ojos abiertos, tirar a quemarropa sobre un niño?

STEPAN. — Podría, si la Organización lo ordenara.

DORA. — ¿Por qué cierras los ojos?

STEPAN. — ¿Yo? ¿He cerrado los ojos?

DORA. — Sí.

STEPAN. — Entonces fué para imaginarme mejor la escena y constatar con conocimiento de causa.

DORA. — Abre los ojos y comprende que la Organización perdería su poder y su influencia si tolerara, por un solo momento, que nuestras bombas aniquilaran niños.

STEPAN. — No tengo bastante corazón para esas tonterías. El día en que nos decidamos a olvidar a los niños, seremos los amos del mundo y la revolución triunfará.

DORA. — Ese día la humanidad entera odiará la revolución.

STEPAN. — Qué importa, si la queremos lo bastante para imponer/a a la humanidad entera y para salvarla de sí misma y de su esclavitud.

DORA. — ¿Y si la humanidad entera rechaza la revolución? ¿Y si el pueblo entero, por el que luchas, se niega a que maten a sus hijos? ¿Habrás que castigarlo también?

STEPAN. — Si es necesario, sí, hasta que comprenda. Yo también quiero al pueblo.

DORA. — El amor al pueblo no es así.

STEPAN. — ¿Quién lo dice?

DORA. — Yo, Dora.

STEPAN. — Eres una mujer y tienes una idea desdichada del amor.

DORA (*con violencia*). — Pero tengo una idea justa de lo que es la vergüenza.

STEPAN. — Yo también tuve vergüenza, una sola vez, y por culpa de los demás. Cuando me azotaron. Porque me azotaron. ¿Sabéis

lo que es el látigo? Vera estaba a mi lado y se suicidó en señal de protesta. Yo he seguido viviendo. ¿De qué había de tener vergüenza, ahora?

ANNENKOV. — Stepan, aquí todo el mundo te quiere y te respeta. Pero por buenas que sean tus razones no puedes decir que todo está permitido. Cientos de nuestros hermanos han muerto para que se sepa que no todo está permitido.

STEPAN. — Nada de lo que puede servir a nuestra causa está prohibido.

ANNENKOV (*con cólera*). — ¿Está permitido entrar en la policía y hacer doble juego, como lo proponía Evno? ¿Tú lo harías?

STEPAN. — Sí, si fuera necesario.

ANNENKOV (*levantándose*). — Stepan, olvidaremos lo que acabas de decir, en consideración a lo que has hecho por nosotros y con nosotros. Pero recuerda esto: se trata de saber si dentro de un instante hemos de lanzar bombas contra esos dos niños.

STEPAN. — ¡Niños! Es la única palabra que tenéis en la boca. ¿Pero no comprendéis nada? Yanek no mató a esos dos y por eso miles de niños rusos seguirán muriendo durante años. ¿Habéis visto morir de hambre a los niños? Yo sí. Y la muerte por una bomba es un placer comparada con aquella muerte. Pero Yanek no los ha visto. Sólo vio a los dos perros sabios del gran duque. ¿No sois hombres? ¿Vivís en el momento presente? Entonces elegid la caridad y curad tan sólo el mal de cada día, no elijáis la revolución que quiere curar todos los males, los presentes y los por venir.

DORA. — Yanek está conforme en matar al gran duque ya que su muerte puede anticipar el día en que los niños rusos no se mueran de hambre. Eso no es fácil. Pero la muerte de los sobrinos del gran duque no impedirá que ningún niño se muera de hambre. Hasta en la destrucción hay un orden, hay límites.

STEPAN (*violentemente*). — No hay límites. La verdad es que vosotros no creéis en la revolución. (*Todos se levantan, menos YANNEK.*) Vosotros no creéis. Si creyerais totalmente, completamen-

te, en ella, si estuvierais seguros de que con nuestros sacrificios y nuestras victorias llegaremos a construir una Rusia liberada del depotismo, una tierra de libertad que acabará por cubrir el mundo entero, si no duderais de que entonces el hombre, liberado de sus amos y de sus prejucios alzaré al cielo la cara de los verdaderos dioses, ¿qué pesaría la muerte de dos niños? Admitiríais que os asisten todos los derechos, todos, ¿me oís? Y si esta muerte os detiene es porque no tenéis la seguridad de estar en vuestro derecho. No creéis en la revolución.

*Silencio.* KALIAYEV *se levanta.*

KALIAYEV. — Stepan, me avergüenzo de mí y sin embargo no dejaré que sigas. Acepté matar para abatir el despotismo. Pero detrás de lo que dices veo anunciarse un despotismo que, si alguna vez se afianza, hará de mí un asesino cuando trato de ser un justiciero.

STEPAN. — Qué importa que no seas un justiciero si se hace justicia aun por medio de los asesinos. Tú y yo no somos nada.

KALIAYEV. — Somos algo y bien lo sabes, ya que aún hoy hablas en nombre de tu orgullo.

STEPAN. — Mi orgullo es cosa mía. Pero el orgullo de los hombres, su rebeldía, la injusticia en que viven, es cosa de todos nosotros.

KALIAYEV. — Los hombres no viven sólo de justicia.

STEPAN. — Cuando les roban el pan, ¿de qué podrían vivir, sino de justicia?

KALIAYEV. — De justicia y de inocencia.

STEPAN. — ¿Inocencia? Tal vez la conozco. Pero decidí ignorarla y hacerla ignorar a miles de hombres para que un día adquiriera un sentido más grande.

KALIAYEV. — Hay que estar muy seguro de que llegará ese día para negar todo lo que hace que un hombre consienta en vivir.

STEPAN. — Yo estoy seguro.

KALIAYEV. — No puedes estarlo. Para saber quién de los dos, tú o yo, tiene razón, se necesitará quizá el sacrificio de tres generaciones, varias guerras, revoluciones terribles. Cuando esta lluvia

de sangre se haya secado sobre la tierra, tú y yo hace rato estaremos confundidos con el polvo.

STEPAN. — Otros vendrán entonces, y los saludo como a hermanos.

KALIAYEV (*gritando*). — Otros... ¡Sí! Pero yo quiero a los que viven hoy en la misma tierra que yo, y los saludo a ellos. Por ellos lucho y consiento en morir. Y por una ciudad lejana, de la que no estoy seguro no iré a golpear el rostro de mis hermanos. No iré a aumentar la injusticia viviente con una justicia muerta. (*Más bajo pero con firmeza.*) Hermanos, quiero hablaros francamente y deciros por lo menos esto que podría decir el más simple de nuestros campesinos: matar niños es contrario al honor. Y si alguna vez, en vida mía, la revolución llegara a separarse del honor, yo me apartaría de ella. Si lo decidís, iré dentro de un instante a la salida del teatro, pero me arrojaré bajo los caballos.

STEPAN. — El honor es un lujo reservado a los que tienen carruajes.

KALIAYEV. — No. Es la última riqueza del pobre. Tú lo sabes, y también sabes que hay un honor en la revolución. Por él aceptamos morir. Ese es el honor que te alzó un día ante el látigo, Stepan, y el que te hace hablar aún hoy.

STEPAN (*gritando*). — Cállate. Te prohibo que hables de *eso*.

KALIAYEV (*arrebatao*). — ¿Por qué había de callarme? Te dejé decir que yo no creía en la revolución. Era afirmar que soy capaz de matar al gran duque por nada, que soy un asesino. Te lo dejé decir y no te pegué.

ANNENKOV. — ¡Yanck!

STEPAN. — No matar bastante, a veces, es matar por nada.

ANNENKOV. — Stepan, aquí nadie piensa como tú. Ya está todo decidido.

STEPAN. — Entonces me inclino. Pero repetiré que el terror no es para los delicados. Somos homicidas y hemos elegido serlo.

KALIAYEV (*fuera de sí*). — No. Yo elegí morir para que el crimen no triunfe. Elegí ser inocente.-

ANNENKOV. — ¡Yanek, Stepan, basta! La Organización ha decidido que el asesinato de esos niños es inútil. Hay que proseguir

la vigilancia. Debemos estar dispuestos a empezar de nuevo dentro de dos días.

STEPAN. — ¿Y si los niños siguen estando?

KALIAYEV. — Esperaremos una nueva ocasión.

STEPAN. — ¿Y si la gran duquesa acompaña al gran duque?

KALIAYEV. — No la perdonaré.

ANNENKOV. — Escuchad.

*Ruido de un coche. KALIAYEV se dirige irresistiblemente hacia la ventana. Los otros esperan. El coche se acerca, pasa bajo las ventanas y desaparece.*

Vonsrov (*mirando a DORA que se dirige hacia él*). — Volver a empezar, Dora . . .

STEPAN (*con desprecio*). — Sí, Alexis, volver a empezar. . . ¡Pero hay que hacer algo por el honor!

TELÓN

## ACTO III

*En el mismo lugar, a la misma hora, dos días después.*

STEPAN. — ¿Qué hace Voinov? Debería estar aquí.

ANNENKOV. — Necesita dormir. Y todavía tenemos una media hora por delante.

STEPAN. — Puedo ir en busca de noticias.

ANNENKOV. — No. Hay que limitar los riesgos. (*Silencio.*) Yanek, ¿por qué no dices nada?

KALIAYEV. — No tengo nada que decir. No te preocupes. (*Llaman.*) Ahí está.

*Entra VOINOV.*

ANNENKOV. — ¿Dormiste?

VOINOV. — Sí, un poco.

ANNENKOV. — ¿Dormiste toda la noche?

VOINOV. — No.

ANNENKOV. — Era necesario. Hay medios.

VOINOV. — Lo intenté. Tenía demasiado cansancio.

ANNENKOV. — Te tiemblan las manos.

VOINOV. — No. (*Todos lo miran.*) ¿Por qué me miráis? ¿Uno no puede estar cansado?

ANNENKOV. — Se puede estar cansado. Pensamos en ti.

VOINOV (*con súbita violencia.*). — Era cuestión de pensarlo antes de ayer. Si hubiéramos arrojado la bomba hace dos días, no estaríamos cansados ahora.

KAUAYEV. — Perdóname, Alexis. Hice más difíciles las cosas.

VOINOV (*más bajo*). — ¿Quién dice eso? ¿Por qué más difíciles? Estoy cansado, nada más.

DORA. — Ahora todo marchará rápidamente. Dentro de una hora habrá acabado.

VOINOV. — Sí, habrá acabado. Dentro de una hora... (*Mira a su alrededor. Dora se le acerca y le toma la mano. Él abandona su mano, luego la retira con violencia.*) Boria, quisiera hablarte.

ANNENKOV. — ¿En privado?

VOINOV. — En privado.

*Se miran.* KALIAYEV, DORA y STEPAN salen.

ANNENKOV. — ¿Qué hay? (VOINOV *calla.*) Dímelo, por favor.

VOINOV. — Tengo vergüenza, Boria. (*Silencio.*) Tengo vergüenza. Debo decirte la verdad.

ANNENKOV. — ¿No quieres arrojar la bomba?

VOINOV. — No podré arrojársela.

ANNENKOV. — ¿Tienes miedo? ¿No es más que eso? Eso no es una vergüenza. '

VOINOV. — Tengo miedo y me da vergüenza tener miedo.

ANNENKOV. — Pero anteaayer estabas alegre y fuerte. Cuando saliste, te brillaban los ojos.

VOINOV. — Siempre tuve miedo. Anteaayer había juntado valor, nada más. Cuando oí rodar el carruaje a lo lejos, me dije: "¡Vamos! Es cosa de un minuto". Apretaba los dientes. Tenía todos los músculos tensos. Iba a arrojar la bomba con tanta violencia como si tuviera que matar al gran duque con *el* choque. Esperaba la primera explosión para hacer estallar toda la fuerza acumulada en mí. Y entonces, nada. El carruaje llegó hasta mí. ¡Qué rápido corría! Me dejó atrás. Comprendí que Yanek no había arrojado la bomba. En ese momento me traspasó un frío terrible. Y de golpe, me sentí débil como un niño.

ANNENKOV. — No era nada, Alexis. La vida refluye después.

VOINOV. — Hace dos días que la vida no vuelve. He mentido hace un rato, no dormí anoche. Me latía con demasiada fuerza el corazón. ¡Ay!, Boria, estoy desesperado.

ANNENKOV. — No debes estarlo. Todos nos hemos sentido como tú. No arrojarás la bomba. Un mes de descanso en Finlandia y volverás con nosotros.

VOINOV. — No. Es otra cosa. Si no arrojo la bomba ahora, no la arrojaré jamás.

ANNENKOV. — ¿Cómo?

VOINOV. — No he nacido para el terror. Ahora lo sé. Es preferible que os abandone. Militaré en los comités, en propaganda.

ANNENKOV. — Los riesgos son los mismos.

VOINOV. — Sí, pero se puede actuar cerrando los ojos. No se sabe nada.

ANNENKOV. — ¿Qué quieres decir?

VOINOV (*con fiebre*). — No se sabe nada. Es fácil asistir a reuniones, discutir la situación y transmitir después orden de ejecutar. Se arriesga la vida, claro está, pero a ciegas, sin ver nada. En cambio estar en pie cuando cae la noche sobre la ciudad, en medio de la multitud de los que aprietan el paso al encuentro de los hijos, del calor de una mujer, estar en pie y mudo, con el peso de la bomba en el extremo del brazo, y saber que dentro de tres minutos, dentro de dos minutos, dentro de unos segundos te precipitarás al encuentro de un carruaje resplandeciente, eso es el terror. Y ahora sé que no podré empezar de nuevo sin sentirme vacío de sangre. Sí, me da vergüenza. He apuntado demasiado alto. Tengo que trabajar en mi puesto. Un puesto muy pequeño. El único del que soy digno.

ANNENKOV. — No hay puesto pequeño. La prisión y la horca están siempre al final.

VOINOV. — Pero no se ven como se ve al que vamos a matar. Hay que imaginarlas. Por suerte, no tengo imaginación. (*Se ríe nerviosamente.*) Nunca llegué a creer realmente en la policía secreta. Es raro en un terrorista, ¿eh? Al primer puntapié en el vientre creeré. Antes, no.

ANNENKOV. — ¿Y una vez en la cárcel? En la cárcel se sabe y se ve. Ya no hay olvido.

VOINOV. — En la cárcel no hay decisión que tomar. ¡Si, es eso, no tomar más decisiones! No tener que decirse: "Vamos, te corresponde a ti; tú, tú tienes que decidir el segundo en que vas a abalanzarte". Ahora estoy seguro de que si me detienen, no intentaré evadirme. Para evadirse todavía se necesita inventiva, hay que tomar la iniciativa. Si no te evades, los demás son los que se quedan con la iniciativa. Ellos cargan con todo el trabajo.

ANNENKOV. — Trabajan para colgarte, a veces.

VOINOV (*con desesperación*). — A veces. Pero me será menos difícil morir que llevar mi vida y la de otro en el extremo del brazo y decidir el momento en que precipitaré esas dos vidas en las llamas. No, Boria, la única manera que tengo de redimirme, es aceptar lo que soy. (ANNENKOV *calla*.) Hasta los cobardes pueden servir a la revolución. Basta encontrar su puesto.

ANNENKOV. — Entonces todos somos cobardes. Pero no siempre tenemos ocasión de comprobarlo. Haz lo que quieras.

VOINOV. — Prefiero marcharme en seguida. Me parece que no podría mirarlos a la cara. Pero tú les hablarás.

ANNENKOV. — Les hablaré.

*Se le acerca.*

VOINOV. — Dile a Yanek que él no tiene la culpa. Y que lo quiero, como os quiero a todos.

*Silencio.* ANNENKOV *lo besa*.

ANNENKOV. — Adiós, hermano. Todo, terminará. Rusia será feliz.

VOINOV (*huyendo*). — Oh, sí. ¡Que sea feliz! ¡Que sea feliz!

ANNENKOV *se dirige a la puerta*.

ANNENKOV. — Venid.

*Entran todos con DORA.*

STEPAN. — ¿Qué hay?

ANNENKOV. — Voinov no arrojará la bomba. Está agotado. No sería seguro.

KALIAYEV. — Yo tengo la culpa, ¿verdad, Boria?

ANNENKOV. — Manda decirte que te quiere.

KALIAYEV. — ¿Volveremos a verlo?

ANNENKOV. — Tal vez. Por ahora nos deja,

STEPAN. — ¿Por qué?

ANNENKOV. — Será más útil en los Comités.

STEPAN. — ¿Él lo ha pedido? ¿Así que tiene miedo?

ANNENKOV. — No. Todo lo he decidido yo.

STEPAN. — ¿A una hora del atentado nos privas de un hombre?

ANNENKOV. — A una hora del atentado tuve que decidir solo. Es demasiado tarde para discutir. Ocuparé el lugar de Voinov.

STEPAN. — Me corresponde a mí por derecho.

KALIAYEV (*a ANNENKOVJ.* — Tú eres el jefe. Tu deber es quedarte aquí.

ANNENKOV. — Un jefe tiene a veces el deber de ser cobarde. Pero a condición de que ponga a prueba su firmeza, llegado el caso. Estoy decidido. Stepan, tú me reemplazarás el tiempo necesario. Ven, tienes que conocer las instrucciones.

*Salen. KALIAYEV se sienta. DORA se le acerca y le tiende tina mano.*

*Vero muda de opinión.*

DORA. — Tú no tienes la culpa.

KALIAYEV. — Le hice daño, mucho daño. ¿Sabes qué me dijo el otro día?

DORA. — Repetía sin cesar que era feliz.

KALIAYEV. — Sí, pero me dijo que no había felicidad para él fuera de nuestra comunidad. "Estamos nosotros, decía, la Organización. Y después no hay nada. Es una orden de caballería." ¡Qué lástima, Dora!

DORA. — Volverá.

KALIAYEV. — No. Me imagino lo que yo sentiría en su lugar. Estaría desesperado.

DORA. — ¿Y ahora, no lo estás?

KALIAYEV (*con tristeza*). — ¿Ahora? Estoy con vosotros y soy feliz como lo era él.

DORA (*lentamente*). — Es una gran felicidad.

KALIAYEV. — Es una felicidad muy grande. ¿No piensas como yo?

DORA. — Pienso como tú. Entonces, ¿por qué estás triste? Hace

dos días te brillaba la cara. Parecía que ibas a una gran fiesta.  
Hoy...

KALIAYEV (*levantándose, con gran agitación*). — Hoy sé lo que no sabía. Tenías razón, no es tan sencillo. Yo creí que era fácil matar, que bastaba la idea, y el coraje. Pero no soy tan grande y ahora sé que no hay felicidad en el odio. Tanto mal, tanto mal, en mí y en los otros. El crimen, la cobardía, la injusticia... Oh, tengo, tengo que matarlo... ¡Pero llegaré hasta el fin! ¡Más lejos que el odio!

DORA. — ¿Más lejos que el odio? No hay nada.

KALIAYEV. — Está el amor.

DORA. — ¿El amor? No, no es eso lo que se necesita.

KALIAYEV. — Oh, Dora, cómo lo dices tú, a mí, que conozco tu corazón...

DORA. — Hay demasiada sangre y dura violencia. Los que aman de verdad la justicia no tienen derecho al amor. Están erguidos como yo lo estoy, con la cabeza alta, con los ojos fijos. ¿Qué iría a hacer el amor en esos corazones orgullosos? El amor curva dulcemente las cabezas, Yansk. Nosotros tenemos la nuca rígida.

KALIAYEV. — Pero nosotros amamos a nuestro pueblo.

DORA. — Lo amamos es cierto. Lo queremos con un vasto amor sin apoyo, con un amor desdichado. Vivimos lejos de él, encerrados en nuestras habitaciones, perdidos en nuestros pensamientos. ¿Y el pueblo nos quiere? ¿Sabe que le queremos? El pueblo calla. Qué silencio, qué silencio...

KALIAYEV. — Pero eso es el amor: darlo todo, sacrificarlo todo sin esperanza de reciprocidad.

DORA. — Tal vez. El amor absoluto, la alegría pura y solitaria es la que me quema, sí. En ciertos momentos, sin embargo, me pregunto si el amor no es otra cosa, si puede dejar de ser un monólogo, y si no hay una respuesta a veces. Me lo imagino, ¿sabes?: el sol brilla, las cabezas se curvan dulcemente, el corazón abandona su orgullo, los brazos se abren. ¡Ay!, Yanek, si uno pudiera olvidar, aunque sólo fuera por una hora, la miseria atroz de

este mundo y dejarse llevar. Una sola horita de egoísmo, ¿te lo imaginas?

KALIAYEV. — Sí, Dora, eso se llama ternura.

DORA. — Lo adivinas todo, querido, eso se llama ternura. ¿Pero la conoces de verdad? ¿Amas la justicia con ternura? (KALIAYEV *calla.*) ¿Amas a nuestro pueblo con ese abandono y esa dulzura o, por el contrario, con la llama de la venganza y de la rebeldía? (KALIAYEV *sigue callado.*) Ya lo ves. (*Se le acerca; en tono muy débil.*) Y a mí, ¿me amas con ternura?

KALIAYEV *la mira.*

KALIAYEV (*después de un silencio*). — Nadie te querrá nunca como yo te quiero.

DORA. — Lo sé. ¿Pero no es preferible querer como todo el mundo?

KALIAYEV. — No soy cualquiera. Te quiero como soy.

DOR. — ¿Me quieres más que a la justicia, más que a la Organización?

KALIAYEV. — No te separo de la Organización y la justicia.

DORA. — Sí, pero contéstame, te lo ruego, contéstame. ¿Me quieres en la soledad, con ternura, con egoísmo? ¿Me querrías si fuera injusta?

KALIAYEV. — Si fueras injusta y pudiese quererte, no te querría a tí.

DORA. — No contestas. Dime esto solamente; ¿me querrías si no estuviera en la Organización?

KALIAYEV. — ¿Dónde estarías, entonces?

DORA. — Recuerdo el tiempo en que estudiaba. Reía. Era hermosa entonces. Me pasaba las horas paseando y soñando. ¿Me querrías ligera y despreocupada?

KALIAYEV (*vacila; en voz muy baja*). — Me muero de ganas de decir que sí.

DORA (*lanzando un grito*). — Entonces di que sí, querido, si lo piensas y si es cierto. Sí, frente a la justicia, delante de la miseria y el pueblo encadenado. Sí, sí, te lo ruego, a pesar de la agonía de los niños, a pesar de los ahorcados y de los azotados hasta la muerte. ..

KALIAYEV. — Calla, Dora.

DORA. — No, que una vez por lo menos hable el corazón. Espero que me llames, a mí, a Dora, que me llames por encima de este mundo envenenado de injusticia . . .

KALIAYEV (*brutalmente*). — Calla. Mi corazón solo me habla de ti. Pero, dentro de un instante, no deberé temblar.

DORA (*enajenada*). — ¿Dentro de un instante? Si, me olvidaba . . . (*Se ríe como si llorara.*) No, está muy bien, querido. No te enojas, no estuve razonable. Es el cansancio. Yo tampoco hubiera podido decirlo. Te \*quiero con el mismo amor un poco fijo, en la justicia y las prisiones. El verano, Yanek, ¿recuerdas? Pero no, es el eterno invierno. No somos de este mundo, somos justos. Hay un calor que no es para nosotros. (*Apartándose.*) ¡Ay, piedad para los justos!

KALIAYEV (*mirándola con desesperación*). — Sí, ésa es nuestra parte, el amor es imposible. Pero mataré al gran duque, y habrá entonces una paz tanto para ti como para mí.

DORA. — ¡La paz! ¿Cuándo la encontraremos?

KALIAYEV (*con violencia*). — Al día siguiente.

*Entran ANNENKOV y STEPAN. DORA y KALIAYEV se alejan uno del otro.*

ANNENKOV. — ¡Yanek!

KALIAYEV. — En seguida, (*respira profundamente.*) En fin, en fin . . .

STEPAN (*acercándosele*). — Adiós, hermano, estoy contigo.

KALIAYEV. — Adiós, Stepan. (*Se vuelve hacia DORA.*) Adiós, Dora.

*DORA se le acerca. Están muy cerca uno del otro, pero no se tocan.*

DORA. — No, adiós río. Hasta la vista. Hasta la vista, querido. Nos encontraremos.

*Él la mira. Silencio.*

KALIAYEV. — Hasta la vista. Yo . . . Rusia será hermosa.

DORA (*con lágrimas*). — Rusia será hermosa.

*KALIAYEV se persigna delante del icono.*

*Sale con ANNENKOV. STEPAN se dirige a la ventana. DORA no se mueve; sigue mirando la puerta.*

STEPAN. — Qué erguido camina. Me equivoqué, ¿sabes? al no confiar en Yanek. No me gustaba su entusiasmo. Se persignó, ¿lo viste? ¿Es creyente?

DORA. — No practica.

STEPAN. — Sin embargo tiene un alma religiosa. Eso es lo que nos separaba. Yo soy más áspero que él, bien lo sé. Para nosotros que no creemos en Dios, se necesita toda la justicia; si no, es la desesperación.

DORA. — Para él, la misma justicia es desesperante.

STEPAN. — Sí, un alma débil. Pero la mano es fuerte. Vale más que su alma. Lo matará, seguramente. Está bien, está muy bien. Destruir: eso es lo que se necesita. ¿Pero no dices nada? (*La observa.*) ¿Lo quieres?

DORA. — Hace falta tiempo para querer. Apenas tenemos tiempo bastante para la justicia.

STEPAN. — Tienes razón. Hay demasiado que hacer; es necesario destruir este mundo. . . Después. . . (*En la ventana.*) Ya no los veo, han llegado.

DORA. — Después. . .

STEPAN. — Nos amaremos.

DORA. — Si estamos aquí.

STEPAN. — Otros se amarán. Da lo mismo.

DORA. — Stepan, di: "el odio".

STEPAN. — ¿Cómo?

DORA. — Esas dos palabras, "el odio", pronúncialas.

STEPAN. — El odio.

DORA. — Está bien. Yanek las pronunciaba muy mal.

STEPAN (*después de un silencio y caminando hacia ella*). — Comprendo: me desprecias. Pero, ¿estás segura de que tienes razón? (*Un silencio; con violencia creciente.*) Estáis todos ahí regateando lo que hacéis en nombre del innoble amor. ¡Pero yo no amo a nadie y odio, sí, odio a mis semejantes! ¿Qué me importa a mí

el amor de ellos? Lo conocí en la cárcel, hace tres años. Y hace tres años que lo llevo encima. ¿Quieres que me enterezca y que arrastre la bomba como una cruz? ¡No! ¡No! He ido demasiado lejos, sé demasiadas cosas. . . Mira. . . *(Se desgarró la camisa. DORA hace un movimiento hacia él. Retrocede ante las marcas del látigo.)* ¡Son las marcas! ¡Las marcas del amor de ellos! ¿Me desprecias ahora?

*Ella se le acerca y lo besa bruscamente.*

DORA. — ¿Quién despreciaría el dolor? Te quiero también.

STEPAN *(la mira; sordamente)*. — Perdóname, Dora. *(Una pausa. Se aparta.)* Tal vez sea la fatiga. Años de lucha, la angustia, los espías, el presidio... y para terminar, esto. *(Muestra las marcas.)* ¿Dónde iba a encontrar yo fuerzas para amar? Por lo menos me quedan para odiar. Es preferible eso a no sentir nada.

DORA. — Sí, es preferible.

*Él la mira. Dan las siete.*

STEPAN *(volviéndose bruscamente)*. — Va a pasar el gran duque.

DORA *se dirige a la ventana y se pega a los vidrios. Largo silencio. Y después, a lo lejos, el carruaje. Se acerca, pasa.*

Si está solo. ••

*El carruaje se aleja. Una terrible explosión. Sobresalto de DORA que esconde la cabeza en las manos. Largo silencio.*

STEPAN. — ¡Boria no arrojó la bomba! Yanek ha triunfado. ¡Ha triunfado! ¡Oh pueblo! ¡Oh alegría!

DORA *(cayendo en lágrimas sobre él)*. — ¡Nosotros lo hemos matado! ¡Nosotros lo hemos matado! He sido yo.

STEPAN *(gritando)*. — ¿A quién hemos matado? ¿A Yanek?

DORA. — Al gran duque.

TELÓN

## ACTO IV

*Una celda en la Torre Pugatchev, en la prisión Butirki. Por la mañana. Al levantarse el telón, KALIAYEV está en la celda y mira a la puerta. Un guardián y un prisionero, que trae un cubo, entran.*

EL GUARDIÁN. — Limpia. Y rápido.

*Se sitúa hacia la ventana. FOKA comienza a limpiar sin mirar a KALIAYEV. Silencio.*

KALIAYEV. — ¿Cómo te llamas, hermano?

FOKA. — Foka.

KALIAYEV. — ¿Estás condenado?

FOKA. — Así parece.

KALIAYEV. — ¿Qué hiciste?

FOKA. — Maté.

KALIAYEV. — Tenías hambre.

EL GUARDIÁN. — No tan alto.

KALIAYEV. — ¿Cómo?

EL GUARDIÁN. — No tan alto. Os' dejo hablar a pesar de la consigna. Así que no hables tan alto. Imita al viejo.

KALIAYEV. — ¿Tenías hambre?

FOKA. — No, tenía sed.

KALIAYEV. — ¿Y entonces?

FOKA. — Entonces, había un hacha. Lo deshice todo. Parece que maté a tres. ^KALIAYEV *lo mira*.) Bueno, barín, ¿ya no me llamas hermano? ¿Te has enfriado?

KALIAYEV. — No. Yo también maté.

FOKA. — ¿A cuántos?

KALIAYEV. — Te lo diré, hermano, si quieres. Pero contéstame, lamentas lo que ha pasado, ¿verdad?

FOKA. — Claro, veinte años es caro. Te hacen lamentar lo que pasó.

KALIAYEV. — Veinte años. Entro aquí a los veintitrés años y salgo con el pelo gris.

FOKA. — ¡Oh! Tal vez a ti te vaya mejor. Los jueces tienen altibajos. Depende de si están casados y con quién. Y además tú eres barín. No es la misma tarifa que para los pobres diablos. Saldrás del paso.

v

KALIAYEV. — No lo creo. Y no quiero. No podría soportar la vergüenza durante veinte años.

FOKA. — ¿La vergüenza? ¿Qué vergüenza? En fin, son ideas de barín. ¿A cuántos mataste?

KALIAYEV. — A uno sólo.

FOKA. — ¿Qué dices? Eso no es nada.

KALIAYEV. — Maté al gran duque Sergio.

FOKA. — ¿Al gran duque? Eh, la hiciste buena. ¡Hay que ver a estos barines! Es grave, ¿verdad?

KALIAYEV. — Es grave. Pero era necesario.

FoKA. — ¿Por qué? ¿Vivías en la corte? Una historia de mujeres, ¿no? Guapo como eres. ..

KALIAYEV. — Soy socialista.

EL GUARDIÁN. — No tan alto.

KALIAYEV (*más alto*). — Soy socialista revolucionario.

FoKA. — Vaya historia. ¿Y qué necesidad tenías de ser lo que dices? Te bastaba con quedarte tranquilo y todo marcharía de lo mejor. La tierra se ha hecho para los barines.

KALIAYEV. — No, se ha hecho para ti. Hay demasiada miseria y demasiados crímenes. Cuando haya menos miseria, habrá menos crímenes. Si la tierra fuera libre, tú no estarías aquí.

FOKA. — Sí y no. En fin, libre o no, nunca es bueno beber un trago de más.

KAIÍAYEV. — Nunca es bueno. Sólo que uno bebe porque está hu-

millado. Llegará el tiempo en que ya no sea útil beber, en que nadie sienta vergüenza: ni el barín, ni el pobre diablo. Todos seremos hermanos y la justicia hará transparentes nuestros corazones. ¿Sabes de qué te hablo?

FOKA. — Sí, del reino de Dios.

EL GUARDIÁN. — No tan alto.

KALIAYEV. — No hay que decir eso, hermano. Dios no puede nada.

¡La justicia es cosa nuestra! (*Un silencio.*) ¿No comprendes? ¿Conoces la leyenda de San Demetrio?

FOKA. — No.

KALIAYEV. — Tenía cita en la estepa con el mismo Dios, y allá iba de prisa cuando encontró a un campesino con el carro atascado.

Entonces San Demetrio lo ayudó. El barro era espeso, el bache profundo. Hubo que luchar durante una hora. Y al terminar, San Demetrio corrió a la cita, pero Dios ya no estaba.

FOKA. — ¿Y entonces?

KALIAYEV. — Y entonces están los que siempre llegarán tarde a la cita porque hay demasiadas carretas atascadas y demasiados hermanos que socorrer.

FOKA *retrocede.*

KALIAYEV. — ¿Qué pasa?

EL GUARDIÁN. — No tan alto. Y tú, viejo, date prisa.

FOKA. — No me fío. Todo esto no es normal. A nadie se le ocurre hacerse meter en la cárcel por historias de santos y de carretas.

Y además, hay otra cosa. . .

*El guardián se ríe.*

KALIAYEV (*mirándolo*). — ¿Qué?

FOKA. — ¿Qué les hacen a los que matan a los grandes duques?

KALIAYEV. — Los cuelgan.

FOKA. — ¡Ah!

*Y se va, mientras el guardián ríe cada vez más fuerte.*

KALIAYEV. — Quédate. ¿Qué te hice?

FOKA. — No me hiciste nada. Por más barín que seas, no quiero

engañarte. Uno charla, así pasa el tiempo, pero sí te van a colgar, no está bien.

KALIAYEV. — ¿Por qué?

EL GUARDIÁN (*riendo*). — Vamos, viejo, habla. . .

FOKA. — Porque no puedes hablarme como a un hermano. Yo soy el que cuelga a los condenados.

KALIAYEV. — ¿No eres tú también un forzado?

FOKA. — Justamente. Me propusieron hacer este trabajo, y por cada ahorcado me quitan un año de cárcel. Es un buen negocio.

KALIAYEV. — ¿Para perdonarte tus crímenes, te hacen cometer otros?

POKA. — Oh, no son crímenes, porque hay una orden. Y además, les da lo mismo. Si quieres saber mi opinión, no son cristianos.

KALIAYEV. — ¿Y cuántas veces, ya?

FOKA. — Dos veces.

KALIAYEV *retrocede*. *Los otros se dirigen a la puerta; el GUARDIÁN empuja a FOKA.*

KALIAYEV. — ¿Así que eres un verdugo?

FOKA (*en la puerta*). — Bueno, barín, ¿y tú?

*Sale. Se oyen pasos, órdenes. Entra SKURATOV, muy elegante, con el GUARDIÁN.*

SKURATOV. — Déjanos. Buenos días. ¿No me conoce? Yo lo conozco. (*Se rie.*) Ya célebre, ¿eh? (*Lo mira.*) ¿Puedo presentarme? (*KALIAYEV no dice nada.*) ¿No dice nada? Comprendo. La incomunicación, ¿eh? Es duro, ocho días incomunicado. Hoy hemos suprimido la incomunicación y tendrá usted visitas. Estoy aquí para eso, además. Ya le mandé a Foka. Excepcional, ¿verdad? Pensé que le interesaría. ¿Está contento? Es bueno ver caras después de ocho días, ¿no?

KALIAYEV. — Todo depende de la cara.

SKURATOV. — Buena voz, bien usada. Usted sabe lo que quiere.

(*Una pausa.*) Si he comprendido bien, mi cara no le gusta, ¿verdad?

KALIAYEV. — Sí.

SKURATOV. — Ya ve mi decepción. Pero es un malentendido. Ante

todo, la iluminación es mala. En un subsuelo nadie es simpático. Además, usted no me conoce. A veces, una cara echa hacia atrás. Y después, cuando se conoce el corazón . . .

KALIAYEV. — Basta. ¿Quién es usted?

SKURATOV. — Skuratov, director del departamento de Policía.

KALIAYEV. — Un criado.

SKURATOV. — Para servir a usted. Pero en su lugar yo demostraría menos orgullo. Tal vez llegue a sucederle lo mismo. Se comienza por querer la justicia y se acaba organizando una policía. Por lo demás, la verdad no me asusta. Voy a ser franco con usted. Me interesa y le ofrezco los medios de obtener gracia.

KALIAYEV. — ¿Qué gracia?

SKURATOV. — ¿Cómo, qué gracia? Le ofrezco salvarle la vida.

KALIAYEV. — ¿Quién se lo ha pedido?

SKURATOV. — La vida no se pide, amigo. Se recibe. ¿Nunca concedió usted gracia a nadie? (*Pausa.*) Piénselo bien.

KALIAYEV. — Rechazo su gracia de una vez por todas.

SKURATOV. — Escuche por lo menos. No soy su enemigo, a pesar de las apariencias. Admito que tiene usted razón en lo que piensa. Salvo en lo que se refiere al asesinato. . .

KALIAYEV. — Le prohibo que emplee esa palabra.

SKURATOV (*mirándolo*). — ¡Ah! Nervios delicados, ¿eh? (*Pausa.*) Sinceramente, quisiera ayudarlo.

KALIAYEV. — ¿Ayudarme? Estoy dispuesto a pagar lo necesario. Pero no soportaré esta familiaridad suya conmigo. Déjeme.

SKURATOV. — La acusación que pesa sobre usted. . .

KALIAYEV. — Rectifico.

SKURATOV. — ¿Cómo dice?

KALIAYEV. — Rectifico. Soy un prisionero de guerra, no un acusado.

SKURATOV. — Como usted quiera. Sin embargo, hubo estragos, ¿verdad? Dejemos de lado al gran duque y a la política. Por lo menos, hubo muerte de hombre. ¡Y qué muerte!

KALIAYEV. — Arrojé la bomba contra la tiranía de ustedes, no contra un hombre.

SKURATOV. — Sin duda. Pero fué el hombre quien la recibió. Y eso no lo favoreció. Ya ve, amigo, cuando encontraron el cuerpo, faltaba la cabeza. ¡La cabeza, desaparecida! En cuanto al resto, apenas reconocieron un brazo y una parte de la pierna.

KALIAYEV. — Yo ejecuté una sentencia.

SKURATOV. — Tal vez, tal vez. Nadie le reprocha la sentencia. ¿Qué es una sentencia? Es una palabra que puede discutirse noches enteras. Lo que se le reprocha. . . no, a usted no le gustaría esa palabra. . . , es, digamos, un trabajo de aficionado, un poco desordenado, cuyas consecuencias, eso sí, son indiscutibles. Todo el mundo ha podido verlas. Pregúnteselo a la gran duquesa. Había sangre, ¿comprende?, mucha sangre.

KALIAYEV. — Cállese.

SKURATOV. — Bueno. Yo quería decir simplemente que si usted se obstina en hablar de la sentencia, en decir que fué el partido y sólo él quien juzgó y ejecutó, que el gran duque fué muerto no por una bomba sino por una idea, entonces usted no necesita indulto. Supóngase, sin embargo, que volvamos a la evidencia, supóngase que fué usted el que hizo saltar la cabeza del gran duque; todo cambia, ¿verdad? En ese caso usted necesitará indulto. Quiero ayudarlo. Por pura simpatía, créame. (*Sonríe.*) Qué quiere usted, a mí no me interesan las ideas, me interesan las personas.

KALIAYEV (*estallando*). — Mi persona está por encima de usted y de sus amos. Usted puede matarme, no juzgarme. Sé a dónde quiere llegar. Busca un punto débil y espera de mí una actitud avergonzada, lágrimas y arrepentimiento. No conseguirá nada. Lo que yo soy no le importa. Lo que le importa es nuestro odio, el mío y el de mis hermanos. Está a su servicio.

SKURATOV. — ¿El odio? Otra idea. Lo que no es una idea, es el crimen. Y sus consecuencias, naturalmente. Quiero decir, el arrepentimiento y el castigo. Ahí estamos en la realidad. Por eso me hice policía. Para estar en la verdad de las cosas. Pero a usted no le gustan las confidencias. (*Una pausa. Se acerca lentamente*

a él.) Todo lo que quería decirle es esto: no debería usted fingir que ha olvidado la cabeza del gran duque. Si la tuviera en cuenta, la idea ya no le serviría de nada. Sentiría vergüenza, por ejemplo, en lugar de enorgullecerse de lo que ha hecho. Y a partir del momento en que sienta vergüenza, deseará usted vivir para reparar. Lo más importante es que usted se decida a vivir.

KALIAYEV. — ¿Y si me decidiera?

SKURATOV. — Perdón para usted y para sus camaradas.

KALIAYEV. — ¿Los ha detenido?

SKURATOV. — No. Justamente. Pero si se decide a vivir, los tendremos.

KALIAYEV. — ¿He comprendido bien?

SKURATOV. — Con seguridad. No se enoje todavía. Reflexione. Desde el punto de vista de la causa, usted no puede entregarlos. Desde el punto de vista de la evidencia, por el contrario, les hace un favor. Les evitará nuevos trastornos y, al mismo tiempo, los librará de la horca. Por sobre todo, usted obtiene la paz del corazón. Desde muchos puntos de vista, es un negocio ventajoso.

(KALIAYEV *calla*.)

¿Entonces?

KALIAYEV. — Mis hermanos le contestarán sin tardar mucho.

SKURATOV. — ¡Otro crimen! Decididamente, es una vocación. Bueno, mi misión ha terminado. Mi corazón está triste. Pero veo que usted se aferra a sus ideas. No puedo separarlo de ellas.

KALIAYEV. — Usted no puede separarme de mis hermanos.

SKURATOV. — Hasta la vista. (*Hace como que sale y, volviéndose.*)

¿Por qué, en este caso, perdonó usted la vida a la gran duquesa y a sus sobrinos?

KALIAYEV. — ¿Quién se lo dijo?

SKURATOV. — El informador de ustedes nos informaba a nosotros también. En parte, por lo menos. . . Pero, ¿por qué les perdonó la vida?

KALIAYEV. — Eso no le interesa.

SKURATOV (*riendo*). — ¿Le parece? Voy a decirle por qué. Una idea

puede matar a un gran duque, pero difícilmente llega a matar niños. Eso es lo que usted descubrió. Entonces se plantea una cuestión: si la idea no llega a matar niños, ¿merece matar a un gran duque? (KALIAYEV *hace un gesto.*) ¡Oh, no me conteste, no me conteste! Contestará usted a la gran duquesa.

KALIAYEV. — ¿A la gran duquesa?

SKURATOV. — Sí, quiere verlo. Y yo vine sobre todo para tener la seguridad de que esta conversación era posible. Lo es. Hasta corre el albur de hacerlo mudar de opinión. La gran duquesa es cristiana. El alma, ¿sabe?, es su especialidad.

*Se ríe.*

KALIAYEV. — No quiero verla.

SKURATOV. — Lo lamento, ella insiste. Y después de todo, usted le debe algunas consideraciones. Además dicen que desde la muerte de su marido no está en sus cabales. No hemos querido contrariarla. (*En la puerta.*) Si cambia de opinión, no olvide mi propuesta. Volveré. (*Una pausa. Escucha.*) Aquí está. ¡Después de la policía, la religión! Decididamente, lo miman a usted. Pero todo se relaciona. Imagínese a Dios sin las prisiones. ¡Qué soledad! *Sale. Se oyen voces y órdenes.*

*Entra LA GRAN DUQUESA, que permanece inmóvil y silenciosa. La puerta está abierta.*

KALIAYEV. — ¿Qué quiere?

LA GRAN DUQUESA (*descubriéndose la cara.*) — Mira. (KALIAYEV *calla.*) Muchas cosas mueren con un hombre.

KALIAYEV. — Lo sabía.

LA GRAN DUQUESA (*con naturalidad, pero con una vocecita gastada.*) — Los asesinos no lo saben. Si lo supieran, ¿cómo harían para matar?

*Silencio.*

KALIAYEV. — Ya la he visto. Ahora deseo estar solo.

LA GRAN DUQUESA. — No. Me iaka mirarte también. (KALIAYEV *retrocede.* LA GRAN DUQUESA *se sienta, como agotada.*) Ya no puedo quedarme sola. Antes, si yo padecía, él podía ver mi pa-

decimiento. Padecer era algo bueno entonces. Ahora. . . No, ya Fio podía estar sola, callarme. . . Pero, ¿a quién hablar? Los ucros no saben. Ponen caras tristes. Lo están, una hora o dos. Después van a comer, y a dormir. . . Dormir, sobre todo. . . Pensé que debías de parecerme a mí. Tú no duermes, estoy segura. ¿Y con quién hablar del crimen, sino con el criminal?

KALIAYEV. — ¿Qué crimen? Sólo recuerdo un acto de justicia.

LA GRAN DUQUESA. — ¡La misma voz! La misma voz que él. Todos los hombres adoptan el mismo tono para hablar de la justicia. Él decía: "¡Eso es justo!" y uno debía callar. Tal vez se equivocaba, tal vez te equivocas. . .

KALIAYEV. — Él encarnaba la suprema injusticia, la que hace gemir al pueblo ruso desde hace siglos. Por ello, sólo recibía privilegios. Aunque yo me equivocara, la prisión y la muerte son mi pago.

LA GRAN DUQUESA. — Sí, tú sufres. Pero a él lo mataste.

KALIAYEV. — Murió sorprendido. Semejante muerte no es nada.

LA GRAN DUQUESA. — ¿Nada? (*Más bajo.*) Es cierto. Te trajeron en seguida. Parece que pronunciabas discursos en medio de los policías. Comprendo. Eso te ayudaría. Pero yo llegué unos segundos después. Vi. Puse en una camilla todo lo que pude encontrar. ¡Cuánta sangre! (*Una pausa.*) Yo llevaba un vestido blanco. . .

KALIAYEV. — Cállese.

LA GRAN DUQUESA. — ¿Por qué? Digo la verdad. ¿Sabes qué hacía él dos horas antes de morir? Dormía. En un sillón, con los pies sobre una silla. . . como siempre. Dormía y tú lo esperabas, en la noche cruel. . . (*Llora.*) Ayúdame, ahora. (*Él retrocede, rígido.*) Eres joven. No puedes ser malo.

KALIAYEV. — No he tenido tiempo de ser joven.

LA GRAN DUQUESA. — ¿Por qué te pones rígido, así? ¿Nunca tuviste compasión de ti mismo?

KALIAYEV. — No.

LA GRAN DUQUESA. — Estás equivocado. Eso alivia. Yo ya no tengo

compasión sino de mí misma. (*Una pausa.*) Sufro. Debiste matarme con él, en vez de perdonarme la vida.

KALIAYEV. — No se la perdoné a usted sino a los niños que iban con usted.

LA GRAN DUQUESA. — Lo sé. .. Yo no los quería mucho. (*Una pausa.*) Son los sobrinos del gran duque. ¿No eran culpables como su tío?

KALIAYEV. — No.

LA GRAN DUQUESA. — ¿Los conoces? Mi sobrina tiene mal corazón. Se niega a dar ella misma limosna a los pobres. Tiene miedo de tocarlos. ¿No es injusta? Es injusta. Él, por lo menos, quería a los campesinos. Bebía con ellos. Y tú lo mataste. Ciertamente, tú también eres injusto. La tierra está desierta.

KALIAYEV. — Esto es inútil. Usted intenta aflojar mis fuerzas y desespararme. No lo conseguirá. Déjeme.

LA GRAN DUQUESA. — ¿No quieres rezar conmigo, arrepentirte? . . . Ya no estaremos solos.

KALIAYEV. — Déjeme prepararme a morir. Si no muriera, sería un asesino.

LA GRAN DUQUESA (*se yergue*). — ¿Morir? ¿Quieres morir? No. (*Se acerca a KALIAYEV con gran agitación.*) Debes vivir y convencerte de que eres un asesino. ¿No lo mataste? Dios te justificará.

KALIAYEV. — ¿Qué Dios: el mío o el suyo?

LA GRAN DUQUESA. — El de la Santa Iglesia.

KALIAYEV. — La Santa Iglesia no tiene nada que hacer aquí.

LA GRAN DUQUESA. — Sirve a un señor que también conoció la prisión.

KALIAYEV. — Los tiempos han cambiado. Y la Santa Iglesia ha escogido entre la herencia de su señor.

LA GRAN DUQUESA. — ¿Qué ha escogido? ¿Qué quieres decir?

KALIAYEV. — Se ha quedado con la gracia y dejó en nuestras manos el ejercicio de la caridad.

LA GRAN DUQUESA. — ¿A quiénes? ¿A nosotros?

KALIAYEV (*gritando*). — A todos los que ustedes ahorcan.

*Silencio.*

LA GRAN DUQUESA (*suavemente*). — Yo no soy enemiga vuestra.

KALIAYEV (*con desesperación*). — Lo es, como todos los de su raza y de su clan. Hay algo todavía más abyecto que ser un criminal: forzar al crimen a quien no ha nacido para él. Míreme. Le juro que yo no había nacido para matar.

LA GRAN DUQUESA. — No me hable como si fuera su enemiga. Mire. (*Cierra la puerta.*) Me entrego a usted. (*Llora.*) La sangre nos separa. Pero usted puede alcanzarme en Dios, en el lugar mismo de la desdicha. Por lo menos, rece conmigo.

KALIAYEV. — Me niego. (*Se acerca a ella.*) Sólo siento por usted compasión; acaba de conmover mi alma. Ahora me comprenderá porque no le ocultaré nada. Ya no espero la cita con Dios. Pero al morir seré puntual en la cita que tengo con los que amo, con mis hermanos que piensan en mí en este momento. Rezar sería traicionarlos.

LA GRAN DUQUESA. — ¿Qué quiere usted decir?

KALIAYEV (*con exaltación*). — Nada, sino que voy a ser feliz. Tengo que sostener una larga lucha y la sostendré. Pero cuando sea pronunciado el fallo y la ejecución esté lista, al pie del cadalso me apartaré de usted y de este mundo feo y me dejaré llevar al amor que me colma. ¿Me comprende?

LA GRAN DUQUESA. — No hay amor lejos de Dios.

KALIAYEV. — Sí. El amor por la criatura.

LA GRAN DUQUESA. — La criatura es abyecta. ¿Qué otra cosa cabe hacer sino destruirla o perdonarla?

KALIAYEV. — Morir con ella.

LA GRAN DUQUESA. — Morimos solos. Él murió solo.

KALIAYEV (*con desesperación*). — ¡Morir con ella! Los que hoy se aman, deben morir juntos si quieren juntarse. La injusticia separa, la vergüenza, el dolor, el daño que se hace a los demás, el crimen separan. Vivir es una tortura, ya que vivir separa. . .

LA GRAN DUQUESA, — Dios junta.

KALIAYEV. — No en esta tierra. Y mis citas son en esta tierra.

LA GRAN DUQUESA. — Es la cita de los perros, con el hocico en el suelo, siempre husmeando, siempre decepcionados.

KALIAYEV (*vuelto hacia la ventana*). — Pronto lo sabré. (*Una . pausa.*) ¿Pero no es posible imaginar que dos seres que renuncian a toda alegría, se amen en el dolor sin poder darse otra cita que la del dolor? (*La mira.*) ¿No es posible imaginar que la misma cuerda una a esos dos seres?

LA GRAN DUQUESA. — ¿Qué es ese amor terrible?

KALIAYEV. — Usted y los suyos nunca nos han permitido otro.

LA GRAN DUQUESA. — Yo también amaba al que usted mató.

KALIAYEV. — Lo he comprendido. Por eso le perdono el mal que usted y los suyos me han hecho. (*Una pausa.*) Ahora, déjeme. *Largo silencio.*

LA GRAN DUQUESA (*ir guiándose*). — Voy a dejarlo. Pero vine aquí para conducirlo a Dios, ahora lo sé. Usted quiere juzgarse y salvarse solo. No puede hacerlo. Dios podrá, si usted vive. Pediré gracia para usted.

KALIAYEV. — Se lo ruego, no lo haga. Déjeme morir o la odiaré mortalmente.

LA GRAN DUQUESA (*en la puerta*). — Pediré gracia por usted, a los hombres y a Dios.

KALIAYEV. — No, no, se lo prohíbo.

*Corre a la puerta para encontrar de improviso a SKURATOV. KALIAYEV retrocede, cierra los ojos. Silencio. Mira a SKURATOV ie nuevo.*

Lo necesitaba.

SKURATOV. — Aquí me tiene, encantado. ¿Por qué?

KALIAYEV. — Necesitaba despreciar de nuevo.

SKURATOV. — Lástima. Venía a buscar la respuesta para mí.

KALIAYEV. — Ya la tiene.

SKURATOV (*cambiando de tono*). — No, todavía no la tengo. Escuche bien. He facilitado esta entre-vista con la gran duquesa para poder publicar mañana la noticia en los periódicos. El relato se-

Lo i j t i s t o s

rá exacto, salvo en un punto. Consignará la confesión de su arrepentimiento. Sus camaradas pensarán que usted los ha traicionado.

KALIAYEV (*tranquilamente*). — No lo creerán.

SKUB.ATOV. — Sólo detendré la publicación en caso de que usted confiese. Tiene la noche para decidirse. (*Vuelve hacia 1\* puerta.*)

KALIAYEV (*más fuerte*). — No lo creerán.

SKURATOV (*volviéndose*). — ¿Por qué? ¿Nunca han pecado?

KALIAYEV. — Usted no conoce el amor de ellos.

SKURATOV. — No. Pero sé que no se puede creer en la fraternidad toda una noche, sin un solo minuto de desfallecimiento. Esperaré el desfallecimiento. (*Cierra la puerta a sus espaldas.*) No se apresure. Soy paciente.

*Permanecen frente a frente.*

TELÓN

## ACTO V

*Otro departamento, pero en el mismo estilo. Una semana después.  
De noche.*

*Silencio. Dora se pasea de un extremo al otro.*

ANNENKOV.—Descansa, Dora.

DORA.—Tengo frío.

ANNENKOV.—Ven a acostarte aquí. Tápate.

DORA (*siempre caminando*).—La noche es larga. Qué frío tengo, Boria.

*Llaman. Un golpe, luego dos.*

ANNENKOV *va a abrir. Entran STEPAN y VOINOV que se acerca a DORA y la besa. Ella lo tiene apretado contra sí.*

DORA.—¡Alexis!

STEPAN.—Orlov dice que podría ser para esta noche. Todos los suboficiales que no están en servicio han sido convocados. De modo que estará presente.

ANNENKOV.—¿Dónde te encontrarás con él?

STEPAN.—Nos esperará. A Voinov y a mí en el restaurante de la calle Sophiskaia.

DORA (*que se ha sentado, agotado*).—Es para esta noche, Boria.

ANNENKOV.—Nada se ha perdido, la decisión depende del zar.

STEPAN.—La decisión dependerá del zar si Yanek ha pedido gracia.

DORA.—No la ha pedido.

\$TEJ?AN.—¿Por qué iba a ver a la gran duquesa si no para pedir

gracia? Ella hizo decir por todas parte que Yanek se había arrepentido. ¿Cómo saber la verdad?

DORA. — Sabemos lo que dijo delante del Tribunal y lo que nos ha escrito. Yanek dijo que lamentaba no disponer sino de una sola vida para arrojarla como un desafío a la autocracia. El hombre que dijo eso, ¿puede mendigar gracia, puede arrepentirse?

No; quería, quiere morir. Nadie reniega de lo que él ha hecho.

STEPAN. — Fué un error suyo ver a la gran duquesa.

DORA. — Él es su único juez.

STEPAN. — Según nuestra regla, no debía verla.

DORA. — Nuestra regla es matar, nada más. Ahora es libre, libre por fin.

STEPAN. — Todavía no.

DORA. — Es libre. Tiene el derecho de hacer lo que quiera, próximo a morir. ¡Porque morirá, alegraos!

ANNENKOV. — ¡Dora! ,

DORA. — Sí. ¡Si obtuviera gracia, qué triunfo! Sería la prueba, ¿no es cierto?, de que la gran duquesa dijo la verdad, de que él se arrepintió y traicionó. Si muere, por el contrario, le creeréis y podréis seguir queriéndolo. (*Los mira.*) Vuestro amor cuesta caro.

VOINOV (*acercándose a ella*). — No, Dora. Nunca hemos dudado de él.

DORA (*caminando de un extremo al otro de la habitación*). — Sí. . .

Tal vez. . . Perdonadme. ¡Pero qué importa, después de todo! Vamos a saberlo esta noche. . . Ah, pobre Alexis, ¿qué has venido a hacer aquí?

VOINOV. — A reemplazarlo. Lloré, estaba orgulloso al leer su discurso en el proceso. Cuando leí: "La muerte será mi suprema protesta contra un mundo de lágrimas y de sangre". . . me eché a temblar.

DORA. — Un mundo de lágrimas y de sangre. . . dijo eso, es cierto.

VOINOV. — Lo dijo. . . ¡Ah, Dora, cuanto coraje! Y al final, su gran grito: "Si me encontré a la altura de la protesta humana contra

la violencia, que la muerte corone mi obra con la pureza de la idea". Entonces decidí venir.

DORA (*escandiendo la cabeza en las manos*). — Él quería la pureza, sí. ¡Pero qué coronación atroz!

VOINOV. — No llores, Dora. Ha pedido que nadie llorara su muerte. Olí, lo comprendo tan bien, ahora. No puedo dudar de él. Sufrí porque he sido cobarde. Y después arrojé la bomba en Tiflis. Ahora no me diferencio de Yanek. Cuando supe su condena, sólo tuve una idea: ocupar su sitio, ya que no había podido estar a su lado.

DORA. — ¿Quién puede ocupar su sitio esta noche? Estará solo, Alexis.

VOINOV. — Debemos sostenerlo con nuestro orgullo, como él nos sostiene con su ejemplo. No llores.

DORA. — Mira. Tengo los ojos secos. ¡Pero orgullosa, no, nunca más podré estar orgullosa!

STEPAN. — Dora, no me juzges mal. Deseo que Yanek viva. Necesitamos hombres como él.

DORA. — El no lo desea. Y debemos desear que muera.

ANNENKOV. — Estás loca.

DORA. — Debemos desearlo. Conozco su corazón. Así se sentirá apaciguado. ¡Oh, sí, que muera! (*Más bajo.*) Pero que muera rápido.

STEPAN. — Me voy, Boria. Ven, Alexis. Orlov nos espera.

ANNENKOV. — Sí, y no tardéis en volver.

STEPAN y VOINOV *se dirigen a la puerta*. STEPAN *mira hacia Dora*.

STEPAN. — Vamos a enterarnos. Vela por ella.

DORA *está vnto a la ventana*. ANNENKOV *la mira*.

DORA. — ¡La muerte! ¡La horca! ¡La muerte una vez más! ¡Ay, Boria!

ANNENKOV. — Sí, hermanita. Pero no hay otra solución.

DORA. — No digas eso. Si la única solución es la muerte, no vamos por buen camino. El buen camino es el que conduce a la vida, al sol. No se puede tener siempre frío. . .

ANNENKOV. — Eso también conduce a la vida. A la vida de los demás. Rusia vivirá, nuestro nietos vivirán. Recuerda lo que decía Yanek: "Rusia será hermosa".

DORA. — Los demás, nuestros nietos. . . Sí. Pero Yanek está en la cárcel y la cuerda es fría. Quizá ha muerto ya para que los otros vivan. Ay, Boria, ¿y si los otros no vivieran? ¿Y si muriera para nada?

ANNENKOV. — Calla.

*Silencio.*

DORA. — Qué frío hace. Sin embargo estamos *en* primavera. Hay árboles en el patio de la cárcel, lo sé. Él ha de verlos.

ANNENKOV. — Espera a saber. No tiembles así.

DORA. — Siento *tanto* frío que tengo la impresión de estar muerta ya. (*Una pausa.*) Todo esto nos envejece tan rápidamente. Nunca ya seremos niños, Boria. Con el primer crimen, huye la infancia. Arrojo la bomba y en un segundo, ¿sabes?, transcurro toda una vida. Ay, en adelante podemos morir. Hemos hecho el trayecto del hombre.

ANNENKOV. — Entonces moriremos luchando, como lo hacen los hombres.

DORA. — Habéis ido demasiado rápido. Ya no sois hombres.

ANNENKOV. — La desdicha y ía miseria también iban rápidas. Ya no hay lugar para la paciencia y la maduración en este mundo. Rusia tiene prisa.

DORA. — Lo sé. Nos hemos hecho cargo de la desdicha del mundo. Él también se había hecho cargo. ¡Qué valor! Pero a veces me digo que es un orgullo que será castigado.

ANNENKOV. — Es un orgullo que pagamos con nuestra vida. Nadie puede ir más lejos. Es un orgullo al que tenemos derecho.

DORA. — ¿Estamos seguros de que nadie irá más lejos? A veces, cuando escucho a Stepan, siento miedo. Quizá lleguen otros que fundarán su autoridad en nosotros para matar y que no pagarán *con* sus vidas.

ANNENKOV. — Eso sería una ccbarddía, Dora.

DORA. — ¿Quién sabe? Tal vez eso sea la justicia. Y entonces nadie se atreverá ya a mirarla de frente.

ANNENKOV. — ¡Dora! (*Ella calla.*) ¿Estás dudando? No te reconozco.

DORA. — Tengo frío. Pienso en él que no ha de permitirse temblar para que *na* crean que siente miedo.

ANNENKOV. — ¿Entonces no estás ya con nosotros?

DORA (*se lanza hacia él*). — ¡Oh, Boria, estoy con vosotros! Llegaré hasta el fin. Odio la tiranía y sé que no podemos hacer otra cosa. Pero yo elegí esto con el corazón gozoso y ahora continúo con el corazón triste. Esa es la diferencia. Somos prisioneros.

ANNENKOV. — Rusia entera está en la cárcel. Haremos volar sus muros en pedazos.

DORA. — Dame la bomba y ya verás. Avanzaré en medio de la hoguera y sin embargo mi paso será calmo. Es fácil, es tanto más fácil morir por sus contradicciones que vivirlas. ¿Has amado, por lo menos, has amado, Boria?

ANNENKOV. — He amado, pero hace tanto tiempo que ya no recuerdo.

DORA. — ¿Cuánto tiempo?

ANNENKOV. — Cuatro años.

DORA. — ¿Cuántos hace que diriges la Organización?

ANNENKOV. — Cuatro. (*Una pausa.*) Ahora quiero a la Organización.

DORA (*caminando hacia la ventana*). — ¡Amar, sí, pero ser amada!... No, hay que caminar. Uno quisiera detenerse. ¡Camina! ¡Camina! Uno quisiera tender los brazos y dejarse llevar. Pero la cochina injusticia se nos pega como liga. ¡Camina! Estamos condenados a ser más grandes que nosotros mismos. Los seres, los rostros, eso es lo que uno quisiera amar. ¡El amor más bien que la justicia! No, hay que caminar. ¡Camina, Dora! ¡Camina, Yanek! (*Llora.*) Pero para él, se acerca el fin.

ANNENKOV (*tomándola en sus brazos*). — Obtendrá un indulto.

DORA (*mirándolo*). — Bien sabes que no. Bien sabes que no estaría

bien. (*Él aparta la mirada.*) Tal vez sale ya al patio. Toda esa gente de pronto silenciosa, apenas él aparece. Con tal de que no tenga frío. Boria, ¿sabes cómo ahorcan?

ANNENKOV. — En el extremo de una cuerda. ¡Basta, Dora!

DORA (*ciegamente*). — El verdugo salta sobre los hombros. El cuello cruje. ¿No es terrible?

ANNENKOV. — Sí. En cierto sentido. En otro sentido, es la felicidad.

DORA. — ¿La felicidad?

ANNENKOV. — Sentir la mano de un hombre antes de morir. (*Dora se arroja en un sillón. Silencio.*) Dora, habrá que marcharse enseguida. Descansaremos un poco.

DORA (*enajenada*). — ¿Marcharse? ¿Con quién?

ANNENKOV. — Conmigo, Dora.

DORA (*lo mira*). — ¡Marcharse! (*Mira hacia la ventana.*) Llega el alba. Yanek ha muerto ya, estoy segura.

ANNENKOV. — Soy tu hermano.

DORA. — Sí, eres mi hermano, todos sois mis hermanos y os quiero. (*Se oye la lluvia. Amanece. DORA habla en voz baja.*) ¡Pero qué gusto horrible tiene a veces la fraternidad!

*Llaman. Entran VOINOV y STEPAN. Todos permanecen inmóviles, Dora vacila pero se recolara con esfuerzo visible.*

STEPAN (*en voz baja*). — Yanek no traicionó.

ANNENKOV. — ¿Orlov pudo verlo?

STEPAN. — Sí.

DORA (*avanzando firmemente*). — Siéntate. Cuenta.

STEPAN. — ¿Para qué?

DORA. — Cuéntalo todo. Tengo el derecho de saber. Exijo que lo cuentes. Con detalles.

STEPAN. — No sabré hacerlo. Y además ahora hay que marcharse.

DORA. — No, hablarás. ¿Cuándo le avisaron?

STEPAN. — A la diez de la noche.

DORA. — ¿Cuándo lo ahorcaron?

STEPAN. — A las dos de la mañana.

- DOR. — ¿Y durante cuatro horas esperó?
- STEPAN. — Sí, sin una palabra. Y después, todo se precipitó. Ahora se acabó.
- DORA. — ¿Cuatro horas sin hablar? Espera un poco. ¿Cómo estaba vestido? ¿Tenía puesto el capote?
- STEPAN. — No. Estaba todo de negro, sin sobretodo. Y llevaba un sombrero negro.
- DORA. — ¿Qué tiempo hacía?
- STEPAN. — Noche cerrada. La nieve estaba sucia. Y después, la lluvia la convirtió en un barro pegajoso.
- DORA. — ¿Temblaba?
- STEPAN. — No.
- DORA. — ¿Orlov encontró su mirada?
- STEPAN. — No.
- DORA. — ¿Qué miraba?
- STEPAN. — A todo el mundo, dice Orlov, sin ver nada.
- DORA. — ¿Qué más, qué más?
- STEPAN. — Deja, Dora.
- DORA. — No, quiero saber. Su muerte, por lo menos, es mía.
- STEPAN. — Le leyeron la sentencia.
- DORA. — ¿Qué hacía entre tanto?
- STEPAN. — Nada. Una vez solamente sacudió la pierna para quitar un poco de barro que le manchaba el zapato.
- DORA (*con la cabeza en las manos*). — ¡Un poco de barro!
- ANNENKOV (*bruscamente*). — ¿Cómo lo sabes? fSTEPAN (*calla*).  
¿Le preguntaste todo eso a Orlov? ¿Por qué?
- STEPAN (*apartando la mirada*). — Había algo entre Yanek y yo.
- ANNENKOV. — ¿Qué?
- STEPAN. — Yo le envidiaba.
- DORA. — ¿Qué más, Stepan, qué más?
- STEPAN. — El padre Florenski fué a presentarle el crucifijo. Él se aegó a besarlo. Y declaró: "Ya le dije que he terminado con la vida y que estoy en regla con la muerte".
- DORA. — ¿Cómo estaba su voz?

STEPAN. — Exactamente igual. Sin la fiebre y Ua impaciencia que le conocíais.

DORA. — ¿Parecía feliz? \íít>

ANNENKOV. — ¿Estás loca? N^/Or-

DORA. — Sí, sí, estoy segura, parecía feliz. Porque senr^ injusto que habiéndose negado a ser feliz en la vida para prepararse mejor al sacrificio, no hubiera recibido la felicidad al mismo tiempo que la muerte. Era feliz y marchó con calma a la horca, ¿no es cierto?

STEPAN. — Caminó. Alguien cantaba en el río con un acordeón. Unos perros ladraron en ese momento.

DORA. — Entonces subió. . .

STEPAN. — Subió. Se hundió en la noche. Se veía vagamente el sudario con que lo cubrió de arriba abajo el verdugo.

DORA. — Y después, y después. . .

STEPAN. — Ruidos sordos.

DORA. — Ruidos sordos. ¡Yanek! Y luego. . .

- STEPAN *calla*.

DORA (*con violencia*). — Y luego, te digo. ("STEPAN *guarda silencio*.) Habla Alexis. ¿Luego?

VOINOV. — Un ruido terrible.

DORA. — Ah. (*se lanza contra la pared*.)

STEPAN *desvia la cabeza*. ANNENKOV, *sin un gesto, llora*. DORA *se vuelve, los mira, pegada a la pared*.

DORA (*con voz cambiada, enajenada*). — No lloréis. ¡No, no, no lloréis! Ya veis que es el día de la justificación. Algo se eleva en esta hora que es nuestro testimonio de rebeldes: Yanek ya no es un asesino. ¡Un ruido terrible! Bastó un ruido terrible para retornar a la alegría de la infancia. ¡Recordáis su risa! Reía sin motivo a veces. ¡Qué joven era! Ha de reír, con la cara pegada a la tierra! (*Se dirige hacia ANNENKOV*.) Boria, ¿eres mi hermano? ¿Dices que me ayudarías?

ANNENKOV. — Sí.

DORA. — Entonces haz esto por mí. Dame la bomba. Í'ANNEN-

Kov *la mira.*) Sí, la próxima vez. Quiero arrojarla. Quiero ser la primera en arrojarla.

ANNENKOV. — Sabes que no queremos mujeres en primera línea.

DORA (*con un grito*). — ¿Soy una mujer, ahora?

*La miran. Silencio.*

VOINOV (*despacito*). — Acepta, Boria.

STEPAN. — Sí, acepta.

ANNENKOV. — Era tu turno, Stepan.

STEPAN (*mirando a DORA*). — Acepta. Se parece a mí, ahora.

DORA. — Me la darás, ¿verdad? La arrojaré. Y más tarde, en una noche fría. . .

ANNENKOV. — Sí, Dora.

DORA (*llorando*). — ¡Yanek! ¡Una noche fría, y la misma cuerda! Todo será más fácil ahora.

TELÓN

## INDICE

	PÁG.
El malentendido^ . . . . .	7
Caligula . . . . .	59
El estado de sitio. . . . .	125
Los justos. . . . .	207